EL SECRETO DE LAS GOLONDRINAS

NURIA RIVERA

EL SECRETO DE LAS GOLONDRINAS

NURIA RIVERA

A Gabriel, que viaja conmigo en todas mis historias

Prólogo

Alameda, Málaga, 1970

No eran malas cartas, solo tenía que arriesgarse un poco más.

Aquella noche no había mucha gente en la taberna, pero los presentes eran algunos de los hombres más destacados del pueblo. El cura, que no rechazaba una copa de vino si era del bueno; el alcalde, que tenía tanta afición al juego como al sillón del ayuntamiento; Severiano, el dueño de la quesería y del almacén de jamones, su rival en casi todo desde que eran niños; el médico, hombre de ciencia y placeres mundanos, y por supuesto él, Juan Escalante, propietario de la mitad del olivar que coronaba el pueblo y de la almazara. También había algunos mirones, parroquianos sin nombre que decían llamarse amigos.

Juan miró por encima del hombro y se topó con los ojos de su hijo.

—Tráeme los papeles que hay en el cajón; ya sabes dónde —le ordenó. El niño se quedó perplejo por un segundo; solo tenía ocho años—. ¡Rápido!

Llevaba un buen rato pegado al respaldo de la silla, observándolo todo con ojos ingenuos. Obedeció sin rechistar, deseoso de complacer a su padre y sin saber lo que estaba en juego. Juan lo vio salir a la carrera, dio un largo trago a su vaso de vino, estampó su firma en el papel donde había garabateado lo que se apostaba y lo dejó caer sobre la pila de monedas y billetes que había en el centro de la mesa. Cruzó una mirada con el quesero y una sonrisa sardónica se dibujó en el rostro del otro.

De los cuatro hombres que había allí sentados, dos se habían retirado. El cura nunca jugaba, pero no se perdía una partida. Frente a frente, los viejos amigos se retaban con la mirada. El silencio reinaba en la cantina, alumbrada con unas pocas luces que parecían absorber

el polvo y el humo de los cigarros. El camarero limpiaba sin cesar un vaso con un trapo blanco; no se atrevía a moverse. Todos estaban expectantes. El que ganara se llevaría aquel montón. Si no se hacía rico, al menos llenaría bastante sus arcas. Se jugaba fuerte aquella noche.

Juan pensó que era su momento; quería ver la cara de su rival en cuanto él se llevase esa mano. La quesería y sus campos por medio olivar y un molino que se comía todas las horas de duro trabajo que uno quisiera echarle. Valía la pena el riesgo, porque se sumaba al placer de quedar por encima de quien un día fue su amigo. Aquel dinero le vendría muy bien para llevar a cabo sus planes. Además, podría cobrarse al fin la humillación de años atrás.

No había honor entre ladrones, pero era fiel a la promesa que un día se hizo: le pagaría con la misma moneda. Su venganza estaba servida. Sería tan canalla como aquel señorito petulante y le quitaría lo que por ley era suyo.

Siempre había querido vivir bien. Por eso se había marchado a Alemania con su hermano y había soportado el frío, el hambre y un trabajo que despreciaba. Lo había aguantado todo por conseguir una vida mejor junto a la novia que tenía, pero los sueños no siempre se cumplían. Y el quesero era el responsable de frustrar los suyos.

Aquella noche era todo o nada. El veneno que corría por sus venas no le permitía retirarse y dar por vencedor a quien le había quitado lo único que había querido en la vida. Solo pensaba en vencer y humillar al contrario.

Con un gesto orgulloso, propio del que se cree privilegiado por la victoria, mostró su jugada.

Ni un suspiro.

El otro bajó los ojos a las cartas que sostenía en las manos. En su rostro, un rictus tenso, el sudor le perlaba la frente y el humo de un cigarro salía de entre sus labios con rabia.

En aquel momento entró el zagal, y Juan supo que traía su encargo. Ya no hacía falta. Sonrió ante la pasividad de Severiano y fue a adueñarse de las ganancias.

—No tan deprisa.

Una mueca de desprecio se insinuó en la boca del rival. Y allí, sobre la mesa, expuestas como si fueran dagas que se clavaban en su pecho, las cartas le mostraban una realidad muy distinta a la que había imaginado.

No había llegado a tocar aquel preciado botín; sus manos quedaron suspendidas en el aire y se apresuró a retirarlas. Contó los palos, luego los suyos. Quizá sí que eran malas cartas, pero aun así había apostado. Arriesgó y acababa de perderlo todo.

Hay momentos en que el tiempo se enlentece, y aquel fue uno de ellos. Retiró la silla con rabia y se puso en pie para encararse con su contrincante. La puerta volvió a abrirse. Su hermano Manuel y Dolores, la esposa de Juan, entraron en la taberna con la celeridad en el cuerpo y la alarma en el rostro.

—¿Qué has hecho, insensato? —le inquirió este con tanta incredulidad como miedo vio en la mirada de su esposa.

Severiano contaba su premio, pero se detuvo para mostrar con soberbia el pagaré firmado. Reclamaba así lo que había apostado.

Juan, envalentonado, se dirigió al quesero y lo cogió por las solapas. El otro levantó el puño y no dudó en asestarle un golpe que lo derribó. El niño se interpuso. Fue el único que defendió a su padre.

—¡Ernesto! —gritó la madre a su hijo al ver que los hombres se enganchaban.

La mujer, alterada y con el susto en el cuerpo, se dirigió a su cuñado y le suplicó con las manos juntas, como si rezara:

—Manuel, arregla esto. Arregla esta desgracia en la que nos ha metido el ocioso de tu hermano.

Quizá ella no lo sabía, pero el pequeño de los Escalante no podía hacer nada. La palabra de uno era ley. Volvió sobre sus pasos al tiempo que dedicaba una mirada de derrota y desdén al que compartía su sangre.

—Ya no tengo hermano. Me marcho, mi mujer está de parto.

—¡No te vayas, ayúdame! —imploró Juan.

El niño, en un alarde de valentía, golpeó a Severiano, y este le dio un bofetón mientras le decía que fuera más decente que su padre. Los hombres sacaron las navajas.

—¡Por Dios, que se matan! —gritó de nuevo la esposa de Juan.

El alcalde quiso tranquilizarlos y, como si no pasara nada, echó a los mirones con cajas destempladas. Pero los rivales, como si fueran bandidos, no se achantaron. Los dos se hirieron. Juan no era un hombre pequeño, pero el otro parecía doblarle en tamaño. La mujer agarró al pequeño, que pataleaba al aire.

—¡¿Es que no piensas ayudarme?! —vociferó el mayor de los Escalante sin perder de vista a su contrincante.

—¡Tú solo te has hundido y nos has destrozado a todos! —gritó con rabia. Manuel quiso irse, dejar atrás a aquel liante y holgazán que los tenía engañados a todos. Pero, al verlo sangrar, defendiendo una herencia que acababa de jugarse, algo se despertó en su interior. Tendría que empeñarse o perderlo todo, pero no podía dar la espalda a su hermano, aunque este no merecía más. Con dolor, inquirió al otro —: ¿Cuánto pides por las escrituras? Dime, ¿cuánto quieres?

Severiano se recompuso las ropas y sonrió con desdén. De un empujón, tiró a Juan al suelo.

—Iré a verte a tu casa —le dijo, y con soberbia señaló—: Esta noche he hecho un negocio redondo.

Casi al alba, el chiquillo, que había buscado a su padre por medio pueblo, entró en casa agotado y fue a la cocina para beber un poco de agua. Allí lo encontró derrotado, hundido y colgado de una viga, sin más escrito de despedida que una sota de bastos en el suelo.

1

Alameda, Málaga, otoño de 1990

—¡Candela! ¡Candela, no corras!

El único efecto que tuvo aquel llamado en la niña que corría loma arriba, entre las alineadas hileras de olivos, fue el de espolear sus piernas y darles más brío. Lejos de detenerse y apiadarse de quien la perseguía, la pequeña se volvió con mirada traviesa y se rio a carcajadas.

El sendero era terroso, parecido al centenar de veredas que dividían la colina en largas filas de árboles hasta que se perdía la vista. Muchos de aquellos olivos eran centenarios; los había plantado el abuelo de su abuelo. Sus raíces eran retorcidas, incluso sobresalían de la tierra seca. Las ramas estaban cargadas de hojas, algunas de hasta ocho centímetros, duras, finas, de forma lanceolada semejante al hierro de una lanza y de un color verde brillante cuyo envés era blanquecino y sus florecillas crecían en pequeños racimos. Las ramas, como si fueran los brazos de una bailaora, se elevaban orgullosas al cielo, desordenadas, en busca del astro rey que daba vida a aquella tierra.

El sol de Andalucía.

Aquel sol que brillaba en lo alto del cielo y calentaba, aunque ese día no lo hacía con el fuego del verano, sino con la templanza del otoño.

Era el tiempo del verdeo.

La recolección de la aceituna.

—Tía Julia… ¡No me pillas! —gritó la niña, y aquello fue como un acicate para la joven, que apresuró sus zancadas, aunque la respiración se le hacía cada vez más trabajosa. Tenía casi veinte años, era atlética y debería poder alcanzarla sin dificultad, pero el esfuerzo no le permitía continuar. Llevaban en aquella carrera infantil desde el

cortijo, a los pies del olivar, y ya no podía con aquel esprint cuesta arriba. Se detuvo y, con fatiga, se inclinó sobre sí misma, apoyó las manos en las rodillas y tomó aire.

—¡Cuánta energía! —susurró como si la niña pudiera oírla desde la distancia que las separaba.

Luego, como movida por un resorte, se incorporó. Con un bailecito de caderas, una mano a la cintura y los dedos de la otra en movimiento de llamada, la pequeña pícara la retaba a alcanzarla.

¡Menudo diablillo! La estaba provocando.

—Cuando te coja, ¡te vas a enterar! —gritó entre dientes, y la risa se le coló en la advertencia.

Sin emprender de nuevo el paso, se puso la mano a modo de visera, oteó el lugar y buscó en la distancia.

Alrededor del tronco retorcido de los olivos, los jornaleros habían extendido redes y telas de varios colores que daban al campo la imagen de un gran *collage* en el que dominaba el tono verde oliva. Grupos de mujeres con pañuelos en la cabeza o sombreros de paja recogían agachadas o de rodillas el fruto que, al varear el árbol, se desprendía, y separaban las aceitunas de las pequeñas ramitas y hojas para después llenar cestos o cajas. Muchos hombres con las camisas arremangadas no esperaban a que las máquinas se acercaran e hicieran temblar el árbol, sino que con palos o pértigas, como se había hecho tiempo atrás, golpeaban las ramas para que estas soltaran el preciado fruto del que se extraería el oro líquido y verdoso del aceite.

En diagonal a su posición, no demasiado lejos, en otro de los senderos del olivar, la joven vio dos figuras familiares: su mellizo, que no tenía los rizos que poblaban su melena, y un hombre de mediana edad vestido como un jornalero más. Era el dueño de todo aquello. Manuel Escalante, su padre.

La niña Candela miró en la dirección en que ella observaba y, con una energía renovada y un gesto de alegría, reinició el galope.

—¡Abuelito! ¡Abuelito!

«Bendita infancia en la que se puede con todo», pensó Julia al ver que su sobrina emprendía de nuevo la carrera, como si no le costase subir por aquel terreno.

La muchacha retomó la marcha al tiempo que gritaba:

—¡Te ganaré!

Llegó un segundo antes que la niña, pero no por ser más rápida, sino por estar más cerca. Candela se escondió tras las piernas del abuelo, sin poder parar de reír, a la vez que él se daba la vuelta y la levantaba en brazos.

—¡Ay, mi Golondrina! —dijo comiéndosela a besos.

Ante las risas de la niña, Manuel la alzó en el aire como si fuera una pluma, para luego permitir que se encaramara al árbol, de cuyo tronco salían dos gruesos ramales, y la dejó sentada a horcajadas, a la vez que expresaba su sorpresa por tan buena visita.

—Hemos salido a dar un paseo —dijo la niña con desparpajo—, pero yo quería venir a verte. Puedo ayudar.

Candela, como si ya conociera la labor que hacían en el campo, arrancó algunas aceitunas y se las dio al joven, su tío. Luego quiso aporrear la rama con el puño, como si con aquel golpe tuviera la fuerza necesaria para varear. Julia le ofreció un palo que recogió del suelo y la animó a hacerlo. Sebastián puso orden ante las risas de su padre, que parecía orgulloso de aquel arranque de la pequeña.

—Lo que nos faltaba. Y vosotros no la animéis tanto. Como pase algo, se nos cae el pelo —se quejó el joven, y le arrebató el palo a la niña mientras le decía—: Deberías jugar con tus muñecas, renacuaja.

—Sebastián… —lo riñó Manuel—. Anda, Golondrina, baja de ahí, que te harás daño.

—No soy una renacuaja —replicó Candela con las manos en la cintura, sentada en la gruesa rama como si fuera un caballo—. Tengo casi siete años.

—¡Uy! Casi siete años —rio Sebastián—. Yo tengo casi veinte. Así que te gano.

—Sebas, no seas más crío que ella —observó Manuel. A lo lejos, vio acercarse uno de los camiones que se llevaba la cosecha al molino—. Anda, que ya viene Marcial el Sevillano con el camión.

Manuel cogió a la niña y la dejó en el suelo. Ella, ajena a todo, se acercó a unas mujeres que, sobre un tapiz de tela cubierto de pequeñas ramitas y muchas aceitunas, las recogían y metían en

capazos de mimbre o esparto. Se agachó para imitarlas mientras estas le decían lisonjas, por las ropas que lucía.

—La he sacado de casa —informó Julia en tono de confidencia—. Sus padres han empezado a discutir otra vez.

—Ya parece una costumbre —dijo Sebastián.

Manuel frunció el ceño y cambió de tema:

—Y tu madre, ¿no está en casa?

—Se marchó a un recado con la tía Dolores.

El jornalero acercó el camión a donde estaban. Los hombres se habían preparado, también muchas mujeres, y empezaron a verter los canastos llenos en el remolque. Julia se sentó junto a Candela y Manuel las vio reír como si no pasara nada. Aquellas risas alimentaban el alma y le llenaban de alegría el corazón.

Manuel nunca había interferido en las vidas de sus hijos, pero estaba preocupado por María, la madre de Candela. Imaginaba que las discusiones de su hija mayor con su marido no tendrían un buen desenlace. Conocía a su yerno de toda la vida y no era un mal hombre. Muy trabajador, pero el pueblo se le quedaba pequeño. Quizá su empleo, que lo llevaba a otras ciudades, le había despertado inquietudes que María no compartía; a ella no la sacarían del pueblo ni con agua caliente. Esperaba por su nieta que aquellos desencuentros acabaran bien y que enterraran el hacha de guerra que, desde hacía meses, blandían. Lo deseaba por la niña, pero también por su mujer, Rosalía, y por él. No sabía si sería capaz de vivir alejado de su Golondrina. La quería más que a su propia vida. Era un amor diferente al que había sentido por sus hijos. Quizá su corazón se había ablandado, como le decía su esposa, pero a veces la angustia lo atormentaba: ¿y si su yerno decidía marcharse y María hacía las maletas? Miró a la niña preocupado. Jugaba con Julia, que le había hecho una corona con una fina rama de olivo y se la colocaba sobre su ensortijada cabeza al tiempo que le decía: «Golondrina, la reina del olivar». Candela se reía y se le tiraba encima para ganarse un abrazo. Era una zalamera.

¡Y cómo se parecían!

Al observar a la niña, veía a su hija pequeña a su edad. Se parecían

más que las hermanas, por supuesto más que los mellizos y más que madre e hija. La genética tenía a veces extrañas combinaciones.

—Golondrina, ¿te vienes conmigo? —preguntó Manuel.

—¿Te vas? Aquí hay faena —se quejó Sebastián.

—Pues recuerda que eres el jefe y no te despistes —alentó el padre a su hijo—. Te quedas al mando. Y si tienes dudas, pregunta a los encargados de las cuadrillas. El Sevillano es buen mozo y sabrá resolver las que te surjan; aprende rápido y le tengo confianza. —Señaló al hombre que había bajado del camión, que llevaba un sombrero de paja de ala ancha rota por un lado, como si le hubieran dado un mordisco.

La niña se levantó y, tras despedirse de las mujeres, seguida de Julia, se acercó deprisa a su abuelo.

—¿Por qué no os vais a casa? —inquirió Sebastián, que no quería quedarse solo—. Aquí, más que ayudar, entorpecéis.

—Tú sí que molestas —se defendió Julia.

—No es lugar para discutir —cortó Manuel—. Y mis chicas no molestan. Sebas, deberías ser más caballeroso.

—Ya me queda claro quiénes son las preferidas, papá —se quejó Sebastián con un mohín de celos—, pero este no es sitio para jugar. La niña se va a manchar la ropa.

Candela llevaba un vestido con falda de vuelo, una chaqueta de punto grueso y unas medias rosas a juego, con botas de vaquero.

—La ropa se lava, y hay que ensuciarse jugando —aseguró Manuel —. ¡Ay, Sebastián! Pareces más viejo que yo, y pronto cumplirás los veinte. Deja de quejarte.

El abuelo cogió a su nieta de la mano, con el deseo inconsciente de que fuese más pequeña. Los años pasaban muy deprisa. Aún recordaba cuando su hija se la colocó en los brazos al regresar del hospital. Aquel olor a bebé se le había metido bajo la piel.

—¿Sabes una cosa, abuelito? —preguntó Candela bajando la voz. Este se agachó a su altura y negó con la cabeza—. Los papás se han vuelto a enfadar.

El corazón le dio un pellizco; la niña se daba cuenta de todo.

—Bueno, Golondrina, es que a veces los mayores se enfadan, como

cuando tú te enfadas con tu amiga Isa. Lo bonito es hacer las paces.

La niña sonrió, como si lo esperara de veras, y dijo que con su amiga Isa se enfadaba poco, pero, con su hermano Fran, más.

—Venga, vamos, que quiero enseñarte algo.

Candela le pidió que la subiera a hombros y él la complació. La sujetó por la pierna y le dio un pellizquito.

—¿Y estas botas de vaquera? —le preguntó.

—Me las ha traído papá.

—Pues son muy bonitas.

Abuelo y nieta se encaminaron hacia el fondo del olivar, a la zona del molino. Al ver que no los seguían, Manuel se volvió y llamó a su hija. Julia estaba hablando con su hermano, pero lo despidió con un «No te canses» y se les unió.

Manuel caminó despacio entre los olivos. Recibió el saludo de muchos jornaleros, y Candela, muchos halagos por su corona. La niña pidió al abuelo que la dejara en el suelo y se cogió a su mano.

Al llegar a un punto de la loma, la pequeña colina de la sierra de la Camorra desde donde podía verse la magnitud del olivar, Manuel lo observó con orgullo. El sol bañaba la tierra, los olivos y a la gente. El olivar estaba vivo, y de él vivían varias familias. Le enorgullecía formar parte del pueblo y ayudar desde su posición a todo aquel que le pedía trabajo. Jamás había negado a nadie un jornal, si este le correspondía con su labor. No quería vagos, porque ocupaban el lugar de otro que deseaba trabajar y ganarse el salario con su esfuerzo.

—Mira, Candela, todo esto es nuestro, y un día será tuyo.

—¿Todo? ¿Hasta dónde? —preguntó inocente la niña.

Manuel abarcó con los brazos la totalidad de la loma.

—Mi papá dice que antes no era todo tuyo.

—Tiene razón, pero de eso hace mucho tiempo —respondió su abuelo con cierto pesar en la voz—. ¿Ves aquellas piedras blancas?

La niña no atinaba a verlas, pero Julia la fue guiando hasta que divisó unos mojones, unos pedruscos apiñados teñidos de blanco que podían pasar desapercibidos al ojo extraño. Manuel nunca había querido que se borraran aquellas lindes que separaban lo que un día fue de su hermano.

—De allí al molino, las tierras eran del tío Juan —señaló Julia—, pero el abuelo las recuperó.

—Pues la tía Dolores dice que al primo Ernesto no le has dado lo que le toca —protestó la niña.

—No hagas caso de lo que digan los demás, Golondrina. La gente dice muchas cosas, pero no siempre son verdad.

Pocas veces hablaba Manuel de su hermano, pero era imposible que la niña estuviera en la inopia de algunas cosas. La gente siempre piaba de más. El abuelo no le dio más valor que a cualquier otro chisme, pero quiso aclararle algo:

—Todo aquello era nuestro —dijo señalando con el dedo una amplia zona—. De mi hermano y mío. A las tierras de mi padre, sumé las que compré al volver de Alemania. —Manuel dibujaba en el aire las zonas que nombraba—. Y cuando pueda compraré aquellas —indicó la zona noroeste de la loma—, porque sus dueños ya no quieren trabajar el campo y me han dicho que me las venderán.

—Son muchos olivos, abuelito.

—Sí, muchos, y algún día este olivar será tuyo, Golondrina. Tuyo y de los hijos que tengan Sebastián y Julia o tu mamá. Pero al ser la mayor, mandarás tú y tendrás que cuidarlo y conservarlo. La tierra es la vida. Aquí están nuestras raíces.

—¿Y cómo se exprimen las olivas para sacar aceite? ¿Como las naranjas?

Manuel y Julia se rieron por la ocurrencia de la niña. El abuelo se sintió orgulloso de su curiosidad y, animado por la pregunta, dijo cambiando de dirección:

—Vamos, que te lo explico.

Caminaron entre las hileras de olivos y poco después se detuvieron delante de un edificio. Era un pabellón con dos entradas. En una estaban las oficinas, donde trabajaba María; en la otra, la almazara, el molino donde se prensaba la aceituna. Más allá había una pequeña casa de labranza, un almacén donde se guardaban los aperos del campo, pero en épocas de cosecha y molienda Manuel solía hospedar a algunos jornaleros que no tenían dónde vivir durante aquellos días. Aquel año, Julia se había encargado de organizarlo. Aunque sacaba

sus estudios adelante y acababa de entrar en la universidad, como Sebastián, su padre les había inculcado la importancia del trabajo y colaboraban siempre que podían.

Al llegar a una de las entradas, los recibió un gran portón de doble hoja con tachuelas que hacían juego con la gran puerta que daba paso al cortijo. Manuel entró decidido por una portezuela pequeña situada en uno de aquellos portones de madera oscura. Los acogió una estancia amplia. La penumbra parecía dueña del lugar.

Un par de ventanas abiertas dejaban entrar un haz de luz brillante, como el sol que gobernaba el cielo.

Sus ojos se adaptaron poco a poco a la oscuridad; de todas formas, Julia encendió las luces y vieron la verdadera magnitud de la estancia.

—¿Dónde se fabrica el aceite? —preguntó la niña, decepcionada al no ver maquinaria o artilugios mecánicos.

—El origen ya lo has visto —advirtió Manuel con un tinte de humor en la voz, pero con el orgullo de explicar cómo se manejaba la materia prima que luego se convertiría en aceite y llenaría las estanterías de muchas tiendas y supermercados hasta llegar a las mesas de muchas personas—. El aceite nace de la aceituna, su padre es el olivo. Todo empieza con su gestación, en primavera y durante el verano, hasta bien entrado el otoño. Pero se hace en la almazara.

—¿Dónde? —inquirió Candela con ganas de ver el lugar exacto. A veces había ido por allí con su madre, incluso con el abuelo, pero nunca le habían explicado nada de aquello. Aquella historia le parecía fascinante.

Julia se rio; la curiosidad de su sobrina le encantaba. Así, investigando, se aprendía de verdad.

—En la almazara es donde se exprime la oliva —explicó Julia. Entonó la voz como si le estuviera contando una leyenda, como hacía muchas veces antes de que se fuera a dormir, y añadió—: El abuelo dice que la luz perjudica al aceite, por eso aquí las luces no brillan.

Manuel se rio ante la mirada traviesa de la niña, que vigilaba hacia ambos lados como si fuera a salir un personaje o un monstruo de sus cuentos. Le dijo que aquel lugar se dividía en tres zonas: el patio, donde se limpiaba y pesaba la aceituna; la sala donde esta se

almacenaba, que debía ser un lugar seco, y, por último, el molino, donde en tiempo de la molienda se trituraba la oliva y, tras un proceso, se convertía en aceite. El principal producto que salía de sus olivos era el aceite de oliva virgen extra, pero solían hacer una pequeña cosecha temprana que dedicaban a las aceitunas de mesa.

—Ahora es todo más fácil, está mecanizado —señaló Manuel—. En tiempos de mi padre, más de una vez tuve que turnarme con mi hermano para mover la rueda del molino, aunque casi siempre usábamos un borrico. ¿Ves aquellas piedras? —El abuelo indicó una zona que parecía un lugar de exposición y decoración. Julia y Candela se acercaron y él siguió hablando, movido por los recuerdos—: Con esas piedras se machacaban las olivas y después se elaboraba el aceite. Durante mucho tiempo, el molino estuvo en desuso. Mi padre solo se dedicó a vender la aceituna, pero cuando regresé de Alemania quise ponerlo en marcha. Aquello pareció darle vida, así que empezamos a usar el viejo molino de rulos de mi abuelo.

Las piedras a las que se refería Manuel eran de granito, cónicas, y encajaban en un espacio circular. Era con lo que antaño trituraban la aceituna. Julia escuchaba a su padre con devoción, y la niña no parecía aburrirse con las explicaciones. El hombre enumeró las diferentes partes del molino y explicó cómo evitaban el efecto de deslizamiento de las piezas.

Incluso parecía fácil. Julia se acercó a las piedras y las miró fijamente. Manuel, abstraído por un saber que atesoraba desde niño, recibido de su propio padre y cuyo misterio era muy simple, comentó que se trituraban con el hueso. Luego la pasta se batía y amasaba, la prensaban para separar el líquido y se filtraban las impurezas. El último paso tenía que ver con cómo se almacenaba.

Al acabar la explicación, se quedó un segundo en silencio.

—¿Y después qué, abuelito? —preguntó curiosa Candela, lo que provocó la risa de Julia y Manuel.

—Ya está. Así se elabora el aceite —dijo él orgulloso, aunque había resumido bastante el proceso. Para añadirle un poquito de misterio, agregó—: Pero además nosotros le ponemos una pizquita de magia.

Candela sonrió y abrió mucho los ojos. La inocencia de los niños

hacía que el mundo fuese mucho más sencillo.

Con el tiempo, al evolucionar el negocio, tuvieron que actualizarse, es decir, mecanizarse. El molino del abuelo de Manuel había quedado en desuso y se había convertido en una pieza de museo.

La almazara había tomado fuerza con otras cosechas, no solo con la de los Escalante, y todo se contabilizaba. Muchos vecinos llevaban las aceitunas de sus olivos y las molían allí, para luego llevarse el preciado líquido. Pero desde hacía mucho tiempo solo molían y fabricaban su propio aceite, Montolivo.

Sin embargo, había sido cuestión de actualizarse o morir, y el molino de los Escalante seguía en pleno proceso de renovación.

—No hay que olvidar de dónde viene uno —dijo Manuel, filosófico —. Ese molino me recuerda que ahora todo está mecanizado y esterilizado. El aceite se guarda en depósitos de aluminio donde se controla desde la temperatura hasta la luz, y, por supuesto, todas las fases del proceso. —Señaló hacia el fondo de la sala donde, a través de un pasillo, se encontraba la bodega con los depósitos.

En la actualidad estaban completando un exhaustivo control para hacer el aceite. Usaban molinos de martillo y criba de acero inoxidable; era un proceso más limpio y rápido que el que empleaba su padre, y todo se medía al milímetro. Tras moler, batir y limpiar el aceite de las impurezas que aún le quedaran, el aceite de oliva virgen extra aún podía considerarse sucio, de modo que debían tratar de eliminar toda el agua antes de almacenarlo.

Ya no había nada artesanal en el proceso, pero la materia prima seguía siendo la misma: la aceituna. Cuanto mejor fuera el producto, mejor sería el aceite. Esa era la máxima de Manuel: tener un producto de calidad. La empresa familiar había crecido y era necesario contratar personal más típico de un laboratorio que del campo.

Tras aquella explicación, Manuel se dio cuenta de que solo Julia le seguía. Candela se había sentado en un baúl donde guardaban algunos canastos pequeños. Le propuso volver a casa y la niña se levantó de un salto.

Manuel tenía un todoterreno aparcado cerca del molino. Julia y la niña subieron y en pocos minutos entraron en el cortijo. Él regresó al

campo. Aún le quedaban un par de horas para volver con su hijo a casa y comer todos en familia.

2

Málaga, verano de 2012

Una hora después de hallarse el cuerpo sin vida de una mujer, siguiendo la cadena de mando, la noticia llegó a la sección de Investigación de la unidad orgánica de la Policía Judicial de Málaga.

El guardia civil del puesto de Alameda transmitió la información de manera técnica con voz afectada. Él mismo había ido a confirmar el aviso que habían dado dos trabajadores que, mientras comprobaban la línea de riego de una zona del olivar, encontraron el cadáver. Reconoció e identificó a la víctima en una primera inspección visual: una mujer del pueblo, familia de uno de sus vecinos más populares, el empresario de Aceites Montolivo.

El sargento Fran Garrido ultimaba el papeleo que generaba la investigación de un caso en el que su compañero había resultado herido. Estaba a punto de salir hacia el hospital cuando lo llamaron al despacho del comandante.

Hubiera querido tener la posibilidad de obviar la orden. No estaba de humor para recibir una reprimenda, y menos si había actuado según las instrucciones de su teniente. Sin embargo, parecía que iba a comerse el marrón. Asumió que debía explicar por qué habían obrado de una forma tan imprudente. Aún no entendía que la operación se hubiera ido al traste. Lo que tenía que haber sido una detención rutinaria acabó a tiros, con el supuesto narcotraficante muerto, la banda huida y su compañero herido en la refriega. No era una herida de gravedad, aunque bien le valdría alguna condecoración. Bloqueó, literalmente, el cuerpo del sospechoso con el suyo, impidiéndole la huida, y se ganó un balazo en la pierna. Un tiro limpio, pero lo tendría en casa por un tiempo.

Cerca de la puerta del despacho del superior, vio a una cabo. Estaba

sentada en una butaca que hacía las veces de sala de espera. Se mordía las uñas, lo que le indicó que estaba nerviosa; la pulcritud del uniforme y su rigidez le hizo presuponer que era nueva.

Llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—A sus órdenes, mi comandante —saludó—. ¿Da usted su permiso?

No estaba solo. El capitán Gutiérrez lo acompañaba, y también su teniente, Rodolfo Pérez. Los saludó con seriedad. Tanto jefazo junto no le dio buena espina. De forma inconsciente, aceptó que iba a ganarse una bronca y esperaba que el teniente asumiera su parte de responsabilidad. Les dio unas órdenes confusas, y la operación no salió como esperaban, aunque no quedaba bien dejar mal a un superior. Ya había argumentado los tiros en un informe, y creyó que eso sería suficiente. Sacar el arma reglamentaria tenía que estar muy justificado, y más aún liarse a tiros. Se preparó para recibir la amonestación.

El comandante Robles del Castillo era un hombre carente de humor, por eso le sorprendió que se dirigiera a él en tono jocoso después del saludo de rigor y de hacerlo entrar en el despacho.

—Acláreme algo, sargento. Esos trajes que usa, ¿se los hacen a medida?

—No, mi comandante, pero, si siente curiosidad, le diré que este lo compré en una tienda del centro. Puedo darle la dirección.

Supo enseguida que, con aquel comentario, su superior se refería a la comidilla de la unidad desde hacía meses y distendía el encuentro. Le había tocado el gordo, si podía decirse así. Había sido agraciado con uno de los mayores premios en el sorteo de la Primitiva. Aún no sabía cómo le había dado por comprar un boleto, pues no era aficionado a los juegos de azar, pero gracias a aquel acto impulsivo resultó ser el único premiado en todo el país. La suerte lo ayudó a comprarse un pequeño cortijo en su pueblo y le permitiría vivir sin preocupaciones si algún día decidía dejar la Benemérita, algo que ni siquiera se planteaba, aunque la vida daba muchas vueltas.

El comandante le urgió a tomar asiento sin demasiado protocolo, y él se sintió en la necesidad de dar explicaciones por lo sucedido.

—Nos sorprendieron…

—No lo he llamado por eso, sargento. Tengo un nuevo caso para usted.

—¿Otro? ¿Es que no hay nadie más a quien cargarle el muerto? —soltó con enojo. No solía protestar por el trabajo. A veces se llevaban varias investigaciones a la vez, pero en la refriega habían escapado otros traficantes y el caso aún no estaba resuelto—. No me entienda mal, mi comandante, no me quejo. Es que sigo liado con el papeleo y quería pasar por el hospital. Mi capitán —dijo mirando al oficial y luego a su teniente para incluirlo en la petición—, seguro que hay otro al que asignarle el caso. Esperaba terminar este y cogerme unos días libres… Es que se casa mi hermana. Además, me consta que aquí trabaja más gente —concluyó con ironía, y se ganó una mirada severa de su superior con más galones, el comandante.

—La hay, pero creo que usted es el adecuado —contestó el capitán Gutiérrez al tiempo que miraba la pantalla de su móvil, que estaba sonando, y le pedía un momento a su interlocutor. Se levantó del asiento—. Yo iré al hospital a ver a Vázquez. Le daré recuerdos de su parte. El teniente Pérez seguirá la operación. —Se dirigió al superior y añadió—: Mi comandante, he de atender esta llamada, y me temo que debemos marcharnos.

—Vayan, luego hablamos.

Con un gesto, indicó al teniente que se levantara y este lo siguió.

Antes de salir del despacho, el capitán Gutiérrez miró al sargento y le dijo que le daba el permiso. Luego se llevó el teléfono a la oreja mientras cruzaba el umbral y desapareció de su vista en cuanto la puerta se cerró.

—Vázquez está bien —continuó el comandante—, podrá verlo en otro momento. Hace poco nos han avisado de un crimen en su pueblo. Usted es de Alameda, ¿no?

—Sí, mi comandante —respondió perplejo. Alameda no era muy grande. Había vivido allí la mayor parte de su vida, y no destacaba por la conflictividad de sus vecinos.

—Además, la familia de la víctima nos ha pedido que le asignemos el caso a usted. La orden viene de arriba.

—¿De quién se trata?

El comandante revisó algunas notas garabateadas en un papel.

—Julia Escalante. ¿Le suena?

Oír aquel nombre fue como un mazazo para él. Era la primera vez que alguien que había conocido, que había formado parte de su vida, recibía el apelativo de «caso». Su mundo acababa de dar un giro de ciento ochenta grados, aunque aún no lo sabía. Por un momento, no quiso mirar al comandante. Necesitó unos segundos para digerir el nombre. Si su superior se dio cuenta, no dijo nada. Tragó saliva y le dijo que conocía bien a la familia. Su padre y el de la víctima habían sido buenos amigos, y ambas casas siempre habían estado muy unidas. No se explayó más. Creyó que no era necesario.

—¿Muerte accidental?

—Muerte con violencia.

El comandante no podía añadir mucho más. Dos trabajadores habían encontrado el cuerpo. Estaba semioculto entre las raíces de un árbol, en un olivar. El guardia civil del puesto que comprobó la información aseguró que la víctima presentaba un golpe en la cabeza y heridas de arma blanca.

—Algo más, sargento. ¿Ha tomado ya una decisión? No quiero presionarlo, no me gustaría perderlo, pero respetaré si decide dejarnos. Sin embargo, también le diré que puede llegar lejos en el cuerpo.

El comandante no se andaba por las ramas. Hacía semanas que lo había citado para hablar con él muy seriamente ante los rumores de que podría dejar el cuerpo porque le había tocado la Primitiva. Garrido le aseguró que no entraba en sus planes más inmediatos, pero Robles del Castillo no se dejaba engañar. «Si la ganase yo, abandonaría la empresa», le dijo. Sin embargo, al tiempo que se lo confesaba, le presentó unos papeles referentes a un traslado y un cambio de unidad. Nada menos que a la Unidad Central Operativa, la UCO, donde estaban los mejores, su puesto soñado.

Había trabajado mucho para conseguirlo. No podía negarse a aquel caramelo.

—Gracias por la confianza. No soy de los que desaprovechan las oportunidades. Tengo decidido irme a Madrid, aunque será después de

cerrar esta nueva investigación.

Fran no pensaba en nada más. Hacía tiempo que esperaba el cambio de unidad. Que le tocara el premio hizo que se planteara hacia dónde dirigir su vida. Sin embargo, aunque lo tenía decidido, sintió dudas al aceptar. Desde que se había enterado del crimen de Julia Escalante, su mundo se había paralizado, y hubiera preferido no tener que tomar aquella decisión en ese momento.

—Así será. Ha surgido este caso y, dadas las circunstancias, lo necesito aquí y ahora.

El comandante cogió el teléfono que tenía sobre la mesa y pidió, a quien se hallaba al otro extremo, que hiciera pasar a la cabo Robles. La mujer que entró era la que había visto en el vestíbulo, la que se mordía las uñas.

—Sargento, le presento a la cabo primero Paula Robles.

Fran frunció el entrecejo en un gesto que resultó menos imperceptible de lo que habría deseado.

—No le dé más vueltas, no es casualidad. Es una Robles del Castillo, mi sobrina, pero desde ahora quiero que se olvide de eso. Será su nueva compañera. Que no le confunda su juventud. Es psicóloga y…

—¿Acaba de salir de la academia? —lo cortó Garrido. No quería un nuevo compañero. Ya tenía uno, convaleciente pero experimentado. No sentía ganas de enseñar a nadie.

—No, pero si fuera el caso tampoco debería confundirle ese dato. Ha sido de las primeras de su promoción. Quiero que aprenda de uno de mis mejores hombres. Al menos mientras siga bajo mis órdenes.

—Me halaga, mi comandante, pero seguro que hay otros a los que ese título les calza mejor —respondió. Al darse cuenta de que parecía despreciar a la mujer, quiso mostrarse más amable y simpático—. Solo cumplo con mi deber lo mejor que puedo. No diría que soy de lo mejorcito; mis compañeros me pueden coger tirria —bromeó—. Pero me quedo con que parece que soy el que lleva los mejores trajes.

—Es cierto, mi sargento —intervino la cabo Robles—. El traje parece bueno, aunque la fama que le precede es la de investigador abnegado.

Salieron del despacho con las órdenes claras: se encontrarían en el pueblo con la jueza de instrucción y el médico forense. El sargento Garrido le dijo a la cabo que sería mejor que se cambiara de ropa y que, si quería, podían pasar por su casa para recoger una muda, dado que era probable que tuvieran que pasar la noche en Alameda. Él tenía vivienda allí y ella podría hospedarse en la casa cuartel del pueblo o en la pensión. Sin embargo, la nueva compañera resultó ser eficiente. Fue a los vestuarios y regresó con una mochila al hombro e indumentaria de paisano que la hacía parecer aún más joven.

—Mi tío me advirtió que siempre estuviera preparada.

—Buen consejo. Así que… ¿psicóloga?

—Sí, pensé que podría ayudar a la gente con sus problemas. Cuando comience el curso académico, empezaré un máster en Psicología forense.

—Eso está muy bien.

—¿Usted también es psicólogo?

—Criminólogo —apuntó y, tras un breve silencio, añadió—: Mi padre era guardia civil en Alameda, algo que mi abuelo nunca entendió. Antiguamente había sido un pueblo de bandoleros.

Mientras conversaban, Fran la guio hacia el aparcamiento. Para el trabajo de campo utilizaban coches sin serigrafiar con el famoso logotipo de la Guardia Civil, y el parque de automóviles decomisados siempre estaba bien surtido con buenos vehículos. El sargento se sirvió de un Range Rover Defender blanco, e invitó a la cabo a sentarse como copiloto. Le gustaba conducir.

Fran Garrido condujo en silencio hacia la sierra malagueña, una tierra que parecía un cruce de caminos y que dividía en dos la comunidad andaluza, la parte occidental y la oriental, la orilla del Guadalquivir y la bruma del Mediterráneo. Alameda estaba situada casi en el centro del mapa andaluz, y de ella partían cuatro vías a través de las cuales el viajero podía aparecer en Málaga, Granada, Córdoba o Sevilla.

En un intento de no pensar en la víctima y en lo que iba a significar para él aquel caso, informó a la cabo de algunas peculiaridades del

pueblo. La más conocida, aparte de la existencia de unas termas romanas, era que, en el patio interior de la iglesia de la Inmaculada, en una tumba coronada por una cruz de piedra rodeada de arcos y flores, descansaban los restos de José María Hinojosa Corbacho, más conocido como el Tempranillo, bandolero de profesión que había muerto allí en 1833, como decía un diario de la época, «por un trabucazo por la espalda, de un antiguo compañero».

Se hizo un silencio a causa de una llamada que recibió la cabo. «Mi madre», se disculpó ella. Mientras de fondo oía el murmullo de la conversación, Fran se abstrajo en sus pensamientos. En su mente, los recuerdos de una vida no muy lejana pugnaban por salir. No quería permitirlo, pero la mente es caprichosa. Como si fuesen *flashes* de luces que se proyectan desde un faro en una noche oscura, las reminiscencias aparecieron con la secuela de una felicidad casi ganada y de una pérdida que aún dolía.

«Han pasado siete años», se dijo. Siete años, y aquel no iba a ser el mejor escenario para un reencuentro con Candela.

Como si presintiera su ánimo decaído, la cabo Robles, que había cortado la llamada, empezó a hablarle de ella. Había estudiado Psicología clínica porque pensaba entrar en un hospital, pero, al acabar la carrera, en vez de hacer el PIR y pasar cuatro años de formación, se preparó para ser guardia civil y consiguió tan buena puntuación que pudo elegir destino.

Le contó que había solicitado un traslado temporal desde Madrid porque quería participar en algún caso desde otro lugar al que solía hacerlo. «Por lo visto, se aburría en los escritorios de las oficinas de la UCO», pensó el sargento, a pesar de lo mucho que le interesaba la construcción de perfiles psicológicos y la curiosidad que sentía por los análisis forenses de las pruebas. Le fascinaba la información que estas podían dar al transmitirse, sin querer, del agresor a la víctima. «Nunca he presenciado una investigación de campo—le dijo—, y así nunca aprenderé». Aunque adoraba la capital, solo se dedicaba a transcribir informes, así que supuso que un tiempo en el sur la ayudaría con su expediente. Garrido pensó en el cambio de destino; quizá su tío había puesto su granito de arena para que aprobaran el traslado, aunque no

dejaba de sorprenderle que prefiriera una provincia a quedarse en Madrid, por temporal que pudiera parecer.

—¿Así que estabas destinada en la UCO? Interesante. Tal vez los necesitemos. Si eres curiosa, aprenderás. Lástima que allí no te asignaran a un equipo; son los mejores —observó el sargento para no parecer descortés y demostrarle que la estaba escuchando. Estaba a punto de contarle que lo iban a trasladar allí, pero dejó morir la conversación, algo que captó su subordinada.

Casi una hora después de abandonar Málaga, salió de la autovía. Entró decidido en la rotonda y guio el coche hacia la carretera que iba hacia Alameda. El paisaje del último tramo estaba lleno de olivos, aunque sospechaba que también de almendros y otros frutales. Su compañera parecía abstraída y miraba con curiosidad por la ventanilla. Según ella, nunca había visto tantos árboles juntos. «Así es el campo andaluz», le contestó.

Desde que había oído el apellido Escalante, los recuerdos de momentos felices no hicieron más que amontonarse en su mente. Tenía que controlarlos; no podían interferir en su trabajo. Se prometió ser frío, verlo a distancia. El pasado pasado está.

Siguió la serpenteante carretera que lo llevaría, primero, a la posada del Tempranillo y, unos kilómetros después, a la loma, lugar donde había aparecido el cuerpo. El olivar de los Escalante estaba formado por hectáreas y hectáreas de olivos alineados como las púas de un peine.

Abrió la ventanilla y respiró el aire áspero del final de la mañana. Los campos parecían tristes. Hacía tiempo que no llovía. La tierra reseca se amontonaba en terrones junto al tronco retorcido de los olivos. Algunos cardos acompañaban la escasa cuneta que, con un escalón, bordeaba el asfalto gris. Sobresaltada, la cabo le anunció la presencia de un halcón en el cielo. Por un segundo, lo observó. Majestuoso, vigilaba cualquier movimiento entre los árboles.

El olivar dejó paso a otros campos sembrados de cereales o girasoles que aún buscaban los rayos del sol, aunque poco les quedaba para que los cortaran. La recolección del trigo estaba en pleno apogeo. Las altas temperaturas habían favorecido que la planta se secara al perder la

humedad, y pudieran conservarse bien tanto la semilla como la paja. El campo ofrecía un espectáculo veraniego con las balas esparcidas donde antes había crecido el cereal. Habría disfrutado del espectáculo si no estuviera tan preocupado por la noticia que lo había llevado de vuelta a su pueblo.

Dejó a la derecha la posada y, al subir por una pequeña pendiente, divisó a lo lejos la loma verde oliva que destacaba en lo alto de las casas blancas, imagen que llevaba grabada en el corazón. Formaba parte del perfil del pueblo que lo vio nacer, donde creció y tuvo las primeras experiencias de su vida. Redujo. Un extraño y a la vez conocido sentimiento de pertenencia le retumbó en el pecho.

La señal que indicaba que entraban en Alameda los recibió pintarrajeada. Hacía tiempo, algún artista había dejado su sello con el dibujo de hojitas de marihuana alrededor del nombre, una provocación, o una gamberrada, que las autoridades competentes no se molestaron en retirar.

A los pocos minutos, se detuvo. Habían llegado a la casa cuartel de la Guardia Civil. No tuvo que hacer muchas presentaciones; lo conocían de sobra. Comentó que eran los encargados de la investigación de la muerte de Julia Escalante y que querían ir al lugar de los hechos lo antes posible. El guardia que los atendió, Mariano Flores, les ofreció habitaciones, pero él le informó de que solo se quedaría la cabo Robles, aunque más tarde resolverían ese asunto. Flores les indicó que el cabo primero Paco Moreno y su compañero se encontraban en la escena del crimen.

Con premura, se dirigieron hacia la loma. Al llegar, Garrido vio dos coches aparcados junto al vehículo de la Benemérita, además de a bastantes curiosos.

Antes de bajar del coche, la cabo lo llamó:

—Mi sargento, ¿alguna recomendación para lo que podamos encontrarnos? Creo que mi tío —hizo un inciso y se aclaró la voz—, el comandante Robles del Castillo, tiene altas expectativas puestas en mí, y es mi primer caso sobre el terreno.

—No tengas prisa. La primera fase de la investigación puede resultar tediosa. Compruébalo todo, dos veces si es preciso. El abanico

es amplio; en ocasiones se tarda en encontrar una dirección. —Garrido recapacitó unos segundos y continuó—: Pregunta siempre lo que no sepas y recuerda que el honor es nuestra divisa. Si se pierde, no se recobra jamás. Ni el apellido podrá salvarte.

La subalterna asintió agradecida.

El sargento bajó del coche y se quitó la americana, que abandonó de cualquier manera en el asiento trasero del vehículo, y comenzó a subir hacia el grupo policial. La cabo lo siguió. Comprobó que se respetaba la zona acordonada y que la habían delimitado bien; sin embargo, había demasiados curiosos móvil en mano. Eran como paparazis a la caza del famoso.

El cabo primero Moreno estaba acompañado por dos personas: la jueza de instrucción Márquez —alta, rubia y con un rictus de tensión en el gesto— y el médico forense Llanos, al que conocía bien, un hombre de unos cincuenta años que llevaba un sombrero panamá blanco y que, en aquel momento, tenía un humor de perros. Por lo visto, el calor no le sentaba bien.

—Robles, pide que amplíen la zona acordonada —ordenó Garrido autoritario—. A este paso, salimos en Twitter o en YouTube.

Se acercó al cuerpo y se inclinó para observarlo con atención. Un técnico forense le pasó unos guantes de látex que se puso con cierto esfuerzo. Disimuló el impacto que le supuso ver aquel rostro conocido, tan similar al de ella y a la vez tan distinto. Buscó con la mirada a su subalterna y, con un gesto, le pidió que se acercara. La cabo se agachó. Julia estaba tendida a los pies de un gran olivo, cerca del margen de uno de los anchos senderos que parecían peinar aquella tierra. Fran tuvo la impresión de que descansaba sobre las hierbas silvestres que rodeaban el tronco, y que ese manto la protegía del terroso suelo. Quizá la hubieran dejado allí con cierta urgencia, pero le habían recolocado la ropa. Estiraron su vestido veraniego y tenía los brazos pegados al cuerpo. Dormía el sueño eterno al cobijo de un árbol centenario.

El sargento se incorporó y buscó con la mirada al guardia que había acordonado la zona. Le preguntó si habían tocado algo, pero este negó al tiempo que lo cogía del codo y se le acercaba de un modo familiar

para decirle:

—Mala cosa, primo. Al abuelo le ha dado un infarto.

La jueza anunció que no era momento de charlar mientras, contrariada, observaba la escena. Fran se sintió en la necesidad de darle una explicación:

—Discúlpeme, su señoría. Nací en este pueblo, y el cabo primero Moreno es mi primo por parte de madre. Conozco bien a la familia de la víctima. El abuelo al que se refiere es el padre de la occisa y el dueño del olivar: Manuel Escalante.

—Espero que eso nos ayude más que entorpecernos.

Tragó saliva; aún no las tenía todas consigo. Valoró si debía informar de que Candela, la sobrina de la víctima, y él habían sido novios, pero entonces pensó que tendría que dar demasiadas explicaciones y no sabía por dónde empezar. Decidió callarse y dirigirse a la cabo, que estaba tomando notas.

—Asegúrate de pedir el nombre y el teléfono a todos esos curiosos —dijo mientras señalaba al grupo con la barbilla—. Tal vez alguien haya visto algo.

—Mi sargento, no entiendo mucho sobre campo y maquinaria, pero creo que estas rodadas no parecen de tractor, son demasiado estrechas. Sugieren una dirección.

Fran miró con detenimiento las marcas de neumáticos que había en la tierra. En efecto, no parecían ser de una máquina de trabajo. Sin duda, eran de motocicleta.

—Hay varias… Que las fotografíen —ordenó—, que realicen un reconocimiento exhaustivo de la zona y que averigüen adónde van las huellas. Si faltan efectivos, pediremos más.

Regresó la mirada hacia el cuerpo sin vida de Julia Escalante. Recordó lo risueña que era y lo bien arreglada que iba siempre. En ese momento, sus ropas estaban manchadas de sangre y tenía la melena enmarañada. El cuerpo mostraba signos de violencia. Con un bolígrafo, el forense señaló unos orificios en el torso y el abdomen.

—Son heridas de arma blanca. —Volvió la cabeza de la muerta para mostrar una contusión y añadió—: También presenta un golpe en la cabeza.

Garrido escudriñó alrededor del cadáver y preguntó de forma rutinaria:

—¿Se ha encontrado el arma?

—No —afirmó Llanos, y luego ratificó algo que el sargento ya se imaginaba—: Me temo que este no es el lugar del crimen. Aquí solo la han abandonado.

La jueza lanzaba miradas a un lado y a otro sin perder detalle de la escena, al tiempo que hablaba con el secretario judicial, que anotaba con rapidez lo que le iba diciendo. Un agente tomaba fotografías del lugar. Arrodillado junto al médico forense, un técnico parecía valorar el cuerpo.

Fran miró a los curiosos reunidos tras el cordón policial. En ocasiones, a los asesinos les producía morbo presenciar ese espectáculo. Nadie le pareció demasiado sospechoso, aunque la distancia tampoco ayudaba. Se preguntó por qué el responsable de aquella muerte había escogido tan árido lugar. Por descabellado que pareciera, Julia también podría haber estado dando un paseo cuando la sorprendieron. El molino se situaba al fondo del olivar, próximo a allí, y ella solía acercarse en moto. No la imaginó caminando por ese lugar. La hipótesis del forense le cuadró.

El doctor Llanos se incorporó del suelo y se acercó a la jueza. Intercambió algunas frases con ella y luego se dirigió a él, que permanecía al lado de Julia.

—Sargento Garrido, triste circunstancia la que lo trae de nuevo al pueblo —dijo sin el tono de fastidio de hacía unos momentos.

—No se imagina, doctor Llanos —contestó con un rictus incómodo. Nadie sabía lo difícil que resultaría hablar con la familia.

—Veo que ha cambiado de compañero.

—Mi compañero está convaleciente. Nada grave, un disparo limpio. La cabo Robles es psicóloga y una entusiasta de su disciplina. Ya le he dicho que usted es el mejor… Cuénteme, ¿qué tenemos?

El médico levantó las cejas al oír el apellido y abrió los ojos en una mueca al tiempo que preguntaba:

—¿Familia de…?

Él asintió antes de que acabara la frase.

—Sí, la sobrina del comandante. —No valía la pena negarlo. Acto seguido le interpeló para que le ofreciera sus impresiones.

Llanos le pidió la libreta al técnico y, con la mirada orgullosa que la vanidad otorga a quienes entroniza un halago, se dirigió a la cabo:

—Mire, cabo. —Se inclinó sobre la víctima y, a modo de clase magistral, empezó a hablar. Fran mantuvo la atención sin dejar de escucharlo; le daba la impresión de que su voz sonaba como un eco que su cerebro registraría. No podía dejar de mirar a Julia y recordarla vital y activa. Al fin, Llanos pareció ir acabando y se centró en una pregunta que le planteó a Robles—: ¿Cree que podríamos estimar la hora de la muerte con lo que ve el ojo humano?

El médico, a quien le gustaba su faceta de profesor, animó a Robles a tocar el cadáver. Le ofreció unos guantes, pero ella rehusó.

—No me atrevería a hacerlo —contestó la cabo.

—Podemos conjeturar —respondió el forense—. Me aventuraría a afirmar que unas quince o dieciséis horas. Tendré más datos cuando esté en mi mesa. Vengan y podré mostrárselo.

Robles miró con cara de susto al sargento, que le correspondió con una sonrisa. Sería divertido verla en una tesitura como aquella; uno nunca se acostumbraba.

—Señores, ¿han terminado la inspección? —preguntó la jueza con el móvil en la mano.

—Sí, señoría, aquí ya hemos terminado.

—Entonces es suya, Llanos, ya pueden llevársela. —Se dirigió a Fran y añadió decidida—: Manténgame informada en todo momento, sargento. No quiero sorpresas.

Sacó una tarjeta del bolso y se la entregó. Fran comprobó que estaban los teléfonos y el e-mail del juzgado y, por detrás, escrito a bolígrafo, un número de móvil. Supuso que era el personal. Tras una breve inclinación de cabeza, se despidió y se fue hablando con el secretario del juzgado hacia uno de los coches que había aparcados al inicio de la loma.

Antes de que se llevaran a Julia, Fran dedicó una última mirada a la tía de Candela y no pudo dejar de preguntarse si ya se lo habrían comunicado. La imaginó angustiada, de camino al pueblo desde

Barcelona, el lugar más alejado al que pudo marcharse para olvidarse de él.

Bajó hacia el vehículo junto a la cabo que, con discreción, le preguntó si no era mejor quedarse un poco más. Él lo tenía claro: allí no hacían nada, tenían que buscar el escenario del crimen.

—Fran —lo llamó Moreno—, cuando estéis listos, pasaos por el cuartel.

—Dime una cosa, Paco, ¿cómo se ha enterado Manuel tan rápido?

—La encontraron unos trabajadores. Lo llamaron primero a él, supongo que porque son sus tierras. Luego a alguien se le ocurrió avisar a la Guardia Civil. Llegó con Sebastián casi a la vez que nosotros. Un padre no debería ver algo así —matizó enfadado—; no sé en qué pensaban esos tíos.

Moreno le explicó que, a pesar de que su compañero había acordonado la zona, no pudo evitar que los familiares vieran el cuerpo. Manuel había telefoneado a algún jefazo en sus propias narices, le explicó lo sucedido y le pidió que lo enviaran a él para investigar la muerte de su hija. Acto seguido, se desvaneció. Con ayuda de Sebastián, lo llevaron a casa para llamar al médico, y tuvo que hacer de tripas corazón cuando, al llegar, se vio obligado a explicarle lo sucedido a su otra hija, María.

Fran imaginó que Manuel habría llamado al coronel. Daba la casualidad de que también era del pueblo, aunque se había marchado de niño, pero conservaban la amistad. Ahí estaba el «la orden viene de arriba» que había mencionado el comandante.

—Ha sido terrible, primo. He tenido que dar la noticia dos veces. María se ha quedado destrozada.

El cabo siguió hablando e informó con cierta tensión de que Sebastián había regresado con él al lugar; no pudo impedírselo. Al rato recibieron una llamada de María diciéndole que el médico que había visitado a su padre lo enviaba al hospital de Antequera por algo del corazón.

La cabo Robles no perdía detalle. Mientras hablaban, llamó al hospital. Le confirmaron que Manuel Escalante seguía estable, que se quedaría en observación porque estaba muy nervioso. Había sido un

amago de infarto. Garrido le hizo un gesto de asentimiento. En su fuero interno, agradeció aquella noticia. No quería tener otro muerto en la misma familia.

—Sebas quería esperaros, pero no aguantó —continuó el guardia—. Está destrozado. Creo que no ha soportado el circo que se ha montado con el furgón del forense y los técnicos de criminalística. Esto es un pueblo, y a los del CSI solo los vemos por televisión. Estará en Las Golondrinas o en su casa.

—He hablado con los que la encontraron, mi sargento —intervino la cabo Robles—. Dicen que no tocaron nada, que solo le retiraron el pelo de la cara para ver de quién se trataba, pero uno tenía sangre en una manga de la camisa, así que pedí que le tomaran muestras, además de las huellas biológicas. Estaba tan nervioso que se ofreció él mismo.

—Buen trabajo, Paula —señaló—. Serán los primeros con los que hablaremos.

—Las marcas de neumático son de moto de trial —comentó el cabo Moreno—. A veces vienen algunos chicos a hacer carreras. Podemos localizarlos y pedirles que se pasen por el cuartel.

—Bueno, esto empieza. A trabajar —señaló Garrido—. Ya tenemos de dónde tirar. Encárgate, Paco.

Mientras daba instrucciones, le sonó el teléfono. Era un número desconocido, así que le pasó el móvil a Robles y le pidió que contestara. Supuso que sería para informarle de que alguien de la UCO iría a ayudarlos. Eran la excelencia dentro y fuera de la Guardia Civil. Aunque él deseaba formar parte de aquel cuerpo de élite, esperaba sacar adelante la investigación sin ellos, solo con su equipo. Era algo personal.

—Se ha cortado, mi sargento —informó la cabo, y le devolvió el teléfono.

Fran resopló e intentó mentalizarse de todo lo que se le venía encima. Por extraño que pareciera, solo deseaba estar cinco minutos a solas con Candela y preguntarle qué les pasó.

3

Las clases habían acabado, y las inminentes vacaciones estivales le generaban a Candela más angustia de la que desearía. Llevaba siete años viviendo en Barcelona y, desde hacía tres, trabajaba como interina en un colegio. Había dado un giro a su vida, cambió su futuro empresarial por dar clases en educación infantil, una etapa voluntaria que comprendía a niños con edades entre los tres y los seis años. Sin embargo, cuando estaba pensando en opositar, la posibilidad quedó congelada por el Gobierno de la Generalitat. La crisis se notaba por todas partes, y a ella le afectaba en la suspensión de nuevas ofertas de ocupación pública y en los recortes salariales que había visto en su nómina. Al saber que no tendría que pasar el verano estudiando, aparcó la posibilidad de regresar a su pueblo y quedó con unas amigas para planear qué hacer durante las vacaciones.

Caminaba sin prisas por el Eixample barcelonés rumbo al punto de encuentro. Le gustaba pasear por la Rambla de Cataluña, sortear a los turistas y ver las tiendas que ya exhibían las primeras rebajas del verano. El calor, un bochorno pegajoso por la humedad debido a la proximidad del mar, era lo que peor llevaba. Desde que había aterrizado en el Prat, seguía echando de menos el ambiente seco de su pueblo.

La ciudad lo tenía todo. Era cosmopolita, y la entusiasmaba su gran oferta cultural: cines, teatros, museos… Al principio, como apenas conocía a nadie, casi se volvió adicta. Creía que se le notaba que era de pueblo y que su acento la delataba. Con el paso del tiempo, fue perdiendo la intensidad de su tono y ganó confianza, sobre todo desde que aprendió catalán. Aquello la hizo sentirse integrada, aunque las personas con las que se relacionaba mezclaban ambas lenguas en sus conversaciones y nunca tuvo problemas por el idioma. Sus amigas solían decirle que su acento era lo más auténtico de ella, algo que

siempre la hacía sonreír y levantaba su autoestima. Le aseguraban que conservaba aquel timbre andaluz tan peculiar y característico que le daba un punto de simpatía y desparpajo.

Había salido del pueblo de forma precipitada porque, en los últimos tiempos, se ahogaba, aunque adoraba su Andalucía natal. Nunca pensó que la echaría tanto de menos. Era una inmigrante con nostalgia, sobre todo porque se había sentido como una refugiada que huía de sus orígenes. Expatriada. Como si al poner tierra de por medio fueran a desvanecerse los demonios que la perseguían. Cobarde. Por no pedir ayuda ni confiar en quien la quería. Culpable. Por la traición que había cometido.

Tras todos aquellos años en Barcelona, no le resultaba fácil regresar a Las Golondrinas. A Alameda. A su hogar. Aquella casa en la que había vivido casi toda su vida y que su abuelo Manuel había mandado construir cuando regresó de Alemania para compensar a la abuela Rosalía por los duros inicios de su matrimonio.

Nada más casarse, emigraron a Stuttgart, donde vivían hacinados en un piso de dimensiones reducidas con otras dos familias y trabajaban largas jornadas en una fábrica.

Allí había nacido su madre. Cuando cumplió los nueve meses, la abuela decidió regresar a España con la niña, mientras que él se quedó tres años más. El único consuelo del abuelo fue que su hermano siguiera con él. Sin embargo, Juan no estaba hecho para aquel lugar: no aguantaba el frío ni el trabajo duro, y se gastaba casi todo lo que ganaba en bares que cerraban al amanecer. También acabó volviendo a su tierra. Durante todo aquel tiempo, su abuelo Manuel no vio a su familia, y solo lo animaba a seguir el calor que le daban las cartas que recibía de su Rosalía, en las que esta le hablaba de cómo estaban los campos, de sus padres, de la niña, de ideas que se le ocurrían para la casa en la que vivirían: amplia, con un gran patio abierto y muchas flores, con mucho espacio para que la niña corriera, con techos altos y balcones para que las golondrinas construyeran sus nidos de barro y tuvieran un lugar al que volver cada primavera. Una casa que llenarían de niños.

Candela había oído aquella historia más de cien veces.

Por fin, Manuel regresó y compró una finca que lindaba con las tierras de su padre, donde el viejo molino de aceite se deterioraba por no sacarle rendimiento. Nunca le asustó el trabajo duro. Construyó la casa a la vez que reactivó el molino, la almazara donde se prensaba la aceituna para convertirla en aceite, primero con las cosechas de la familia y, con el tiempo, con las de otros vecinos que le entregaban las suyas a cambio de un porcentaje y de que él les devolviera el fruto convertido en líquido oleoso. De un olivo podían obtenerse entre veinte y veinticinco kilos de olivas, de las que, una vez prensadas, se extraían cuatro o cinco litros de aceite. Así comenzó el negocio. Cuando empezaba a funcionar, el viejo Escalante, ante la proximidad de una muerte segura, segregó las tierras y las repartió entre sus dos hijos. Al mayor, Juan, le tocó la parte donde se erigía el molino así como la casa familiar, situada en una calle céntrica del pueblo. Manuel heredó tierras que anexionó a las suyas. Sin embargo, sin el molino y el paso del agua, se quedaba sin nada. Tendría que volver a empezar. Sin embargo, Juan le pidió que se quedara con él, que trabajaran juntos como lo habían hecho desde niños. El abuelo había dado su palabra de continuar y siguió trabajando duro, pero Juan solo lo aparentó. Era un vividor, un tahúr sin suerte. Una noche tuvo malas cartas y lo perdió todo.

Como muchas familias, los Escalante tenían secretos, pero nunca se hablaba de eso. Julia había sido siempre curiosa y romántica; como en la casa había muchos temas que no se podían tratar, comenzó a escribir en su diario. De niña, Candela había leído uno de aquellos cuadernos, pero no lo encontró muy fascinante. Hablaba sobre el trabajo, la familia y su día a día. Así que, cuando ya fue mayorcita y le contaba sus confidencias, le hizo prometer que no hablaría de eso con nadie. No quería que un día su madre descubriera sus intimidades a través de aquellas páginas.

A pesar de que se había marchado a otro lugar, Candela adoraba la casa situada a los pies del olivar. Desde que tenía memoria, había vivido en ella con sus padres, abuelos y tíos. Tal vez Santiago, su padre, las abandonó por no conseguir que su esposa se alejase de la finca. El embarazo los sorprendió demasiado jóvenes y, en sus inicios,

les convino estar allí. Años después él quiso volar, pero su madre no se acostumbraba a estar sin su familia. Aunque quizá lo que no quería era quedarse sola durante las ausencias del marido que, por trabajo, pasaba varias noches fuera de casa. Su padre le dijo una vez que nunca le había perdonado a su madre aquel enganche y que no les diera la oportunidad de vivir solos, de criarla sin la interferencia de los demás.

Tenía siete años cuando vio a su padre salir por la puerta arrastrando una maleta. Era la hora de la siesta, el cortijo estaba en calma y ella jugaba con sus muñecas.

—¡Papá, papá! —gritó extrañada—. ¿Adónde vas?

No supo si lo que mostraba su cara era dolor o decepción. Tras unos segundos de silencio, este reemprendió la marcha. Sus ojos se llenaron de lágrimas al comprender que se iba para no volver. Esperó que se detuviera, que regresara sobre sus pasos, rodeara su cuerpo menudo con sus fuertes brazos y le dijese que la quería. Al mirar la muñeca que sostenía en la mano, destrozó el vestido que acababa de ponerle. Le pareció demasiado bonito para aquel momento tan triste.

De pronto, una sombra la sorprendió y, al mirar hacia arriba, vio a su padre a su lado. Se acuclilló junto a ella y tuvo la impresión de que le costaba sonreír.

—¿Por qué has roto el vestido de Mari Toñi? —le preguntó al tiempo que le pellizcaba la mejilla con cariño.

Ella miró la muñeca y se encogió de hombros sin saber qué contestar. Él le limpió la cara con sus manos grandes y callosas, y entonces Candela se arrojó a sus brazos.

—Llévame contigo —suplicó.

—Ahora no puedo, pero cuando seas mayor podrás venir a verme cuando quieras.

Tardó mucho tiempo en volver a verlo. Se había ido a Barcelona, y ella miraba con desconfianza en un mapa aquel punto tan lejos de Alameda. Pero había cumplido su palabra y, cuando ella necesitó huir de allí, él le ofreció un cuarto en su casa, junto con la nueva familia que había formado.

Cada verano buscaba las golondrinas en Barcelona, aunque nunca

las encontraba. Con añoranza, cerraba los ojos para oír aquel alegre gorjeo, y entonces se imaginaba en el patio del cortijo. Su madre y la abuela cosían; el abuelo, sentado en su sillón, hablaba con Sebas, y la tía Julia escribía en su diario. Decía que quería ser escritora, y todos se reían de sus sueños. Eran tiempos felices, cuando aún vivía la abuela.

Aquel pasado perdido guardaba la nostalgia de lo que pudo ser. Ella, que había llegado a renegar de un lugar en el que se había visto atrapada, deseaba que todo se mantuviera igual, que nada hubiera cambiado y tener la posibilidad de regresar al paraíso de su infancia. Un paraíso en el que su mundo infantil se había centrado en la familia de su madre: los Escalante.

Pero los amigos con los que creció —Isabel, Loli, Fran y Elías— fueron los que la ayudaron a no sentirse sola cuando su padre se marchó. Sin embargo, no podía evitar pensar que, más que nadie, su mundo lo había llenado Fran desde no sabía cuándo. De niños, aunque se peleaban mucho, siempre la protegía, y descubrir que la miraba furtivamente en la adolescencia le llenó el estómago de mariposas.

Aquellos años fueron muy intensos. Se forjó unos ideales sobre la amistad que, por aquel entonces, creyó irrompibles, pero el corazón es egoísta y traicionero. Los roces y la rivalidad surgieron entre ella y Loli casi sin darse cuenta. Ambas se habían fijado en Fran, el hermano de Isabel, y cada una quiso ganar su atención, tanto que hicieron una apuesta para ver quién lo conseguía. La ganó ella, pero aquello sembró el germen de lo que sucedería mucho tiempo después.

Los «Escalante de la loma», como los llamaban en el pueblo, los que vivían en la casa a los pies del olivar, eran el centro de su ser. Pero había otros Escalante, y estos eran harina de otro costal.

Juan, el hermano del abuelo, al que nunca conoció, se suicidó cuarenta años atrás. Su esposa, Dolores, era una mujer que hacía honor a su nombre; quejosa y de lengua afilada, durante años fue la viva imagen de la resignación. Con la ayuda del abuelo, salió adelante. Orgullosa, no se dejó amedrentar por las habladurías y crio a su hijo Ernesto muy pegado a sus faldas. Había hecho de él un hombre ambicioso, demasiado aficionado a la buena vida pero muy poco al

trabajo. Rivalizaba siempre con Sebastián, quizá porque eran la noche y el día, o tal vez porque el abuelo nunca le había permitido formar parte de la dirección del molino. A Candela le parecía algo normal, pero su tía Dolores no dejaba pasar la ocasión de reclamarlo, como si tuviera algún derecho. Sin embargo, pocas veces lo hacía delante del abuelo, una mirada suya conseguía dejarla muda.

Ernesto se había casado con Adela, una gallega que había llegado al pueblo para el verdeo y que se quedó al conseguir otros trabajos. Pronto se convirtió en la mejor amiga de su tía Julia. Candela nunca entendió qué vio en el primo Ernesto, un soltero maduro que vivía con su madre. Quizá se sentía lejos de su familia y quiso formar la suya, aunque, tras años de matrimonio, lo había abandonado hacía unos meses, según le había confesado Julia.

Candela no quería ser cruel, pero la tía Dolores tenía mucha culpa de que Adela dejara a Ernesto e incluso de que se fuera del pueblo. Nunca había permitido que la pareja hiciera su vida. Cuando se casaron, los obligó a vivir con ella con la excusa de que la casa era grande. Ella, diez años más joven que él, pronto se vio acompañando más a la suegra que al esposo. Al separarse, Adela no tuvo más opción que marcharse. Volvió a su casa, desde donde escribió un mensaje a Julia para decirle que estaba bien y que no regresaría.

«En todas partes cuecen habas, y los trapos sucios se lavan en casa», decía siempre su abuela. Al abuelo no le gustaban los chismes, no hablaba de nadie, ni tampoco permitía estar en boca de los demás. Quizá ella había heredado esa cualidad.

La privacidad que había logrado encontrar en Barcelona la llenaba de orgullo. El tiempo y la distancia cambiaban la percepción de las cosas. Allí no tenía que enfrentarse a chismes, preguntas ni miradas suspicaces.

La ciudad era impersonal, y se sentía libre. Nada le recordaba lo que le había pasado.

La voz de una de sus amigas la alejó de sus pensamientos.

—Entonces ¿te animas? ¿Vendrás con nosotras a Escocia o te vas al pueblo?

—Venga, Candela, las escapadas de última hora son como una

aventura —añadió otra.

Aquel viaje improvisado era su mejor opción, la excusa perfecta para retrasar, un año más, pasar el verano en el pueblo que la vio nacer o en la playa con toda la familia. Estaba decidido. Tenía que comprarse una mochila y unas buenas zapatillas de deporte.

—Será un viaje interesante —soltó ante las caras impacientes de sus compañeras de trabajo.

Se despidió de sus amigas con la idea de quedar al día siguiente para comprar los billetes y reservar una noche de hotel, lo único que querían llevar programado.

Al entrar en su piso, dejó el bolso encima de la mesa, junto a un gran plato de barro que contenía un sobre blanco, ribeteado en color dorado. Llevaba allí algo más de un mes. No estaba abierto, pero Candela sabía lo que ponía. Con bastante formalidad, los padres de Elías y la madre de Isa la invitaban al enlace de sus hijos. No quería ir. Su amiga lo sabía y, aunque le había dolido su decisión, parecía comprenderla. Por eso no entendía por qué le habían enviado la invitación. Luchó contra la idea de acudir al enlace; había pasado el tiempo y las heridas estaban curadas. Pero, cuando menos lo esperaba, regresaron las pesadillas y las noches de insomnio, así que pensó que era preferible dejar las cosas como estaban. «A veces es mejor no revolver la mierda», se dijo. Fran no iba a odiarla más de lo que ya lo hacía.

Se metió en la cama ilusionada con sus nuevos planes y apartó cualquier pensamiento que la llevara al pasado.

El ruido de una sirena se coló en sus sueños. Tardó en darse cuenta de que era el sonido del móvil. Corrió al salón, donde lo había dejado la noche anterior.

—Candela, soy mamá.

—Lo sé. Solo tú puedes llamarme tan temprano.

Por su silencio, entendió que su voz cantarina la irritaba. Pensó que iba a soltarle una de las suyas por no ir a la boda de su amiga o que iba a someterla a un interrogatorio de tercer grado para saber si

estaba con alguien. Sin embargo, en cuanto la oyó gimotear, se preocupó.

—Escucha, Candela. Necesito que vengas lo antes posible a casa. Es importante.

No tuvo tiempo ni de preguntar qué había ocurrido cuando se dio cuenta de que la comunicación se había cortado. Siempre había pensado que su madre era un poco histérica y dramática, así que se armó de paciencia y le devolvió la llamada, pero no le cogió el móvil. Entonces llamó al fijo del abuelo.

—Mamá…

—¿Qué parte no entiendes?

—Mamá, esto es un poco raro hasta para ti. ¿Puedes decirme qué pasa?

La oyó titubear y la notó nerviosa. Se asustó.

—No sé. Esto es una locura, una locura. Ven, el abuelo nos necesita a todos, vamos al hospital. Julia… Julia ha muerto.

La explicación que le dio fue tan escueta como increíble. Alguien la había matado. Le costó hacerse a la idea. Era tan sorprendente que por un instante le pareció vivir la escena de una de esas películas policiacas que tanto le gustaban en la que alguien acababa con la vida de una persona y había que esclarecer el crimen.

Ninguna la había preparado para lo que su madre le estaba explicando.

Le costó reaccionar. La vida siempre es más dura que la ficción más verosímil.

Al cortar la comunicación, reparó en que su madre se había hecho la fuerte para darle una explicación coherente. De pronto pensó en Sebas. Él y Julia eran mellizos. Habían sido los hermanos mayores que nunca tuvo. Se vio de niña, sentada entre los dos en el cine de verano. O ya de adolescente, cuando le gustaba imitar a su tía y se ponía a tomar el sol en el patio, a su lado, y Sebastián las regaba con la manguera a traición. No volverían a tener momentos como aquellos, pequeños pedacitos de felicidad.

Hacía dos días que habían hablado, y Julia ya no estaba. No podía creérselo. De pronto, una presión en el pecho la agarrotó, como si el

dolor proviniera de lo más hondo de su corazón.

Por unos segundos, entró en shock. La angustia se apoderó de ella como aquella vez, cuando su vida se rompió y Julia fue su único apoyo, la única a la que se lo contó.

Notó el corazón bombeando con rapidez, a la vez que su respiración aumentaba el ritmo y una especie de vacío llenaba su estómago. Era una sensación extraña que no sabía describir, pero notaba que los nervios bailaban en su abdomen.

Necesitó que pasara un buen rato hasta que la ansiedad le dio tregua. Su tía había sido el puntal que la había ayudado a no desfallecer. Recordó cuando se tumbaba en su cama, hecha un ovillo; la voz de Julia se le colaba por los oídos y la serenaba al tiempo que enterraba la mano entre sus cabellos y le masajeaba la cabeza.

—No ha sido culpa tuya, mi niña —le decía—. A veces hay gente mala.

La mente guarda recuerdos que creemos olvidados. En aquel instante, como fotogramas de una película, un pasado doloroso se le presentó en forma de agujas que se clavaban en su alma: unas manos desconocidas sobre su cuerpo, una huida, risas a su espalda… Los faros de un vehículo iluminando la noche oscura… La voz de Fran y sus brazos alrededor del cuerpo se le antojaban brasas.

Con Julia, todo parecía más fácil. Siempre que necesitaba hablar con alguien, sentirse comprendida, la buscaba en el molino y pasaba las tardes ayudándola en sus tareas. Su tía se ocupaba de la distribución y el marketing de la marca, pero lo sabía todo sobre el proceso de convertir las aceitunas en aceite. A veces la encontraba en la bodega, sentada en el suelo junto a los depósitos de acero inoxidable donde se almacenaba. Era una zona silenciosa, con una temperatura y humedad ideales que favorecían y preservaban al máximo la calidad del producto, el lugar secreto donde Julia dejaba volar la imaginación. Al verla llegar, se olvidaba de lo que estuviera haciendo y le pedía que se sentara a su lado; la escuchaba con paciencia y le daba sabios consejos. Con su madre nunca había tenido esa complicidad.

No imaginaba su vida sin Julia, sin poder llamarla cuando le

apeteciera o pasar un buen rato hablando de cualquier cosa. Podía comprender el desconsuelo de su madre, el de Sebas y el de abuelo, y por eso decidió que debía volver a casa. Le urgía estar con los suyos.

Sin ser consciente, las lágrimas resbalaron por sus mejillas y en un segundo el llanto la desbordó y la llenó de desasosiego. Necesitó coger una fotografía de ellas dos y apretarla contra el pecho, como si aquella acción disolviera el dolor que sentía. Luego miró el retrato. Quizá no era su mejor foto, pero sí la más espontánea. La había tomado su madre en la feria de Málaga hacía diez años. Ni ella ni Julia miraban a la cámara; compartían alguna confidencia y ambas sonreían, cómplices, ajenas a un coche de caballos que pasaba muy cerca de ellas. Aquella imagen representaba lo unidas que habían estado siempre. La pena le oprimió el corazón un poco más. Ya no podría compartir momentos así con su tía.

La vida no la había preparado para perderla. A ninguno de ellos. Tampoco preparó a Julia para perder a su joven esposo. Aquel fallecimiento repentino fue el primer encuentro con la muerte de un familiar que tuvo Candela. Tiempo después faltó la abuela, y en ese momento había ocurrido lo mismo con su tía, y de una forma trágica. Nunca se respondía igual a una pérdida. En esa ocasión, sentía un dolor tan intenso que tuvo que llevarse la mano al pecho antes de dejar que escapase un sollozo, una mezcla de rabia y lamento.

De pronto, pensó en el abuelo. Le angustió mucho que pudiera pasarle algo por el disgusto, que su corazón no aguantara tanto dolor.

Lo consideraba un hombre fuerte, pero la vida se había encargado de asestarle varias puñaladas de esas que dejan cicatrices profundas. Justo cuando nacieron los mellizos, Juan, su hermano, se suicidó. Aquello lo marcó. Ernesto, con apenas ocho años, lo encontró ahorcado. Su madre, mayor que su primo, le dijo que fueron momentos muy duros para la familia porque aquella muerte estuvo envuelta en un gran escándalo. Hubo habladurías de todo tipo, y casi los destrozaron. A Candela le preocupaba el efecto que aquella nueva desdicha pudiera tener en él.

Al instante, abrió el portátil. Entró en el portal de Renfe y compró un billete de AV E a Málaga. Cerca de Alameda se encontraba la

estación de Antequera-Santa Ana, en Humilladero. Con suerte, a las seis de la tarde estaría en casa. Era el medio más rápido para viajar. El avión no lo contemplaba, pues desde Málaga tardaría en llegar al pueblo, y en coche eran unas diez horas sin parar. El viaje sería muy pesado; además, no estaba en condiciones de conducir.

Se dio una ducha para despejarse, se tomó un café mientras metía lo indispensable en una maleta y salió hacia la estación de Sants.

Llamó a su padre de camino y le explicó la situación. Él le dijo que no estaba seguro de poder ir y ella lo disculpó. Casi prefería que no se encontrara con su madre. La separación y el posterior divorcio los distanciaron mucho cuando ella era pequeña, aunque habían conseguido mantener una relación cordial, austera y educada desde que ella se había mudado a Barcelona. Tenía que reconocer que su madre había puesto mucho de su parte; sabía que le dolía verlo. Él había rehecho su vida, tenía otra mujer e incluso otros hijos con los que Candela se llevaba bien, pero nunca le había conocido otra pareja a su madre.

También se lo comunicó a sus amigas, una vez subió al tren. Debía decirles que no podría ir de vacaciones con ellas. Un nudo en la garganta le impedía hablar, así que prefirió mandarles mensajes en los que les dijo que una urgencia familiar la obligaba a volver al pueblo. No fue capaz de confesar las circunstancias de la muerte de Julia, no las sabía, solo que la habían matado. Pensó que ya se lo explicaría en otro momento, pero les contó que había sido un suceso repentino y que tenía que estar con su familia. Sintió el cariño en las palabras que le escribieron. En aquellos momentos difíciles, las agradeció.

Absorta en el paisaje que discurría tras la ventanilla del tren, y sin mirar nada en concreto, se sobresaltó cuando anunciaron la llegada a una estación. En ese momento, decidió llamar a su madre. Seguía muy afectada, apenas podía hablar y, entre sollozos e hipidos, le relató de nuevo lo poco que sabía de lo sucedido. Añadió que el abuelo se había estabilizado y que estaba en observación.

Necesitó que pasaran un par de horas para atreverse a llamar a Fran. Tal vez él podría hacer algo. Era sargento en una unidad de la Policía Judicial o en un grupo de investigación de delitos en la

Guardia Civil de Málaga, no lo tenía claro. Su amiga Isabel se encargó de que supiera dónde trabajaba. Siempre se lo nombraba, aunque fuera de una forma velada. Su corazón empezó a latir muy deprisa cuando accedió a la agenda y marcó el número que conservaba. Rezó por que no lo hubiera cambiado, como había hecho ella. Tardaron en atenderla, y por un segundo se arrepintió. Su desconcierto fue aún mayor al oír la voz de una mujer. Sin saber qué decir, colgó. Llamó a Isa, pero no se lo cogió. Necesitaba noticias, así que le envió un mensaje: «Vuelvo a casa».

No pudo contener por más tiempo las lágrimas que trataba de evitar; durante unos segundos, aquella emoción de angustia y desarraigo se apoderó de ella de nuevo. Se acurrucó en su asiento. Por suerte, no tenía a nadie al lado, así que se dejó llevar por los sentimientos que la sobrecogían. Julia y ella se llevaban doce años. Había sido su hermana mayor, su confidente y su más fiel apoyo. ¿Cómo iba a afrontar la vida sin ella? Por su mente desfilaron recuerdos y vivencias que ya no volverían, pero también decenas de preguntas sobre lo que había sucedido para las que no tenía respuesta.

Por suerte, el cansancio del dolor la venció y durmió el resto del viaje.

4

Cuando Fran y la cabo Robles llegaron al cuartel, dos horas y media después de que les asignaran el crimen de Julia Escalante, ya les tenían preparado un despacho desde el que trabajar. No era ni mucho menos tan amplio como el de la unidad de Policía Judicial, pero contaba con una calidez de la que el otro carecía. Habían colocado dos mesas de forma perpendicular, haciendo una ele, y estaba muy ordenado. Garrido pensó en el montón de papeles que había dejado apilados en una esquina de su mesa y que encontraría a su vuelta. Estaba convencido de que ningún alma caritativa se encargaría de ellos.

En una reunión improvisada, repartieron las primeras diligencias: Paco Moreno y Mariano Flores se encargarían de buscar a eventuales testigos. Conocían el pueblo y las gentes a ellos, y eso podría facilitar la obtención de datos. También averiguarían si había habido delitos similares por los alrededores y barajarían a los sospechosos habituales. En esa época no había mucho que hacer, de manera que para los guardias era la oportunidad de adentrarse en trabajos de campo a los que no estaban acostumbrados.

Paco se emocionó por poder participar en una investigación, pero, sobre todo, por formar parte del equipo de su primo. Lo más complejo que le había tocado hasta el momento había sido mediar entre dos vecinos que se pelearon por las lindes en unos terrenos: tuvo que lidiar con que uno matara a balazos las gallinas del otro, mientras que este le echaba lejía en sus árboles cada noche. Rencillas de tiempo atrás, problemas de herencias, ya que los vecinos eran hermanos y tenían setenta años. En los pueblos no se andaban con bromas en cuestiones de herencias y de la sucesión del legado.

Hicieron una lista de las primeras actuaciones y Fran y la cabo Robles fueron a casa de la familia de la víctima. Mientras circulaban

por la calle principal, Fran vio a una mujer saliendo de la ferretería. Buscó un lugar donde detenerse y bajó del coche. Ella, que no parecía tener más de treinta años, se sorprendió al verlo. Al instante se le lanzó al cuello y se fundió con él en un abrazo.

Robles los observó desde el vehículo, mientras devoraba, casi con devoción, la uña del dedo anular de la mano derecha. Fran le hizo un gesto para que se acercase a ellos.

—Paula, te presento a mi hermana Isabel —dijo divertido al ver la cara de su subordinada—. Isa, ella es la cabo Robles, mi nueva compañera.

Isabel le dio dos besos y le preguntó a Fran, curiosa, por el brigada Vázquez. El sargento no quiso entrar en detalles. No quería preocupar a su hermana diciéndole que el día de antes había participado en un tiroteo. Solo le contó que estaba convaleciente y zanjó el tema.

—No sabía que vendrías. ¿Qué hacéis por aquí? ¿Qué ha sido tan importante como para traernos de vuelta al chico más estiloso de la Policía Judicial? —ironizó Isabel, y Paula pensó que no iba desencaminada. Con su altura, su tez dorada por el sol y su pelo negro parecía recién salido de una serie de televisión. El parecido era innegable, y en los dos destacaban sus ojos verdes. Isabel bromeaba con su hermano, y Paula vio la complicidad que había entre ellos. Isa trataba de sonsacarle algo—. ¿Me traes una sorpresa por la boda?

—Venimos por una investigación —musitó él con tensión en la voz y obvió su pregunta. Sospechaba que su hermana todavía no estaba al tanto, era bastante despistada, pero le extrañaba que no hubiera escuchado la noticia—. ¿No sabes nada?

—He estado en la casa nueva, ultimando arreglos. No he visto a nadie.

Isabel se casaba en poco más de dos semanas con Elías, su novio de toda la vida. Durante un tiempo, Fran esperó ver a Candela en esa fiesta. Eran amigas íntimas. Las veces que ella había ido al pueblo jamás coincidieron, y sabía que no había sido por casualidad. Sin embargo, su hermana se había encargado de decirle que no acudiría al enlace y creía que era por él. Sin embargo, la situación actual rompía todos los esquemas. Seguro que iría, al menos a su casa. El encuentro

sería inminente, como el choque de dos trenes. Apartó ese pensamiento y deseó que la investigación se resolviera antes de la boda. Quería disfrutar del enlace y ver la cara de su hermana al abrir el sobre con los billetes a Nueva York y la reserva en el Waldorf Astoria. Era su viaje soñado desde que, de jovencita, se aficionara a *Sexo en Nueva York*.

—Escucha, Isa, ahora no puedo hablar, tenemos prisa. Debo encontrar a Sebastián.

Isabel lo miró extrañada y él confirmó sus sospechas, que no sabía nada.

—¿Qué ha pasado? Si puede saberse, vamos.

—Se ha producido un homicidio —explicó Robles.

—Ha muerto Julia —aclaró él.

—¿Julia? ¿La tía de Candela? —Isa se llevó las manos a la boca para ahogar un grito. Por un segundo, Fran pensó que su hermana iba a desmoronarse al mirar la pantalla del móvil—. Tengo una llamada perdida suya y un mensaje. ¡Dios! Estará hecha polvo… Con lo unidas que estaban… No sé qué decirte, siento que sea así vuestro reencuentro —añadió compungida, él asintió con una mueca—. Te dejo, Fran, voy a llamarla. Si tenéis tiempo, venid a comer a casa.

—Isa, averigua cómo está y cuándo llega. Luego avísame, pero no le digas que llevo la investigación —se despidió—. Vamos, cabo, tenemos trabajo que hacer.

Al entrar en el coche, Robles lo observó y esperó a que dijera algo, pero le pareció que, si no indagaba, su sargento no soltaría prenda.

—Discúlpeme, mi sargento, pero algo se me escapa. Aunque tengo una gran capacidad para asociar ideas, no me vendría mal que me aclarara algunos puntos.

—Tarde o temprano se enterará, cabo, así que se lo diré, pero que no sirva de precedente, no espere que le cuente mi vida —matizó con seriedad—. Candela es la sobrina de nuestra muerta, la mejor amiga de mi hermana y mi exnovia.

El silencio los acompañó hasta Las Golondrinas, la finca de la familia Escalante, pero no había un alma que les abriera la puerta. El portón de madera oscura y clavos dorados estaba cerrado a cal y

canto.

—No imaginaba que un cortijo fuera así, pero, claro, no conozco ninguno —dijo Paula con una mueca de admiración por lo que veía. La puerta tenía señorío.

—Es una finca magnífica —respondió Fran.

Sin querer, se encontró explicando algunas de sus características, no en vano conocía bien la mayoría de sus rincones. Los había visitado de la mano de Candela.

Era una casa típicamente andaluza donde la luz tenía una importancia crucial. No podía negarse que la construcción del cortijo bebía de la influencia árabe y mantenía la estructura de las viejas haciendas andaluzas. Había sido diseñado sin olvidar la orientación del terreno, con el fin de mantener el sol a raya para no tener que enfriar la vivienda en los meses de calor. Fran conocía la sensación de cruzar sus puertas y notar el corte climático, algo que al visitante que pisaba por primera vez Las Golondrinas siempre lo sorprendía por lo fresco que podía ser en verano y su calidez en invierno. Para ello, en la edificación se habían usado materiales que aislaban del calor, y las paredes eran gruesas. Se habían creado espacios ventilados y se había estudiado la disposición de las habitaciones, jugando con las alturas de la casa. Por eso no era necesario usar aire acondicionado, algo de lo que Manuel se sentía muy orgulloso. Para ser honesto, dentro de la casa ni siquiera se echaba en falta.

Otro de los aspectos que Fran admiraba era la importancia del agua. El abuelo de la familia había mandado instalar una gran fuente en el patio interior, un espacio diáfano y cuadrado al más puro estilo de los cármenes granadinos, al que daba una balconera del piso superior. Sorprendía encontrar nidos de golondrinas en uno de sus costados, pero eso, en aquella casa, era lo normal.

En una de las paredes del patio había una pila de la que salía un grifo muy disimulado en la pared, escondido dentro de la boca de un león esculpido en mármol blanco. Sabía por Candela que la abuela Rosalía era amante de las plantas y las flores, y había decorado el patio con diferentes macetas que le daban mucha vida. El suelo era de baldosas cuadradas, de arcilla endurecida al horno, y las paredes,

blancas. A media altura, desde el suelo, estaban alicatadas con azulejos de filigranas en azul, verde y granate, muy típicas de aquellas tierras. Un limonero y un naranjo se retaban desde esquinas opuestas, y un jazmín se enredaba en la pared para luego trepar hasta la balconera. Su perfume inundaba las fosas nasales nada más entrar en aquel espacio y generaba una sensación de paz muy agradable.

La decoración también acompañaba. En la casa había tapices y grandes alfombras de esparto, algunas hechas a mano por gente del pueblo, y los muebles eran de madera maciza. Allí todo parecía de la mayor calidad y, según las habladurías, Manuel pagó gustoso todos los caprichos de su esposa.

Parecía que Las Golondrinas siempre había estado allí. Sin embargo, el patriarca tardó varios años en dejar el cortijo tal como lo habían soñado él y su mujer, un sueño plasmado en las cartas que iban y venían de Alemania. Lo sabía por Candela, a quien aquella historia la enternecía: era el regalo de un hombre a su esposa. Cada vez que se la contaba, conseguía emocionarlo. Por eso sabía que Manuel había cuidado todos los detalles de la casa y había dado instrucciones muy precisas al arquitecto, que había tenido en cuenta desde la humedad y la temperatura hasta los materiales y el estilo de una típica casa andaluza. El hogar, la vida que allí se vivía, lo aportaron Manuel y Rosalía.

Paula cortó su evocación con un gesto. Al mirar al otro lado de la calle, más allá de la plaza, vieron a tres hombres que los observaban curiosos.

Uno de ellos alzó la voz y dijo que no había nadie. Como si intuyera lo que habían ido a buscar, se acercó y añadió que Sebastián debía de estar en su casa. El sargento pensó que tendrían que hacerle una visita.

Era inútil que Fran intentara mantenerse distante. Todo el pueblo lo conocía, y era consciente de que el suceso corría como la pólvora, de boca en boca. Comprendió que sabían qué hacían allí. Pidió a Robles que les tomara los datos, por si era necesario hablar con ellos. Resultaba sorprendente la cantidad de cosas de las que se enteraban los vecinos.

Sebastián Escalante los recibió bastante afectado, se notaba que había estado llorando. No podían ni imaginarse el dolor que sentía. Por un momento, Fran intentó ponerse en su piel y pensar en que algo malo le pasara a su hermana; tampoco soportaba la idea de que le sucediera algo a Candela. Hacía mucho tiempo que había llegado a esa verdad, aunque sus vidas se hubieran alejado.

La mujer de Sebas les ofreció algo para beber. Lo agradecieron, hacía calor y no habían tenido tiempo de tomar ni un poco de agua. Les sirvió limonada natural con bastante hielo picado y se sentó al lado de su marido. Dos niños, de dos y siete años, correteaban por el patio. Se perseguían a la vez que un perro brincaba a su alrededor.

El tío de Candela les explicó que no veían a Julia desde hacía una semana, aunque la esperaban. Vivía en Málaga y trabajaba en la recepción de un hotel. Eso extrañó a Fran: no sabía que hubiera dejado la aceitera, quizá su hermana se lo contó, pero no lo recordaba. Le preguntó el motivo a Sebas, y este le dijo que trabajar en el pueblo y en la empresa familiar no era fácil, así que había querido probar otras cosas. Una conocida le había hablado de una vacante en un hotel y había solicitado el puesto. De aquello hacía ya dos años.

Garrido pensó que debía de haber algo más. Jamás intuyó que a Julia le desagradase el trabajo en Montolivo. Le encantaba formar parte de aquel proceso. Era una digna heredera de su padre. A su juicio, era la que mejor representaba la empresa y el negocio. Aunque también sabía que había tenido sus diferencias con Sebastián.

—Julia nunca dejó del todo la aceitera. Su trabajo lo podía hacer desde cualquier parte, solo necesitaba un ordenador y acudía siempre que se la necesitaba —aclaró Laura, la mujer de Sebastián—. Se la veía más feliz allí, aunque a veces parecía agobiada. No tenía mucho tiempo para ella. Lo que no acabo de entender es qué hacía en el olivar. Ella siempre subía a la oficina del molino en su vespa, pero está aparcada en la cochera de la casa.

Fran quiso decirle que era probable que no la hubieran matado allí, pero se contuvo. Era mejor ser prudente y no desvelar nada, al menos de momento.

—¿Va todo bien en Montolivo? —preguntó Fran. Quizá había algún

cabo del que tirar.

—Nos han robado varias veces. Garrafas y latas de aceite —respondió Sebastián—. No tengo la cabeza clara, no sé la cantidad que se llevaron ni cuánto hace. A veces no lo descubrimos hasta que pasa un tiempo.

—¿Lo denunciaron? —preguntó Paula.

—Sí, María lleva esas cosas.

—¿Algún otro problema? Montolivo ha crecido bastante, y me consta que siempre ha habido rumores.

Fran era consciente de que metía el dedo en la llaga de los Escalante, pero necesitaba saber si había discrepancias en la dirección o problemas en la empresa.

Sebastián no tardó en replicar.

—Si te refieres a rivalidades entre nosotros, te equivocas. Teníamos las normales. A pesar de ser mellizos éramos muy distintos; los piques eran los típicos entre hermanos que no quieren que el otro mande. En la aceitera no hay problemas, ni entre nosotros —matizó. Tras un silencio, intuyó a qué se refería Fran y añadió—: Los rumores y chismes del pueblo son los de siempre, de vez en cuando alguien pone en duda la legitimidad de las tierras de mi padre y la herencia.

Fran conocía aquellas habladurías, él también las había escuchado cuando vivía en el pueblo.

Sebastián continuó con inquina:

—Mi tía Dolores y su hijo siempre han defendido que se quedaron sin herencia cuando murió mi tío Juan, pero lo que vayan diciendo por ahí es cosa suya. En cualquier caso, hay quienes los apoyan. No es un secreto que Ernesto siempre ha querido participar en la aceitera, pero no admitía cualquier puesto. Él quiere mandar, estar en la dirección y, si es posible, junto a la caja. El trabajo duro nos lo dejaría a los demás.

Añadió, molesto, que su primo era un fantasma y un inútil. Su mujer le recriminó la forma de hablar y Fran recordó que Ernesto y él no se llevaban bien.

A Sebastián lo carcomían los demonios por tener que hablar de los Escalante del llano. Muchas veces había pensado que eran unos

aprovechados; aunque su tía le daba cierta pena, era una mujer insulsa que no sabía pasar página. Su padre los había ayudado siempre, como si fuera responsable de que su tío se hubiera gastado su dinero en el juego, había tenido que cargar con las consecuencias. Manuel levantó la empresa solo. Y su primo, al que le gustaba aparentar, quería seguir viviendo del cuento.

Esa forma de pensar le había llevado a discutir alguna vez con su hermana Julia. Lo reconocía, le molestaba mucho que fuese amiga de la mujer de su primo. Dos que dormían juntos no podían ser muy diferentes. Pero Julia siempre defendía a Adela, y aquello los había enfrentado en más de una ocasión. La última vez que habló con ella fue el día del cumpleaños del niño. Le advirtió que no faltara a su fiesta y ella prometió acudir, aunque habían discutido. Julia estaba preocupada por su amiga, y él le gritó que dejara de desvelarse por los demás y regresara de una vez. La necesitaban en la aceitera. ¿Qué había en Málaga que la tenía tan distraída? Hacía tiempo que Manuel les había hablado de lo que dejaría en herencia a cada uno y, no sabía por qué, él envidiaba la posición de Julia. Se había marchado y, a su entender, eso mermaba su entrega al negocio. Para colmo, era la que recibiría más patrimonio. Al enviudar, había vendido la casa que le regalaron sus padres cuando se casó y se quedó el dinero… Pero cuando Manuel muriera, todos recibirían lo mismo. ¿Acaso no era injusto? Él tenía dos hijos. Idolatraba a Manuel y era su mano derecha, pero en el fondo siempre había tenido celos al pensar que Julia era la hija preferida, igual que la nieta favorita era Candela y no alguno de sus hijos.

Laura le había dicho muchas veces que eran ideas infundadas, que no se atormentara con esas cosas que no lo llevaban a ningún lado. Pero, cuando se enfadaba, no podía evitar aquellos pensamientos negros. Y en ese momento se lamentaba de que, durante aquella conversación, no pudiera decirle a su hermana lo que en realidad sentía por ella.

Sebastián pensó que no era necesario hablar con Garrido sobre aquello… El rana había estado saliendo con su sobrina, pero eso no significaba que se pusiera de parte de la familia. Mejor no levantar la

liebre y que el del tricornio pensara lo que no era.

Olvidado el tema del primo y su rivalidad natural con Julia, propia de hermanos, Sebastián comentó cómo se dividían el trabajo. Él era el gerente de la almazara y de la bodega, se ocupaba del proceso de embotellar, envasar, etiquetar y almacenar el aceite de oliva. María llevaba la administración, y Julia, la distribución y representación de la marca, aunque era habitual compartir tareas y, por supuesto, contaban con ayuda, todos trabajadores leales. El clima laboral era bueno, y aunque Julia había decidido irse hacía dos años y no era lo que más les gustaba, habían respetado su decisión.

—Mi padre se ha ido alejando de la empresa. Acompaña… Acompañaba a Julia a actos o ferias, más por el marketing que porque lo deseara —añadió—. Sin embargo, lo que en realidad le gusta es trabajar la tierra, cuidar de los olivos y meter las narices en todo.

—¿Cuándo nos entregarán el cuerpo… para enterrarla? —preguntó la esposa, con la voz entrecortada.

—No lo sé, tienen que practicarle la autopsia.

—Uno siempre piensa que está a salvo, que estas cosas les suceden a otros —comentó Sebastián como si pensara en voz alta.

—Es cierto, señor Escalante —respondió Robles conmovida por el dolor de aquel hombre—. Necesitamos creerlo para mantener el miedo a raya, pero el mundo es peligroso. —Y, sin dar tregua, añadió—: ¿Tenía pareja?

—No, era una romántica, pero jamás me presentó a nadie. Aunque supongo que alguien habría. Como dice mi mujer, se la veía contenta.

—¿Alguna ruptura dolorosa? ¿Enemigos? —preguntó la cabo.

Sebas cruzó una mirada con Garrido.

—Hace mucho estuvo casada, ya lo sabes… —Observó al sargento y resumió lo que le había ocurrido a su cuñado—: Él falleció en un accidente, se cayó de un andamio. Enemigos, no creo.

—Se llevaba bien con todo el mundo. Todos la querían —añadió la mujer, y rompió a llorar—. No entiendo quién ha podido hacerle algo así. No soporto pensar que sufrió.

La escena debió de alertar a los niños que, aunque en el patio, no perdían detalle de la reunión a través de los ventanales. Detuvieron su

juego y la miraron curiosos. Ella se disculpó y, con disimulo, se levantó y salió de la estancia.

—Por lo que has dicho, ayer esperabais que Julia viniera —intervino Fran—. ¿Qué puedes contarme sobre eso?

—Celebramos el cumpleaños del pequeño, dos años. Montamos una fiesta en casa, por la tarde; aún quedan restos en el patio. Julia me dijo que vendría, pero no apareció. Mi padre y María se quedaron a cenar. Se marcharon tarde, pasada la una. Estuvimos bastante rato sentados a la fresca en la puerta con unos vecinos.

La mujer regresó y los niños se pegaron a sus piernas. Ella los tranquilizó diciéndoles que solo estaba triste.

—¿Es porque la tía Julia se ha ido al cielo? —preguntó el mayor, y la madre asintió.

—Se lo hemos dicho, mejor nosotros que un vecino —aclaró Sebas. Miró al sargento y añadió—: Atrápalo, Fran. Detén a ese hijo de puta y que se pudra en la cárcel.

No había mucho más que decir. El sargento y la cabo se levantaron y se despidieron con la promesa de avisarlos cuando pudieran recoger el cuerpo.

A la mañana siguiente, Fran recogió a la cabo en el cuartel y desayunaron rápido. Para él el segundo café. Se les hacía tarde. Antes de ir a hablar con el doctor Llanos, debían resolver algunos temas. Entre ellos, llamar al capitán.

Necesitaban más personal, tenían varias inspecciones, protocolos y diligencias que seguir. Fran había contado con la gente del puesto de Alameda para las primeras actuaciones, su primo Paco entre ellos, pero no podían desatender sus funciones por ayudarlos. Confiaba en él, pero precisaban un equipo. El capitán Gutiérrez, que coordinaba la operación desde la capital malagueña, le confirmó que le enviaría refuerzos: Sara Pardo, Alicia Blanco y Pablo Benítez. Aquellos compañeros le gustaban, todos eran buenos profesionales. Sin embargo, Fran sabía que Alicia no pasaba por su mejor momento, ya que su madre estaba enferma. Pero el trabajo era el trabajo, y no

siempre se podía conciliar con la vida personal y familiar. Deseó que, a pesar de sus circunstancias, tuviera la mente clara y despierta. Si no, le recomendaría que pidiera una baja laboral.

Fran y Paula entraron en la fría sala del Anatómico Forense. Era de imperiosa necesidad salir de allí con la causa de la muerte y, si era posible, con alguna pista con la que hilvanar la investigación.

Fran ya conocía la forma de trabajar de Llanos, muy obsesivo en su labor. No le gustaba dejar nada al azar. Le enviaría el informe detallado cuando estuviera seguro de sus conclusiones, no antes.

Al acercarse al forense, este se dirigió a la cabo, a quien nada más cruzar las puertas le mudó la expresión. «Seguro que se está acordando de todos sus antepasados —pensó Fran—, no es lugar para visitas».

—Cabo, la esperaba —la saludó el médico—. Buenos días, sargento. Ayer por la tarde vinieron los hermanos para identificarla.

Por un instante, Fran se quedó petrificado al ver el cuerpo sin vida de Julia. Se preguntó qué daño habría cometido para recibir semejante trato. Sin darse cuenta, evocó un momento en que su piel bronceada lucía con vida.

Qué extraña era la mente… Su recuerdo había volado a una tarde de primavera. Junto con Candela, habían tomado unos refrescos en el bar de la plaza con Julia y Alberto, su esposo. La pareja se mostraba muy acaramelada y no se avergonzaba de las muestras de afecto en público, como si fueran tan adolescentes como ellos. Hacía poco que se habían casado y planeaban viajar por Europa. Fran recordó haber pensado que le encantaría tener la complicidad de aquel matrimonio; quería que su relación se pareciera a la de ellos. No imaginaba que, unas semanas después, Alberto moriría al caerse de un andamio al que se había subido sin asegurarlo del todo. En un instante, Julia perdió al amor de su vida y quedó rota. No le había vuelto a conocer ninguna relación.

Mucho tiempo después, el que se rompió fue su corazón, y Julia, a pesar de ser el mensajero, lo consoló.

Los gestos incómodos de la cabo Robles lo alejaron de sus pensamientos. En un principio, pensó que aquella experiencia sería

ilustrativa para ella, pero, al ver su expresión de desagrado, se dio cuenta de su error. No era de los que solían acudir a la sala de autopsias para hablar con el forense, al estilo de las series americanas, y se lamentó por la escena que le esperaba a Robles. A pesar de eso, ella la superó con nota. Estuvo escuchando con atención las conclusiones del doctor, y salió de allí lo más rápido que pudo cuando este los despidió.

Tenían que esperar el informe. Llanos ya le había advertido que no le metieran prisas, pero con lo que les había comentado ya podían tirar de algún hilo.

—¿Qué opina, sargento? —preguntó Robles.

Fran necesitaba ordenar sus pensamientos. Llanos había sido frío en la descripción: Julia estaba embarazada de tres meses. Había mantenido relaciones sexuales horas antes de morir, y no había indicios de que estas no fueran consentidas. La habían apuñalado dos veces. Las heridas eran profundas y, con toda probabilidad, habría sentido mucho dolor. Pero la muerte se la había producido un golpe en la cabeza, en la zona parietal, con un objeto duro y romo. No habían encontrado el arma, por lo que debían inferir de cuál se trataba. Tampoco había huellas determinantes en el cuerpo que les dieran alguna pista.

—Que tendremos que devanarnos los sesos para encontrar al culpable —se lamentó Fran, y le devolvió la pregunta—: Y tú, ¿qué piensas?

—La familia dijo que no tenía pareja —señaló Robles.

—No tenía pareja conocida —aclaró—. Pero para acostarse con alguien no hace falta tenerla.

—Mucha rabia me parece a mí para matarla. No solo la apuñaló —se lamentó Paula sin hacer caso a la ironía del sargento—. Quizá el porrazo en la cabeza fuera el golpe de gracia.

—Sí, podría ser —zanjó Fran. No quería ni imaginar el tormento por el que había pasado Julia. Quizá no fuera objetivo, pero quería ser imparcial.

El doctor Llanos les había dicho que la muerte se había producido al final de la tarde y que la habían matado en otro lugar. Apenas había

sangre donde la encontraron, pero debía de haber perdido bastante. Sobre el arma poco pudo decirles, sospechaba que las heridas las había causado una navaja común, de las que la gente de campo solía llevar en el bolsillo o tener por casa, pero del objeto romo no pudo dar razón.

Fran caminó hacia el coche con aquella información hirviéndole en la cabeza. Agradeció que Robles, a su lado, fuera en silencio. Cuando estaba casi a la altura del vehículo, le lanzó las llaves a su subordinada. Esta las cazó al vuelo.

—Toma, a ver cómo conduces —señaló. Por como sonrió, pareció gustarle la idea—. Vamos al hospital. Con suerte, llegaremos antes de que le den el alta al padre de la víctima.

—A sus órdenes, mi sargento —respondió la cabo. Él la miró de soslayo; le gustaba su actitud.

Ya de camino, rompió el silencio.

—¿Qué opinas, cabo? ¿Tienes alguna hipótesis de por dónde seguir? —quiso saber.

—Debemos encontrar al padre del bebé, mi sargento. Y si tuvo relaciones antes de morir, ¿no habría un sospechoso?

—Podría ser.

—También tenemos que descubrir a los posibles testigos. Alguien tuvo que verla.

La cabo era lista. Le caía bien. La animó a continuar.

Robles inició un monólogo en el que trataba de dilucidar posibles vías de investigación. Era apremiante revisar su entorno laboral y familiar y, sobre todo, indagar en el personal. Parecía que la familia no estaba enterada de que mantenía una relación, por lo que supuso que era secreta.

—Tal vez el padre de ese hijo no estaba muy contento con la noticia —sugirió ella.

—Es una idea, hay saña en el apuñalamiento. El asesino quiso que sufriera antes de matarla —intervino Garrido y, tirando del hilo de sus pensamientos, continuó—: Entre las primeras cosas que pediremos a la jueza está la autorización para ver su casa, su móvil y su ordenador.

—Podríamos habérselo pedido ayer —se quejó Robles.

—No te apures, tal vez la familia nos allane el camino.

5

Había sido una noche larga en la que las vecinas habían pasado por Las Golondrinas para interesarse por lo sucedido. Algunas, las más cercanas, les habían llevado algo para cenar y, desinteresadas, les mostraban su cariño; otras solo fueron a oler y curiosear.

A la desazón por lo ocurrido, Candela tuvo que sumar la sorpresa al enterarse de que Fran llevaba la investigación del crimen. Se verían, y no estaba preparada para eso. Llevaba evitándolo siete largos años. ¿Qué iba a decirle? Le aparecieron sentimientos encontrados: por un lado, el deseo de verlo, de saber de él y que pudiera esclarecer los hechos y, por otro, el temor por lo que podría pensar de ella. Había pasado el tiempo, y no sabía qué sentiría al encontrárselo, aunque lo había imaginado mil veces.

Templó la inquietud; pasaría lo que tuviera que pasar, ya lo afrontaría en su momento. Lo importante en aquel instante no era ella, sino su familia.

Prefirió ir sola a recoger al abuelo. Su madre estaba muy afectada y la había dejado dormida en compañía de su amiga Toñi. Isa se había ofrecido a acompañarla, pero prefería estar sola al encontrarse con su abuelo, como si solo él pudiera darle el consuelo que su alma necesitaba. A ratos, la noche se le había hecho insoportable. Le sobraba toda la gente que había ido a darle el pésame, así que se había refugiado en la habitación de su tía, donde, tumbada en su cama, creía sentirla más cerca.

Era todo tan terrible…

Pero la mente es sabia y, a pesar de la angustia, le sugería recuerdos bonitos vividos con Julia. Así, sin darse cuenta, logró dormirse de madrugada, y el sueño, en vez de atormentarla con escenas de dolor, le había traído imágenes de su infancia.

Se vio de niña de la mano de su abuelo; Julia la llevaba de la otra.

Habían ido a comer pastelitos, como solían hacer muchas tardes cuando su tía la recogía del colegio y aparecía el abuelo y las invitaba a merendar. En aquel momento paseaban los tres por la feria del pueblo. La llevaban a «los cacharritos», como llamaba Manuel a las atracciones que ponían para los niños. Al llegar, ella quiso montarse en el tren de la bruja, y el abuelo y Julia no dudaron en subir con ella. La bruja daba escobazos a todo aquel que se despistara, pero, en una vuelta, el abuelo le arrebató la escoba, hecha de plumas de colores, y empezó a darle a Julia, a ella y también a la bruja, que trataba de recuperar su objeto mágico. Candela reía y se refugiaba en los brazos de su tía al tiempo que daba gritos de alegría. Reía tanto que, cuando salió de la atracción, le dolía la barriga.

Al recordar lo que había soñado, se le ocurrió una idea.

Antes de salir del pueblo, entró en una pastelería. Sabía que el abuelo agradecería un dulce. El local no estaba concurrido, y el pastelero, después de unas palabras de cortesía y pésame, no quiso cobrarle los pastelitos cuando le dijo que eran para Manuel. Le llenaba de orgullo el cariño y respeto con el que la mayoría de los vecinos hablaban de él, sobre todo en esos momentos tan duros para la familia.

Se dirigió con premura hacia el coche. Había cogido el todoterreno del abuelo, pero, al ir a entrar, una pareja salió de la casa que había delante y se sorprendió al ver de quién se trataba. La mujer agarraba el brazo de un hombre que, al verla, detuvo el paso. Durante unos segundos no supo qué decir, hasta que él se le acercó y notó la incomodidad que sentía. Recibió con tensión los dos besos que le dio.

—Hola, niña. ¿Cómo estáis? Y Manuel, ¿ya en casa?

—Hola, Ernesto. Ahora mismo voy a recogerlo —respondió.

—Entonces me pasaré después. Anoche quise acercarme, pero tenía que resolver unos asuntos y me demoré. Dale recuerdos y que se cuide.

—Estuvo tu madre. La vi mejor que otras veces.

—Sí, es dura como el alcoyano.

Tras el saludo, Candela quiso escabullirse, así que dijo que tenía prisa. Le cedieron el paso, entró en el coche y salió hacia Antequera.

Nunca le habían gustado los hospitales. El olor a desinfectante y la impresión de que la enfermedad correteaba por los pasillos le había servido para evitarlos. Pero en ese momento tenía prisa por llegar. No le agradaba la idea de que el abuelo estuviera solo y se arrepintió de no haber acudido la noche anterior para quedarse con él. Pero él se lo había pedido cuando habló con ella: «No dejes sola a tu madre, Golondrina». Escuchar su voz rota, con la que trataba de mantener la calma, la hizo llorar aún más.

Al entrar en la habitación, lo encontró sentado en un sillón, mirando por la ventana. Parecía ausente. Lo observó unos segundos antes de hacerse notar. Era como si hubiera envejecido. Él volvió la cabeza despacio y, al verla, sus ojos brillaron. Se levantó y le abrió los brazos al tiempo que ella rompía a llorar y se refugiaba en ellos. Durante unos minutos, se sostuvieron el uno al otro. Ella se sintió la niña que fue, la que siempre encontró seguridad y consuelo en el abuelo, pero esa vez no estaba segura de quién ayudaba a quién.

Notó sus fuertes brazos rodeándola y comprobó que conservaba la robustez que da el trabajo de toda una vida en el campo, día tras día. A su edad, setenta y seis años, seguía al pie de los olivos. Hacía tiempo que había dejado a los hijos la dirección de la aceitera, pero a él le gustaba ir al olivar, y el trabajo duro no había mermado unos rasgos que parecían de patricio. Era un hombre alto, con el pelo gris abundante y sin amenaza de calvicie, aunque en aquellos momentos su porte señorial estaba en horas bajas. El dolor había ganado, y eso se reflejaba en su cara.

Manuel observó a su nieta, su Golondrina, y su rostro lo confundió por un segundo. Se parecía tanto a Julia… La estrechó con fuerza, como si aquel abrazo también le llegara a su hija muerta. Desde que supo la noticia, no había dejado de pensar en su hermano Juan. «Las pérdidas no pueden compararse —se decía—, el dolor parte el corazón», pero allí, abrazado a Candela, pensó que era como sentir de nuevo que le arrebataban una parte de sí mismo. Se prometió que su corazón no volvería a fallar, no antes de averiguar la verdad de aquella tragedia.

—La tiraron, la dejaron en el suelo como si fuera basura —se

lamentó el abuelo con dolor.

—No pienses eso, abuelito —respondió Candela con el diminutivo cariñoso con el que lo llamaba desde niña. Quiso decirle otras palabras, pero no las encontró. Se separó un poco y le mostró el paquetito que le había llevado y había dejado con las prisas sobre la cama cuando lo abrazó—. Mira, te he traído unos pasteles. Seguro que no has comido nada.

Se sentó en la cama y el abuelo se acomodó de nuevo en el sillón con los pasteles en el regazo. La seguridad con la que lo había visto toda su vida parecía haber desaparecido. El carisma y la decisión que lo caracterizaban ya no estaban; era la viva imagen de un hombre derrotado.

Candela estaba muy unida a su abuelo, y en aquel instante se reprochó haberse alejado de su lado. Buscó palabras de consuelo, como las que él siempre tenía para ella, pero lo único que pudo hacer fue cogerle la mano y mantenerse en silencio a su lado.

Hay veces en que sobran las palabras.

—He visto a Ernesto al salir de la pastelería —dijo al cabo de unos minutos—. Está muy desmejorado… ¿Cuántos años tiene?

—Uno menos que tu madre.

—Pues te aseguro que hasta tú tienes mejor aspecto. Me ha preguntado por ti.

—Seguro que está muy preocupado —ironizó—. ¿Fue anoche a la casa?

—No, pero su madre sí —respondió—. Iba con otra mujer.

—Sí, la nueva. Es inglesa.

Hizo un gesto de desinterés, y Candela comprendió que el abuelo había hablado de más. No le gustaban los chismes.

Pensó que la mujer debía de ser uno de los británicos que llegaban buscando el sol y el calor del sur. Desde hacía tiempo, un buen grupo se había establecido en una pequeña colonia entre Alameda y Mollina, el pueblo vecino. Algunos alquilaban casas o pisos, pero la mayoría se alojaban en aquella zona que era como un camping, donde habían abierto hasta su propio supermercado. A ella no dejaba de parecerle un patatal donde los ingleses se ponían como gambas con el Lorenzo

apretando, sobre todo en los meses de verano. La playa se hallaba lejos, pero en más o menos una hora podían estar en Torremolinos, Benalmádena o Fuengirola. El mar y el sol atraían a los turistas, un clima privilegiado para las gentes del norte que huían de la lluvia y el frío, a pesar de que el termómetro echara humo por el calor. Algunos se integraban y trataban de aprender español, lo que generaba simpatías por su pronunciación, *spanglish*, pero otros solo hablaban en su lengua. Sin embargo, todos eran bienvenidos. Los del pueblo se habían adaptado, y aquellos guiris ya formaban parte del colorido y del perfil de los lameatos, gentilicio coloquial que usaban para referirse a sí mismas las gentes de Alameda.

Abuelo y nieta intercambiaron algunas frases, palabras para darse ánimos. A Candela se le partía el alma, pero tenía que mostrarse entera, fuerte para sostener a su abuelo, aunque iba a romperse de un momento a otro. Tuvo que hacer un gran esfuerzo y no permitir que el llanto la derrumbara. Lo mejor era centrarse en cosas concretas.

Lo animó a comer algo mientras ella hablaba con las enfermeras. Quería saber si iban a darle el alta. Estaba deseando largarse de allí.

Fran dejó el coche lejos de la entrada del hospital. El aparcamiento estaba lleno, y la sombra brillaba por su ausencia. Hacía otro mediodía caluroso. La americana que llevaba era de color claro, de un tejido fresco, aunque en aquel momento no se lo parecía. Iba sin corbata. A su lado, la cabo Robles vestía mucho más informal: tejanos claros, camisa sin mangas y unas sandalias de esparto con cuña. Garrido pensó que quizá debería revisar su vestuario mientras durara la investigación. Se había acostumbrado a llevar aquellos trajes hacía un par de años, durante el tiempo que estuvo en Madrid. Con ellos, su aspecto cobraba seriedad y, en su pueblo, la distancia que él quería marcar no podría señalarla de otra manera. Para las gentes de Alameda, siempre sería el niño rana, mote que le pusieron en su infancia porque le gustaba el agua.

Siempre había querido ser guardia civil, como su padre, pero descubrió que se le daba bien nadar y se federó como nadador.

Participó en varios campeonatos de la comunidad y estatales, y ganó la mayoría de ellos, hasta que dejó de disfrutarlo. Entonces redefinió sus objetivos y entró en el cuerpo. Por aquella época, pensaba que unos años de sacrificio no romperían sus lazos con Candela, pero se equivocó. Más de una vez se había preguntado si su formación fue lo que los distanció.

Tras estudiar Criminología, había entrado en la Academia de Guardias y Suboficiales de Baeza para el acceso a la escala de cabos y guardias. Al mismo tiempo, su hermana y Candela se fueron a estudiar a Málaga: Isa, Enfermería, y la Golondrina entró en una escuela de negocios; su familia quería que algún día dirigiera la aceitera. Estaban separados, pero Fran se centró en la profesión que había escogido. Estudió duro para optar a un puesto de mayor responsabilidad. Se ganó el respeto de sus superiores por la seriedad, el celo y la abnegación en sus investigaciones. Le gustaba su trabajo, y eso implicaba esforzarse para hacerlo bien.

Sin embargo, en aquel caso no solo era cuestión de hacerlo lo mejor posible… Había algo en juego que lo hacía ir con pies de plomo. La investigación sobre Julia Escalante marcaría un antes y un después no solo en su carrera profesional, sino también en su vida.

Al entrar en el hospital, se quitó las gafas de sol y recorrió en silencio los pasillos que los llevaban al cuarto de Manuel, donde esperaba que él siguiera. En el mostrador le habían dicho a Paula que tenía el alta programada. Ni todos sus años en el cuerpo, su paso por la academia y los diferentes destinos lo habían preparado para una entrevista como la que iba a hacer en ese momento.

Mientras se acercaban a la habitación, trató de concentrarse en lo que había ido a hacer. Se sintió descubierto en sus pensamientos cuando oyó que Robles le preguntaba:

—¿Todo bien, mi sargento?

—Todo bien, cabo.

Se limitó a responder, y ese fue el revulsivo que necesitó para centrarse y comportarse como el profesional que era.

Paula llamó con los nudillos a la puerta, que estaba abierta. Una voz grave les dio paso. Sentado en un sillón, vestido de calle y comiendo

pastelitos los recibió Manuel Escalante. Al verlos, dejó los dulces sobre la mesa y se limpió las manos. Fue hacia Fran y le estrechó la mano que este le tendía.

—Te acompaño en el sentimiento, Manuel. Siento mucho lo ocurrido —expresó Fran emocionado, pero se aclaró la voz para continuar—: Te presento a mi compañera, la cabo Paula Robles. Nos encargamos de la investigación, venimos de forma oficial.

—Me alegra saber que el coronel escuchó mi petición. No me gusta abusar de las amistades, y menos de alguien que conocí casi en otra vida, pero en este caso he usado todas mis influencias —respondió—. Tu padre estaría orgulloso de ti.

—Señor —añadió Robles—, lamento lo ocurrido y que le molestemos aquí, cuando todavía está convaleciente, pero necesitamos hacerle algunas preguntas. ¿Quiere sentarse? Estará más cómodo.

De pronto, Fran sintió una presencia a su espalda y se volvió. Candela los observaba en silencio, a pocos pasos de la puerta. Llevaba una falda corta y una camiseta negra, el pelo ensortijado recogido en una coleta alta y los ojos hinchados. Su rostro reflejaba tristeza, pero aun así pudo ver un brillo de sorpresa.

—Hola, Fran.

—Hola, Candela.

Por un instante, el tiempo se paró, y tuvo la impresión de que estaban los dos solos en aquella habitación. No hicieron falta palabras. Con la mirada, le dijo cuánto sentía aquella pérdida y ella se lo agradeció con una inclinación de cabeza.

Candela no esperaba aquel encuentro, no estaba preparada, pero todo lo que imaginó que sentiría cuando volviera a verlo no fue nada comparado con lo que se movió en su interior. La presencia de la mujer la despistó, pero sus ojos solo podían centrarse en él. Estaba rota por dentro, y lo único que quería era que él la abrazara.

Fran se dio cuenta de que ella daba pasos cortos para acercarse a él y, de forma inconsciente, abrió los brazos. Sintió cómo se pegaba a su cuerpo y sollozaba contra su pecho. Quiso eternizar el momento, pero el carraspeo de su compañera lo devolvió a la realidad.

—Candela, esta es mi compañera, la cabo Robles —dijo soltándola

—. Estamos aquí de forma oficial.

—Ah, claro… Esto, lo siento. —Candela se recompuso, se disculpó y saludó a la cabo—. Hola.

Se acercó al abuelo y lo agarró por la cintura. Él la atrajo hacia sí, la besó en la frente y le dio el calor que necesitaba.

—¿Por qué no nos sentamos? —propuso Fran.

Junto a la cama había un sillón y dos sillas, así que la cabo las acercó. Candela invitó al abuelo a sentarse en el sillón y ella se situó al lado.

—¿Qué podéis decirme de cómo murió mi hija? —preguntó Manuel de forma directa.

—De momento, poco, pero pronto tendremos un hilo del que tirar —respondió Fran. Quería ser sincero.

—¿Cómo murió? —quiso saber Candela esforzándose por controlar el llanto.

Fran tardó unos segundos en responder. Aquella pregunta era siempre delicada, y no quería causar más dolor del que ya sentía la familia. Además, en su fuero interno, se despertaban sentimientos de protección para evitar a Candela más tormento del que ya sentía. Aunque tampoco podía negarles la información, midió sus palabras.

—La apuñalaron de gravedad, pero lo que la mató fue un fuerte golpe en la cabeza.

Candela sollozó pegada al hombro del abuelo mientras a este se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Cuándo nos entregarán a la tía Julia? —preguntó Candela con un nudo en la garganta. Lo miró esperando que fuera él quien respondiera.

—Supongo que esta tarde, pero no lo sé.

Candela agarró la mano del abuelo y entrelazaron los dedos.

Fran miró la escena y luego, de reojo, a la cabo, que sacaba una libretita de uno de sus bolsillos traseros. Decidió empezar el interrogatorio.

—¿Cuándo viste a Julia por última vez, Manuel?

—Hace dos tardes, antes de ir a casa de Sebastián.

Era difícil concentrarse con ella delante, agarrada al abuelo como si

necesitara que la sostuvieran y la mirada perdida para no enfrentarse a la suya. En realidad, le hubiera gustado preguntarle por otros temas, pero aquel no era el lugar, ni mucho menos el momento.

La cabo Robles se movió y, por el rabillo del ojo, Garrido vio que se impacientaba. Quizá había dejado un silencio más largo de lo que él pensaba.

—Bien, Manuel —siguió—. Me duele tener que preguntarlo, pero ¿puedes decirnos qué hiciste esa tarde? Antes de acudir a la fiesta de Sebas.

Candela se incorporó de golpe.

—Pero ¡serás miserable! ¿Acaso estás acusando a mi abuelo? —inquirió indignada—. ¿Eres tonto? Estáis perdiendo el tiempo aquí en vez de buscar al culpable.

—Golondrina, deja que el muchacho haga su trabajo.

Candela bufó y se disculpó, pero no fue capaz de callarse.

—Abuelo, no es cualquier muchacho. Tendrá galones, pero es el niño rana.

—¡No, no lo soy! —rebatió Fran molesto—. Soy el sargento Francisco Garrido de la Guardia Civil, y podemos hacer esto aquí o en las dependencias de la Policía Judicial. Y si no quieres llevarte una amonestación, como mínimo, por insultar a la autoridad, mejor quédate calladita.

«No tenía que haber perdido los papeles», se recriminó. Él era un profesional, y no podía dar muestras de que ella todavía le afectaba.

—Mi sargento… —La cabo Robles lo interrumpió y le dio tiempo para que se recuperase. Se dirigió a Manuel y retomó ella las preguntas—: ¿Tiene idea de quién podría haberle hecho algo así a su hija?

—En los pueblos siempre hay envidias. Mi familia no es ajena a ellas, pero no, no lo sé.

—A ver, Manuel. —Fran soltó el aire que retenía. No sabía qué le había pasado para explotar así. Pidió disculpas al hombre con un cruce de miradas y hasta creyó ver una sonrisa en el viejo—. ¿Puedes contestar a la pregunta? ¿Dónde estuviste antes de ir a la fiesta del niño?

—Estuve en casa. Aguardaba al albañil, al hijo de Felipe —respondió con voz firme pero emocionada—. Ella entró en el patio; fue una sorpresa. Tampoco creo que Julia esperara ver a nadie. Dijo que había estado en la oficina, en el molino, y que se había acercado para recoger unas cosas. Tenía que resolver un asuntillo antes de ir a casa de Sebastián para la fiesta. Hablamos un rato y entonces me dijo que salía con un hombre, que había pensado irse con él unos días.

—¿Así que usted sabía que tenía pareja? —interrogó Robles.

—Hasta ese momento no.

Fran miró a Candela, que escuchaba con asombro, y la sondeó:

—Y tú, ¿sabías algo?

—No. No nos lo contábamos todo, según parece —respondió con tristeza.

Para ella, Julia había sido un pilar en sus horas bajas. Era su paño de lágrimas y su confidente. Le dolió pensar que, mientras que ella le había abierto su alma, su tía no había tenido la confianza suficiente como para decirle que salía con alguien.

Fran supo que ella decía la verdad, y también que se sintió decepcionada por no saber algo tan importante sobre su tía.

—¿Qué pasó? —preguntó Fran al abuelo.

—Nada, aunque no me gustó saber que pretendía irse con ese hombre sin que yo lo conociera. Ya sé que no era una cría, ella hacía su vida, pero llámame antiguo… Habría preferido saber con quién se iba. —El hombre se enjugó unas lágrimas y añadió—: Ojalá me hubiese comportado de otra manera para que ella hubiera confiado más en mí. Debí ser más comprensivo.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Paula.

—Algo la inquietaba. Pensé que a lo mejor era el trabajo, pero me dijo que no. Yo no entendía por qué seguía en Málaga y no regresaba a casa, pero a ella le gustaba más la ciudad que el pueblo.

Fran escuchó con atención cómo Manuel, lleno de dudas, aseguraba que su hija había cambiado de la noche a la mañana hacía dos años. De repente, incluso a él, que siempre la vio familiar y muy pegada a los suyos, le resultó extraño que quisiera dejarlo todo.

—¿Por qué pensaba eso? —quiso saber Robles.

—No sé, le apetecería volar. Un buen día dejó la aceitera, se marchó a la ciudad y se colocó en un hotel. Sebastián tuvo que ir a convencerla de que volviera y no dejara su trabajo. Somos una empresa familiar que va creciendo, y todos somos útiles. Pero ella se negó. «Quiero probar un tiempo», dijo. Sin embargo, aceptó mantener sus funciones desde allí, y en un periquete montó una oficina en el piso que había alquilado.

Fran miró con disimulo a Candela. Esta observaba a su abuelo y, por mucho que deseó que sus miradas se cruzaran, no lo consiguió.

Manuel seguía con su relato. Se culpaba por no haberse percatado de que su hija quería ver mundo más allá de la aceitera.

—A Julia siempre le gustó escribir —continuó el hombre emocionado—, era una idea que la perseguía desde pequeña, y creyó que el hecho de irse a Málaga le daba la oportunidad de hacerlo. Se matriculó en un curso de escritura.

»Su profesor decía que tenía talento. Dijo que iban a publicarle una novela. ¡Una novela! ¿Puedes imaginártelo? Eso que llevaba años garabateando era una novela —ironizó Manuel—. Me aseguró que lo lograría. No la apoyé porque me costaba creerlo, y a ella le molestó mi actitud.

—¿Y le dijo algo sobre el hombre con el que pensaba marcharse? —preguntó la cabo.

—Se llama Vicente y está casado, pero parecía no importarle —respondió molesto—. Quise abrirle los ojos y la censuré; yo no la había educado así. Ya sé que no era una niña, ni siquiera una jovencita, sino una mujer que tomaba sus propias decisiones, pero quería dejarlo todo por un hombre que no era de fiar. Si engañaba a su mujer, acabaría engañándola a ella. Me enfadé, lo reconozco. Él tenía hijos mayores y le sacaba doce años. Pero lo que más me dolió fue que pensara que lo necesitaba. Dijo que estaba embarazada. —Fran se dio cuenta de que Candela abría los ojos incrédula, y enseguida le brotaron las lágrimas de nuevo. El abuelo le apretó la mano, como si así pudiera consolarla—. Ya sé que soy un viejo, pero hasta yo sé que en estos tiempos una mujer no necesita a un hombre para criar a un hijo. Además, estaba su familia para ayudarla. Julia

pensaba que él lo dejaría todo por ella, pero yo no estaba tan convencido. Creyó que yo no la apoyaba, y me dijo que iba a tener a aquel niño con ese hombre o sin él. No me pedía permiso, solo me informaba de lo que iba a hacer, y, si no quería saber de ella, no tendría que conocer a ese niño que estaba en su vientre.

Manuel cerró los ojos al recordar la escena y negó con la cabeza, como si se censurase. Frunció los labios y continuó:

—Tuve que serenarme, me disculpé. ¿Cómo había podido pensar que le daría la espalda? Ella estaba feliz por aquella criatura, y yo no podía juzgarla. Hacía tiempo que se había resignado a la idea de que jamás sería madre, y el destino le daba una oportunidad. Había sufrido tanto tiempo atrás… Fue viuda demasiado joven, y siempre había soñado con tener una familia, pero nunca había encontrado a la persona adecuada. En ese momento, una vida se abría paso en su vientre. No tuve más remedio que felicitarla. Su alegría me tocaba el corazón —explicó Manuel. Tomó aire y se aclaró la voz, que se le rompía. Necesitó unos segundos para seguir—: Me pidió que no dijera nada a sus hermanos, ya que quería darles la noticia en persona. Cuando llegó el albañil, Julia subió a su habitación. Hablé con el hombre y me marché con él. Me despedí desde la escalera; ella gritó desde arriba. Dijo que vendría más tarde, pero no apareció. Al regresar a casa y no encontrarla, pensé que se habría ido con el tal Vicente. Me enfadó que ni siquiera se molestara en presentarlo a la familia.

Fran le acercó un vaso de agua. Manuel, emocionado, se limpió las lágrimas con un pañuelo. Candela lloraba en silencio a su lado y al sargento se le partió el corazón. Por mucho que ella tratara de parecer fuerte, no lo conseguía. Intuía el dolor intenso y lacerante que sentía por la pérdida de su tía, una de las personas más importantes de su vida. Quería abrazarla, darle consuelo, pero no lo hizo. Manuel se dirigió a ella para reconfortarla:

—Estoy seguro de que pensaba telefonearte para contártelo todo —le dijo, y ella asintió con una mueca parecida a una sonrisa.

—Sí, yo también lo creo.

—¿Dijo algo más sobre ese tal Vicente? —preguntó Paula.

—Creo que había sido su profesor de escritura creativa —respondió Candela—. Me parece recordar que lo conoció en una conferencia. No sé cómo no sumé dos más dos. Hablaba mucho de él.

Quiso parecer natural, pero se sintió decepcionada por no saber algo tan importante sobre la vida de su tía. Se preguntó por qué no se lo habría contado. Aquello aumentaba más, si cabía, la sensación de pesar en su corazón. Sin darse cuenta, un suspiro hondo y profundo escapó de su garganta. Fran la miró, y en sus ojos pudo ver que intuía cómo se sentía. A ella no le gustó percatarse de que seguía siendo tan transparente para él.

—Primero Juan y ahora Julia… No sé por qué Dios me castiga tanto —observó Manuel como si pensara en voz alta.

—¿Por qué dice eso? —inquirió la cabo.

Fran observó a Manuel, que parecía buscar las palabras adecuadas para responder.

—Ambos han tenido una mala muerte. Mi hermano se quitó la vida, tomó malas decisiones y no supo hacerles frente, y a Julia… —sollozó incapaz de terminar la frase.

Manuel se quedó callado, inmerso en sus pensamientos. Parecía derrotado. Candela les preguntó si podían dejarlo ya, y Fran no tuvo ninguna objeción. Quería seguir hablando, pero sobre otro tema. Sin embargo, accedió y les dijo que estarían en contacto.

6

Ernesto Escalante llevaba más de una hora sentado en el bar de la piscina municipal, perdido en sus pensamientos. Hacía mucho tiempo que no veía a Candela, la hija de su prima María, y no podía negar que, al reconocerla, casi le había dado un vuelco el corazón.

«Lo que se parece a Julia la jodía…».

Aquel lugar le gustaba, y allí se había dirigido después de encontrársela. Iba con Mel, la inglesa con la que salía desde hacía un mes, pero ni se molestó en presentársela. No era el momento ni tampoco le apetecía. Ella lo había acompañado al bar, pero ni siquiera se había terminado la copa que había pedido. Mel quería concretar la exigua relación que mantenían, más basada en unos buenos revolcones que en otra cosa, pero él no estaba para guasas. La inglesa había sabido leer sus silencios y se había batido en retirada. Ya se buscarían cuando tuvieran ganas.

A aquellas horas, en la piscina aún no había mucha gente, aunque la zona en la que se hallaba estaba lejos de los bañistas. Aquel jardín, previo a las instalaciones, tenía una zona de restaurante, una barra semicircular, algunos rincones creados para la intimidad y otros en los que se quedaba a la vista de cualquiera, pero se veía venir de lejos a los curiosos. Podía decirse que aquel sitio era un lugar público, aunque sobradamente discreto, ideal tanto para una cita clandestina como para un negocio o tomar una copa sin tener que guardar las apariencias. Además, los camareros lo conocían y tenía carta blanca.

Mientras degustaba su cubata, miraba distraído a otros parroquianos que, alérgicos al agua como él, se refugiaban a la sombra de pinos y álamos. La mayoría lo habían saludado; unos, de lejos y con un gesto mudo, le habían enviado las condolencias por la muerte de su prima; otros se habían acercado a estrecharle la mano. Él había respondido pesaroso y agradecido. Su actitud, estudiada hasta el más

mínimo detalle, delataba que no quería compañía, y le agradó que la gente lo respetara y le molestara lo justo.

Tenía una buena percepción de sí mismo. Le gustaba pensar que proyectaba la imagen de un político entregado que se desvelaba por sus vecinos, alguien con quien la gente quería confraternizar y tenerlo entre sus amistades. Había cumplido los cincuenta años y aún estaba de buen ver, y eso siempre era positivo para dar seguridad, aunque para eso tuviera que matarse con las pesas en el gimnasio. No había tenido la suerte de heredar los rasgos de su padre. Por desgracia, esos genes fueron a parar a la otra rama de la familia, como al simplón de su primo Sebastián y a sus hermanas. Nunca entendió por qué él, hijo único, no había heredado aquella fachada de actor de cine de los Escalante. Creía que la culpa era de su madre, cuya genética había sido siempre dominante. Se consolaba al pensar que era simpático, tenía don de gentes y, aunque a veces le perdía su carácter, sabía qué teclas tocar para seducir a una mujer. Y casi siempre encontraba a las que les gustaba el sexo tanto como a él.

Desde siempre, su familia había sido una de las más pudientes del pueblo; se sentía orgulloso de ser un Escalante del llano, como lo conocían en Alameda para distinguirlo de los de la loma. A pesar de ese mote que parecía excluirlo de un grupo exclusivo, era importante por ser quien era, aunque la estrella con la que había nacido —primogénito de Juan Escalante, el heredero del olivar más grande del pueblo— se extinguiera por un golpe de mala suerte. Aquello marcó su infancia y su vida, pero esa desgracia hizo que en el pueblo todos lo adoraran.

«El destino se lo labra uno», le dijo un día su tío Manuel al verlo presumir de las lisonjas que recibía. Podría haberse sentido ofendido, pero atesoró aquel consejo como el acicate que lo impulsaría a encontrar su lugar en el mundo. Y eso hizo al meterse en política. No entendía cómo no lo había hecho antes. Aquello significaba estar a otro nivel.

Era el momento de demostrar su valía. Quería dejar de ser «el hijo de…», «el sobrino de…» para convertirse en Ernesto Escalante. Para ello, supo tocar a las puertas necesarias y ganarse el respeto y la

importancia que su persona merecía. Creía que se había hecho a sí mismo, aunque su madre se hubiera entrometido y hubiese guiado su vida más de lo que era capaz de confesar. Pero se enorgullecía de no haberle hecho caso en todo. Si por ella fuera, sería un mediocre a las órdenes de su tío o, peor aún, de su primo, en el molino. Si se tomaba en serio aquello de la política y se empeñaba, quizá fuera el próximo alcalde. Aunque estaba bien y le seducía el cargo, no tenía por qué abarcar tanto trabajo una sola persona.

Su recorrido político todavía era corto, pero su campaña había tenido la suerte de contar con algún donante anónimo que lo había ayudado mucho a subir en el partido hasta llegar al puesto que le había valido una concejalía. Lástima que no supiera a quién tenía que agradecerle la ayuda. A partir de ahí, su cuenta bancaria, siempre en números rojos, fue creciendo como la espuma, y por fin empezó a darse la gran vida que las circunstancias le habían vetado. Había sido el pobre huérfano al que había que ayudar, el heredero sin herencia que daba pena. Si su padre hubiera tenido más suerte, él y su madre habrían sido de los ricos del pueblo, y él se habría codeado con lo mejorcito de Málaga, pero no fue así.

La vida había dado muchas vueltas desde que él era un niño. Por eso, lo primero que se compró fue un Mercedes de segunda mano, por supuesto. No quería despertar envidias ni sospechas. Como si ser político del ayuntamiento no requiriese un trabajo arduo que se mereciera algún capricho… Tenía que cuidar su imagen. La gente no sabía la de horas que debía echar al cargo. Cuando paseaba por las calles a una velocidad a la que podía adelantarle un burro, le gustaba ir con la ventanilla bajada, pero solo lo hacía para que los vecinos, al verlo, lo saludaran con respeto y pelusilla. Eso no se lo debía a su tío, ni al molino, ni a nada que sudara el aroma pringoso del aceite.

Sin embargo, no calculó bien. Quiso compensar a su madre por las penurias de un pasado demasiado cercano para olvidarlo, y a su esposa, cuando la conoció, por el agravio de haber trabajado en el campo.

Dolores, su madre, lo había apoyado siempre, «en las duras y en las maduras», no como la desagradecida de su mujer, esa traidora que no

había sabido darle ni un hijo. Y, para colmo y vergüenza, lo había puesto contra las cuerdas cuando más necesitaba su apoyo, exponiéndolo a perder su posición porque quería abandonarlo. En política, un hombre al que lo dejaba la esposa podía perder la confianza del pueblo, sobre todo si contaba algunas cosas de él.

«Qué ingratas son algunas mujeres», pensó compadeciéndose de su dolor. Él había cubierto de oro a su esposa, pero ella le reprochó que de oro era la jaula en la que quería encerrarla para maltratarla. Total, porque alguna vez se le había ido la mano, motivado por el exceso de alcohol que se veía obligado a beber en las reuniones del partido, o porque su madre le llenaba la cabeza con tonterías.

Pero ya no estaba, se había ido. «No voy a volver», esas habían sido sus últimas palabras, esas y otras cargadas de odio en las que ya no pensaba. En ese momento era dueño de sí mismo para hacer lo que quisiera. Al menos ya no tenía que esconderse.

Pero la echaba de menos. Si la hubiera escuchado más…

Tenía que reconocer que había cometido errores. Se precipitó al no arreglar las cosas con Adela. Con ella, habría podido ablandar el corazón de su tío. Quizá de una vez por todas hubiera aceptado convertirlo en socio de su empresa y, por fin, habría alcanzado el lugar que le correspondía por derecho, no como un trabajador cualquiera, no, sino como parte de la dirección. Pero era consciente de que, sin Julia, sería imposible. Ella habría convencido a Manuel. Él habría sabido persuadirla, y Adela lo habría ayudado a conseguirlo.

Malditas mujeres que lo habían dejado en la estacada… Aunque fuera muy molesta, solo podía fiarse de su madre. Eso le había dicho ella y, mal que le pesara, iba a ser cierto. Pero daría lo que fuera por volver con Adela. Ya no estaba, y se daba cuenta de lo que había perdido.

Mientras se pedía otro cubata, se planteó cómo salir de aquel lío. Estaba jodido. Necesitaba dinero. Los problemas nunca venían solos. No había nada peor que tener una deuda y no poder librarse de ella. Su imagen se pondría en entredicho: su imagen, su persona y su futuro. «No he heredado la estampa de mi padre, pero sí sus vicios», se lamentó con pedantería.

No quería jugarse el puesto en el ayuntamiento con chanchullos, aunque ya había hecho favores a algunos amigos por los cuales le habían pagado bien. Pero eran amistades interesadas que solo lo apoyaban si podían sacar algo a cambio, y siempre querían más. Aquel amiguismo era un riesgo. Podía perderlo todo. Disponía de liquidez para cubrir lo que debía, pero no quería deshacerse de ese dinero.

Por un momento pensó en lo fácil que sería desaparecer: sus problemas se acabarían y nadie podría pedirle cuentas de nada. Pero sería como tirar por la borda lo que había conseguido. No estaba preparado. Tenía que sacar dinero de donde fuera.

«Una mala mano», se dijo. No dudaba de que saldría de ese bache, como había hecho otras veces, pero tendría que pagar, aunque esperaba que el dinero lo pusiera otro. Entonces se puso a pensar en los favores que había concedido desde su cargo de concejal. ¿Ya se los había cobrado todos? «Para tener, hay que arriesgar», pensó con soberbia, y eso no se conseguía sin guardar algún muerto en el armario. Quizá le iría bien descubrir lo que ocultaban otros: amigos o enemigos, políticos afines o contrarios a sus ideas, fachas o progres. Qué más daba el color de sus banderas… El dinero y el poder estaban por encima de ellas. Si lo maduraba, igual podría hacer negocio. Se rio de la deriva de sus pensamientos.

En otro momento, aquella idea le hubiera parecido brillante, pero no dejaba de entrañar un riesgo. ¿Quién le aseguraba que los muertos que descubriría no serían los que él pretendía meter bajo la alfombra? Por como le habían ido las cosas, no entendía cómo la suerte le daba la espalda, como hizo con su padre. La historia tenía la puñetera manía de repetirse.

En su fuero interno, deseaba y odiaba parecerse a Juan con la misma intensidad. De niño lo había idolatrado, lo seguía a todas partes —a veces animado por su madre— hasta que le daba esquinazo, aunque luego lo compensaba con algunas monedas o un billete de cien pesetas que guardaba con devoción en su hucha de porcelana. Lo adoraba. Era tal su admiración que jamás hubiera osado desvelar algunos de los secretos que compartían. «A mamá ni mu», le decía su padre, y le daba algún regalito a escondidas. Con su silencio, tapó sus

infidelidades y que se gastara el dinero en partidas de cartas, juergas y vino. Pero eso no importaba. Él sabía que eran de los ricos del pueblo y «para qué estaba el dinero, sino para gastarlo». Solo que aquel lema de Juan lo había llevado a la muerte.

¿Cómo iba a salir del lío en el que estaba? De pronto, la respuesta le llegó de una forma tan sencilla que hasta maldijo haberse angustiado sin motivo.

¡Manuel! Su tío no estaba en un buen momento, pero era mejor pillarlo con la guardia baja.

Si iba de frente y apelaba a su tío, lo ayudaría aunque fuese a la fuerza, pero tendría que esperar unos días para hablar con él. La noticia de la muerte de Julia lo había llevado al hospital. «Lástima que no haya fallecido de un infarto», se lamentó con indolencia. Seguro que habría heredado algo. El crimen de Julia lo tenía trastocado. Su madre, conocedora de buena mano de cómo estaban las cosas por Las Golondrinas, le había dicho que no era el momento para tratar ningún asunto importante. Ella intentaría hablar con su cuñado cuando regresara a casa. Él debía ir a mostrarle sus respetos.

Que todavía le dijera lo que tenía que hacer o decir lo sacaba de sus casillas, pero Dolores había sido contundente. Tenía que ser educado y actuar como correspondía a lo que vivían los Escalante.

En un mundo idílico, eso sería lo correcto, pero Ernesto no estaba para cumplir. Por otro lado, estaba cansado de que ella llevara la voz cantante y lo manejara como cuando era un niño. ¡Por Dios! Era un hombre hecho y derecho, podía tomar sus propias decisiones. Su madre había colmado el vaso al entrometerse en sus asuntos con Adela. Él encontraría la forma de reunirse con su tío, y este no tendría más remedio que escucharlo. Podría revelarle algún secreto que, estaba convencido, no sabía de su idolatrada hija, con el fin de hacerlo correr por el pueblo para que aflojara la mosca. Y estaba seguro de que Manuel no lo permitiría. Cuando se esparcía un rumor, era muy difícil controlarlo. La confidencia en la que pensaba se la había sacado a Adela tras una noche de pasión. La muy tonta ni se había enterado de que le daba información sobre los amoríos de su prima.

Y parecía una santurrona la muy cretina.

Fran se mantuvo en silencio casi todo el camino hacia el cuartel de Alameda. La cabo Robles conducía. Él le había dado las llaves del coche con la idea de ir de copiloto y abstraerse, pero Paula inició una conversación. Con curiosidad, le preguntó por la historia del tío de Candela que había muerto. Él no quería entrar en detalles, así que se lo explicó por encima: se ahorcó cuando perdió la herencia jugándosela a las cartas. Recordó a su padre, que siempre decía que aquella historia de los Escalante era una tragedia triste, como tantas otras que habían pasado en los pueblos.

—El día que murió Juan, el hermano de Manuel, nacieron los mellizos: Julia y Sebastián. Candela siempre decía que, cuando llegaba su cumpleaños, era un día raro en su casa —recordó—. El alcohol, el juego y las malas decisiones no traen nada bueno.

Creyó que con aquello Robles no seguiría preguntando. Necesitaba estar a solas con sus pensamientos, pero la cabo, incapaz de estar callada, hiló sus ideas en voz alta como si estuviera ordenando algunos datos.

—Comprobaremos la coartada del señor Escalante. Quizá la hija vino acompañada, alguien tuvo que ver por quién. Preguntaremos a los vecinos… Vicente, nombre del profesor, supuesto amante y padre de la criatura. Hay que buscarlo —emitió un ruidito de satisfacción—. No ha ido mal del todo. Pobre hombre, con cuánta culpa carga.

Fran asintió. Se centró en aquellas directrices. Ya tenían varios hilos de los que tirar. Cerró los ojos y supo que uno de sus dolores de cabeza iba a debutar muy pronto.

—¿Puedo hacerle un comentario personal, mi sargento?

—Puede, es un país libre; otra cosa es que yo responda.

—Me arriesgaré. —La cabo no tenía pelos en la lengua—. Creo que lo que sea que tuvo con Candela no está resuelto y que deberían hablarlo. Esa mujer se moría por que la abrazase, pero no el sargento, sino el niño rana.

—Cuidado, cabo.

—Lo siento, mi sargento —se disculpó, pero se le escapó una sonrisa traviesa al recordar el mote. Al instante, se puso seria y añadió—: Puede que no se dé cuenta, pero está raro desde que la ha visto. Debe

resolverlo para que no interfiera en la investigación.

—¿Me está psicoanalizando?

—No se me ocurriría. Como mi compañero y superior que es, le comento que sería bueno que hablaran. La perspectiva del tiempo ayuda.

—Pise un poco más el acelerador —ordenó, y zanjó el tema espinoso—. A estas horas y con este sol, no hay nadie en esta santa autovía, y ni de lejos superará el límite de velocidad.

Al llegar al cuartel, el cabo primero Moreno había hecho los deberes. Habían tomado declaración a los hombres que encontraron el cuerpo y localizado a los chicos de la motocicleta. Los muchachos, más preocupados por si les ocurría algo que por haber convertido el olivar de los Escalante en su particular pista de Jerez, hablaron hasta por los codos. Comentaron que, sobre las once de la noche, vieron llegar un vehículo. Supusieron que iba a la casa de labranza, así que se fueron de allí antes de que los pillaran. Por la oscuridad de la noche, no pudieron identificar de qué automóvil se trataba. Fran y Paula supusieron que el coche habría dejado el cuerpo de Julia, pero no podían corroborarlo.

Moreno y su compañero también habían hablado con los vecinos de la familia Escalante. Paco explicó que habían dado la vuelta a toda la manzana. Barajaban la idea de que alguien pudiera haber entrado en la finca y que hubiese sorprendido a Julia, pero no encontraron a nadie.

El cortijo de Las Golondrinas, antaño aislado, daba a una calle asfaltada hacía muchos años. Eran tierras que en otro tiempo fueron de frutales y olivos en las que, al crecer el pueblo hacia la sierra de la Camorra, se construyeron casas apareadas que quedaron integradas en el municipio. La finca se alzaba a los cuatro vientos, y estaba separada de otras viviendas por dos calles, una a cada lado. Por detrás, una estrecha calzada la aislaba de los bancales que daban inicio al olivar. Frente a la casa había una plazuela con un sauce llorón rodeado de bancos y la avenida que salía hacia las afueras del pueblo.

Los guardias habían encontrado a los vecinos sentados en la puerta de una de las casas, bajo la sombra de los naranjos que ornamentaban

la acera. No tuvieron problema en contestar a sus preguntas y relatar lo que habían visto.

No podían decir cuándo llegó Julia. No la vieron entrar, porque los coches siempre accedían por la calle de atrás para guardarlos en el garaje, aseguró uno, pero después de que Manuel y el albañil se marcharan, alguien aparcó cerca del cortijo. Les llamó la atención que fuera un vehículo de alta gama.

No recordaban la matrícula, sin embargo, uno de los hombres afirmó que las letras eran JXF. Le llamó la atención porque eran las iniciales de su nombre y del de su mujer. Julia salió a la puerta, el hombre del coche le hizo una señal y ella lo invitó a entrar.

Un rato después lo vieron salir solo.

—Bueno, confirman que Manuel se fue antes de que Julia se marchara —advirtió Fran, y luego preguntó con seriedad—: ¿Describieron al hombre?

El cabo Moreno revisó la libreta y pasó varias hojas con rapidez. Al encontrar lo que buscaba, enumeró los datos escritos:

—Mayor que Julia, pelo canoso, alto, más de un metro ochenta y complexión fuerte.

—¿Y supieron decir qué tipo de vehículo era?

—Por lo visto, uno de ellos entendía de coches. Trabaja en la gasolinera y lo describió muy bien. —Revisó las notas y añadió—: Un BMW Serie 5, berlina azul oscuro.

—Nos interesa averiguar quién tiene un coche así en la ciudad de Málaga. A ver si puedes cruzar los datos con el nombre de Vicente —pidió Fran.

—Me pongo a ello —contestó Moreno.

Fran había hablado con casi todos los familiares de Julia. De forma deliberada, había dejado fuera de su lista a Candela. No tenía motivos para sospechar de ella porque estaba en Barcelona cuando se produjo el crimen. Ya había podido conversar con Sebastián, con su esposa y con Manuel, pero quiso hablar con María a solas. No le sirvió de mucho, ya que estaba bastante afectada. Solo le rogaba que

encontrara al responsable que había cometido aquella infamia. Aunque no le aclaró nada, le dio un consejo: «Ten paciencia con mi hija». Por lo visto, se había enterado de cómo había ido su reencuentro.

A los Escalante del llano, como llamaban en el pueblo a Dolores y a Ernesto, los visitó en su casa. Parecían sorprendidos de que quisiera hablar con ellos y, sobre todo, de sus preguntas. Dijeron que no sabían nada, hacía tiempo que no la veían.

—Seguro que Sebas os ha dicho que no nos soportábamos. No lo niego —aseguró Ernesto con arrogancia—. Se metía más en mi matrimonio de lo que un hombre puede tolerar. No soy perfecto, pero no consiento que otro me diga cómo tengo que llevar mis cosas.

—Es mi trabajo averiguar qué le ha ocurrido a Julia —respondió Fran muy serio.

—Pues investiga y procura que esto no salpique a mi carrera.

—¡Ernesto! Tu prima ha muerto. —Dolores lo llamó al orden, como si su hijo fuese un chiquillo. Fran vio que este fruncía el ceño y se callaba. Por mucho porte que se diera, seguía siendo el mismo niño de mamá de toda la vida.

Ernesto se excusó y alegó que estaba harto de que otros lo juzgaran. No llevaba bien que su esposa lo hubiera abandonado y se hubiese marchado del pueblo.

Dolores lo disculpó y se lamentó por lo que había ocurrido.

—¿Hay algo más que puedan decirnos? —indagó Paula.

—Han robado en la aceitera —dijo Ernesto distraído, como si lo dijera por decir.

Al querer averiguar algo más, el sargento solo obtuvo respuestas esquivas. Dolores dijo que no sabían nada, su cuñado no les contaba mucho. El chisme corría por las calles.

Al salir de la casa, Paula sugirió que quizá Julia se había topado con los ladrones y había resultado ser un daño colateral.

Fran dijo que lo indagarían. Al llegar al cuartel, le pidió a Moreno que le hablara del robo en la aceitera y de cómo iba esa investigación, pero solo pudo decirle que aún no habían atrapado a los culpables, y dudaba que lo hicieran. El producto ya estaría vendido en cualquier

mercadillo de la zona. Por desgracia, solía pasar. Muchos agricultores denunciaban robos, y no era raro encontrar a algún espabilado vendiendo por las calles, con el maletero repleto de la mercancía que habían sisado de campos o almacenes. A menudo las denuncias se acumulaban, ya fuera por allanamiento de una nave del polígono o por hurtos en las casas, cuyos dueños dejaban la puerta abierta con la confianza de años atrás, cuando la gente no era tan amiga de lo ajeno. La crisis había aguzado el ingenio de los ladrones.

La posibilidad de que la muerte de Julia hubiera sido un robo que salió mal no llegó a cuajar. Aquella vía no les conducía a ninguna parte.

Llevaban todo el día con la investigación a cuestas; ni siquiera en el momento de la comida dejaron de elucubrar. Por la noche, antes de despedirse, Fran se sintió en la obligación de quedar con la cabo para cenar. Él estaba en su pueblo, podía ir incluso a casa de su madre, pero ella se encontraba en un lugar en el que no conocía a nadie, y en la casa cuartel no estaba muy seguro de que la tuvieran muy en cuenta. Además, no era de los que dejan en la estacada a un compañero. Hacía mucho había aprendido que, durante una investigación, las jornadas podían ser eternas, se trabajaba mucho y se dormía poco, pero era necesario detenerse para acallar el gusanillo del estómago.

—Dejemos por hoy la investigación —propuso—. Debemos cenar algo y descansar si queremos estar mañana en condiciones.

—Puedo comer un plato saludable en cualquier sitio, mi sargento.

—Se nota que eres de Madrid —bromeó—. Y ya que estamos, ¿qué te parece si dejamos los formalismos para cuando toquen?

—A la orden, mi sargento —soltó la cabo con guasa.

—Vamos, voy a llevarte a un sitio donde se come muy bien.

Callejearon un poco. Fran dejó el coche en el cuartel, donde la había recogido, y fueron caminando hasta uno de los restaurantes más conocidos del pueblo. Al llegar, el hombre que había detrás de la barra lo saludó con afecto.

—A dar una vueltita, ¿no?

—Pues sí, y a comer algo.

Se sentaron a una mesa, en la terraza entarimada que habían ganado a la calzada, y pidieron unas cervezas bien frías. Al momento, una joven apareció con una bandeja en la que había diferentes platillos con tapas. Él cogió bacalao rebozado y ella, unos boquerones.

Mientras la cabo revisaba la carta, él ordenó sus pensamientos. Había pedido a su primo que tomaran declaración al paisano que había descrito al hombre del BMW. El seguimiento de la matrícula no había dado resultado. Entonces, se dio cuenta de que no había informado al comandante. Dudaba por la hora, pero la cabo lo animó a que lo localizara en el móvil. Sabía que su tío preferiría que lo interrumpieran en la cena que estar desinformado.

Buscó el número entre sus contactos y siguió su impulso. Tras un escueto saludo, pasó a contarle a su superior lo que tenían hasta el momento. Sin perder detalle, la cabo ordenó algunos platos.

Fran le explicó que al día siguiente era el entierro. Pensaba ir, no solo porque era un momento importante en la investigación, pues se descubrían muchas cosas observando a la gente, sino por la relación de su familia con los Escalante, y en su fuero interno sentía el deber moral de acudir por Candela, debía confesarse.

—Además, mi comandante, pensaba quedarme unos días —informó al superior—. Las compañeras han inspeccionado la casa, pero me gustaría volver.

Obtuvo la confirmación. Después de despedirse, cuando estaba a punto de colgar, el comandante lo retuvo y, en un tono más coloquial, le preguntó cómo se portaba Paula.

—Es observadora y me sigue el ritmo. —Robles levantó la cabeza al sentirse aludida. Vio a Fran sonreír por algún comentario y acto seguido lo oyó despedirse—. A sus órdenes, mi comandante.

La miró de reojo con media sonrisa, y ella no pudo evitar tirarle de la lengua.

—¿Qué ha dicho que te hace tanta gracia?

—Te ha llamado «niña». Dice que, de entre tus hermanos y sus hijos, eres la única con pelotas. Supongo que porque entraste en el

cuerpo.

—Sí, algo así. Tengo dos hermanos —explicó—. Uno es médico y el otro abogado. De mis primos, no sé si lo sabes, uno murió de cáncer, no llegó a terminar la academia, y, de los otros, una es maestra y el otro arquitecto.

—Sí, lo sé. Aquel fue un día difícil. Lo llevé al hospital cuando lo avisaron. Qué duro debe de ser perder a un hijo.

Antes de deleitarse con lo que les habían traído, decidió llamar al capitán Gutiérrez. Repitió más o menos la misma información y, nada más colgar, se permitió beber unos tragos de cerveza.

—Bueno, por hoy ya está —señaló al dejar el teléfono sobre la mesa.

—Me gustaría hacerte una pregunta antes de concluir —comentó ella a la espera de algún gesto que la animara a continuar. Él levantó las cejas en señal de aprobación—. ¿Crees que el sospechoso, el padre del bebé que iba a tener Julia, se la cargó? —preguntó Robles. Estaba claro que no iba a poder pensar en nada que no fuese el asesinato de Julia Escalante.

—Hay que objetar varias cosas a ese enunciado —señaló puntilloso.

—Ilumíname.

—Primero, el sospechoso no tiene por qué ser el padre de la criatura y, segundo, es aventurado pensar que quien tuvo relaciones con ella la ayudó a pasar a mejor vida. No me gusta dar nada por sentado sin estar seguro. Pruebas, necesitamos más pruebas.

Dejó pasar un segundo y añadió:

—Mañana quiero a todo el mundo en ese cementerio. Quizá aparezca el hombre canoso. Contaremos con un retrato robot.

7

Después de regresar del hospital, Candela se había sentido desubicada. Tras la comida, había sido incapaz de tumbarse un rato y descansar, como habían hecho el abuelo y su madre. Necesitó salir a pasear y, sin darse cuenta, se encontró en el olivar.

No entendía cómo podía haber estado tanto tiempo alejada de allí. La paz del campo, los olivos, la tierra… eran la mejor medicina. No eran palabras suyas, sino de Julia. Pensar en ella aumentó su angustia. Inspiró hondo aunque la calima parecía que le quemara, y sonrió al cielo como si su tía pudiera verla.

—Aquí estoy —dijo al aire, a Julia, y la voz se le rompió por el llanto—. Con la esperanza de hallar ese remedio bendito que tú siempre me decías que encontrabas entre los olivos.

De niña y de adolescente, cuando sentía que su madre no la comprendía o las cosas no le iban como ella deseaba, solía escaparse y caminar loma arriba. Allí la encontró Julia una tarde. Lloraba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el tronco de un olivo. Su tía se sentó junto a ella y, durante unos minutos, no le habló. Luego la tomó por los hombros y la apretó contra su cuerpo. Le musitó, rompiendo el silencio:

—¿No se te ha ido ya el enfado? Los olivos son mi medicina. Cuando estoy aquí, siento que las malas energías no pueden dañarme.

No recordaba por qué lloraba o qué la había contrariado, pero le encantó la explicación que su tía le dio sobre el simbolismo de los olivos en la Antigüedad.

—Para los griegos eran la vida, Candela, la vida, la victoria, la inmortalidad… Yo siempre estaré en este olivar. Aquí regreso, aunque sea de forma simbólica. Es mi refugio, el lugar donde el estrés se evapora. Donde encuentro la paz, donde todo está bien.

Ella sonrió. Con Julia, no le podían durar mucho los enfados…

Siempre la hacía pensar en otras cosas.

Trató de serenar el ánimo. El lugar era mágico para su tía, para su abuelo, para todos en la familia, así que no podía ser de otra manera: también lo era para ella.

Allí habían abandonado su cuerpo. Maldijo a quien hubiera cometido aquella atrocidad. Julia era la persona más buena que había conocido y, desde ese momento, por siempre, su espíritu descansaría en paz en aquel lugar.

—¡La reina del olivar nunca podrá olvidarte, tía! —gritó con furia al viento, usando el título que su tía le había puesto de niña, una broma entre ellas. Una ligera brisa se levantó un segundo, como si su voz la recogieran las ramas de olivo y reverenciaran a Julia en un imaginario homenaje. Candela no pudo aguantar más de pie y cayó de rodillas, rota por el dolor. Necesitó unos segundos para que su corazón se sosegara. Luego se levantó. Con las manos, retiró las lágrimas que surcaban su cara—. Siempre estarás en mi corazón.

No sabía dónde la habían encontrado, aunque tampoco pretendía visitar el lugar. No podría soportarlo.

Movida por un impulso, necesitó correr, pero el calor hizo que bajara el ritmo. Más tranquila, caminó entre las rectas hileras de olivos con la idea de no pensar en nada, pero la mente es caprichosa y la llevó a otros momentos, muy distintos. De repente, se sintió invadida por algunas escenas que había vivido en otra vida, entre aquellos árboles, con Fran.

No quería evocar aquellos recuerdos, no en ese instante, pero le resultaba muy difícil alejarlos de su cabeza. Desde que se lo había encontrado, algo se había removido en su interior.

Se vio corriendo entre los olivos. Fran la seguía riendo y ella miraba a su espalda para escapar de su captura, y pasaba de un árbol a otro como si estos pudieran impedir que él la alcanzara.

—No sé por qué huyes de mí, si sabes que te pillaré —aseguraba él.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué piensas hacer? —lo provocaba, sin detenerse.

—Primero besarte, y luego no lo sé. Seré espontáneo.

Ella soltó una carcajada. Imaginaba qué podría venir después del beso.

A pesar de las ganas que tenía de recibir aquella promesa, no dejó de correr. Parecían niños persiguiéndose.

No se veían mucho en aquella época; él estaba en la academia y había ido de permiso. Querían estar solos, así que huyeron del grupo de amigos, que los esperaban en el bar, sin saber que no pensaban presentarse. En el pueblo no había muchos sitios a los que ir, y no les apetecía acercarse en coche hasta Antequera o Málaga para ver una película en el cine. Sin prisas, se pusieron a caminar, aunque ella había dirigido sus pasos y se adentraron en el olivar. El objetivo era llegar hasta la casa de labranza. Candela tenía las llaves, y allí no habría un alma que los molestase. Tenían todas las dependencias para ellos solos. No había muchas comodidades, pero sí intimidad y lo más básico: una cama, un baño, una ducha… Fran no sabía lo que ella planeaba, y Candela se reía a carcajadas por ello.

Cuando la casona ya estaba a la vista, él la alcanzó. Ella se había escudado con el tronco de un olivo y dio algunos pasos alrededor del árbol: a un lado, al otro, pero no le sirvió de nada. Él fue astuto y leyó sus movimientos. Si no se le hubiera enganchado el pelo en las ramas… No, no podía engañarse. Ya no le quedaban ganas de huir de él, así que se dejó atrapar.

—Ya eres mía.

Fran la rodeó con un brazo y, con la mano del otro, desenredó un mechón de las hojas de olivo. Luego, separó la melena de su nuca para dejarle el cuello libre. Sin contemplación, se le acercó y comenzó a mordisqueárselo. Ella no podía dejar de retorcerse y reír, hasta que él acercó tanto su cara a la suya que podían respirar el mismo aire… Quedó atrapada por el deseo de que la besara.

El muy descarado no lo hizo.

—¿Y ahora qué piensas hacer? —le preguntó con la respiración agitada.

—Voy a besarte hasta que me pidas que te quite la ropa.

—No te atreverás, puede vernos alguien.

Él rio sobre sus labios y, guiñándole un ojo, le dijo que allí no había

nadie; luego, le demostró que pensaba cumplir su palabra. Casi desfallecida, ella tiró de su mano.

Llegaron a la casona entre arrumacos. Tras cerrar la puerta, Candela se apoyó en una pared y lo atrajo hacia ella. Fran era mucho más alto. La cogió por la cintura y ella, de un salto, se enredó con las piernas en sus caderas y se restregó contra él, provocándolo. Los hombros de él eran anchos, aún los conservaba por sus años de nadador, y el ejercicio de la academia lo mantenía atlético. Era guapo a rabiar, y el amor que Candela veía en sus ojos verdes cuando la miraba la tenía extasiada. Él se perdió en su escote, subió con los labios por el cuello y, con ansia, buscó su boca al tiempo que le masajeaba los pechos. En un santiamén, ella se deshizo de la camiseta de Fran y él le quitó la blusa.

—Me tienes loco, mi niña. No sabes cuánto te quiero —confesó él sin dejar de mirarla a los ojos, y volvió a perderse en su boca. Ella, hambrienta de todos aquellos besos, entrelazó los brazos alrededor de su nuca y se pegó más aún, sin dejar que pasara el aire entre los dos.

Candela estaba desesperada con los besos, las caricias y la anticipación de aquel encuentro, que la había tenido azorada todo el día.

—Sabes que yo también te quiero —declaró atrapada en sus ojos verdes y en la forma que tenía de tocarla—. No puedo más, Fran, llévame a la cama.

Candela dejó que la guiara a una de las habitaciones. Allí, él le quitó la ropa y besó todos los rincones de su cuerpo. Se perdieron el uno en el otro sin dejar de decirse lo mucho que se extrañaban y las ganas que tenían de estar juntos. Fran no dejó de acariciarla y provocarla, la encendió hasta que, desfallecida, le rogó que entrara en ella y apagara el fuego que la consumía.

Sus cuerpos bailaron la misma música. Se conocían, se anhelaban, se necesitaban, y en aquel momento Candela pensó que Fran era su vida. Lo quería, lo adoraba, y creyó que siempre estarían juntos, porque nada podría separarlos.

Pero la realidad había acabado siendo muy distinta.

Sin darse cuenta, Candela se había detenido. Apoyada en uno de aquellos olivos alineados, suspiró con angustia. Se dio cuenta de que volvía a llorar. «Demasiado sufrimiento», se dijo. Dos de sus personas favoritas ya no estaban con ella. Expulsó el recuerdo y el dolor de la mente y el cuerpo.

No quería reconocerlo, pero echaba de menos aquellas caricias, aquellos besos incendiarios que casi había olvidado.

Templó el ánimo y aparcó aquellos pensamientos antes de continuar el paseo.

Llegó cansada al molino.

No esperaba encontrar actividad, todavía no era tiempo de recoger la aceituna. Eso sería en otoño, y recordaba que siempre eran días frenéticos.

Desde niña, había ayudado en las tareas de la cosecha, algo que no agradaba a su abuela, que defendía que los niños ya no trabajaban en los campos. Pero su madre y la tía Julia la llevaban al olivar cuando acercaban la comida al abuelo y a Sebas. Candela estaba encantada de formar parte de aquella actividad. Por un instante, en su mente se dibujó la imagen de ellas riendo, con un pañuelo en la cabeza anudado a la nuca, sorteando las sábanas y las redes que los jornaleros colocaban alrededor de los olivos para, así, recoger la aceituna que cayera con el vareo de las ramas. A veces se sentaban con algunas mujeres que, bajo una sombra, descansaban y contaban historias. La imagen se esfumó demasiado rápido, y Candela notó que una lágrima le resbalaba por la mejilla.

La nave estaba bastante silenciosa y vacía, pero le sorprendió encontrar a dos operarios trabajando. Uno de ellos era el Sevillano, apodo por el que todo el mundo conocía a Marcial, uno de los hombres de confianza del abuelo y pariente de su tía Dolores. La saludaron, le dieron el pésame y siguieron con su tarea. Ella merodeó por la aceitera hasta entrar en la zona de oficinas, situada en el piso superior del almacén. Era un espacio amplio dividido en tres salas. Una de ellas la compartieron su madre y Julia a diario durante mucho tiempo, hasta que su tía decidió irse a Málaga. Se preguntó qué la habría motivado a dejar la aceitera. Sabía que le gustaba aquel

trabajo…

Se sentó tras la mesa de Julia y no le pareció un escritorio abandonado. Encontró un par de pósits amarillos con su inconfundible caligrafía. Eran recordatorios de tareas pendientes. Supuso que los guardias civiles que habían inspeccionado las oficinas habrían revisado todos aquellos papeles y sintió rabia por el hecho de que gente extraña hubiera tocado las cosas de su querida tía.

Encima de la mesa había carpetas y documentos, incluso una agenda de tapas negras donde Julia anotaba sus tareas. Parecía que hubiera trabajado allí hasta el último día de su vida. Candela la imaginó allí sentada, al regresar de Málaga, para realizar cualquier gestión que no pudiera esperar. Abrió la agenda por la página del día de su muerte. Había tres anotaciones. La primera era «Vicente», junto a un interrogante dentro de un círculo. Le llamó la atención; quizá tenía dudas respecto a aquel hombre. Ya nunca lo sabría. La otra era un recordatorio para llamar al administrador del piso que tenía alquilado en Málaga. Subrayado aparecía el apunte «cese alquiler». Por lo visto, pensaba dejarlo. Se preguntó si la familia lo sabría… Tal vez se planteaba regresar a Alameda. A esas alturas, tampoco podría saberlo. Su tía no le había confiado nada. La tercera anotación era sobre la residencia de ancianos. Supuso que se refería a Nuestra Señora de las Mercedes, la congregación de las Mercedarias de la Caridad que había en el pueblo. Muchos de sus paisanos colaboraban con ella. Su amiga Isa era una de ellas, y los Escalante siempre habían ayudado en todo lo posible. Pensó que tenía que comentárselo a su madre. Quizá también debería informar a Fran de aquellos apuntes, aunque, por lo que sabía, varios agentes habían estado trasteando por allí y se habían llevado algunas cosas. Le extrañó que dejaran la agenda. Suponía que habían visto y documentado todo aquello y, si no lo habían hecho, sus razones tendrían. Apartó aquel pensamiento. Cualquier excusa parecía llevarle a pensar en Fran.

En el lateral más cercano a la mesa había una estantería con varias baldas llenas de archivadores indexados por años, pero entre ellos le llamó la atención una carpeta gruesa de color negro. En el dorso, una etiqueta manuscrita decía «Julia». Candela pensó que allí guardaría

algunos papeles personales. Al abrirla, se sorprendió. Había una libreta de anillas con bastantes hojas escritas. Le pareció un relato con anotaciones de fechas y lugares; aparte, dentro de un sobre, encontró papeles que no se detuvo a leer.

Candela ojeó las páginas. Dedujo que era el esbozo de algo en lo que su tía pensaba. Al final del texto, Julia se hacía muchas preguntas sobre personajes y lugares. Sonrió al ver enumeradas las tareas del molino y las técnicas con las que, un siglo antes, época en la que ubicaba la historia, se conseguía hacer aceite. Julia describía a una mujer con el pelo negro y ensortijado que, en apariencia, le recordaba a su tía, incluso a ella misma. Se trataba de una bastarda que heredaba una finca y conseguía levantar una almazara.

De repente el timbre del móvil la sacó de la lectura. Era Isa. La avisaba de que iba a visitarla con su madre. Candela le dijo dónde estaba y que tardaría en llegar a casa. Su amiga se ofreció a ir a buscarla.

Las Golondrinas se llenaron de conocidos y amistades que querían acompañarlos en aquellos duros momentos para darles consuelo. El abuelo no quería ver a nadie y se había encerrado primero en su despacho y luego en su habitación. Le había costado aceptar que no le hubieran dado el cuerpo de su hija para velarlo. Sebastián no lo dejó solo ni un momento.

Dolores, la cuñada del abuelo, los había acompañado un rato. Fue de las pocas personas que hablaron con él, aunque hubiese sido mejor que no acudiera. Aquella mujer tenía el don de la inoportunidad y fastidiaba siempre con su conversación necia. Manuel sentía mucha lástima por ella. Nunca fue fuerte para soportar la que le cayó encima. Sin pretenderlo, los abuelos habían transmitido ese sentimiento de compasión a sus hijas y a Candela, que la trataban siempre con respeto y paciencia.

—Tendrás que cambiar el testamento ahora que Julia no está —había dicho Dolores tras apurar una taza de infusión de jazmín que le había servido Toñi, la amiga de María. Desde que en el pueblo se

había sabido la noticia, las personas más cercanas a los Escalante no los dejaban solos y ayudaban en todo lo que podían: preparar las comidas y servir refrescos o algo de picar a las numerosas visitas.

—Tía, no es el momento —respondió María con reproche pero serena. Su padre se levantó del sillón y, sin decir nada, salió de la estancia.

—En algún momento tendrás que arreglar las cosas —insistió Dolores a Manuel, que se alejaba ignorándola. Pero ella, como si no se percatara de nada, continuó—: Suerte tú, que no te verás con los huesos en el asilo del convento, como la pobre Cándida. O como yo, si mi Ernesto no se ocupara de mí.

—No creo que te falte de nada, tía —replicó Sebastián, que se levantó y siguió a su padre dedicándole a la mujer una mirada de censura de la que ella se desprendió con un gesto airado de cabeza.

Orgullosa, Dolores dejó su taza en el platillo, sobre la mesa. Ajena al malestar que habían provocado sus palabras, se dirigió a Candela, que revisó su móvil más por inercia que por curiosidad.

—¿Has hablado con Fran, niña? Si alguien sabe algo de lo que le pasó a la pobre Julia —se santiguó de manera histriónica—, es ese hombre. Tú mejor que nadie puedes sonsacarle alguna información.

—Dolores, mi hermano no puede hablar de una investigación abierta con nadie —replicó Isa, y miró a su amiga que, con un gesto imperceptible, agradeció la respuesta.

—Mi marido, que en gloria esté, nunca me habló de sus casos —terció Isabel, la madre de Isa y Fran—. Y Dios sabe que se llevó muchos secretos a la tumba.

Dolores se removió incómoda, pero no dijo nada.

—Cariño, ¿por qué no comes algo? —intervino Toñi, y le ofreció a Candela una bandeja con bocadillitos. Después repitió la acción con su madre—. María, tú también. Los hay de distintas clases, seguro que alguno te apetece.

Madre e hija cogieron uno en un intento de tener la boca ocupada. Todas sabían a qué podía referirse Isabel, otras muertes ocurridas en el pueblo que habían dejado huella en todos ellos: la de Loli, incluso la de Juan, hacía tantos años, pero nadie dijo una palabra más. Durante

unos minutos, el silencio reinó en la estancia hasta que Dolores lo rompió.

—Bueno. —Se levantó con torpeza—. Llevo mucho rato sentada y mis rodillas no aguantan más. Necesitan estirarse.

—¿Ya te vas, Dolores? —inquirió Isabel madre, educada.

—Sí, Ernesto estará al llegar y querrá tener la cena lista. Me marcho, niñas. Despedidme de Manuel.

Candela fue educada, se levantó de su asiento, y María la siguió, a la vez que Dolores les indicaba con gestos que no lo hicieran. Sin embargo, se dejó besar por sus sobrinas. Cuando salió de la casa, las mujeres compartieron una mirada incómoda.

—¿Has podido hablar con Adela? —preguntó Toñi a María, que negó con la cabeza.

—Tiene el teléfono apagado. La pobre acabó tan amargada y harta de Ernesto que supongo que no quiere encenderlo para no saber de él. Cuando esté lista, ya llamará.

—Sí, yo también lo he pensado —replicó Toñi—, pero le sabrá mal no estar aquí para el sepelio de Julia.

—Le he enviado un mensaje —concluyó María con un rictus de resignación.

—Dolores es quien la echará más de menos —intervino Isabel madre—. Él ya tiene a otra. Casi mejor que no venga; total, la pobre Julia ya descansa en paz.

La frase fue el detonante para que María rompiera a llorar de nuevo. Sentado junto a su madre, un vecino le tendió un pañuelo de tela y ella lo cogió agradecida; le apretó la mano en confianza, con una mueca llena de dolor. Ese gesto emocionó a Candela y quiso ir con ella, pero Toñi, con el cariño que le tenía desde niña, ayudó a María a levantarse para que se fuera a descansar. Candela vio que su madre se cobijaba bajo el brazo de su amiga y guardaba en su puño el pañuelo del hombre que parecía impotente, sin saber cómo reaccionar.

—Creo que te iría bien tomarte algo. He traído una cosilla de la farmacia —susurró Toñi a María mientras la conducía escaleras arriba a su habitación.

Cuando todos se marcharon, Candela pudo retirarse a su dormitorio. Estaba muy cambiado. Julia le había dicho que lo había reformado; quizá así se decidiría a regresar. Notó su toque en cada rincón. Una mesa que había sido de su tía ocupaba el lugar de su antiguo escritorio de adolescente. El cuarto tenía otro aspecto, más acorde a su edad. Le molestó pensar, en un momento como aquel, que era más romántico, y que Fran no se reiría de él si lo viese. En el marco de un espejo había colocado las viejas fotografías que ella tenía clavadas con chinchetas en un corcho de la pared. Una de ellas era de su grupo de amigos. Enseguida recordó el momento en que fue tomada; los «cinco fantásticos», como los llamaba Loli. Estaban en lo alto de la Cruz, en la sierra de la Camorra. La había tomado Toñi el día que los subió al mirador para que los amigos se despidieran. Ella tenía catorce años, y era la primera vez que se marchaba a Barcelona para ver a su padre. También fue la primera vez que Fran la besó.

Había otras fotografías de unos años después: ella y Fran un Viernes Santo, vestidos de penitentes, y otra de Fran ya con el uniforme de guardia civil, cuando entró en el cuerpo.

Tardó en dormirse. Julia no se le iba de la cabeza, pero su último pensamiento fue para el sargento Garrido. Sin embargo, la bruma del sueño la llevó a otro momento de su vida, uno cuyos recuerdos solo la asaltaban durante sus pesadillas. Como la que la mortificaba en aquel instante de forma onírica.

Los gritos hilarantes de Loli le llegaron amortiguados. Era una noche de chicas. Habían quedado con la excusa de celebrar que hacía poco ambas habían cumplido los veintidós años, pero Candela se sentía aturdida y notaba el peso de alguien encima. De pronto, al abrir los ojos, vio a un chico sobre ella. ¿Quién era? ¿Fran? No, no era Fran. Loli se reía a su lado con cara de posesa, al tiempo que le sacaba fotos con una cámara digital. Ella se encontraba bastante mareada y atontada; no entendía qué estaba pasando. Sin saber de dónde sacó las fuerzas, empujó al muchacho que la baboseaba y, como pudo, se levantó del sofá. Se tambaleó y cayó de nuevo sobre los asientos;

volvió a incorporarse y dio unos pasos torpes. Tenía la falda enrollada en la cintura e iba en sujetador, sin la blusa. ¿Qué había hecho? Se recolocó la poca ropa que le quedaba puesta y buscó la parte de arriba por el sofá para taparse. Vio que Loli la enarbolaba y le daba vueltas como si fuera un molinillo, a la vez que le preguntaba si era eso lo que buscaba. Parecía disfrutar del momento.

Una idea cruzó por su mente nublada. Debía de haberle puesto algo en la bebida.

—¡¿Qué me has dado?! —gritó.

—¿Yooo? —se burló su amiga—. Fran se va a enterar de quién es su novia. Lo sabrá todo el mundo cuando vea estas fotos.

Parecía flotar en una nebulosa, pero la actitud de Loli la sorprendió. De repente, le parecía otra persona. ¿Fotos? ¡¿Qué fotos?!

Loli le mostró la cámara amenazándola y, como prueba, le enseñó una fotografía en la que ella aparecía en sujetador junto al chico.

Aquello no podía ser cierto.

Candela cogió el bolso y trató de hacerse con la blusa, pero Loli no se la daba. La persiguió hasta la salida. Al ver su coche en el aparcamiento, corrió hacia él, aunque se sentía como dentro de un nubarrón. Tenía que largarse de allí. La risa loca de Loli resonaba en su cabeza. No entendía por qué su amiga se comportaba así con ella. Quiso entrar en el vehículo y desaparecer de allí, olvidarse de aquella noche, pero Loli lanzó la blusa al aire y le quitó las llaves al tiempo que, de un empujón, la tiraba al suelo.

—¡No pienso dejar que te marches! —chilló Loli entre risas burlonas, y levantó la mano haciendo tintinear las llaves como provocación—. Esta vez no te librarás. Él no soportará ver lo que has hecho.

Loli abrió el coche de Candela, entró en él, encendió el motor y empezó a conducir sin dejar de mirarla con sorna. Impotente, Candela, con la blusa ya puesta pero sin poder abrochársela, porque no tenía botones, gritó. Solo era la espectadora de cómo su amiga la abandonaba en el aparcamiento de aquel lugar y se incorporaba a la carretera.

De repente, unos faros iluminaron la noche como si se tratara de

una aparición. No podía distinguir el vehículo, pero, tras dejar atrás una curva, se acercaba a mucha velocidad por la calzada. Loli hacía el tonto y zigzagueaba sin advertir que no era la única en la carretera. Por un instante, pensó que el coche la esquivaría, pues parecía querer adelantarla; sin embargo, atónita, los vio chocar. La velocidad del otro vehículo arrastró a Loli varios metros, se salió del carril y se empotró en un árbol. Tras un amago de frenada, el otro continuó su camino. El infractor huyó del lugar como alma que lleva el diablo, y ella corrió hacia el accidente. Con dificultad, logró abrir la puerta. Tocó a Loli, que no se movía. Algo espeso le ensuciaba la sien y el pelo. Había roto la luna del parabrisas con la cabeza y estaba toda ensangrentada.

—¡Loli, Loli! Maldita sea. ¿Por qué me has hecho esto? —gritó desesperada. Quiso zarandearla, pero no se atrevía a moverla, pues parecía herida de gravedad. Al darse cuenta, suplicó—: No cierres los ojos, mírame. Quédate conmigo.

—Nunca tuve la opción de ganar la apuesta —fueron las últimas palabras de su amiga, antes de cerrar los ojos para siempre.

La angustia la había despertado, como le ocurría siempre y, sentada en la cama, terminó de ver aquellas imágenes en su mente. De nuevo, el vehículo que embestía al coche se marchaba a toda velocidad. Y de nuevo volvía a maldecir en silencio a la que creyó su amiga.

Las lágrimas le anegaron los ojos y corrieron por sus mejillas. Se obligó a hacer ejercicios de respiración para relajarse y dominar así la crisis de ansiedad que amenazaba con controlarla.

Una noche más, su inconsciente la llevaba en sueños al momento que quería olvidar. Hasta entonces, había sido un deseo inalcanzable. Todo lo que tratamos de olvidar regresa con más fuerza. Querer relegar el pasado, esconderlo bajo la alfombra, no hace que desaparezca. Quizá necesitaba sentarse consigo misma y ordenar sus pensamientos. Jamás habría adivinado los planes de Loli para ella; fue cruel y mala persona. Dejó que su mente asociara ideas sobre lo que pensaba de su amiga. Estaba muerta, y a los muertos había que dejarlos tranquilos, pero no por ello justificar su comportamiento. Se

dio cuenta de que huyó de su vida porque fue incapaz de superar lo sucedido. Se avergonzaba, no se perdonaba, ni tampoco a su amiga.

La voz de su tía se le apareció como en una nebulosa: «Tú no tienes la culpa».

Después de eso, ya no fue capaz de volver a conciliar el sueño.

8

El día amaneció gris. Hasta el clima respetó el dolor y la pérdida que la casa sufría. Unas nubes amenazaban con dejar caer el agua que portaban, en señal de duelo.

Candela se vistió por inercia. Combinó unos pantalones negros con una camisa de media manga, negra también, y unas sandalias de cuña. Quiso ponerse unos pendientes de perlas en homenaje a su tía, pero no tenía ningunos. Salió a pedirle unos a su madre. La encontró junto al teléfono, dándole indicaciones a alguien. Se despidió y cortó la comunicación al verla.

—Mamá, ¿tienes otras perlas? —preguntó al ver que ella también llevaba.

María negó, e hizo el ademán de quitárselas para dárselas.

—No, déjatelas… Era… era… —La voz se le rompió.

—Sí, lo sé. A Julia le encantaban —respondió—. Ven, seguro que en su habitación hay algunas. Vinieron unas mujeres, agentes que trabajan con Fran, pero no revolvieron mucho. A ver si encontramos las suyas, ¿vale?

Ella asintió con lágrimas en los ojos. Quería ser fuerte y expresar la entereza que su madre mostraba, aunque intuía que lo hacía ver, pero estaba rota por dentro.

—Una vez me contó que, de chica, cuando papá y tú erais novios, siempre se pegaba a vosotros para que le comprarais chucherías o la llevaseis al cine. Dijo que luego se arrepentía porque lo pasaba fatal, que os besabais a cada rato. —Aquel recuerdo la había asaltado de repente y quiso compartirlo con su madre. La vio sonreír.

—Yo me negaba a tener que llevármela, ponía mil excusas, pero la abuela no se dejaba convencer. Estoy segura de que la enviaba para vigilarnos. Al volver a casa, se lo contaba todo a mi madre. Era una chivatilla —respondió María en tono burlón—. De niña era un trasto

y, aunque éramos muy distintas, nunca pensé que sería la mejor amiga que podría tener. Me ayudó mucho contigo, y nunca podré devolverle todos sus favores. La voy a echar mucho de menos.

Se habían detenido para compartir aquel recuerdo. Cuando María acabó, se abrazaron; solo un abrazo podía sostener aquel dolor. La madre se puso en marcha enjugándose una lágrima y Candela la siguió. Al entrar en el dormitorio, encontraron al abuelo sentado en la cama con un portarretratos en la mano.

—Papá…

—Un padre no debería enterrar a su hija, y menos así. —Se levantó y dejó la fotografía sobre la mesa.

—Pillarán al culpable, abuelo, y pagará por lo que ha hecho.

—La culpa es mía, podría haber invitado a su novio a la fiesta. Sabríamos quién es y ella seguiría viva.

—No pienses eso, papá. No sabemos si ese hombre es el culpable.

Ambas mujeres se abrazaron al abuelo.

—Venga, daos prisa, seguro que ya la han traído —señaló Manuel al deshacerse de los abrazos. Vestía traje y corbata negros. La pena lo había envejecido diez años.

Las dos lo observaron mientras salía de la habitación y echaba un último vistazo al retrato de familia. Era una escena de hacía años, antes de que Candela se marchara, con la abuela y Julia y Sebastián aún solteros. Todos sonreían junto a la fuente de piedra, en el patio de la casa.

María abrió un cajón y cogió un pequeño joyero de cristal.

—Toma, quédatelo —le ofreció su madre—. Seguro que hay varios pendientes. Le gustaría que los llevaras. —La voz se le quebró—. Os parecíais en tantas cosas…

Candela sacó dos pequeñas bolas nacaradas y se las puso. Dejó la pequeña caja sobre la mesa y cogió a su madre del brazo para salir de la habitación.

Ni Manuel ni Sebastián se habían separado del féretro en las dos horas que llevaban allí. Iban a enterrar a Julia en el panteón familiar,

aunque su tumba no podía quedar sellada. Algunos curiosos habían intentado entrar para ver a los antiguos inquilinos: los bisabuelos, la abuela y el tío Juan, pero el patriarca de los Escalante se mantuvo firme. Solo la familia podría bajar aquellas escaleras. El morbo y las malas lenguas del pueblo aseguraban que Juan no estaba allí. Al quitarse la vida, muchos fueron los que, en aquel tiempo, clamaron que no tenía derecho a yacer en camposanto y, aún hoy, eran bastantes los que querían comprobarlo. Lo que no sabían era que don Augusto, el párroco de entonces, lo arregló todo para que Juan pudiera descansar en aquel lugar. Quizá la culpa por no poder impedir su muerte obligó al cura a saltarse aquel pecado que, siglos atrás, la curia había señalado como un crimen a la vida, y había aceptado que reposara junto a sus padres. Eso sí, nada de enterrarlo en un acto público, sino de noche y sin testigos.

Fran llegó con su familia. Isa se abrazó a Candela y las dos lloraron como niñas. Después, Elías la besó con cariño tras fundirse en un abrazo con ella. Cuánto le hubiera gustado a él hacerlo también, pero se limitó a darle el pésame con una inclinación de cabeza. Saludó a los hombres y besó a María, que se le abrazó al cuello y le pidió que descubriera al culpable. Su tía Toñi habló con Candela durante bastante tiempo. Imaginó que recordaban cuando el grupo de amigos iba a su casa a pasar la tarde en la piscina y Julia la recogía en moto, dado lo que tardaba en volver. Toñi y Julia fueron sus coartadas muchas veces.

Con disimulo, observó cómo sus hombres se mezclaban entre la gente y charlaban de forma distendida.

Dolores, la cuñada de Manuel, apareció con Ernesto. La tensión se podía cortar con un cuchillo cuando este pasó de largo sin saludar a Sebastián, quien, estoico, aguardaba junto a Manuel. La mujer parecía una plañidera. Se abrazó a su cuñado y lloró en su hombro. Alabó lo cariñosa que siempre había sido Julia, aunque criticó al cuñado por haberla dejado marchar a trabajar en la ciudad pudiendo hacerlo en la aceitera.

—Mi hermana no era una niña, Dolores —censuró María.

—Yo solo digo que quien puede no quiere, y quien debe no puede

—alegó—. Pero, en fin, la pobre Julia ya no necesita nada.

Manuel no replicó a las quejas de Dolores, más bien las ignoró. Ernesto tiró de su madre hasta otro lugar y se pusieron a hablar con los vecinos.

Fran observó la escena y pensó en las tiranteces familiares que siempre habían tenido los Escalante de la loma y los del llano, pero Manuel siempre supo torearlas. Por su parte, Dolores nunca había rechazado la ayuda que su cuñado le había brindado. Todo el pueblo sabía que, prácticamente, los mantuvo desde que Juan faltó. Ella parecía timorata, se hacía la tonta muchas veces, y Fran desconfió de su actitud; le veía un interés no muy bien disimulado.

Desde la distancia, la cabo Robles lo saludó y, con un gesto, lo avisó de que no tenían nada.

Con la diligencia y la seriedad de las conductas rituales de un entierro, cada parte representó su papel. Casi al final del sepelio, a Fran se le puso la piel de gallina al oír los sollozos de Candela cuando Manuel y Sebastián quisieron bajar solos el féretro al panteón, pero no pudieron. Las fuerzas le flaqueaban al abuelo. Ernesto, impávido, ni se movió hasta que su madre cruzó una severa mirada con él. El sargento no tuvo duda de que, si acudió, fue por orden de Dolores. En los pueblos, pueden más las apariencias que los deseos. Sin pensarlo, Fran hizo un gesto a Elías y a su primo, y los tres ayudaron a los Escalante.

Fue un acto rápido, pero Fran tuvo tiempo de contar cuatro féretros en sus nichos, como si fueran objetos sobre una estantería: los padres de Manuel, Juan, Rosalía y, desde ese momento, los acompañaría Julia. El gesto solemne del abuelo al colocar la mano en cada uno de ellos y santiguarse después le generó una asfixiante sensación de respeto. Pero lo que lo sobrecogió fue cuando Manuel, tras despedirse de su hija con un rezo, dijo con voz seca en alto, a nadie en particular:

—Maldigo al asesino de mi hija y no pienso morir hasta dar con él. Si es preciso, yo mismo lo llevaré conmigo a los infiernos.

Sebas pidió en un gesto que lo disculparan, pero todos los allí presentes lo entendieron. Fran pensó que no era una amenaza velada. Si no descubrían al culpable antes que Manuel Escalante, no dudaba de que este hallaría el modo de tomarse la justicia por su mano. El

abuelo lo miró muy serio y él solo fue capaz de decirle que le permitiera hacer su trabajo.

Al salir del panteón, el sol seguía semioculto entre las nubes. La gente había ido abandonando el cementerio y, por los rostros de sus hombres, el sargento Garrido se dio cuenta de que el sujeto de pelo cano no había aparecido. Con un mensaje de móvil, informó a la cabo de que se verían en un par de horas. Buscó a Candela con la mirada, pero no estaba junto a los suyos ni tampoco con su hermana.

A Candela no le costó encontrar la tumba de Loli. Sobre la losa de mármol blanco que servía como repisa, dos jarroncillos lucían flores de plástico bastante nuevas. Una foto anacarada adornaba la fría lápida. En ella, sus ojos aún conservaban el brillo y, su piel, la tersura de una vida sana. Entre los dedos llevaba una rosa blanca que había sacado de una de las coronas de su tía, pero no hizo el gesto de dejarla sobre la repisa.

—Aún no te he perdonado.

Los recuerdos de aquel funesto día volvieron con fuerza. Candela intentó espantarlos con un ademán, como si así fueran a desaparecer, pero no parecían querer marcharse. A su mente acudió la declaración que tuvo que hacer ante la policía, una plagada de lagunas.

Había quedado con su amiga y tomaron algunas cervezas. Celebraban su cumpleaños, la excusa para el encuentro. Loli hacía tiempo que se había alejado del grupo, y Candela estaba tan feliz por como iba su relación con Fran que quería arreglar las cosas con ella. Pensaba que las malas compañías habían hecho que su amiga perdiera el rumbo, aunque esta no lo veía así e insistía en que sus nuevas amistades no la excluían. Trató de convencerla de lo equivocada que estaba, pero Loli no se lo ponía fácil.

—Pero ¿qué más quieres? ¿También quieres ponerme en contra de mis colegas, como hiciste con el grupo? —le preguntó con soberbia—. Me quitaste a Fran. Sabías que me gustaba y me lo robaste. Te olvidas

de que lo ganaste en una apuesta.

—Loli, éramos unas crías —se quejó—. Yo no te robé nada. Él me escogió.

—¿Te escogió? Claro, tanta tarde de estudio, tanto ir con tu tía a casa de la suya donde él entrenaba en la piscina… Seguro que os lo montabais allí y os reíais de mí.

Tuvo la impresión de que Loli se había quedado en la adolescencia. Parecía mentira. Tenían veintidós años y seguía con la idea de que le quitó a Fran.

—Pero ¿por qué dices estas cosas? Nunca tuviste nada con él.

Loli se bebió la cerveza de golpe y pareció serenarse.

—Da igual, ¿sabes? Quédatelo. Pero que sepas que yo lo quería más que tú.

Los celos que mostró no la sorprendieron tanto como la forma en que le hablaba. Había rencor en sus palabras.

—Me voy, Loli. No quiero seguir con esta conversación. He pensado que podíamos ser amigas.

—Las amigas se apoyan —replicó Loli antes de guardar un largo silencio. Cuando volvió a hablar, parecía la misma que tiempo atrás —. Mira, olvida lo que he dicho. A veces se me va la pinza. Me fastidia que estés con Fran, pero no era para mí. ¡Ya está! Lo asumo. No te vayas, espera. Voy al baño y traigo unas copas. Tengamos una noche de chicas, como las de antes…

No debió confiar en ella. La gente cambia y miente para guardar las apariencias.

Candela miró la fría piedra de mármol y murmuró en un susurro a la lápida:

—Sé que me drogaste y que lo orquestaste todo con aquel tío. Yo solo quería que siguiéramos siendo amigas. Entendía que quisieras a Fran, pero jamás imaginé que pudieras odiarme tanto como para hacer lo que hiciste.

Cuando la interrogaron, su relato estuvo lleno de lagunas. No pudo dar referencias del coche ni de quién lo conducía. Los testigos fueron pocos, y apenas aportaron claridad a los hechos. Ni siquiera recordaba cómo había llegado a aquel bar de carretera. Para colmo, el padre de Fran, por cortesía de la Guardia Civil del pueblo vecino, estuvo presente en su interrogatorio. Él la llevó al hospital, le dijo que habían encontrado Rohypnol en su cuerpo y llamó a Julia para que fuera a recogerla. Mientras la esperaban, Candela no paraba de llorar y lamentar lo ocurrido.

—Me duele lo que te ha pasado, por ti y por mi hijo. Los chismes vuelan, pero no sé quién lo encajará peor, si Fran o Manuel —le dijo el padre de Fran, y Candela creyó morir.

Por un instante, se olvidó de sí misma, algo que jamás debía haber hecho. Ponerse la última y dar más importancia al dolor ajeno nunca es una buena decisión. Tendría que haber actuado de otro modo, pero, en un arranque de vergüenza y protección hacia su abuelo y su novio, le pidió al que podría llegar ser algún día su suegro que le guardara el secreto.

—No se lo digas a Fran ni al abuelo, por favor. No se lo digas a nadie. —Él la miró con asombro—. Necesito un poco de tiempo para hablar sobre esta noche. Fran no lo entenderá y el abuelo tampoco; además, no le gustan los chismes. Que yo esté en boca de todo el pueblo lo matará.

—Se enterará, chiquilla. ¿No te das cuenta de lo que ha pasado? —observó el hombre con crispación en la voz—. Han intentado abusar de ti. Loli ha muerto en un accidente y todos sabrán que estabas con ella. Se coge antes a un mentiroso que a un cojo. Y si guardas este secreto, nunca serás feliz. Las mentiras se enquistan y humillan a quien se le oculta la verdad.

Se echó a llorar con desconsuelo. Con los ojos llenos de lágrimas, solo atinó a suplicar un «por favor». El hombre la abrazó como lo habría hecho su padre y le dijo que él se ocuparía de todo. Le daría tiempo para hablar con Fran y con su familia.

Los días después del suceso Candela se sintió mortificada por lo ocurrido, y cada vez que miraba a Fran se culpaba por su traición y su

silencio. Tenía los nervios a flor de piel. Sabía que debía hablar con él, pedirle perdón. Sin embargo, cuando consiguió armarse de valor para hacerlo, este la sorprendió con su conducta. Se portó tan bien con ella que no pudo soportarlo. Sentía que era una falsa, que lo había engañado y que él no lo merecía. No pudo aguantar la presión y se marchó del pueblo.

—¡Maldita Loli, maldita mil veces! ¿Cómo no me di cuenta de que me odiabas tanto? —Miró con desdén la lápida, donde el nombre de su amiga destacaba en letras plateadas—. Ojalá te pudras en el infierno —le espetó con dolor.

Sin que se diera cuenta, alguien se había ido acercando a ella. Al sentir su presencia, se sobresaltó. ¿La habría oído? Miró al desconocido con curiosidad.

—¿La conocías? —preguntó un hombre joven, de unos treinta años.

«Al parecer, no», pensó, pero respondió:

—Sí, un poco.

—Eres la Golondrina, ¿verdad?

Asintió. Que conociera el mote con el que la habían bautizado sus abuelos y la llamaban sus amigos y la gente del pueblo no le extrañó, pero no tenía idea de quién era.

—Disculpa, no sé quién eres.

—No importa, es normal, con tanta gente… —admitió el desconocido. Antes de que ella pudiera decir nada, él se alejó y se despidió por encima del hombro—: Ya nos veremos.

Fran observaba a Candela a una distancia prudente. La veía hablar frente a la lápida como si le contase algo a su amiga muerta, y no quiso acercarse para no invadir su intimidad. La cabo Robles se le acercó sigilosa y empezó a hablar:

—Esa chica sufre.

—Es obvio, han matado a su tía y estaban muy unidas.

—El lenguaje de su cuerpo dice que le recrimina algo al morador de

esa tumba. ¿Sabes quién hay enterrado ahí?

—Una amiga.

—¿Qué le pasó?

Fran se encogió de hombros; la subalterna lo estaba agobiando. Quería hablar con Candela y no podría hacerlo con ella allí.

—Tuvo un accidente. Estaban juntas en el pueblo de al lado.

—¿Otra muerte? Ya es mala suerte.

Fran la miró sorprendido. Robles se estaba pasando de lista.

—¿Insinúa algo, cabo? —replicó molesto, marcando las distancias —. ¿Qué quiere?

—Pido disculpas, mi sargento, no pretendía ofenderle —se excusó.

En aquel instante, un hombre se acercó a Candela y cruzaron algunas palabras. Fran no lo conocía y, por la expresión de Candela, intuyó que ella tampoco. No quería perder detalle de aquel encuentro, pero la cabo no le dejaba concentrarse.

—Moreno ha hablado con una mujer, Juana Casimiro. Dice que era amiga de la difunta, que trabajaban juntas. Sabe quién era el hombre que salía con Julia.

—¿No hablaron ayer con ella? —preguntó extrañado.

—Por lo visto, ha tenido unos días libres. Anoche se enteró de lo ocurrido. La ha citado en el cuartel esta tarde. Ahora está bastante afectada.

—Buen trabajo, cabo —concluyó—. Nos vemos allí.

Asintió y dejó de prestar atención a su compañera. Querría haber ido junto a Candela, pero no lo hizo. Ya no estaba frente a la tumba de Loli. La había perdido entre la multitud.

9

Fran llegó al puesto de la Guardia Civil y saludó a sus compañeros. En el despachito habían colocado algunas sillas más; el espacio era agobiante. Puntual, la compañera de trabajo de Julia Escalante llegó acompañada de su marido, pero, tras los saludos de cortesía, le pidió que la esperara fuera.

—No me pasará nada —le dijo con una sonrisa.

Fran la hizo entrar y le preguntó si quería tomar algo. La mujer negó.

—Cuéntenos, Juana, ¿qué puede decirnos de Julia? Por lo que parece, su vida era muy normal, a excepción de algunas cosas que ocultaba a su familia —solicitó Fran diligente.

La mujer se secó una lágrima y, tras arrugar un pañuelo de papel en la mano, empezó a hablar:

—Trabajamos… trabajábamos juntas —matizó, y se enjugó otra lágrima—. Además, éramos amigas. El año pasado me acogió en su casa cuando me separé unos días de mi marido. Fue entonces cuando nos unimos más. Nos conocíamos desde niñas. Mi familia vivió un tiempo en Alameda y fuimos juntas al colegio. Coincidimos en el hotel, en Málaga.

—¿Fue usted la que le habló de ese trabajo? —indagó Fran.

—No, ella acudió un buen día. Tras la sorpresa del reencuentro, le comenté que teníamos una vacante y la solicitó. Nunca entendí muy bien por qué estaba en el hotel, si su familia tenía la aceitera. Además, se había montado una oficina en casa. No solía hablar de ello. Compartíamos la recepción, pero no tenía jornada completa. Parecía que quería ocupar todo el tiempo, hasta se apuntó a un curso de escritura.

—¿Tenía otras amistades? —preguntó Robles—. ¿Un novio?

—En el hotel siempre se conoce a gente. Entabló amistad con una

señora y su sobrina. Son extranjeras. A veces salían. Julia era muy amable con ellas, bueno, con todo el mundo —contestó Juana apenada. Luego, tras una mueca que parecía salvar el conflicto que provoca romper un secreto, añadió compungida—: Sobre lo de tener novio… Podría decirse que sí. Hace algo más de un año se celebraron en el hotel unas jornadas sobre literatura. No se perdió ninguna conferencia. Un escritor participaba como ponente. Luego él volvió, se hizo el encontradizo, pero yo sé que estaba allí por ella. La invitó a salir varias veces, aunque al principio ella se negaba. Siempre que tenía fiesta, Julia volvía al pueblo, con su familia. Una tarde que salimos de paseo, cuando mi marido y yo estábamos enfadados, nos encontramos al escritor y nos invitó a una cervecita. Nos contó que daba clases en un centro. A Julia le interesó el tema y le contó que una de sus aficiones era escribir, pero que nunca había pensado que esas cosas se estudiaran. Él la invitó a que se pasara un día, para que viera si le gustaba. ¡Y vaya si le gustó! No volvimos a pasear juntas. Yo me reconcilié con mi hombre y ella comenzó a pasar todo el tiempo libre en el estudio que él tiene en la calle Alarcón Luján.

La cabo Robles iba anotándolo todo. Su escritura era rápida, con letra similar a la de imprenta. Subrayaba algunas palabras y colocaba algún interrogante entre paréntesis. Fran se fijó en que había subrayado con dos rayas de trazo firme la palabra «escritor» y sonrió para sus adentros. Tampoco a él se le había pasado ese detalle.

—¿Dice que era escritor? —interrogó—. ¿Sabe cómo se llama?

—Vicente Velasco. Nos regaló un libro a cada una en la recepción y nos lo dedicó. Un encanto de hombre. ¿Lo conocen?

Fran era un ávido lector. Le sonaba el nombre, pero no conocía su obra. Hizo una mueca para asentir y la mujer, como buena admiradora, comentó que se había leído todas sus novelas; dos de ellas habían sido un gran éxito.

—Entonces ¿eran novios? —preguntó Robles para reconducir la conversación.

—¿Novios? —sonrió—. Algo así. Ella estaba hechizada. Él venía a buscarla y la llevaba a sitios caros.

—¿Está segura, Juana? —preguntó Fran—. Es muy importante lo

que nos cuente.

—¡Claro que estoy segura! Se pelearon delante de mí, y ella rompió con él.

Juana relató que, después de estar juntos varios meses, discutieron y lo dejaron. Pero él había regresado muy abatido, suplicándole retomar la relación.

—¿Por qué rompieron? —preguntó Fran, intrigado, aunque lo imaginaba.

—¡El hombre estaba casado! —dijo exaltada—. Ella se enteró de la peor forma. La mujer, una rubia muy arrogante, fue a decirle que tenía que dejarlo, que iba a destrozar una familia. Tenían dos hijos. Echó veneno por la boca, la trató como si fuese una cualquiera. Aludió a que él se cansaría de ella en cuatro días, que no era la primera. La trató bastante mal. Le dijo que, si le había prometido convertirla en escritora, que se olvidara, que lo único que quería era divertirse con ella. ¡Por Dios! Se lo soltó delante de compañeros y clientes en la recepción. Julia lo abandonó y volvió al pueblo. Pero, al regresar a Málaga, él comenzó a buscarla de nuevo. Le prometió que dejaría a su mujer y que la quería. Ante eso, ella no tuvo armas con las que luchar. Estaba muy enamorada, se creía todo lo que él le decía.

Fran y Paula se miraron. Debían encontrar a aquel hombre.

—Ha dicho que a Julia le gustaba escribir… —comentó Robles, y preguntó—: ¿Sabe sobre qué lo hacía?

—Ella no hablaba mucho sobre eso, creo que pensaba que nadie la tomaba en serio. Era una afición. Siempre iba con su libreta arriba y abajo. Una vez me dijo que escribía una historia sobre los bandoleros que hubo por estas montañas. Por lo visto, Vicente le había dicho que la ayudaría, pero de eso hace tiempo.

—¿Escribía en una libreta? ¿No usaba el ordenador? —preguntó la cabo un tanto extrañada. En el portátil que les había facilitado la familia, no habían encontrado ningún archivo referente a una novela.

—Sí, tenía un portátil, pero se lo robaron del coche hace meses y tuvo que comprarse otro. Se llevó un gran disgusto.

Fran se sintió satisfecho con la información que acababan de obtener. Despidió a Juana y le dijo que, si necesitaban contrastar

algún dato, se pondrían en contacto con ella. La mujer se levantó de la silla y sollozó antes de decir:

—Es una lástima lo que le ha ocurrido, era muy buena persona. Espero que encuentren al culpable, que lo encierren y tiren la llave.

El sargento y la cabo se quedaron solos, ambos muy pensativos. Al final, él rompió el silencio:

—Mañana iremos a conocer a ese escritor.

A Candela el calor de la noche le parecía agobiante, asfixiante incluso, aunque no era solo eso lo que le impedía dormir, sino todas las emociones que sentía desde que había llegado al pueblo. La muerte de Julia le había roto el corazón. Le costaba hacerse a la idea de que ya no la vería nunca más: no volvería a hablar con ella, no seguiría sus consejos… Pero, sobre todo, no podía creer que alguien hubiera querido hacerle daño. La violencia del ataque había destrozado a toda la familia. Su madre apenas podía concentrarse, incluso Sebastián, tan activo siempre, le había pedido ayuda. A todos les costaba asumir las tareas de Julia, se sentían bloqueados. El abuelo, en ocasiones, parecía estar en su mundo, se lo veía muy decaído. A Candela la preocupaba que no lograra reponerse. Era horrible lo que les había pasado.

¿Quién podía guardar tanto odio como para ensañarse de esa manera con la pobre Julia?

Y luego estaba Fran.

De todos los guardias civiles que había en Málaga, Andalucía y España entera, tenían que asignarle el caso a él. Al principio pensó que era mucha casualidad, hasta que su madre le confirmó que el abuelo lo había solicitado. No le extrañó. El abuelo y el padre de Fran habían sido muy buenos amigos y compartían amistades. Por aprecio, confiaba en su hijo. Candela se recriminó no haber ido al entierro del padre de su amigo; la angustia por regresar la había tenido paralizada durante mucho tiempo. Se sintió en deuda con él, y su culpa aumentó. Siempre había pensado que aquel hombre se había llevado su secreto a la tumba… Quizá como ella y Fran volvían a encontrarse, era un buen momento para contarle lo que le pasó, aunque ¿de qué serviría?

Su mente se había empeñado en no recordar la realidad. Durante uno de sus ataques de ansiedad, estuvo visitando a una psicóloga por consejo de Carmen, la mujer de su padre, que pensaba que no terminaba de adaptarse a la ciudad y a su nueva familia. Por un tiempo, aquellas visitas la ayudaron, aunque las pesadillas regresaban cuando menos se lo esperaba.

Pensó en Fran, en lo que le costaba enfrentarse a él y en las veces que había intentado hacerlo, pero ya era tarde, demasiado tarde para dar explicaciones. Además, era muy probable que él hubiese rehecho su vida. Quizá una novia lo esperaba en Málaga, o tal vez tenía algo con esa cabo que lo acompañaba y lo miraba casi con devoción.

Lo más sensato era olvidarlo y centrarse en averiguar qué le había ocurrido a Julia.

Cansada de dar vueltas en la cama y segura de que no conciliaría el sueño, decidió salir a correr. Solo eran las once de la noche, y a aquella hora mucha gente estaría sentada en la puerta de su casa. El pueblo siempre le había parecido un lugar seguro. Si se movía por las calles del centro no se llevaría un susto al tropezarse con adolescentes buscando rincones para encuentros lascivos o montarse su botellón particular.

No lo pensó más. Saltó de la cama y buscó en su armario algo cómodo que ponerse. Bajó las escaleras de puntillas. Su madre dormía, se había tomado un somnífero. Creyó que el abuelo también estaría acostado, pero lo encontró en la puerta del cortijo con uno de los perros.

—¿Qué haces aquí, abuelito? —preguntó con cariño.

—Sebastián me ha dicho que se pasaría un rato, y aquí se está bien —respondió mientras acariciaba al labrador que se había tumbado a sus pies—. Y tú, ¿adónde vas a estas horas?

—Necesito estirar las piernas, vuelvo en un rato.

Le dio un beso en la frente y salió a paso ligero para iniciar la carrera. Antes de desaparecer calle abajo, vio que Sebas llegaba en el coche y lo saludó con la mano.

Fran entró en la cocina para beber agua. Había estado viendo una película medio adormilado en el sofá, pero, en cuanto se metió en la cama, la mente se le despertó y mil ideas comenzaron a rondarle por la cabeza. La declaración de Juana estaba entre ellas. Si todo iba como esperaba, quizá pudieran poner al escritor contra las cuerdas y hacer que confesara. Tenía todas las papeletas para ser el asesino.

Estaba tenso. Pensó que, si tuviera un saco de boxeo, podría sacar toda la adrenalina acumulada. «La adrenalina y la mala leche», se dijo. Pero no tenía saco y no quería liarse a puñetazos con la pared o los muebles. Si fumara, sería un buen momento para disfrutar de un cigarrillo, pero no había fumado nunca y no iba a empezar esa noche por muy tenso que estuviera. Si tuviera una mujer junto a él…

Candela cruzó por su mente. A pesar del tiempo que había pasado, seguía afectándole, era como una asignatura pendiente. «Si la besara, seguro que me olvidaba de todo». Con sorpresa, notó que una parte de su anatomía respondía al deseo. Se recreó en su recuerdo. La había visto muy guapa, incluso en el cementerio, a pesar de las ojeras y la tez pálida, sin brillo, por la pena. Al margen del dolor, no le pasó desapercibido el cambio en su figura: estaba más estilizada, con unas curvas más pronunciadas, más hermosa que nunca. Más mujer. A pesar de los años y del daño que le provocó su abandono, no la había olvidado.

Sabía que, mientras ella estuviera en su mente y en su corazón, no podría encontrar a otra. Tuvo que reconocerse que la Golondrina tenía poder sobre él, todavía le robaba el aire. Quería odiarla, pero no podía. Algo en ella alteraba sus sentidos. Sin analizarlo demasiado, se tocó el bulto que había aparecido entre sus piernas, pero se sintió mal por hacerlo con ella en mente, dadas las circunstancias de su regreso. Buscó otra imagen, la última chica con la que había estado, juguetona y desinhibida. Para su desconcierto, el bulto desapareció.

«Estás jodido», pensó.

Regresó a su habitación, pero, en vez de meterse en la cama, se puso unos tejanos y una camiseta, se calzó las Converse y salió al patio.

La casa era de piedra, él le había añadido un porche. Las columnas

las había alicatado la primavera pasada con azulejos de diseño malagueño, y el techo era de madera con vigas gruesas. Todavía seguían los andamios por allí, aún quedaba por rehabilitar algunas zonas. Le hubiera gustado dedicarle tiempo, pero no podía hacerlo en plena investigación. Cuando todo acabara, lo haría. Por suerte, la piscina estaba terminada, y la zona de la barbacoa también. Había empleado bien el dinero ganado en la Primitiva, y aún le quedaba para vivir sin preocupaciones. Había invertido una parte en el cortijo y las tierras de alrededor, y había sido muy generoso con su madre y su hermana. Desde que murió su padre, ellas habían sido su responsabilidad; sentía que debía protegerlas. También había hecho varias donaciones: a la Iglesia, a la residencia de ancianos del pueblo (cuya labor admiraba) y a su cofradía, aunque hacía mucho que no participaba en sus actos.

Miró a su alrededor: las reformas habían dado otro aire a aquel lugar. El maestro albañil había sabido interpretar lo que él quería respetando la esencia de la casa. En ese momento se dio cuenta de cuánto le gustaba el cortijo. Cuando todo acabara, pasaría allí unos días para despejarse. Aunque había accedido al traslado, no se fiaba de sí mismo. Aún podía cambiar de opinión.

Candela volvió a ocupar su pensamiento, pero lo despejó con un gesto inconsciente de la mano.

Dio un paseo alrededor de la casa. Al ver el coche policial fuera, se dirigió hacia él.

Necesitaba despejarse, y conducir siempre lo relajaba.

Mientras circulaba, en su mente se fueron sucediendo algunas imágenes del pasado. Esta vez no las apartó. Eran escenas felices de otro tiempo. Candela siempre aparecía en su pensamiento en los malos momentos. La había querido mucho. No sabía que la deseara tanto hasta que la volvió a ver. Si quería encontrar a alguien con quien compartir su vida, tenía que superar lo que había sucedido entre ellos.

Cuando quiso darse cuenta, estaba estacionado junto a Las Golondrinas, en la calle lateral, bajo la ventana del cuarto de Candela. Quiso salir y coger una piedrecita del suelo para tirarla a su cristal, como había hecho en tantas ocasiones. En su imaginación, ella le abría

para que subiera y él trepaba con agilidad, entre el árbol y el canalón, para pasar con ella unas horas de ensueño. La haría rabiar al reírse de los corazones infantiles que adornaban las cenefas que partían en dos las paredes de su habitación y, entre besos, acabaría tumbado en su cama, dormido con ella en brazos, hasta que se marchara antes del alba. Pero eso ya no ocurriría. Una persiana cubría la cristalera, y la tía Julia no estaba para avisarlos por si su madre o el abuelo sospechaban de que Candela estaba acompañada.

Tampoco ella le abriría, ya no eran nada.

Se sintió ridículo contemplando aquella ventana cerrada. Arrancó el motor y emprendió el regreso a casa, pero al salir a la calle principal vio a Sebas sentado junto a Manuel. «Imbécil», se dijo, al tiempo que deseó que no se hubieran percatado de su presencia.

Las calles del pueblo estaban casi desiertas, aunque en las puertas de las casas algunos vecinos se agrupaban en conversaciones triviales, ajenos a la circulación. Al pasar por el parque de la calle principal, alguien llamó su atención. Corría por una de las aceras. Allí no era habitual, al menos no a aquellas horas. Lo más común era sentarse en la puerta con los vecinos, tomarse un helado en el parque o disfrutar de una cerveza en una de las terrazas de los bares. Se fijó. Era una mujer.

«La madre que la parió».

Al observarla, a pesar de estar al otro lado del parque, supo que era Candela. Dio la vuelta cuando pudo y fue a su encuentro. La vio detenerse y ponerse las manos en las rodillas. Se la veía exhausta.

Redujo al máximo la velocidad y se colocó junto a ella. No quería asustarla.

Candela sintió que los pulmones le ardían. No había sido consciente del ritmo que llevaba hasta que, sin poder dar una zancada más, se detuvo. En un gesto desfallecido, apoyó las palmas de las manos en las rodillas e, inclinada, trató de coger aire de forma pausada.

El motor de un vehículo la alertó y miró hacia allí. No había prestado atención a las calles por las que corría, pero acababa de llegar a la principal, bastante iluminada.

Por el rabillo del ojo, vio que un todoterreno blanco se había

situado a su altura. Con fastidio, bufó y deseó que no fuera un chico medio borracho con las hormonas salidas. Como si no fuera consciente de su presencia, inició la vuelta hacia Las Golondrinas. El conductor reemprendió la marcha a una velocidad muy lenta. Candela percibió que bajaba la ventanilla y esperó cualquier comentario.

—¿Se puede saber adónde vas?

La voz de Fran la sobresaltó, y lo miró con los ojos muy abiertos. Él la observaba autoritario, con un rictus de enfado.

—A casa.

—Sube.

Sin dejarle opción a réplica, le abrió la puerta desde el interior. Ella subió contrariada y, por inercia, se puso el cinturón casi a la vez que él arrancaba de forma brusca, aunque siguió a poca velocidad, como si así retrasara la llegada a su destino. Ninguno quería ser el primero en hablar; el ambiente se volvió tenso.

De repente, sin esperarlo, Fran se detuvo en seco. No era el mejor lugar para pararse: habían salido de la calle principal y, en la que estaban, no había mucha luz, pero todo indicaba que al sargento no parecía importarle demasiado.

—¿Por qué, Candela? ¿Por qué lo hiciste?

Candela sintió la angustia en las manos. La humedad que notó de pronto no era por la carrera, sino porque llevaba años esperando aquella pregunta. Se creyó descubierta. No fue capaz de mirarlo, aunque presintió que él le clavaba los ojos como si fueran dagas.

—Me dejaste, Candela. ¡Joder! Te marchaste sin darme ninguna explicación. ¿Es que todavía hoy no tienes nada que decir?

—Lo siento. —No supo qué más alegar. Los recuerdos regresaron, y dolían demasiado.

—¿Lo sientes? ¿Y ya está? No lo merecía. No, no merecía que me trataras así.

—¿Qué querías? Después de… Ella murió.

Sus miradas se cruzaron y Candela vio el dolor en su rostro.

—¿Y la culpa fue mía? Podríamos haberlo superado juntos.

—No podía soportarlo. Sé que no fue culpa tuya —susurró atormentada—. No eras tú, sino yo…

—No vayas por ahí —la advirtió.

Fran se dio cuenta de que tenía que serenarse: si la abordaba con exigencia, no conseguiría nada. Además, si seguía por ahí acabarían discutiendo, y era la primera vez en siete años que estaban juntos y a solas. No quería estropear el momento, pero llevaba mucho tiempo esperando respuestas y sabía que acabaría por decir algo que los alejaría aún más. Arrancó el motor de nuevo y siguieron en silencio unos minutos.

Candela trató de buscar un tema con el que llenar el vacío sordino. Aquel mutismo era peor que cualquier grito. Se le ocurrió preguntar sobre la investigación, pero no quería ponerlo en un compromiso. Tampoco indagó sobre su compañera. Le había parecido que lo miraba con admiración. ¿Sería solo eso? Se recriminó los celos, pero casi a la vez se los negó. No, no eran celos. Fran aparcó junto a la plaza, frente al cortijo. El abuelo seguía allí sentado con el perro. Candela lo vio levantar una mano y, al mirar en dirección a su saludo, se dio cuenta de que su tío se marchaba en coche.

—Siento mucho lo que ha pasado, de verdad —dijo él al apagar el motor—. ¿Cómo estás?

—Aún no me lo creo. Es como estar viviendo una película —admitió. Sus ojos se volvieron vidriosos y reprimió el sollozo—. Sé que harás todo lo que esté en tu mano para encontrar al culpable. Gracias.

Fran no fue capaz de contener el impulso de coger un mechón que se le había salido de la coleta y ponérselo detrás de la oreja.

Candela lo miró expectante. Sintió su caricia en la mejilla y, sin darse cuenta, dejó caer la cara en su palma. Luego recuperó la compostura. Aquel tacto no era lo que más le convenía.

—Pensé que ya no te vería más, que por mi culpa no vendrías a la boda de mi hermana. No sé qué hice mal ni por qué te marchaste sin darme explicaciones y olvidaste tan pronto todo lo que nos prometimos —murmuró sin reproche, pero sacando a colación el pasado compartido—. Pero no te preocupes, no pretendo juzgarte. Hace mucho tiempo que entendí que, en las parejas, siempre hay uno que ama más, y ese siempre fui yo. Solo necesitaba respuestas, aunque ya sea tarde.

—Déjalo, Fran. Ha pasado mucho tiempo. Haz tu vida, seguro que hay muchas chicas por ahí detrás de esos ojos verdes.

—Sí, alguna hay —dijo sin saber por qué. Si tenía que ser honesto, nunca se había dado la oportunidad de que la hubiera. Siempre encontraba la manera de alejarlas.

—Tal vez podamos ser amigos. Una vez lo fuimos…

Él la miró unos segundos a los ojos. Había olvidado el matiz exacto de sus iris y las arruguitas que hacía su nariz en los momentos de tensión. Quiso besarla, pero no pudo.

—Pasaré aquí el verano, mi familia me necesita —señaló Candela sin pensar. No deseaba que acabase aquel instante, y los nervios le hicieron decir lo que no quería—. Tal vez podamos vernos en otro momento. Como amigos.

—Será mejor que no.

—¿Por qué?

—No quiero ser tu amigo, mi niña. No puedo dejar que entres en mi vida de nuevo. Cuando acabe la investigación, me iré. Aunque paso bastante tiempo por aquí, solicité un traslado. En Madrid se vive bien.

Candela encajó el golpe. No supo qué esperaba que le respondiera. Pero si algo de aquella frase la trastocó no fue oír que se iba a marchar o que no quería que fueran amigos. Lo que hizo que su corazón temblara como si estuviera a merced del viento fue que la llamara como tantas veces había hecho cuando eran novios. Tras aquello, no fue capaz de decirle mucho más.

—Adiós, Fran. Si puedes, mantennos informados, por favor.

La pena impregnó sin querer la despedida.

—Cuídate, Candela, cuídate mucho.

No había dado ni dos pasos cuando oyó rugir el ruido del motor. Cruzó la plazuela. Al llegar a la puerta, saludó al abuelo, le dio un beso en la frente y, como si lo riñera, le dijo que era tarde, que se fuera a dormir.

—Ese chico te quiere, niña —fue lo único que le dijo Manuel.

10

Candela sabía que algún día tendría que contarle la verdad a Fran, al menos antes de que él la averiguara. En ocasiones pensó que Paco, su padre, al conocer su historia por estar presente cuando la interrogaron, se la habría dicho en algún momento a su hijo, pero su exnovio jamás le había reclamado nada ni había hecho referencia al tema cuando hablaron. Quizá era el momento de soltar lo que callaba y de que cada uno siguiera con su vida. Ella estaba a gusto en Barcelona, pero el pueblo era ese lugar al que siempre quería volver, aunque se autoimponía no hacerlo. Se preguntó a qué tenía miedo. «El encuentro con Fran no ha ido tan mal —se dijo—, quizá lo que necesito es afrontar esa asignatura pendiente con él».

En casa, reflexionó sobre la situación. Como Julia ya no estaba, su madre se había quedado muy sola, aunque Toñi le había dicho que María salía con alguien del pueblo. También ella se había dado cuenta. Había visto a un hombre bien parecido que se acercaba mucho a su madre en el cementerio, igual que la tarde anterior, en la casa. Le había ofrecido su pañuelo y estaba muy pendiente de ella; cuando hablaban, notaba cierta complicidad entre ellos. No preguntó, pero se sintió excluida de las vidas de su madre y su tía. Ninguna había tenido la confianza suficiente como para contarle que salía con alguien. Estaba harta de tanto secreto, aunque no era quién para defender aquella cuestión. Ella tampoco había sido capaz de desvelar el suyo.

Mientras desayunaba, se sintió una niña. María, en la cocina, preparaba tostadas de mollete con tomate y aceite sin dejarla hacer nada. El abuelo, aunque hacía un par de horas que ya se había tomado el café, se sentó a la mesa con ella y le pidió a su hija otras tostadas. Luego miró a Candela y le dijo muy serio:

—¿Te gusta vivir en Barcelona?

—Sí, es una gran ciudad, y me siento cómoda en el colegio.

—Siempre quisiste volar.

Era cierto, salir del pueblo era una idea que la había motivado, pero algunos deseos se convierten en losas. Justificó su marcha:

—Aquí no había mucho trabajo, abuelo —señaló para no tener que hablar de lo que aún no estaba preparada—. Pero me encanta el pueblo.

—Tu tía decía lo mismo, sin pensar que formaba parte de una empresa —replicó Manuel con pesar—. Fue de mucha ayuda en el molino, pero un día se fue buscando no sé qué. Y tú también haces falta, aunque no te lo creas. Hace mucho que no venías y, cuando lo hacías, tu visita era más corta que la del médico.

—Al principio todo era nuevo, quería pasar tiempo con papá y conocer a mis hermanos. Además, ya te conté que me costó adaptarme y hacer amigos. —Ella jamás lo habría confesado, pero su padre le había dicho a su madre que no tenía amistades, así que tuvo que inventarse que le costaba abrirse. No podía decir que en realidad no quería conocer a nadie. Durante los primeros meses, hizo varias veces el equipaje para volverse, pero luego lo deshacía envuelta en lágrimas porque no se atrevía a regresar y enfrentarse a Fran y a lo que le había pasado. Se volvió a justificar—: Aunque no te lo creas, me ilusionaba volver a estudiar, y eso me quitaba mucho tiempo. Luego encontré trabajo en el colegio y disfruto mucho con los niños. Allí hay más oportunidades y trabajo.

—Aquí también, había poco, pero había… Todavía lo hay. Y la aceitera será tuya algún día; tuya y de los hijos de Sebastián. No sé qué os entra a los jóvenes con iros a la ciudad. ¿Cómo sobrevivirá el pueblo si nadie se queda?

Candela, como su madre, Julia y Sebastián, también había trabajado en el molino: en la administración, como secretaria comercial, ayudando y haciendo un poco de todo. Sebastián había insistido en que debía aprender el negocio desde todos los puestos. Por eso había estudiado para saber dirigir una empresa. Su futuro estaba ligado a aquella tierra, al molino y a Fran, siempre lo había sabido, y se había acostumbrado a aquella idea. Hasta que pasó lo que pasó.

María apareció con un plato de tostadas y un bol con tomate

rallado. El aceite ya estaba en la mesa, junto con unos platos. Candela iba a levantarse a por los cafés con leche, pero su madre la frenó.

—Estate ahí con el abuelo, yo lo sirvo. Papá, el tuyo descafeinado.

—Qué remedio, habrá que hacer caso al doctor… Al menos, esta semana. —Le guiñó un ojo y ella sonrió.

Sabía que aquella pregunta que le había hecho el abuelo no era trivial. Su familia deseaba que volviera, y más en ese momento en que Julia ya no estaba.

En Barcelona vivía bien, libre y feliz con sus amigas, aunque a veces se sintiera sola. Al poco de llegar, decidió retomar los estudios. Hizo la carrera de Magisterio como una forma de ocupar su tiempo y su mente. La mujer de su padre le había encontrado el puesto que tenía en el colegio, donde ella trabajaba. Sin embargo, Las Golondrinas era su hogar… Resultaba duro vivir alejada.

Se deshizo de esos pensamientos y disfrutó de la escena familiar, tan cotidiana, en la que, con serenidad, hablaron de Julia. Mientras lo hacían, de forma inconsciente, untó pan en el aceite que había quedado en el plato y lo degustó. Manuel la miró ensimismado. No le dijo nada, pero ella intuyó que pensaba en Julia. A su tía le encantaba derramar un chorrito de aceite en el plato, mojar pan y comérselo como si fuera un manjar.

Después del desayuno, Candela subió a su cuarto. Presentía que sería un día largo. Se puso unos tejanos cortos y una camiseta para estar por la finca. Pasó media mañana con su madre en la oficina del molino, paseó por la nave y se impregnó de aquel olor que, desde las paredes y el suelo, le recordaba a su infancia, al abuelo, a la tía Julia. Cuántas veces se había quejado de aquel aroma que se pegaba a la piel…

Regresó agotada.

Revisaba los cajones de una cómoda cuando, al intentar abrir uno de ellos, no pudo. Estaba atascado, así que fue a buscar un destornillador a la caja de herramientas de su abuelo.

En el patio encontró a su tío hablando con Manuel sobre los jornaleros que pretendían contratar para cuando empezara el verdeo, en otoño, hasta el final de la temporada, cuando la oliva adquiría un

tono violáceo y se cosechaban las que se convertirían en aceite.

Candela cogió el destornillador y volvió a cruzar el patio de camino a su habitación.

—¿Se puede saber adónde vas con eso? —le preguntó Sebastián.

—Un cajón de la cómoda está atrancado. Voy a ver si puedo abrirlo —respondió.

—Anda, trae —pidió su tío tendiéndole la mano para que le entregara la herramienta.

Ella lo desafió con un mohín de incredulidad.

—¿Crees que no podré abrirlo?

El abuelo rio, y Candela sintió por un momento que nada malo les había ocurrido.

—Te vas a meter en problemas, Sebastián —le advirtió el abuelo—. ¿Es que no conoces a las mujeres de esta familia?

—Sé que puedes abrirlo, pero no tengo nada mejor que hacer.

—Entonces aceptaré tu ayuda. —Le cedió el destornillador.

Los tres subieron a su cuarto y, con una destreza que ella no tenía, su tío abrió el pequeño cajón y sacó lo que impedía que se abriera.

—Esto es lo que lo tenía bloqueado —le dijo mientras le mostraba una libreta.

—Es… es el diario de Julia —señaló Manuel.

Sebastián sostuvo el cuaderno y ella lo cogió con reverencia. Se lo ofreció al abuelo por si quería leerlo, pero este la miró con los ojos vidriosos y negó con la cabeza. Se dio la vuelta para salir del cuarto. Candela lo vio alejarse con la cabeza gacha y todo el peso del mundo sobre los hombros. Compartió una mirada resignada con su tío y este frunció los labios. Sin decir nada, Sebastián siguió a Manuel.

Una vez a solas, Candela ojeó el viejo cuaderno sin detenerse demasiado en lo que ponía. Se fijó en la caligrafía pequeña y redonda de su tía, y aquella imagen la emocionó.

De pronto se le ocurrió que quizá Fran debería verlo, podría ser una prueba. Tal vez en sus páginas se revelaba alguna pista para que dieran con el autor de su asesinato, pero rechazó la idea, lo cogió por los bordes y lo dejó sobre su cama.

«Has visto mucho *CSI*, Candela», se rio de sí misma, pero siguió con

la idea que se le había metido en la cabeza.

Sentada en la cama, lo abrió con cuidado para leerlo. En la primera página había una advertencia: «No leer…», y sonrió al ver, al inicio, la letra infantil de su tía que cambiaba a su escritura de adulta al cabo de unas páginas.

Sin duda, a Julia siempre le había gustado reciclar. Aquel diario era una especie de agenda con tapas rojas. En las primeras hojas había escrito vivencias infantiles y, por algún motivo, lo había retomado para plasmar sus pensamientos de adulta. Lo raro era que lo guardase en su habitación.

Deslizó las hojas entre los dedos y se detuvo a la mitad del cuaderno. Leyó un párrafo al azar, pero le avergonzó asomarse a aquellas intimidades. Julia desgranaba sus pensamientos más subjetivos e introspectivos:

> Desde que enviudé, nunca pensé que podría sentir por otro hombre lo que sentí por mi marido, pero Vicente ha despertado en mí una pasión que desconocía. Me siento seducida y pierdo la voluntad. Intuyo que son sus conversaciones, su manera de hablar, su inteligencia, pero también cómo me enciende. Hasta me da vergüenza recordar lo que hacemos. Creo que me obsesiona estar con él. Quiero rechazarlo, pero no puedo.

Lo cerró de golpe. No tenía derecho a meter las narices en aquellas páginas. Lo abandonó en la mesita. Sin embargo, al momento lo cogió de nuevo.

Lo abrió por la primera parte.

> Estoy emocionada, he avanzado mucho en las clases de escritura. También en mis juegos con Vicente. Me hace sentir tanto… He reescrito la novela que empecé hace años. Mi bandolero puede ver la luz.
>
> Siempre me dio vergüenza que mi padre o mi hermano se rieran de mi afición, por eso la he llevado en secreto. Alguna vez lo he hablado con Candela. Ella es más joven y me entiende, aunque no le he contado lo que tengo con Vicente; me da vergüenza que me juzgue.
>
> Cuando inicié la novela, no había creado al personaje femenino, pero Vicente me hizo ver que Sancho necesitaba una compañera. Aún no sé cómo llamarla ni cuál será su historia… Me gusta la idea de una mujer fuerte, una bastarda a quien su padre reconoce poco antes de que lo maten unos bandidos. Sí, voy a trabajar en

el perfil de este personaje: una mujer de las que se hacen a sí mismas, guapa como Candela, y levantará una almazara. Es mi pequeño homenaje a mi padre.

Candela recordó a Julia escribiendo en una libreta la que iba a ser su primera novela. «De bandoleros», decía cuando le preguntaba de qué iba, y no le daba más detalles. Escribir había sido la manera de sacudirse el dolor por la muerte de su marido, entonces recordó el cuaderno que había visto en la oficina… Allí Julia había empezado a desgranar la historia. Se preguntó qué ocurriría al final con el texto, y si llegó a acabarla.

¿Qué hacía ese diario en su cómoda? «Claro, cuando Julia decoró mi habitación, debió de olvidar que estaba dentro del mueble», pensó. Revisó el resto de los cajones, la mayoría vacíos… Además del diario, en aquel cajón atrancado encontró biquinis y bañadores. Por inercia, rebuscó entre las prendas y algo llamó su atención: un *pendrive*.

Le resultó extraño que si varias agentes habían registrado la casa y las oficinas no se hubieran llevado aquellas cosas tan personales de su tía que ella había encontrado sin buscarlas. No le entraba en la cabeza aquel descuido, aunque al no estar en la habitación de Julia, quizá lo descartaron. Apartó aquellos pensamientos de su mente. Quería averiguar otra cosa.

La curiosidad mató al gato.

Candela se dejó invadir por ella. Encendió el portátil y abrió el dispositivo. Había tres carpetas con varios archivos en cada una: documentación, historia y novela. Emocionada, abrió el último archivo y leyó: «En tierra de bandoleros». Con el cursor, fue bajando por el texto hasta llegar a la palabra «fin». Algunas páginas tenían anotaciones en otro color y comentarios. Sonrió. Julia era muy perfeccionista y pensó que seguro que había repasado y revisado aquellas palabras decenas de veces.

Era una novela completa, y no dudó de que allí estaba la historia de Sancho, el romance entre una dama y un bandolero.

A Julia le había obsesionado la historia del Tempranillo, uno de los bandoleros más famosos de aquellas tierras. Candela recordó que, de niña, solía llevarla al patio de la iglesia, donde habían sido enterrados los restos del bandido. No le extrañó que se inspirara en él para su

novela.

Empezó a leer; el inicio no era muy distinto del que ya conocía, al haber leído la libreta de la oficina con lo que intuía que era un primer borrador. Avanzó con el cursor… Pronto la enganchó la historia y se dejó llevar por esos personajes que su tía había descrito. Era una novela que mezclaba estilos: suspense, intriga, novela histórica y romance. Julia empoderaba a una mujer que había nacido pobre y bastarda. Le gustó mucho la ambientación de la historia: un olivar muy parecido al de su familia. El bandolero que enamoraba a la dama le recordaba mucho a Alberto, el marido de Julia.

Al cabo de un rato, decidió pausar la lectura y bajó al salón.

Desde las escaleras, vio a Sebas despedirse del abuelo y de su madre. Este, al verla, se dirigió a ella:

—Pásate por casa, niña. Así conoces a mi benjamín.

Se sintió mala prima. David, el mayor, acababa de nacer cuando se marchó, y lo había visto algunas veces, pero a Víctor solo le envió un regalito cuando nació. Tenía que resolver aquello.

—Luego me paso —dijo, y levantó una mano para despedirse.

Al final de la tarde, cuando Candela volvió de casa de Sebastián y Laura, donde los niños la dejaron exhausta, oyó que el abuelo discutía con alguien en su despacho. La puerta estaba entreabierta. Sin reparo, se dirigió hacia allí y, con cautela, escuchó a escondidas.

—No te pido tanto, solo un pellizco con el que pueda pagar algunos favores.

Era Ernesto, quería dinero.

Al primo de su madre le gustaba la buena vida y arrimar poco el hombro. Manuel siempre los había ayudado, tanto a él como a su madre, pero Candela pensaba que se habían aprovechado de la protección que el abuelo les brindaba. Según le había dicho su madre, se había metido en política y parecía un potentado, pero por lo visto solo era fachada.

—Veinte mil euros me parece más que un pellizco —espetó el abuelo malhumorado.

—Manuel, no quiero llevarte a los tribunales… Sabes que me debes eso y muchísimo más.

—Si esperas que me acobarde, vas listo. Con lo que acabas de decir has perdido toda posibilidad de que me rasque el bolsillo. Además, no sé por qué vienes a pedirme dinero otra vez. Te dije que eso se había terminado. Se acabó vivir del cuento mientras yo asumo todas tus deudas. No pienso darte ni un céntimo más.

Ernesto pareció enfadarse, porque se oyó un golpe en la mesa. Candela se enderezó. Iba a entrar, pero se detuvo. Al abuelo no le gustaría.

—Sé muchas cosas… Era un niño, pero aquella noche estaba allí —replicó Ernesto. Candela supuso que se refería a cuando murió Juan. Ese tema lo tenía obsesionado—. Tengo las de ganar.

—Puedes gastarte lo que quieras en abogados. No te debo nada. Tengo la conciencia muy tranquila.

—¿Cómo puedes decir algo así y dormir por las noches? Mi padre se ahorcó porque lo perdió todo. Pudiste ayudarlo.

—Y lo ayudé. Aunque no te lo creas, me lo agradeció. Pero lamentaré hasta el día en que me muera que prefiriera quitarse la vida y no tuviera cojones para afrontar lo que había hecho. Aquel acto no fue digno de él.

—No me hagas reír. No creo que te agradeciera que te quedaras con sus tierras y el molino por cuatro duros. Seguro que se ahorcó por eso, para no verse en la ruina mientras tú te enriquecías.

Candela sabía que a su abuelo le pesaba demasiado la muerte de su hermano. Su madre le había contado muchas veces que se culpaba por no haber podido evitarla.

María era una niña, pero recordaba el día que nacieron sus hermanos, el mismo que murió Juan. Muchas veces le había explicado la historia, y a ella le encantaba escuchar lo que su madre recordaba de aquella larga y extraña noche en la que sus tíos vinieron al mundo.

Había habido bastante revuelo en la casa: puertas que se abrían y se cerraban, la comadrona arriba y abajo… Incluso Manuel se había marchado un rato a la calle; más tarde, llegaron visitas a deshoras. Le habían prohibido a María que saliera de su cuarto y molestase a su

madre en su alcoba, pero se obligaba a tener los oídos bien abiertos. Se mantuvo en un duermevela continuo. En el silencio de la noche, oyó el llanto de una criatura, como si fuera el maullido de un gatito. A la mañana siguiente descubrió que eran dos. Cuando recibieron la noticia de la muerte de Juan, se extrañó. Creía haberlo oído en la casa, y a su padre decirle «Todo se arreglará». Tal vez había sido un sueño. Nunca más volvieron a verlo.

Quizá por eso al abuelo no le gustaba hablar de cómo había llegado a ser el dueño de todo; no pudo ayudar a su hermano. Al menos ella nunca lo había oído hablar de aquello, aunque Ernesto, igual que Dolores, no dejaban que se olvidara. Siempre que podían, sacaban el tema, como si se les debiera algo.

—Ese asunto no tengo por qué discutirlo contigo —oyó decir al abuelo—. Y ahora, márchate de mi casa.

—He venido por las buenas, Manuel. Estoy en un problema y necesito dinero. ¿Es que tienes el corazón negro?

—Yo, ¿el corazón negro? ¿Acaso has olvidado quién te ha mantenido casi toda tu vida? Ningún trabajo te ha parecido digno —le recriminó el abuelo —. ¿Te acuerdas de la piara de cabras que te di porque querías producir leche? Lo tenías todo pensado, menos que había que madrugar para cuidar a los animales. Las vendiste a la primera de cambio. Si se lo hubieras dejado a tu esposa, tendrías un buen negocio, aunque no soportabas que valiera más que tú. Pero bueno, ahora eres edil del ayuntamiento y te pavoneas por los bares. —El tono era irónico—. ¿Crees que no sé que te vas sin pagar la mitad de las veces? ¿Para eso quieres el dinero? Pues no pienso darte un céntimo más.

Se hizo el silencio y Candela imaginó que se retaban con la mirada.

—Si no me lo das, contaré lo que sé —lo desafió Ernesto.

—¿Me amenazas? Quizá quien vaya a contar lo que sabe sea yo —vociferó Manuel con reproche—. Tu padre vino aquella noche a mi casa destrozado por lo que había ocurrido en la taberna. Lo había apostado todo, sí, y lo había perdido, y tuve que pagar las consecuencias de su mala cabeza. Si pagué mucho o poco, es cosa mía. Bien sabe Dios que perdí mucho aquella noche: un hermano. Habla

con tu madre y deja de inventarte cosas. Ella puede decirte por qué no te debo nada.

—Una casa y un pedazo de tierra con una casona no es comparable con todo lo demás —replicó Ernesto—. Algún día morirás.

—Sí, como todos. Pero ni estás ni estarás en mi testamento. ¿Te queda claro?

—Te arrepentirás.

—Vuelves a amenazarme, Ernesto, y no estás en condiciones de hacerlo. Si buscas pelea, te hundirás tú, no yo.

Hubo un nuevo silencio que a Candela le pareció lleno de tensión, pero, al oír al primo de su madre, notó que cambiaba de tono.

—Voy a dejar que te lo pienses. Volveré, quizá con la mitad me apañe —dijo más pausado pero con un deje de prepotencia—. Estás de duelo, no he sabido escoger el momento, pero a saber si Julia no ha pagado tus pecados.

—Sal de aquí de una puñetera vez. —Ernesto salió, pero se detuvo en el umbral de la puerta.

Candela temió que la descubriera y se pegó a la pared. Sin embargo, el primo de su madre se volvió y miró al abuelo. Este dijo unas últimas palabras:

—Habla con tu madre y no vuelvas a pedirme ni un céntimo. No creo que le guste saber para qué lo quieres.

Durante los segundos que siguieron a su marcha, Candela no supo qué hacer, pero se armó de valor y entró en el despacho. Manuel estaba sentado en su sillón tras el escritorio en el que ella, de niña, hacía los deberes.

—Abuelo, ¿estás bien?

Él la miró sorprendido.

—Lo he oído todo. ¿Qué quiere Ernesto? ¿Por qué te amenaza?

—Bah. —Hizo un gesto con la mano, como si le restara importancia —. Lo de siempre, dinero. Se cree que le debo algo porque se quedó sin herencia.

Manuel se señaló las rodillas y ella fue a sentarse allí, como cuando era chica.

—Me gustaría que algún día me contarás qué pasó. —El abuelo la

miró extrañado. Aunque Candela supo que la entendía, matizó sus palabras—: Nunca me has explicado la historia completa.

—Otro día. Pero no le cuentes a tu madre o a Sebastián que Ernesto ha estado por aquí. No quiero que le reclamen nada. No aguanto más peleas.

—Está bien, aunque seguro que Dolores suelta algo en cuanto pueda.

—Que diga lo que quiera, ella no tiene derecho a reclamar nada.

—No debe de bastarles que su casa sea de las más grandes del pueblo —añadió ella.

El abuelo se encogió de hombros.

Candela intuyó que la conversación había acabado. Preguntó por su madre, le extrañaba que no hubiera aparecido con esos gritos. Manuel le dijo que había salido con su amigo y, como si quisiera olvidar la discusión, él le propuso preparar la cena juntos.

—Solo si hacemos una tortilla de patatas. ¿Recuerdas cómo se hacen?

—Claro que me acuerdo —rio Manuel—. Nunca me han salido más buenas que cuando tú me ayudabas.

Se dirigieron hacia la cocina juntos y Candela se hizo una nota mental para no olvidar preguntarle de nuevo al abuelo por aquel tema.

11

Fran había pasado mala noche. Iba de camino a recoger a Paula en el cuartel, pero Candela aún no se había ido de su pensamiento. Ya habían transcurrido siete años desde que se fue de su vida, siete años en los que casi la había olvidado —aunque se adueñara de sus sueños cuando le daba la gana—, pero, de un plumazo, todo aquello se había ido al traste. Apenas la recordaba cuando estaba con otra mujer, y hacía tiempo que había dejado de compararlas con ella. Cómo se engañaba. No entendía por qué tenía tanto poder sobre él. Le ocurría desde la adolescencia.

Se vio espiándola cuando salían con el grupo a pasear por los caminos y campos, los días y las noches de feria en los que lo volvía loco con sus bailes, con su risa, con su cuerpo, que se ondulaba por bulerías y dejaba ver a la mujer en la que se convertiría.

—Vamos a por la tercera, mi niña —solía susurrarle al oído cuando lo que quería era bailar con ella una sevillana.

Ella se ponía delante de él y lo provocaba:

—Vamos a ver si te sabes los pasos, «mi arma».

Cómo la deseaba después de un baile…

Antes de que salieran como novios, siempre había buscado excusas para estar a su lado, aunque Loli se lo ponía difícil. Sabía que la chica sentía algo por él, pero no aceptaba que no la quisiera ni lo escuchaba cuando le decía, sincero, que solo la veía como a una amiga.

Le llevaba casi dos años a la Golondrina, aunque tenía la madurez que no encontraba en las chicas de su edad. Candela era inteligente, ingeniosa, divertida. Algo en ella lo atrapaba como la luz a las polillas.

Le cautivaba mirarla cuando iba a su casa para ayudar a su hermana con los deberes. Se le veían dotes de maestra. Qué paciencia. A Fran le

encantaba hablarle de libros; era una gran devoradora de ellos. Podían pasar horas comentando y desmenuzando una novela. Le gustaba sorprenderla con novelas llevadas a la gran pantalla, y siempre decían que irían a ver esas películas, aunque después ella se desdecía porque prefería quedarse con la idea que se hacía de la narración. Eran unos críos.

Al enterarse de que ella pasaría el verano alejada del pueblo, que se marchaba a Barcelona con su padre, sintió que podía perderla. Entonces dio el paso; tenía que hacer algo para que supiese que no era solo amistad lo que sentía por ella.

Habían subido en grupo a la Cruz, al mirador de la sierra de la Camorra. Desde allí se divisaba el pueblo y más allá. Las vistas eran excepcionales. Los campos de olivos y cereales parecían un cuadro pintado con una gama de verdes singulares que rodeaba por completo los puntos blancos que formaban las casas. El sol de la tarde le daba un color especial a todo.

Los amigos conversaban mientras contemplaban la panorámica y hacían bromas de si desde allí podían ver a sus madres. Fran esperaba el momento propicio para abordar a Candela. De pronto, la suerte hizo que un halcón cruzase el cielo y todos trataran de seguirlo carretera abajo para verlo cazar. En la carrera, ella se torció el tobillo y él la ayudó. Se quedaron rezagados. No fue capaz de decirle nada, solo la atrajo hacia él y la besó. Sintió que temblaba, pero no lo rechazó. Se dio cuenta de que era su primer beso. No sabía hacerlo, pero él le enseñó. Fue el mejor que había dado hasta entonces.

—Ahora somos como novios, no puedes echarte uno en Barcelona —le advirtió.

—Pues tú tampoco puedes irte con otra niña —reclamó ella, envalentonada.

Sellaron aquel pacto con otro beso que lo tuvo encendido todo el verano y al que recurría en sus noches oscuras para recordarla con sus manos.

Mientras pudieron, ocultaron su amor a los demás. Buscaban mil excusas para esconderse. La complicidad de sus tías los ayudó. Cuántas veces Toñi les encargó que regaran las plantas del jardín y

allí, en la soledad de la casa, cuando él iba a entrenar a su piscina, descubrieron sus cuerpos y abrieron sus corazones. La tía Julia también los ayudó con su silencio. Hacía ver que no se enteraba de que algunas noches él saltaba al balcón de la Golondrina y se tiraban horas allí hablando de libros y de un futuro que no sabían qué les depararía. Pasaban temporadas separados porque ella viajaba a Barcelona para ver a su padre. Él la añoraba tanto que le dolía hasta la piel. Mantenían conversaciones eternas al teléfono y hacían mil planes para cuando volvieran a estar juntos. Los reencuentros eran siempre explosivos.

Ella iba a empezar a estudiar Dirección de Empresas y Marketing en una escuela de negocios de Málaga. Él, tras estudiar Criminología, se hizo guardia civil. Se le antojó que la vida sería dichosa. Los años fueron pasando, y aquel romance adolescente se mantuvo vivo con la certeza de que un día se casarían. La quería tanto… Nunca había mirado a otra mujer, ni siquiera a Loli, que se le ofrecía en bandeja sin respetarse siquiera. Ante su rechazo, días antes de morir, se atrevió a amenazarlo:

—Te arrepentirás —le dijo con rabia—, ella no te quiere más que yo. Te ganó por una apuesta.

Loli jamás comprendería que a él eso no le importaba. Candela se lo había contado, y él no se resistió a besarla. «Es una suerte que sepas jugar mejor a las cartas», bromeó enredado entre sus brazos.

Aunque le dolía ver que lo pasaba mal… Su amiga sufría porque ellos estaban juntos, pero no lo podían remediar. Ellos se querían, y lo de Loli era una obsesión que la había alejado del grupo para juntarse con malas compañías.

No supo qué ocurrió entre ellas la noche del accidente, pero, tras la muerte de Loli, Candela se quedó desolada, ni siquiera dejaba que la tocara. Se sentía impotente porque no lograba ayudarla y notaba que se alejaba. Acudió a su padre en busca de consejo. No quería presionarla, pero necesitaba respuestas.

—Dale tiempo, Fran, o la perderás —le advirtió Paco.

—Pero no sé qué más hacer, no quiere hablar de lo que pasó. Seguro que la loca de Loli le dijo algo, estaba despechada. ¿Por qué la

acompañó a ese lugar? ¿Y por qué conducía Loli? Estoy convencido de que la llevó allí para dejarla sola.

—No te hagas daño con esas ideas —continuó su padre—. Está traumatizada por lo que pasó, quizá se sienta culpable. Apóyala y no la atosigues. La Golondrina ha sufrido mucho.

—Es que no entiendo qué hacía con Loli en ese lugar.

Su padre le aconsejó que confiara en Candela. Necesitaba tiempo para superar la muerte de Loli. Le dijo que no se hiciera mala sangre, y Fran pensó que tenía razón. Se lo contaría cuando estuviera preparada. Deseoso de animarla, la llevó hasta el mirador de la Cruz, aquel lugar tan importante para ellos.

Se vio allí, impaciente y emocionado. Nervioso, apretaba la joya que guardaba en el bolsillo, aquella en la que había invertido todos sus ahorros. Estaba tan ansioso que no quiso hacer caso a las señales que le decían que algo no iba bien.

Su madre también lo había avisado: «La Golondrina no anda bien… Cuídala, Fran, esa niña está triste». Fue un necio, creyó que con su amor bastaba para ayudarla, aunque le atormentaba su silencio.

Sin tener en cuenta nada de lo que le advirtieron, sin leer las señales que había en el aire, ocultas entre las palabras, la llevó a la Cruz, se arrodilló como había visto hacer en las películas y la tomó de la mano. Ella lo miró con asombro al tiempo que se ponía a llorar.

—Aquí te besé por primera vez —susurró emocionado—, aquí te entregaste a mí por primera vez y aquí te pido que te cases conmigo.

Los nervios le hicieron abrir con torpeza la cajita, que tiró a un lado cuando le mostró la joya: un aro blanco con un brillante engarzado, discreto pero elegante.

Le puso el anillo en el anular y ella, con los ojos anegados en lágrimas, se le abrazó al cuello y respondió:

—Quiero darte la respuesta que deseas, pero en este momento no te puedo contestar… —Con una sonrisa, le preguntó—: ¿Me dejas pensarlo?

Debió considerar las señales de alarma… Al día siguiente, ella se había marchado. Fue Julia la encargada de devolverle el anillo y romperle el corazón.

Después de tanto tiempo sin respuestas, explicaciones ni palabras, ella le pedía que fueran amigos. ¡Amigos! Él no quería ser su amigo. Él quería ser su todo: su principio y su fin, recuperar lo que había perdido sin saber el motivo.

«Maldita sea, Candela».

Apretó con fuerza el volante. Los nudillos se le quedaron blancos.

—¡Amigos…! —gritó expulsando el aire que retenía en los pulmones—. ¡Y una mierda!

Trató de serenarse. No podía llegar así al cuartel a recoger a la cabo Robles; se lo notaría nada más verlo. Además, tenía que recuperar la frialdad que exigía una investigación. Se sentía un novato con las hormonas descontroladas y la mente dispersa. Al aparcar frente al edificio de ladrillo, respiró hondo hasta conseguir el control que deseaba.

Sin embargo, la cabo Robles era observadora. Nada más verlo, se dio cuenta de que no venía muy fino, aunque tuvo la decencia de ser discreta y no preguntó nada. Ser tan transparente lo puso de peor humor.

Iban a casa del escritor. Mientras conducía en silencio, la observó trastear con el GPS. La aplicación les dio las indicaciones para el camino.

—Apaga eso —ordenó con sequedad—. Aún sé llegar a Málaga sin guía.

—¿Una mala noche? —inquirió la cabo con sarcasmo.

—Paula, no me toques las narices —respondió a la defensiva. Bufó en un intento de controlar la ira y añadió—: El tipo vive frente a la Malagueta. Espero que esté y no nos haga buscarlo por todas partes. En caso contrario, tendremos que pasar por el centro ese en el que da clases.

—He buscado en Google su trayectoria como escritor —explicó Robles sin mostrarse molesta—. Tiene varias novelas históricas. Tras un par de éxitos, se dedicó a impartir clases y conferencias. ¿Podemos pasar por alguna librería?

—¿No te gusta el e-book? —preguntó con ironía. La había visto un libro electrónico.

Aparcaron cerca de un complejo residencial. Fran tuvo que esforzarse para centrarse en el trabajo. Candela se inmiscuía en sus pensamientos, y tenía que encontrar la forma de sacarla de allí. El fin de semana pensaba volver a Málaga; podría quedar con alguna de sus amigas. No sería la primera vez que apaciguaba su rabia y su frustración con sexo.

Encontró la casa del escritor sin dificultad, un edificio de tres plantas que parecía corresponder a una única vivienda.

Robles llamó a la puerta. A los pocos segundos los recibió un hombre de unos cincuenta y tantos, algo canoso pero con buen aspecto. Iba vestido *casual*, como si fuera mucho más joven. A Fran le recordó a esos hombres a los que les cuesta aceptar que los años pasan. Era casi tan alto como él. Su aspecto delataba que pasaba horas en el gimnasio y conservaba el atractivo que hace honor al dicho de «quien tuvo retuvo».

El sargento se presentó y el hombre no dudó en hacerlos entrar cuando nombraron a Julia Escalante. La cabo estudió su expresión: lo juzgó tenso, preocupado, pero no vio un ápice de culpabilidad.

—Me intriga qué pueden contarme de Julia —dijo el hombre al entrar en el despacho hacia donde los había dirigido.

—Señor Velasco, ¿afirma que la conocía? —indagó Robles. Fran parecía absorto en la gran biblioteca que cubría una de las paredes.

—Hace un tiempo, fue alumna mía en un taller de escritura —respondió el escritor incómodo.

—Según nos han contado, parece que era algo más que una alumna —espetó el sargento sin mirarlo.

—Bueno, ya sabe, a veces las mujeres creen lo que no es —se defendió, pero Robles se dio cuenta de que se había puesto nervioso —. Tiene buena imaginación, escribe bien, pero le falta eso que se necesita para ser escritor. ¿Por qué me preguntan por ella?

Fran, movido por una curiosidad que a la cabo Robles le pareció inoportuna en aquel momento, revisó los libros de la estantería y tomó uno de forma distraída. Con estudiada calma, levantó la cabeza del volumen y anunció con voz seca:

—Julia Escalante apareció muerta hace unos días en la finca de su

padre. —Lo miró a los ojos. Robles no perdió detalle de los cambios en la expresión del hombre. La sorpresa se asomó a sus ojos. Se mantuvo impertérrito, aunque necesitó sentarse.

Fran le dio tiempo de decir algo, pero el escritor solo se mostraba sorprendido. No era lo que Garrido esperaba. Quizá no preguntó qué le había pasado porque ya lo sabía. Era una posibilidad, pero al sargento no le gustaba dar nada por sentado.

—Nos han comentado que eran algo más que amigos. Usted pensaba dejar a su esposa por ella…

—La gente imagina cosas si te ve dos veces con una mujer. Y no digamos la prensa…

El escritor respondió con sarcasmo, pero parecía turbado. Robles lo miraba con ojo clínico; le asombró lo curiosa que resulta una persona cuando intenta ocultar algo. El comportamiento no verbal puede llegar a contradecir lo que se manifiesta con palabras.

—Pero ¿tuvo o no algo con ella? —inquirió Fran, molesto. Sin soltar el libro, observó una maleta junto a la puerta, e hizo un gesto a Robles para indicársela—. Conteste.

—No voy a negarlo, tuvimos algo cuando la conocí.

—¿Va a alguna parte? —preguntó la cabo, y señaló el equipaje.

—No, anoche regresé de Madrid.

Unos pasos de inconfundible taconeo sonaron a lo lejos. Fran supo que se acercaban, cada vez más relevantes ante el silencio incómodo que se había creado.

De pronto, una mujer entró en el despacho. Saludó con una expresión que indicaba que no esperaba invitados, se dirigió al escritor y le dio un beso en los labios. Rubia, de unos cincuenta y muchos, delgada, con cirugía y bótox en la cara. Su piel parecía más tersa que la de la cabo Robles. Tenía un pecho voluptuoso, más propio de la ayuda de la silicona que de la naturaleza, pero no era hermosa, por mucho que tratara de ocultarlo con el maquillaje y con una pose autoritaria que distaba de ser atrayente. No les dedicó una mirada amable; sin embargo, su rostro se suavizó al dirigirse al hombre.

—Cielo, ¿te sientes mejor como para recibir visitas?

Incómodo, el escritor se apresuró a presentarlos:

—Verónica, son agentes de la Guardia Civil… Es mi mujer.

Ella no pareció muy sorprendida cuando la cabo Robles le explicó quiénes eran y el motivo de su visita. Hubo un breve silencio que el escritor trató de llenar con humor. Dijo que llevaba indispuesto algunos días y que su esposa era hipocondriaca por los dos. A pesar de la broma, la tensión flotaba en el aire.

—¿Cuándo se fue a Madrid? —preguntó con seriedad el sargento—. ¿Iba solo?

—Hace tres días. El lunes a mediodía, y…

—Yo iba con él. Teníamos una reunión —interrumpió la mujer—. ¿Qué hacen aquí?

Fran no estaba para jugar al gato y al ratón, así que le contó que estaban investigando el asesinato de una mujer y que el nombre de su marido había salido en las indagaciones porque ella había sido su alumna. Se calló que trataba de averiguar si tenía coartada para el final de la tarde del domingo, cuando mataron a Julia.

—Pero eso es circunstancial —alegó la rubia.

—Solo estamos intentando reconstruir los últimos momentos de Julia Escalante. Deseábamos saber si se habían visto. —No quería levantar la liebre. Su experiencia le decía que la gente intentaba ocultar pruebas y defenderse cuando se sentía investigada.

—Ya ve que no —confirmó ella.

El teléfono móvil que la mujer llevaba en la mano empezó a sonar. Por un segundo, pareció que iba a obviar la llamada, pero Vicente la animó a cogerla.

—No te preocupes, no pasa nada —dijo alentándola. Ella los miró con arrogancia.

—Bueno, no te canses mucho —dijo cortés—. Les dejo, tengo que atender esta llamada.

Con un gesto que usó a modo de despedida, salió del despacho con el teléfono pegado a la oreja.

—Disculpen a mi mujer. Es muy estricta con las visitas y muy protectora conmigo. Parece antisocial, pero es la mejor editora que uno puede tener —justificó el escritor.

—Entonces ¿no vio a Julia antes de su viaje a Madrid? —lo

interpeló Fran con voz seca. Le clavó sus ojos verdes y, por el silencio que hubo tras su pregunta, dedujo que el hombre estaba sopesando si mentir o decir la verdad.

—Julia y… —empezó, pero de repente alguien entró en la sala.

—Te dejaste esto en el coche. —La voz de un joven que llegaba cargado con varias carpetas y libros los sorprendió. Este miró a los agentes al tiempo que dejaba sus bártulos en una esquina de la mesa. Luego preguntó molesto—. ¿Pasa algo?

Robles miró al sargento con cara de sorpresa por la inesperada interrupción.

El escritor se apresuró a calmar al chico y despedirlo con palabras tranquilizadoras. Cuando se quedaron solos de nuevo, se dirigió a Fran y admitió lo que ya sabían:

—Julia y yo tuvimos una aventura hace tiempo. Afectó mucho a mi familia.

Fran dejó el libro en la mesa y se dispuso a curiosear unas hojas grapadas que coronaban el montón que el joven acababa de dejar. Sin embargo, no pudo. El escritor se las quitó de las manos alegando que era el trabajo de uno de sus alumnos. Con aparente calma, preguntó:

—¿Saben qué le ha pasado?

Decidió jugársela y lo miró a los ojos. Podía ser el culpable y necesitaba ver sus gestos al responder.

—Creí que lo sabía, que lo habría visto en la prensa. Alguien acabó con su vida. La apuñaló y, después de alargar su agonía, la golpeó en la cabeza y la abandonó en el olivar de la familia —dijo con crudeza —. Murió la noche del domingo.

—¡Dios mío!

Vicente Velasco, escritor de novela histórica, acostumbrado a describir batallas con cierta saña, se dejó caer en su sillón y se tapó la cara con las manos para reprimir un sollozo. Aquella era la reacción que, ante la noticia de la muerte de su amante, Fran esperaba, aunque le llegó un poco tarde. El hombre podría ser un buen actor.

—Quiero a mi familia, pero Julia… Julia me tenía hechizado —confesó—. Iniciamos una relación, pero cuando supo que estaba casado me abandonó. Aquello me afectó; no era capaz de comer ni de

escribir, no podía vivir sin ella, así que lo arriesgué todo y volví a conquistarla. Al principio era una obsesión tenerla conmigo, pero la amaba. No puedo creer que esté muerta. ¿Saben quién ha sido?

—Aún no, pero lo averiguaremos —señaló Robles.

—Si me disculpan… Necesito estar a solas —admitió el escritor, visiblemente afectado—. Es un duro golpe.

—Una cosa más, señor Velasco —pidió Fran sin darse por aludido con la sutil manera en que los había despedido—. No nos ha dicho aún si vio a Julia el domingo por la tarde.

Vicente dudó antes de contestar. Fran se impacientó.

—Señor Velasco, deje de hacernos perder el tiempo y de mentirnos. Tenemos algunos testigos que aseguran que vieron entrar con ella en su casa a un hombre de rasgos parecidos a los suyos. Han identificado su vehículo. ¿Se acostaron?

—Si saben desde el principio que nos vimos, ¿por qué no dicen que soy sospechoso? —inquirió con enfado.

Con un gesto, Fran frenó a la cabo Robles, que parecía estar preparada para contestar con artillería aquel comentario. Le exigió la respuesta a Velasco con una mirada.

—Sí, nos acostamos —confirmó él—. Nuestra relación ha tenido altibajos, me dejó cuando se enteró de que estaba casado, pero la necesitaba. ¿Puede entenderlo? ¿Sabe lo que es amar a una mujer y ver que ella se escapa como agua entre los dedos? No, usted no sabe lo que es eso.

El escritor hablaba como si lo hiciera consigo mismo. Se movía por el despacho nervioso, frotándose las manos, en ocasiones dándoles la espalda.

—Conseguí que me escuchara, que me aceptara de nuevo. Había roto con Verónica, quería empezar una nueva vida con Julia. Nos íbamos a fugar. Yo tenía una reunión en Madrid, y ella iba a acompañarme. Dijo que tenía algo que decirme, pero no quería hacerlo de espaldas a su familia. Le preocupaba que no lo entendieran. Iba a hablar con ellos en la fiesta de cumpleaños de su sobrino y luego nos marcharíamos. Pero discutimos… Una llamada de Verónica le hizo creer lo que no era. Tuve que convencerla de que estábamos bien y de

que nos iríamos juntos. Quedamos en la posada, pero no vino. La esperé toda la noche. Pensé que seguía enfadada y regresé a casa.

—Pero no ha dejado a su mujer, se fue a Madrid con ella —lo interrumpió Robles—. ¿Su esposa estaba al corriente de su aventura?

Sabían que sí, pero Paula quería conocer la respuesta. Seguía estudiando su lenguaje no verbal.

—Es complicado —se justificó el hombre—. Cuando llegué a casa, estaba tan hundido que se lo conté, y ella me perdonó. Julia ni siquiera había contestado a los mensajes que le había enviado. Entendí que no quería saber de mí, que no estaba conforme con la relación que yo le proponía y que no quería esperar. Me hubiera divorciado por ella, pero necesitaba tiempo para que mi familia entendiera la situación. No podía romper con Verónica así como así. No solo nos unen dos hijos, sino también un negocio. Es la editora de mis libros, la persona que lleva mi carrera de escritor. Sin ella, no soy nadie.

Fran escuchó en silencio todas las justificaciones y alegaciones del escritor, y le parecieron calculadas. Aquel hombre no quería perder, lo quería todo; si no tenía a una, se quedaba con la otra. Intuía que no era del todo sincero. Había algo que no decía, pero prefirió no presionarlo. Lo que sí le dio fue algo en lo que pensar.

—No sé si lo sabe, pero Julia estaba embarazada de tres meses.

Un sollozo escapó de la garganta del escritor. Robles pensó que los ojos se le iban a salir de las cuencas.

Se despidieron después de decirle que volverían a contactar con él y de que no saliera de la ciudad. Le dieron una tarjeta y le pidieron que, si recordaba algo que pudiera ser útil para la investigación, se pusiera en contacto con ellos.

Al salir a la calle, Robles le preguntó a Fran:

—¿Le crees?

—Lo único que creo es que ese hombre no dice toda la verdad. Investiga a la mujer. Ella conocía los líos de su marido y eso hace que tengamos otra sospechosa.

Garrido miró la hora en su caro reloj y decidió pasar por la Policía Judicial y dar parte a sus superiores.

12

La investigación había llegado a un punto muerto. A la mañana siguiente, citaron a la mujer del escritor en las dependencias de la comandancia, en Málaga, y, aunque mostró desinterés al oír que Julia era la amante de su marido, pronto se desmoronó su fachada de esposa indiferente y comentó con inquina que estaba al tanto de las andanzas de su esposo; aquella relación había afectado a sus hijos y casi había roto su familia.

—No era la primera vez, ni creo que sea la última —aseguró con frialdad—. Pero no mentiré si me preguntan si creo que esta era distinta.

—¿Lo dice porque estaba embarazada? —preguntó la cabo Robles.

La cara de la mujer se contrajo y cerró los ojos en señal de rabia contenida. «Eso no lo sabía —pensó Fran—, aunque puede que sea una excelente actriz». Con ironía, se dijo que aquel disgusto le había añadido años a su rostro.

—Su marido iba a abandonarla —conjeturó Fran—. Quizá no lo soportó. Quizá los siguió y, cuando él salió de la casa, usted entró y la atacó.

—¿Y creen que tengo suficiente fuerza como para mover un cuerpo y tirarlo en una cuneta?

—Pudo ayudarla alguien. Su hijo es corpulento… —la provocó.

—¡No meta a mis hijos en esto! Es cierto que no soportaba ver lo que Vicente hacía a nuestra familia y que sabía de sus andanzas. Creí que se cansaría, como de las otras, pero esta vez era distinto. Juro que no tenía ni idea de que estaba embarazada. Puedo parecer fría e insensible y no espero que entiendan por qué no lo he abandonado ya, pero no soy una asesina. Me alegré cuando regresó destrozado porque ella no había acudido a su encuentro, pero… —Fran intuyó que la rabia por la noticia de la que se acababa de enterar estaba a punto de

salir por la boca de la mujer, y no se equivocó—. Si me preguntan si la conocía, les diré que sí, la había visto alguna vez, quería saber por quién iba a cambiarme. ¿La odiaba por entrometerse en la vida de un hombre casado? Sí. ¿Quise vengarme? Puede. ¿La maté? No.

—¿Dónde estuvo ese día?

—Esa tarde quedé con un empleado de la editorial, quería adelantar trabajo. Estamos montando la campaña de un nuevo libro y el tiempo apremia. Luego cené con mis hijos en el bar California, un restaurante cerca de casa, y nos marchamos juntos. Pueden comprobarlo —soltó orgullosa.

—Lo haremos —aseguró la cabo Robles mirándola a los ojos.

Luego, en un tono menos beligerante, la mujer añadió:

—Él llegó por la mañana, destrozado y suplicando que lo perdonara.

La línea de investigación acababa de estancarse.

Aunque no podían descartar al escritor, era el último que había visto a Julia con vida.

Fran recordó que Vicente les dijo que Julia y él habían discutido. Quizá ella cambió de idea y no quería marcharse con él; tal vez él no pudo aceptarlo y por eso la mató. Era un buen móvil, aunque basado en conjeturas. Había hombres que, ante el rechazo de una mujer, sacaban lo peor que tenían dentro. Sin embargo, habían comprobado su coartada y no salió de la posada en toda la noche. Debían seguir investigando, y Fran no sabía de qué hilo tirar.

—¿Ahora qué hacemos, mi sargento? —preguntó la cabo Robles al despedir a la mujer.

—Repasaremos lo que tenemos. —Por suerte, la maquinaria estaba bien engrasada y el pequeño equipo que había formado trabajaba unido, sin egos ni chorradas que ralentizasen el funcionamiento del grupo.

—¿Nos quedamos en Málaga o volvemos al pueblo?

—Tengo que resolver un asunto —respondió sin dar pistas—, pero estaría bien que volvieras a hablar con la amiga de Julia en el hotel. Quizá la visitó alguien en el trabajo y lo hemos pasado por alto.

El registro del piso no había dado resultado, tampoco el del ordenador o del móvil. El administrador de la finca les dijo que Julia

quería dejar el piso. Iba a volver al pueblo, Fran supuso que por el embarazo. Entre los amantes había mensajes, los típicos de una relación clandestina, pero nada sospechoso. Si discutieron, no lo hicieron online. Encontraron mensajes antiguos de Adela, que la informaba de que estaba en su pueblo, de amistades y de la familia. Ninguno sospechoso. Sin embargo, la tarde del domingo había recibido una llamada de un número que todavía no habían identificado. La lista de llamadas tardaría un poco más… La compañía telefónica no se caracterizaba por su diligencia en esos trámites.

Había dado órdenes claras y específicas a cada miembro del equipo y esperaba resultados, pero llegaba el fin de semana y sus compañeros tenían familia o necesitaban descansar. No iban a resolver nada aquella tarde.

Fran esperaba que la cabo no le pusiera demasiadas pegas. Era viernes, tenía planes, incluso había llamado a una de sus amigas y había organizado un fin de semana lujurioso.

—¿Un regalo para los novios? Hay que despedir a la parejita… —dijo la cabo con sorna.

Maldijo su suerte al darse cuenta de que había olvidado que no era cualquier fin de semana. Celebraban la despedida de soltero de Elías y su hermana. La habían organizado conjunta porque el novio se iba a ir unos días de viaje con unos amigos. El trabajo le había impedido acompañarlo, pero no podía faltar a la cena. Tenía que cancelar la cita. Un extraño regocijo le recorrió el cuerpo… Tal vez Candela se animara a salir y tendría oportunidad de verla.

Sintió lástima por sí mismo. Con qué poco se conformaba…

El sábado por la mañana Fran recibió un mensaje de la cabo acompañado de una fotografía.

«El nuevo libro del escritor», ponía.

En la instantánea aparecía la portada de un libro con la imagen de un jinete a caballo. Por título, *El bandolero*. Debajo de la foto, una nota de prensa detallaba el contenido del libro. El texto rezaba: «Lo nuevo de Vicente Velasco. Una historia que recrea el romanticismo de los

bandoleros españoles». La imagen se parecía mucho al único retrato que se tenía del Tempranillo, el bandolero cuyos restos descansaban en la iglesia de su pueblo. Por si eso fuera poca casualidad, Julia Escalante parecía haber escrito una historia similar.

El siguiente mensaje de la cabo Robles estaba lleno de ironía.

«¡Cuánta historia de bandoleros y bandidos! —Concluía el mensaje con un interrogante—: ¿No le parecen muchas coincidencias, mi sargento?».

Sí. Y Fran Garrido era de los que pensaban que las casualidades no existían.

De pronto parecía que estuvieran saliendo del pozo en el que andaban metidos. Tenían que volver a interrogar al escritor. No se lo había contado todo.

Candela había dejado la novela para dedicarse al diario de su tía.

Se había prometido no meter las narices en su intimidad, pero había leído algo que le había llamado la atención. A la par que Julia relataba su apasionado romance con el escritor, hablaba de las confidencias que mantenía con su amiga Adela.

> Es duro escuchar a Adela cuando habla de su matrimonio, tan apasionado al principio como tortuoso después, sobre todo desde que perdió al hijo que esperaba. Llevo años oyéndola decir que su marido no es lo que la gente piensa, que cuando bebe es otra persona, que llega a casa y, cuando no le da un empujón, la insulta y humilla para acabar pegándole un tortazo. Y eso no es todo, me preocupa cuando dice que calla muchas cosas. ¿Cómo puede soportarlo? ¿Cómo no lo grita a los cuatro vientos y lo abandona? Le he ofrecido mi ayuda, he querido hablar con mi padre, pero lo rechaza todo. No quiere que nadie lo sepa. Siempre acaba diciendo que es por su culpa.
>
> Cuando veo a Ernesto, siento náuseas. He querido decirle que lo sé todo, pero Adela me lo ha prohibido; teme las consecuencias. No sé cuánto tiempo podré callarme algo así.

En otro párrafo más adelante, Julia parecía disgustada.

> Jamás me habían insultado tanto. Esa mujer debe de estar loca. Qué vergüenza he pasado, la de cosas que me ha dicho delante de mis compañeros. No puedo

dejarlo así, se ha atrevido a amenazarme.

Había pretendido desobedecer la voz que le decía que debía darle el diario a Fran, pero se justificaba, no lo había hecho por lo mucho que le costaba hablar con él. Sin embargo, tras leer aquello, supo que no podía guardárselo. Quizá en el diario encontrasen pistas sobre quién asesinó a Julia. Era como tener una patata caliente entre las manos: la ocasión de hablar con Fran y, quizá, ya que estaban conversando, de explicarle algunas cosas.

Recordó que Julia le había dicho muchas veces que no podía ocultarle lo que le ocurrió, que no era sano para ella ni justo para él. Para nadie. Su madre y el abuelo no sabían lo que había sucedido, aquel secreto la hizo alejarse de todos los que la querían. Era un precio muy alto por algo de lo que no tuvo la culpa. Loli estaba muerta, ya había pagado por esa traición, y ella no era capaz de recordar todo lo vivido aquel día. Había llegado el momento de pasar página, de poner las cosas en su lugar y enfrentarse a su verdad. La habían drogado, no era dueña de sus actos. Si Fran no lo entendía, ella no podría hacer más.

«El hombre es dueño de su silencio y esclavo de sus palabras», se dijo. Aquel dicho tan sabio atribuido a Aristóteles había sido defendido por otros muchos hasta convertirse en proverbio. Candela creía que solo con el silencio de sus pensamientos tenía control absoluto. Eso le daba la seguridad de que nadie sacaría de contexto lo ocurrido, de que no dirían que era una mentira que creaba, años después, para echar lodo sobre el recuerdo de Loli.

Se engañaba y buscaba recodos a la realidad para seguir justificando su silencio. Se avergonzaba de sus actos. Esa era la pura verdad, y por eso callaba, pero ¿qué más daba lo que pensara la gente, lo que pensara Fran de ella? Eso no la definía. Necesitaba ser libre; ella era su peor juez.

Oyó que su madre la llamaba desde el piso de abajo. Cerró el diario de Julia y se levantó de la cama, donde se había tumbado a leer. Lo guardó en uno de los cajones de la mesita de noche y bajó descalza. Descendió las escaleras despacio. Le vino a la mente el recuerdo del

momento en que le había enseñado el diario a su madre: esta lo cogió, pero solo echó un vistazo a la primera página. En ella, con peor letra que la que veía a continuación, rezaba un aviso: «No leer, este diario pertenece a Julia Escalante». Su madre y el abuelo se rieron, quizá por primera vez desde su muerte. Le contaron que un representante les había dado aquel dietario para la aceitera, pero Julia se lo quedó. Decía que allí escribiría sus cosas y les prohibió a todos que lo leyeran. Luego estuvo perdido mucho tiempo, pero lo encontró y le gustaba escribir ahí sus pensamientos.

Su madre no le había preguntado jamás sobre el contenido, qué decía o dejaba de decir, ni siquiera cuando Candela le comentó lo mucho que la había impresionado ver la letra de Julia. A María le costaba retener las lágrimas cuando la mencionaban, y que no se interesara por lo que guardaban esas páginas o por el contenido de la novela que había encontrado no significaba que no le importara, sino que todavía no era capaz de enfrentarse a eso.

Entró en el salón y casi pisó a uno de los gatos. No era habitual que estuvieran por la casa, pero su madre tenía predilección por una gata atigrada, la única a la que mimaba.

—Candela, hija, ¿es que no piensas arreglarte para la fiesta?

—¿Qué fiesta? Yo no tengo ganas de fiesta.

—Que te quedes en casa no nos devolverá a Julia —dijo María con pesar—. Anda, arréglate y te llevas mi coche.

El abuelo entró en el salón y se sentó en su butaca. Él también parecía contento con la gata; se le subió al regazo y no la apartó.

—La gente criticará —replicó—. Dirán que, en vez de guardar luto, salgo a divertirme.

—La gente habla siempre, no importa lo que hagas o dejes de hacer. No puedes evitarlo —señaló el abuelo acariciando a la gata—. Siempre dirán y pensarán lo que quieran.

—Pero, abuelo, es darles leña para los chismes.

—¿Sabes? Tu abuela siempre me decía que estaba tan pendiente del qué dirán que me perdía muchas cosas. ¡Y qué razón tenía! —se lamentó Manuel—. Julia se ha ido, yo me avergonzaba de lo que la gente del pueblo pudiera decir porque, con cuarenta años, iba tener

un hijo de un hombre casado. ¿Y qué? ¿Qué importaba eso? Podría haber sido feliz. Ahora nunca lo sabremos. Así que sal con tus amigos, solo tenemos una vida. Si volviera a nacer, haría de otra forma muchas cosas.

—Pero, abuelo, ¿de verdad que no te importa?

—¡Ay, mi Golondrina! Claro que no. No te va a doler menos que Julia no esté por que vayas a la fiesta de tus amigos, por que te rías y te eches unos bailes. Y a nosotros tampoco nos la devolverá.

Una hora después, Candela entraba en el restaurante donde se habían dado cita los amigos de la pareja para despedir su soltería.

Vio a una veintena de conocidos. Estaban de pie, a la espera de que los hicieran pasar a la mesa que se veía engalanada al fondo del local.

De pronto, se sintió desubicada, como si no perteneciera a aquel sitio ni tuviera que ver con aquella gente. Todos iban muy arreglados. Ella se había limitado a ponerse unos tejanos, una camisa sin mangas y unas alpargatas de cuña. Las prisas del viaje no le habían permitido plantearse qué iba a meter en su pequeña maleta, pero tampoco le importaba demasiado. No había ido con la intención de salir de fiesta. Su corazón y su casa estaban de luto, y durante un instante se censuró por estar allí. Luego, Julia se le apareció en el pensamiento. Ella amaba la fiesta, la alegría y las celebraciones, así que decidió dedicarle la primera copa de vino que tomara.

Barrió el local con la mirada. Aquel sitio era zona de peregrinaje de mucha gente los días de romería o el lugar perfecto para cenar en verano. Por los alrededores se extendía el Camorrillo, un gran parque público con mesas de piedra donde los días de fiesta se reunían muchas familias con cestas de pícnic. Por las noches servía de escondite para las parejas que buscaban un rato de intimidad. El sitio era idílico. Estaba situado en la explanada que había previa a la calzada empinada de curvas peligrosas que subía a la Cruz de la Camorra, por donde ningún loco se atrevería a ascender en una noche oscura, ni siquiera con luna.

Durante un segundo se quedó mirando a la gente, sin saber a quién

dirigirse. Sin embargo, su intuición, o algunas fibras de su cuerpo, detectaron sin dificultad dónde se encontraba Fran: acodado en la barra, con una camisa blanca remangada y una copa de cerveza en la mano que se llevaba a los labios en aquel instante. Charlaba con una joven a la que no reconocía.

Una voz que le resultó familiar musitó su nombre y la hizo reaccionar. Era Isabel. La abrazó en cuanto estuvo a un paso de ella.

—Me alegro tanto de que hayas decidido venir… —dijo su amiga. Luego, frente a frente y con una de sus manos entre las suyas, susurró con afecto—: Julia estará observándonos desde el cielo y seguro que está feliz de verte aquí.

Eso esperaba; que allí donde estuviera, estuviese en paz.

Elías apareció de repente.

—¡Golondrina! Qué alegría verte. Anda, dame un beso.

Volvió a sentir unos brazos cariñosos estrechándola. En aquel instante se dio cuenta de cuánto había echado de menos a sus verdaderos amigos. Se podían tener muchos, pero, como los de la infancia, ninguno.

—Ahora no puedes faltar a la boda —suplicó Elías—. Puedo hablar con mi prima… Seguro que te cede encantada el puesto de testigo.

Hacía meses, cuando por fin se armó de valor y elaboró mentalmente una excusa creíble, le comunicó a Isa que no podría ir a la boda. Esta no la creyó, por supuesto, y usó todos los chantajes posibles para hacerla cambiar de opinión. Sin embargo, con cariño, acabó diciéndole que lo entendía, y a partir de ese día no se lo volvió a pedir. En ese momento, Candela comprendía que buscara a alguien para sustituirla en la función de atestiguar el enlace. Así que no pretendía que se lo volvieran a solicitar. Además, todavía no sabía si acudiría al evento.

—Elías, déjala y no la atosigues —lo riñó Isabel con cariño—. Seguro que a tu prima le hace ilusión. ¿No la ves? No sé qué le contará a Fran, que lo tiene interesadísimo.

—Seguro que está hablando de la protectora.

De pronto, los novios, como si a ella le importara, se pusieron a explicarle que, en el centro de protección, acogida y recuperación de

animales en el que trabajaba la chica con Elías, esta había curado a un águila que habían encontrado con un ala rota. Ella se encargó del animal hasta que se recuperó. Hacía un par de semanas que lo habían soltado. El ave surcó el cielo sin dificultad y desapareció.

—¿No hay vino? —preguntó sonriendo con la idea de cambiar de conversación.

Elías era un poco pesado cuando se ponía a hablar de animales. Los adoraba y sufría si alguien los torturaba. Aquella afición la había adquirido de niño, y había enredado al pequeño grupo de amigos para buscar perros heridos por los campos, cuyos dueños, frustrados y cansados porque no levantaban las piezas de caza o ya no les servían por viejos, los mataban de un balazo. En época de caza, era habitual encontrarlos con un tiro o dos, colgados con una soga al cuello o abandonados. Durante un tiempo, ellos fueron como el club de los cinco en busca y captura del perro en apuros. Y, reconocía, había sido una satisfacción salvar a algunos.

—Por supuesto, ven. —Isabel le tiró de la mano y la acercó a la barra, justo al lado de Fran y su acompañante.

Cuando Candela la vio, intuyó que era la famosa prima.

Cruzó con él una mirada y se le aceleró el corazón. No quería que pensase que intentaba inmiscuirse en su conversación. Buscó con la vista al camarero y levantó la mano para que se acercara.

Fran vio que alguien se aproximaba y disimuló el impacto que recibió al ver de quién se trataba. Casi agradeció que los interrumpieran. Desde que había llegado, no se había podido mover de allí. Casi podía decir que Elías le había encasquetado a su prima con la excusa de que no conocía a nadie, y esta no paraba de hablarle de su trabajo. La mirada de Candela le había parecido esquiva, e intuyó que estaba nerviosa. La oyó pedir una copa de vino, casi al mismo tiempo que su hermana hacía las presentaciones.

—Judith, esta es mi amiga Candela. Vive en Barcelona.

La chica debía de saber de quién le hablaba, porque se levantó del taburete que ocupaba y, con tono afectado, se dirigió a ella.

—Hola. Esto…, siento mucho lo de tu tía. Es horrible. Estarás destrozada.

—Sí, es muy duro, gracias.

Candela recibió la copa de vino que le sirvió el camarero. Al llevársela a los labios para beber, vio por el rabillo del ojo que Fran se acercaba. Lo miró y se dio cuenta de que le ofrecía un brindis. Por inercia, chocó su copa con la de él.

—Por Julia —dijo Fran.

—Por Julia —repitió ella.

Ambos dieron un sorbo a sus bebidas sin apartar los ojos el uno del otro. Candela tuvo que hacer un gran esfuerzo para no romper a llorar.

Elías se unió al grupo y tomó a su novia por la cintura; le preguntó en un susurro si pasaban ya al interior. Esta asintió. Con voz enérgica y un ademán de «adelante», Elías movilizó al grupo que, diligente, accedió al salón del bar. Candela siguió a la pareja, pero no podía dejar de notar a Fran a su lado.

—¿Cómo estás? —le preguntó él en un murmullo—. Pensé que no vendrías.

—No iba a hacerlo, pero mamá y el abuelo se han empeñado.

—Te sentará bien distraerte —dijo algo más alto—. Además, estos dos… —Fran señaló con la cabeza a su hermana y a Elías, que se abrazaban delante de todos— se sentían muy mal por estar de celebración en un momento tan difícil.

—Si te soy sincera, no creo que aguante mucho. —Lo miró con incomodidad, pero él le ofreció una sonrisa—. Me siento desubicada total, como si no perteneciera a este sitio ni conociera a nadie.

—Es normal que te sientas así. Todos entenderán lo que decidas hacer.

Isa la llamó a su lado y ella le levantó el brazo en señal de que ya iba. Se arrepintió de no aprovechar aquel momento para decirle a Fran que le gustaría hablar con él, tenía que contarle lo del diario de su tía. Se había alejado algunos pasos, pero de pronto, movida por un impulso, se volvió de nuevo y se dirigió a él.

—Tengo que hablar contigo.

Se fue tan de prisa que no supo si Fran la había oído.

Sin embargo, se dio cuenta al notar la presión de la mano de él

rodeándole el brazo.

—¿Ahora? —le preguntó al oído.

—Luego, ahora tengo hambre. —Le sonrió.

Aquello le revolvió el estómago al sargento. Ella quería hablar con él, y Fran ya anhelaba el momento.

Por como los comensales fueron tomando asiento en la larga mesa rectangular, Fran quedó frente a Candela. Los novios estaban en la cabecera, ella a la derecha de Isabel y Fran a la izquierda de Elías. Candela sintió que ganaba confianza. Todos bromeaban y recordaban anécdotas de los novios. Dio un largo trago a su copa… Los ojos que la escrutaban cuando alzaba la vista la ponían nerviosa, así que se dejó llevar por el ambiente festivo y alegre. Pensó en Julia y, en silencio, le dedicó unas palabras: «Empezar de nuevo, tía, con la mochila cargada y ganas de soltarla. Si bebo un poco más, quizá esta noche sea de confesiones».

La noche prometía.

13

Durante la cena, Candela y Fran compartieron algunos recuerdos con la pareja y hablaron de temas triviales. Luego, algunos amigos les dieron sus regalos. Candela se excusó, ella no había pensado en llevarles un detalle. Isa, con un abrazo, le dijo al oído que lamentaba mucho el motivo que la había traído al pueblo, pero le alegraba tanto tenerla allí, junto a ella en aquel instante, que ese era su mejor regalo.

Al rato pusieron música y la gente se lanzó a la pista improvisada como si no hubiera un mañana.

Candela estuvo mucho tiempo hablando con unos y otros. Todos querían saber de su vida en Barcelona. Algunos, con poco tacto, le preguntaron a Fran, delante de ella, cómo iba la investigación, y él, con voz cortante, los acalló con un simple «No puedo hablar de eso con nadie».

Entre charla y charla, Candela se tomó más copas de las que esperaba, y lo peor fue que mezcló, así que decidió pedir un café con hielo. Al terminárselo, salió a la terraza para que le diera el aire. Si pretendía coger el coche y conducir, tendría que despejarse. Allí no tenía la opción de llamar a un taxi, como hacía en Barcelona. La única alternativa era marcharse caminando, y tenía media hora hasta el cortijo. No estaba borracha, pero se tomaba muy en serio aquello de «Si bebes, no conduzcas».

De pronto apareció Fran más fresco que una lechuga. Siempre le había molestado aquella faceta suya: ella se tomaba tres cervezas y ya se mareaba, y él, ni se inmutaba.

—¿Estás mareada?

—¿Acaso tengo pinta de estarlo?

—No, no mucho, pero así no vas a conducir, si es lo que estás pensando.

—Pensaba en lo lejos que está el cortijo caminando.

—Puedo llevarte. Deja el coche aquí y te lo acerco mañana.

Candela se lo planteó un segundo, sería mejor que caminar. Iba a aceptar la propuesta cuando se le ocurrió algo.

—¿Te importa dar un paseo? Me gustaría hablar contigo.

«Por fin llega la conversación», pensó Fran al tiempo que miraba a su alrededor intentando encontrar un espacio al que dirigirse, pero ella ya se había adelantado e iba directa a una de las mesas de piedra del parque. La siguió. Se sentaron en uno de los bancos, uno al lado del otro, con la mesa a su espalda.

—¿Estás bien, Golondrina? —preguntó preocupado. Ella parecía a punto de llorar.

—Estoy, no sé si bien o mal, pero sí muy triste.

—Es normal… Lo siento mucho, de verdad.

Fran deseaba abrazarla, pero no quería hacer nada que la incomodara ni que se cargase aquel momento. Sin embargo, no pudo resistirse a cogerle la mano y se la apretó.

Candela notó que su piel reconocía la de Fran, y entrelazó sus dedos con los de él. Era un gesto de afecto y cariño, de apoyo emocional cuando sobran las palabras. Hasta aquel instante, no había sido consciente de cuánto deseaba que la abrazara, pero entendía que no lo hiciera. Él había sido su primer amor, quizá el único, y en lo más hondo de su ser sabía que iba a quererlo siempre, aunque no se había portado bien con él. Fran era un hombre leal, le daba su apoyo, pero ya le había dicho que no quería ser su amigo. No quería nada de ella, y ella no podía esperar lo contrario. No se lo merecía. Se tragó el nudo de emociones que sentía y respondió:

—Lo sé, y también que harás lo posible para descubrir la verdad. Tengo que contarte algo que he descubierto hace poco.

Fran había esperado otro tipo de charla, quizá una explicación, pero ella parecía no querer dársela. Tenía que aceptarlo. Lo que le decía estaba del lado de la investigación, no le cabía duda, así que fue un profesional y dejó su ego a un lado.

—¿Qué pasa?

—Mi tía escribía un diario. Lo he encontrado en el cajón de mi cómoda.

—¿Un diario?

—Sí, tenía esa costumbre desde niña. Allí expresaba sus pensamientos, las cosas que le pasaban y que, supongo, no quería contarle a nadie.

Fran percibió la decepción en su voz. Julia le había ocultado algunas cosas, como que tenía un amante. Él podía entender que le diera vergüenza confesarle que salía con un hombre casado o que estaba embarazada, pero la Golondrina lo sentía como una falta de confianza, como si no mereciera saber aquel secreto. La conocía tan bien que no dudaba de que ese fuera su sentimiento.

—Necesito verlo, puede ser una prueba. ¿Por qué no me avisaste antes?

Candela sollozó y deshizo el lazo de sus dedos. Se cubrió la nariz con las manos para controlar el llanto y las emociones.

—No sé, no me riñas, te lo estoy contando ahora.

Ella dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo y se agarró al borde del banco. Fran deseó volver a entrelazar sus dedos, pero el momento ya había pasado.

—Perdona, no pretendo reñirte, pero es importante que sepamos lo que contiene. ¿Lo has leído?

—Un poco, por encima —alegó—. Creí que sería fácil, pero me da no sé qué conocer su intimidad. Habla de un hombre, de ese escritor, Vicente, y también de Ernesto. Por lo visto, pegaba a Adela.

—¿Ernesto maltrataba a su mujer?

—Eso parece. Adela se lo contó a Julia, supongo que por eso lo dejó y se marchó del pueblo. Quién lo diría, ¿eh? No le he dicho nada al abuelo. ¿Para qué darle el disgusto?

—Necesitaremos analizar el diario. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, claro… También he encontrado un *pendrive*. Contiene una novela que escribió. Eso no lo necesitas, así que, si te parece bien, me gustaría leerla.

—También tendremos que revisarlo. Nunca se sabe, quizá hay algo oculto. —Ella le dedicó una mueca de resignación y él, en un intento de animarla, añadió—: Te lo devolveré. Aunque estoy seguro de que ya te has hecho una copia.

Candela sonrió.

Fran la miró a los ojos y tuvo que aguantar el impulso de besarla. La veía tan vulnerable que le dolía. Por un instante creyó que podría hacerlo. Ella lo observaba… Casi estaba seguro de que los dos se acercaban y alejaban milimétricamente, como si reprimieran el deseo.

Ella apartó los ojos y los elevó al cielo. Estaba cubierto de estrellas. Cuanto más miraba, más veía. Buscó su constelación favorita: Casiopea. Así sosegó los nervios que la habían asaltado de repente. ¡Por Dios! Casi se había lanzado sobre su antiguo novio. Aquello no iba bien. Echó la culpa al último gin-tonic; estaba demasiado cargado.

—Esta noche hay muchas estrellas… Mira, ahí tienes a Casiopea. —Fran señaló el conjunto de estrellas y bromeó. Agradeció que salvara el momento—. Seguro que en Barcelona no puedes verlas como aquí.

—Allí parece que no existan, es imposible verlas con tanta iluminación —respondió, y se volvió hacia él, que seguía con los ojos fijos en el cielo.

—¡Mira! —la avisó.

Una estrella fugaz cruzó el firmamento.

Candela la contempló, luego lo observó a él con otros ojos. Había dejado escapar a aquel hombre bueno, y deseó que nada hubiera cambiado entre ellos.

—Si no te importa, mañana pasaré por Las Golondrinas a recoger el diario, antes de irme a Málaga —dijo él sin mirarla.

—Ah, ¿tienes que irte?

—Sí, tengo lío en la oficina —abrevió Fran. No quería dar explicaciones sobre la investigación. Igual en el diario encontraban más pistas que llevasen al escritor. El descubrimiento de la novela, si era la que él suponía, se convertiría en el móvil para el asesinato de Julia. Tenía que dedicar el domingo a estudiar aquellas pruebas, y así el lunes estaría preparado, pero no podía decírselo a Candela. Sin embargo, que ella se sorprendiera de que iba a marcharse le gustó—. Pero regresaré para la boda. ¿Vendrás?

—¿A Málaga? —preguntó extrañada.

—Si quieres… —sonrió—. Me refiero a la boda.

Candela no lo había pensado. Su familia se iba a marchar unos días

a la playa, a Benalmádena. Tenían un apartamento allí desde que ella era una cría. La noticia de la muerte de Julia había salido en la prensa, y algunos periodistas se habían atrevido a acercarse al cortijo para hablar con la familia. Incluso habían merodeado por el pueblo en busca de alguna información con la que abrir sus titulares. Manuel no quería hablar con nadie y los despidió con educación, pero no dudaba de que pudieran regresar. Por eso fue el primero en comentar que deseaba alejarse unos días del pueblo, y Benalmádena era el lugar ideal. Candela pensó que lo lógico era ir con ellos. Negó con la cabeza y se justificó. Dijo que no había traído vestido de fiesta y que quería pasar esos días con la familia. Solo con ellos se le iba la angustia que la atenazaba.

Fue sincera, aunque no le dijo que con él también se le pasaba y se le olvidaba un poco todo. No quiso alargar más el momento, así que se levantó del banco decidida, pero, al hacerlo, perdió el equilibrio. Trastabilló con las cuñas y las piedrecillas del suelo, y parecía mareada. Fran tuvo los reflejos suficientes para sujetarla.

—Estoy bien —mintió. No sabía si era el alcohol que aún tenía en el cuerpo o las mariposas del estómago, pero su cabeza seguía embotada —. Creo que es hora de marcharme.

—Te he dicho que te acercaba, no dejaré que conduzcas así. Dame las llaves.

—¿No crees que eres un poco exagerado?

—¿En serio me lo vas a discutir?

Él colocó la mano con la palma hacia arriba y ella, resignada, le dio las llaves del coche.

—Va le.

Candela entró en la terraza, donde seguía la música y la fiesta, y se despidió de los novios. Isabel no quería que se marchara, pero se alegró al saber que Fran la acompañaría a casa.

Subió al coche y se puso el cinturón. De repente no sabía qué decir. Pensó y descartó varias ideas. Por suerte, él llenó el silencio. Le contó que tenía un piso en Málaga, bastante cerca del centro, y que compró el cortijo con la idea de instalarse allí algún día. El terreno tenía olivos y almendros. Como él no tenía tiempo de cuidarlos, había hablado con

Manuel y Sebastián y ellos se ocupaban de enviarle a alguien que se encargase de ellos. Candela sabía lo del premio que le había tocado por Isa y por comentarios de su propia familia, pero él lo mencionó de pasada, sin presumir de ello.

Fran aparcó junto a la plaza. Había ocupado casi todo el tiempo con su conversación. Candela lo escuchaba, aunque Garrido tuvo la impresión de que a ella le iba bien que él hablara. Le parecía que le costaba interactuar. Había estado muy callada durante todo el viaje. No quiso presionarla ni tocar ningún tema que protagonizaran alguno de los dos. Salió del coche y fue a ayudarla a bajar. Cuando llegó a su puerta, ella ya la había abierto, pero no era capaz de desatarse el cinturón.

—Espera, te ayudo.

Se inclinó sobre ella y sus caras quedaron muy juntas. Metió la mano por el lateral. Sin querer, le tocó la cintura y notó que ella daba un respingo. Se movió rápido para salir de la cabina, pero no olvidó sus modales y le cedió la mano para que ella pudiera salir con comodidad.

—Sigues siendo un caballero —lo alabó ella.

Estaban muy cerca uno del otro. Candela se apoyó en el coche, pero sintió que el cuerpo se le iba detrás del deseo. No supo si fue ella o él quien dio el paso. De repente, sus bocas se unieron, y ella se dejó llevar por el impulso.

Fran rozó los labios de Candela con los suyos. La sentía vulnerable y no quería aprovecharse de ella, así que se separó un instante, pero ella buscó su boca de nuevo y entonces no pudo detenerse. La estrechó contra su cuerpo, la rodeó con los brazos y notó que ella se abandonaba a sus caricias. Podía explotar allí mismo, pero se recreó en aquel beso que había nacido con el suave roce de sus bocas y que en un instante se había vuelto fogoso, casi salvaje. El hambre los devoraba.

Una ráfaga de fuegos artificiales estalló en su pecho al darse cuenta de que ella se le pegaba, deseosa de contacto. Candela había cambiado; ya no reclamaba con timidez lo que deseaba, lo rozaba con descaro. Quizá fuera el alcohol, pero no era la primera vez que la

besaba cuando ella había tomado una copa de más y sabía cómo se entregaba. Acarició su cuerpo con deleite, y sus manos fueron recordando cada curva. El busto se le antojó más voluminoso, y quiso apretarla por las nalgas, pero se retuvo. No quería que ella pensara que era un bruto que iba a tomarla en la puerta de su casa.

¡Su casa! ¡Por Dios! Alguien podría verlos. Ya no estaba Julia para cubrirlos ni para protegerlos. Tampoco eran unos adolescentes.

Candela notó que las manos de Fran rodeaban su torso. Eran caricias incendiarias las que sintió en sus costados. Su aroma se le coló por la nariz y le embriagó los sentidos. ¡Qué bien olía! Era como si el tiempo no hubiera pasado, como si aún fueran aquellos novios que buscaban cualquier rincón para comerse a besos. Y aquel beso decía muchas cosas. No quería que acabara, pero todo el fuego que sentía se fue apagando… Él se separó y posó su frente en la de ella.

—Golondrina, yo…

—No se te ocurra disculparte.

—No iba a hacerlo, pero este no es el mejor sitio.

Candela pareció salir de un sueño. Se vio entre el coche y el duro cuerpo de Fran, que la protegía. Lo apartó con suavidad con las palmas de las manos sobre el pecho. Notó que el corazón le latía con fuerza. Se despidió sin apenas mirarlo, pero supo que él no se marcharía hasta verla entrar por el portalón del cortijo.

Candela no había podido dormir muy bien. Se levantó temprano y con dolor de cabeza. Cuando bajó a desayunar, su madre estaba colocando en una bandeja unos pastelitos que parecían recién horneados. Todo estaba listo en la mesa.

—¿Has ido a comprarlos? —preguntó al ir a coger uno. Su madre asintió y le dio un golpecito en el dorso de la mano, como cuando era niña.

—Espera al abuelo.

—¿Dónde está?

—Suele salir a pasear temprano, creo que ha ido al cementerio. Las rosas que corté ayer no están donde las dejé.

Por un instante, pensó en contarle la discusión entre el abuelo y Ernesto, pero sintió que lo traicionaba, así que se calló como había prometido.

—Podíamos haberlo acompañado —señaló.

—Quería ir solo.

Su madre siempre había dicho, en clave de humor, que Julia era la favorita de Manuel. Candela solía abrazarla cuando la oía decir aquello, porque, aunque fuera una broma, su madre lo sentía así, como si fuera una percepción muy íntima nacida en algún momento de su infancia. Ella era la primogénita, la consentida de sus padres, pero tras ella llegó mucha competencia, nada menos que los mellizos, niño y niña, cada uno con sus gracias, como solía decir la abuela. Con nueve años, de pronto María se convirtió en una niña mayor para todo el mundo, y tuvo que ayudar mucho en la crianza de los pequeños.

Candela pidió una aspirina y su madre le ofreció un paracetamol. La interrogó por si había bebido y había vuelto conduciendo. Aunque la carretera no tenía muchas curvas, le faltaba luz. María se preocupó, no se enteró cuando su hija llegó, ni en qué estado lo había hecho.

—Caray, mamá, no volví borracha, si es lo que piensas. No bebí tanto, aunque mezclé el vino de la cena y alguna copa —alegó—. Pero no te preocupes, el supersargento Garrido insistió en traerme. Luego vendrá con tu coche.

—Mira qué atento —bromeó—. Tendré que darle las gracias. ¿Te dijo algo?

Sabía por qué derroteros iba su madre, y no pensaba contarle lo que había pasado entre ellos. Ni siquiera sabría cómo justificarlo, y no pensaba volver a repetirlo. Cuanta menos importancia le diera, mejor. María la observaba, a la espera de una respuesta. Le comentó que le había contado lo del diario y que él se lo había pedido. Su madre reconoció que había sido un error no comunicarlo en cuanto lo encontraron.

—Mamá, que solo han pasado unos días.

—Sí, unos días, pero parece que hayan sido años. Quizá nunca sepamos qué le ocurrió a Julia.

—Seguro que sí, Fran encontrará al culpable.

Por cómo lo dijo, hasta ella se lo creyó.

Candela oyó acercarse los pasos inconfundibles del abuelo, los reconocería en cualquier lugar. Cuando entró en la cocina, la besó en la cabeza, como cuando era niña. Al ver a su hija y a su nieta sentadas a la mesa con una bandeja de pastelitos en el centro y pinta de esperarlo, se disculpó:

—Me he entretenido, pero no teníais que esperarme.

—Claro que sí. No quería comerme todos estos dulces.

María habló sobre el viaje a Benalmádena y el abuelo dijo que no serían muchos días, ya que no quería dejar a Sebastián solo en la aceitera.

—Laura me ha dicho que también vendrán —anunció María—. A los niños les encanta ir a la playa.

A Manuel le gustó la idea. Unos días fuera los ayudarían a alejarse un poco de todo y recobrarían algo de paz. Además, con los chiquillos sería todo más fácil. Ellos no entendían de lutos ni pesares y se mostraban tan activos que hacían olvidar cualquier pena. Se imaginó al atardecer enseñándoles a comer espetos en la playa, como había hecho con sus hijos. Sí, serían unos días en familia ideales para sobreponerse, y la idea le alegró un poco el corazón. Sin embargo, pensó que tenía que hablar con Sebastián para dejarlo todo arreglado.

Aunque se ausentasen, no se caería la aceitera; tenían trabajadores que se encargaban de atenderla. El almacén era el espacio que más movimiento tenía aquellos días de verano, no solo para distribuir a las empresas que les compraban grandes cantidades al por mayor, sino también para la venta al detalle. Desde hacía tiempo, habían abierto un pequeño espacio para la venta directa de aceite y aceitunas, y eran muchos los que aprovechaban aquellos días estivales para comprar botellas, garrafas y latas y llevárselas a su lugar de residencia. Su producto principal era el aceite de oliva virgen extra, pero producían también aceite de primera prensada; al exprimir la aceituna con una técnica especial, conservaba los mismos valores nutricionales que tenía la oliva en su estado original.

A Manuel no le preocupaba Montolivo. La máquina estaba bien engrasada. Tampoco se olvidaba de las amenazas de Ernesto. Aunque

sabía que no tenía razón en sus exigencias, podía armar mucho revuelo. Podía callarlo sin esfuerzo, pero había jurado no decir nada, y era un hombre de palabra.

—El martes quiero ir a Málaga —anunció—. Tengo que arreglar unos papeles.

Hacía muchos años que Manuel tenía el abogado en la ciudad. Era el hijo del que había sido siempre su letrado en Antequera. Al morir, prefirió seguir con el hijo y no buscar otro. No quería que nadie se enterara de sus cosas.

—Puedo llevarte, si quieres. Candela y yo podemos dar un paseo por allí mientras resuelves tus asuntos —contestó María—. Es un viaje largo, así no conduces.

—Sí, está bien, podemos comer allí.

Candela los observó y preguntó curiosa:

—¿Qué papeles? ¿De la tía Julia?

—El abuelo quiere ir al abogado. Cree que morirá pronto y quiere dejarlo todo arreglado.

Hacía mucho tiempo que Manuel había hecho testamento. La muerte podía visitarlo en cualquier instante, y no quería líos entre sus herederos. Ellos sabían que todo lo suyo era de ellos, ya lo habían hablado, pero no quería ninguna duda tras su muerte. Le urgía hablar con su abogado. Ahora que Julia no estaba, las cosas cambiaban.

—Sí, quiero dejar mis cosas listas —dijo sereno—, pero además tengo que resolver otros asuntos.

—¿Qué asuntos?

—Unos que no te incumben —se defendió Manuel. Fue seco, pero no se mostró enfadado.

Candela supuso que el abuelo había regresado afectado del cementerio. Miró a su madre y compartió con ella una pregunta silenciosa. A pesar de todo, María insistió:

—Sebastián dijo que se ocuparía de arreglar lo del piso de Julia.

—Lo sé, de momento dejará sus cosas en la cochera. Por cierto, Golondrina, el coche de tu tía y su vespa están ahí, aparcados. Quizá puedas usarlos y así tienes más independencia.

—¿Eso es que no quieres que te coja el coche?

—No, claro que puedes usarlo cuando quieras, solo pensé que, si tú no los coges, no sé quién lo hará.

—Gracias, me gusta la vespa roja de la tía.

Manuel dio por concluida aquella conversación. Sorbió un poco del café con leche descafeinado que María le había servido y bromeó con que aquello no era café ni era nada. Luego se dirigió a Candela, que comía distraída un pastelito de chocolate, y le preguntó por la fiesta.

—Bien, una cena con los amigos. Les dieron regalos y la gente se echó unos bailes.

—Tendrás que ir a la boda —le dijo.

—No, no hace falta. Me voy con vosotros a Benalmádena. No me apetece ir de boda en estos momentos.

—Qué más dan los momentos —afirmó el abuelo, filosófico—. Tienes que vivir, Golondrina. Julia tardó mucho en rehacer su vida y tú tienes que resolver tus cosas con tu hombre.

—¿Mi hombre? —rio—. Abuelo, que hace tiempo que cambiamos de siglo.

—Dice que Fran vendrá luego —intervino María.

Candela agradeció el cambio de tercio, aunque añadió que Fran y ella solo eran amigos. Le explicó que iba a darle el diario de Julia, y el abuelo asintió. Luego cogió un pastelito y se lo llevó a la boca, unos piononos muy dulces que eran bocaditos de cielo de lo buenos que estaban. Candela pensaba que se iba a librar de más preguntas sobre el sargento, pero se equivocaba. El abuelo quiso saber si le había dicho algo de la investigación, y ella negó. Con pena, le dijo que él no podía hablar de ese tema, y menos con ella, pero debían tener esperanza en que pronto sabrían algo. Luego surgió de nuevo el asunto de ir o no a la boda. El abuelo le repitió lo mismo de la noche anterior: nada les devolvería a Julia, y ella era joven, tenía que salir y arreglar su vida.

Quería entender por qué él abuelo la animaba a salir… Parecía que ya no le importasen las habladurías de la gente. Con otro pastelito en la mano, Manuel se levantó de la mesa y dijo que se iba a ver a Sebastián. Si se encontraba con el sargento, acabaría preguntándole, y no quería ponerlo en un aprieto.

Candela subió a su cuarto. No sabía cuándo aparecería Fran, pero tuvo en cuenta la idea que le había dado y, sin reticencia, se propuso copiar el diario y el archivo de la novela. En el despacho del abuelo había una impresora; allí podría hacer las fotocopias.

Dos horas después, mientras repasaba los papeles en su habitación, su madre la llamó; Fran estaba allí. Al bajar, vio las llaves del coche sobre la mesa. María le había ofrecido un café y él estaba comiéndose un pionono. Se miraron con tensión en los ojos.

—Tengo las cosas en mi cuarto. —Se volvió para ir a por ellas.

—Te espero —dijo él.

—Ve con ella —lo invitó su madre. Candela se quedó parada por un momento. Luego, simulando naturalidad, le hizo un gesto para que la acompañara.

Ella iba descalza y Fran la siguió. Se deleitó en su movimiento al subir cada peldaño de la escalera. Llevaba un pantaloncito corto y una camiseta de tirantes. Al entrar en la habitación, se sorprendió. Estaba todo tan cambiado que parecía otra. Por inercia, se dirigió a la cómoda, donde de los bordes del espejo colgaban varias fotografías. Alguna era de ellos dos, cuando eran novios, del grupo de amigos cuando eran adolescentes, incluso de él vestido de guardia civil, bastante joven. Le gustó que conservara aquellos recuerdos.

—Eras mi mundo —dijo sin pensar.

—Fran… —Candela cogió las fotografías, las quitó de donde estaban y las metió en un cajón.

—No sé qué nos pasó, de verdad, y puede que ya no importe —observó Fran—. A veces me torturo pensando que Loli te dijo que había algo entre ella y yo. Si fue eso, te mintió. Eso solo pasaba en su cabeza.

—Fran, lo sé. Me equivoqué con ella. Al final no resultó ser la amiga que creíamos. Pero es agua pasada, no quiero pensar en ella.

—¿En nosotros tampoco? ¿Y en lo de anoche?

—¿Quieres discutir? Porque yo no. Lo de anoche no volverá a pasar.

Fran se dio cuenta de que ella se cerraba y que él debía ser más inteligente. Presionarla no lo ayudaría.

Bromeó con la decoración. Pasear por aquel cuarto le recordaba al

de antes, donde habían pasado tantos momentos. Pero, como ella acababa de decir, era agua pasada. Lo alejó de su mente y se interesó por lo que había ido a buscar.

—¿Tienes el diario?

—Sí, aquí está.

Candela señaló el cajón de la cómoda donde lo había encontrado y donde había vuelto a guardarlo hacía un rato. Se lo entregó. Él lo abrió por la primera página y leyó:

—«No leer, este diario pertenece a Julia Escalante». —La miró extrañado e inquirió con asombro—: ¿En serio? Parece un diario infantil.

—Al principio habla de niñerías, pero luego hay un salto. Se pone seria y cuenta cosas muy íntimas. La tía Julia reciclaba las libretas. No tendría otra a mano cuando empezó con él y luego, supongo, ya no quiso cambiar.

Fran abrió el diario por una página al azar y leyó en voz alta:

—«Hemos salido al cine, luego a cenar y después lo he invitado a subir a casa. Lo he pensado mucho, pero Vicente me gusta. Al principio no sabía ni qué hacer, pero él se ha encargado de despertar mi cuerpo. Sus manos eran fuego por mi piel desnuda…». —Fran no esperaba leer aquello y dejó el párrafo a medias. Soltó una exclamación—: ¡Joder!

—Sí, yo me he saltado las veces que se pone intensa…

Candela insistió en explicarle que era un diario al uso: recogía intimidades, cosas que le pasaban, pensamientos, incluso ideas que tenía sobre la novela que estaba escribiendo.

—Por lo visto, había mucho que no me contaba —confesó con pena —. No la culpo, hay cosas que cuesta explicarlas, y más si crees que la gente no las entenderá.

Fran captó al vuelo aquellas palabras. Tenía que leer entre líneas, pero, en vez de preguntarle qué quería decir, desvió el tema:

—Ah, el *pendrive*, ¿lo tienes?

—Sí. —Candela señaló la mesita de noche; estaba junto a sus pendientes. Lo cogió y se lo entregó.

Fran lo guardó en el bolsillo del pantalón. Parecía que ya estaba

todo dicho.

—Lo analizaremos y te lo devolveré todo lo antes que pueda.

Candela se lo agradeció. No se atrevió a decirle que acababa de fotocopiar el diario y de hacer una copia del archivo de la novela. Supuso que él lo intuía, pero tampoco lo comentó. No sabía si sería capaz de leer todo aquello, pero tenerlo la hacía sentir bien. Fran miró el reloj y supo que debía marcharse. Caminó hacia la puerta y se detuvo en el umbral.

—Voy a tomar unas cañas al bar de la plaza, he quedado con mi hermana y Elías. ¿Quieres venir? Luego me voy a Málaga.

—¿No será un poco raro?

—¿Raro? ¿Por qué? Raro es que no te bese otra vez, Golondrina. Tú y yo tenemos algo pendiente, pero ya llegará el momento.

Su corazón se aceleró, pero le impuso calma. Le pidió que la esperara abajo; quería cambiarse de ropa. Candela no sabía si aquello era buena o mala idea. Restó importancia a sus palabras… Le apetecía mucho compartir un rato con sus amigos. Cuando Fran salió del cuarto, le pareció que este se hacía pequeño; él lo había llenado con su presencia. Miró una fotografía de Julia que había colocado en la cómoda y le habló:

—Ay, tía, en algún momento encontraré el valor de confesárselo todo.

Solo esperaba que no la odiara después.

14

Fran había llegado a Málaga más tarde de lo que esperaba y se había quedado adormilado en el sofá mientras revisaba el diario de Julia. No lo había estudiado tan a fondo como pretendía, aunque, con una lectura en diagonal, y sin haberlo terminado, detectó distintas partes.

Una era el relato de su día a día: pequeñas viñetas de su vida con fragmentos de misterio incluidos. En ocasiones, hacía uso de bastantes recursos estilísticos, metáforas a través de las que trató de averiguar qué quería decir cuando mencionaba algunas cosas sin decirlas del todo. Eran notas desordenadas con una cierta lógica temporal que habían comenzado dos años atrás, sin tener en cuenta lo escrito en su niñez. A Fran no se le escapó que fue cuando dejó la aceitera para irse a Málaga.

Otras partes eran piezas que parecían anotaciones o párrafos de la novela que escribía, apuntes de lo que, en teoría, Julia traspasaría en otro momento al texto literario. No le costó reconocer que estaba ambientada en aquellas tierras, incluso en la descripción de la protagonista había captado los rasgos de Julia, aunque a él se le antojaba que hablaba de Candela. No era de extrañar, se parecían mucho. Relataba la historia de una mujer, una bastarda que, tras diversos infortunios, había llegado a levantar una almazara, un molino donde se prensaba la aceituna para convertirla en aceite, con el que había conseguido convertirse en una dama acaudalada. Para ello, no había dudado en asociarse con uno de los bandoleros de la zona. Él la había ayudado y protegido, y entre ellos había nacido una historia de amor.

Todo eso se mezclaba con el relato apasionado de su aventura con el escritor, quien, según la autora, parecía muy enamorado por las cosas que supuestamente le había dicho.

Como Candela le había adelantado, esa historia contrastaba con otra

realidad, la de Adela. Supuso que la Golondrina no habría leído algunas partes bastante duras en las que Julia describía lo que había soportado su amiga y cómo había tratado de convencerla para que pusiera una denuncia por malos tratos. Pero Adela dudaba… Le daba miedo enfurecer a su esposo, que descargaba en ella sus frustraciones y la culpaba de todas sus desgracias. Julia creía que había aguantado aquel maltrato y que lo ocultó a los demás por temor a perder la seguridad económica, y aquello la irritaba mucho. No comprendía a su amiga. Sin embargo, no pudo mantenerse al margen y se enfrentó a su primo. Este le había advertido que no se metiera en su vida, que él no lo hacía con la suya. También había hablado con su tía Dolores, que le había dicho que eran asuntos entre esposos, y que ella no se inmiscuía. Su hijo había sufrido mucho, pero le había asegurado que hablaría con él.

Por lo visto, aquello relajó la tensión entre el matrimonio. Según Julia, el maltrato cesó y Adela parecía más tranquila. Él consiguió meterse en política y casi pasaba todo el día fuera de casa. Por como mencionaba Julia a su primo, se veía que no le gustaba. Tampoco se fiaba de él.

Mientras leía aquellas notas, pensó en Ernesto. El muy cabrón le había dicho que Julia se había metido en su matrimonio y que estaba harto de que otros lo juzgaran. También creía que tenía derecho a poner la mano encima a una mujer. Quizá se sentía más poderoso y fuerte y compensaba así su sentimiento de inferioridad. Para Fran, siempre había sido un pusilánime manejado por su madre y había gozado de algunos privilegios por ser quien era. La rumorología del pueblo decía de él que era un pobre hombre porque de niño había encontrado a su padre ahorcado. Fran sospechaba que Ernesto había sacado bastante rédito de aquello. Sobre todo de joven. Siempre había conseguido cosas por dar lástima, aunque iba de enterado. Hasta le habían dado un puesto en el partido que años atrás había accedido al gobierno del ayuntamiento…

Desde que Fran había entrado en la Policía Judicial, no era la primera vez, ni sería la última, que se topaba con casos en los que se demostraba la violencia que ejercía un hombre sobre una mujer, bien

porque había una relación sentimental entre ellos o bien porque se daba en el ámbito doméstico, dentro de la familia, donde podía estar incluida la violencia contra los hijos, la de los hijos contra los padres, a los mayores o entre personas del mismo sexo.

Algunas mujeres no denunciaban nunca. Había una cierta alienación con su agresor y, paradójicamente, incluso llegaban a defenderlo.

Anotó en un cuadernillo algunos datos que se propuso investigar. Julia se mostraba angustiada y preocupada por su amiga. Adela había abandonado a su esposo, pero desde entonces no sabía nada de ella.

Candela le había comentado que no la localizaban, no había respondido a sus llamadas ni mensajes, cuando le escribieron por lo de Julia. No quiso aventurar que le hubiera ocurrido algo, por mucho que al hablar con Ernesto este se mostrara enfadado por el abandono. Uno de los compañeros con los que había estado en la academia había acabado en la UFAM, la Unidad de Atención a la Familia y a la Mujer, y le había contado en varias ocasiones que algunas mujeres que habían padecido violencia doméstica, cuando lograban huir de su calvario, se construían una nueva vida en la que no querían dejar espacio a nada que estuviera relacionado con su tragedia. Quizá Adela había puesto ese punto final y se había olvidado de todo y de todos.

La mañana del lunes se reunió con Paula y revisaron lo que tenían hasta el momento. Ella quiso sonsacarle cómo había ido la fiesta de despedida, pero él no estaba de humor y se centró en el trabajo. Esperaba que la investigación no se enredara demasiado, aunque presentía que pasaría la semana en la ciudad. Al menos hasta el día de la boda de su hermana, decidió. Tenía programados unos días de permiso, y tal vez podría sumarlos a sus vacaciones. Si el caso no se cerraba, mucho se temía que tendría que posponerlas. Y eso era lo que lo tenía cruzado. Quería aprovechar aquellos días para estar cerca de Candela. El beso que habían compartido significaba mucho y, si dejaba escapar la oportunidad, ella regresaría a Barcelona sin hablar con él.

Se reconvino.

Ella le había dicho que no se repetiría y él tenía que aceptar que entre ellos no existiera nada. Además, tenía que ser profesional; no podía liarse con Candela, al menos no mientras durara la investigación. No sabía qué podía desencadenar, y era mejor no mezclar las cosas, por mucho que lo deseara.

Por otro lado —se reprochó—, debía soltar lastre de una vez y centrarse en lo que de verdad importaba: encontrar al asesino. Tenía que dejarse de fantasías románticas erótico festivas que no lo llevaban a ningún sitio.

Entre las diligencias previstas, habían decidido volver a entrevistar al escritor. En esa ocasión, lo citarían en las dependencias de la unidad. Mientras llegaba el momento, había puesto en antecedentes a la cabo respecto al hallazgo del diario de Julia, incluso le entregó el *pendrive* donde estaba la novela. Esta se emocionó porque estaba convencida de que Vicente Velasco había plagiado la de Julia.

—Es demasiada casualidad —alegó Paula—. Y no podemos olvidar que la editora es su esposa… Seguro que ella también está en el ajo —sentenció.

—No voy a cuestionarlo, Paula —le confesó—. Por lo que he leído en el diario y lo que Candela me ha comentado, nuestra víctima llevaba con la idea de esa novela desde hacía mucho tiempo, pero no le había comentado a nadie que la estaba escribiendo. Solo nos falta leer la novela de Vicente y compararlas.

—Quizá podríamos preguntar a la editorial si pueden facilitarnos el manuscrito —aventuró Paula.

Pensó un segundo los pasos que debían seguir y dio instrucciones a Paula y a los demás, que se encontraban en la sala que establecieron como cuartel de operaciones. Para su fastidio, Alicia Blanco había tenido que dejar el caso por motivos personales. En el fondo, sabía que podía ocurrir, y casi era lo mejor, porque en su situación lo más fácil era cometer errores. Aunque entendió que pidiera la baja para cuidar de su madre enferma, le molestó porque era muy buena indagando; solía encontrar cosas que en un principio no parecían estar relacionadas. Esto constituía un pequeño revés: se quedaban cojos y tenían que reestructurar las tareas.

Sin embargo, a veces los inconvenientes se resuelven solos. Por casualidad se topó con el teniente Pérez, este se interesó por cómo le iba y le aconsejó que delegase. Al comentarle que andaban flojos de personal, el teniente le dijo que le enviaría a alguien. Lo agradeció. Tenían muchos informes pendientes y mucho que revisar. La burocracia que generaba una investigación era algo muy tedioso. Ojalá todos los problemas se resolvieran así de rápido.

Horas después entraba con Paula en la sala de interrogatorios. Vicente Velasco parecía ansioso por que llegara alguien. Había ido acompañado de su esposa, a la que invitaron a esperarlo en una sala muy similar a aquella.

—No sé si tendría que haber venido con mi abogado —dijo pedante el escritor, a modo de saludo. Fran intuyó que era un mecanismo de defensa, como la proyección o la intelectualización.

Fran se sentó y dejó una carpeta sobre la mesa. Paula lo imitó y se mantuvo en silencio.

—Está en su derecho —comentó el sargento tranquilo—, pero quiero darle la oportunidad de ser sincero sobre el último día que vio a Julia Escalante. Nos ha mentido, señor Velasco.

El escritor se puso pálido, pero negó haberlo hecho. Nervioso, relató, casi con las mismas palabras, lo que les había dicho sobre Julia el día que hablaron en su casa. Aquel discurso cerrado que podría haberse aprendido de memoria no le pareció preparado. Parecía sereno, aunque el sudor le perlaba la frente. Fran estuvo muy atento a cómo hablaba y se comportaba. No escondía la mirada ni adornaba su perorata. Tuvo la impresión de que no mentía sobre su último encuentro con Julia.

Sin embargo, en cuanto Fran abrió la carpeta y le mostró la imagen del libro que Paula había encontrado en internet, el hombre se puso rígido y su expresión se endureció.

—¿De dónde han sacado eso? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Vaya, siendo escritor con varios libros en el mercado, debería saber que es una nota de prensa de su editorial —ironizó Fran—. Anuncia su próxima novela.

—Yo… puedo explicarlo.

—¿Sí? Pues debería hacerlo cuanto antes —intervino Paula. Fran guardó silencio para que continuara y ella recalcó sus siguientes palabras—: «Su nuevo libro» no es suyo, ha plagiado la novela de la persona que dice que era el amor de su vida. Ahí veo un móvil para el asesinato. Le robó su sueño y luego le quitó la vida.

—¡No, no! Yo no la he matado. La amaba.

Vicente hundió los hombros y luego, como si la rabia le quemara el cuerpo, se tensó.

—Esto es una idea loca de Verónica —acusó Vicente. En un intento de que lo comprendieran, empezó a explicarse—: Tras los éxitos me relajé, abrí el taller de escritura y me dediqué a dar conferencias. He escrito otros libros, unos más buenos que otros. La inspiración no siempre te acompaña, hay que trabajarla. Yo quería otro éxito, sorprender a mi público, y la novela que tenía entre manos no lo era. Los lectores son exigentes. Cuando tienes un éxito, esperan que el siguiente título también lo sea. Si te relajas, los pierdes. Uno tiene que mantenerse en las listas de los más vendidos, y para eso se necesita un libro detrás de otro. Cuando conocí a Julia, sentí que mi mundo era ella; no necesitaba escribir al ritmo que la editorial me pedía.

—Pero la editorial es su mujer —cortó Paula—, esa de la que no termina de separarse.

—Sí, bueno…, es complicado.

—No somos tontos, Vicente —señaló Fran—. Necesitaba un éxito que lo catapultara a la fama y llenara de dinero sus bolsillos, y, en vez de escribirlo, lo robó. ¿A eso se dedica en su taller de escritura? No creo que sus alumnos continúen en sus clases cuando sepan que les hurta las historias.

—¡Yo no le robo las historias a nadie! Mi reputación se iría a la mierda. Soy un mentor. Mi trabajo es escribir, crear historias y enseñar a otros a hacerlo.

—Entonces ¿esto qué es? —Fran acercó la imagen de la portada de su nuevo libro—. Quiero que sepa que hemos pedido una orden para que la editorial nos facilite una copia de la novela. Mis compañeros deben de estar recogiéndola ahora mismo. Además, tenemos el

archivo de la obra de Julia. Las compararemos.

Vicente abrió mucho los ojos. Dudó un momento, pero sabía que estaba entre la espada y la pared, así que trató de ser convincente.

Explicó que Julia le había entregado el manuscrito terminado para que él lo corrigiera. Quería que la ayudara a presentarlo en una editorial. Él sabía de su talento, ya había leído capítulos sueltos. «Era buena, merecía que se lo publicaran», dijo con orgullo. Su relación había tenido altibajos, pero jamás le haría daño, y mucho menos para robarle una novela. Su matrimonio había tocado fondo, y habló con su mujer. Él quería dejarla, pero le preocupaba cómo afectaría a su carrera. Ella se lo puso fácil, pero en aquel momento descubrió por qué. Suponía que le tenía guardada una sorpresa.

Como si de repente tuviera una revelación, Vicente les contó que, por aquella época, le abrieron el coche a Julia y le robaron el portátil. Luego se mantuvo en silencio durante unos segundos.

Paula lo observaba con ojo crítico. Parecía tener un conflicto consigo mismo. Creyó que iba a pedir un abogado, pero, por el contrario, empezó a hablar:

—No puedo seguir mintiendo —confesó. Se irguió en la silla y continuó—: Verónica robó la novela —la acusó sin que le temblara la voz—. Había descubierto el manuscrito en mi despacho. Julia todavía no había llevado una copia al Registro de la Propiedad Intelectual. Esperaba la última corrección para darla por terminada. Mi mujer me amenazó. Dijo que, si la dejaba, publicaría la novela con mi nombre y Julia nunca me lo perdonaría: me abandonaría y yo haría el ridículo. No podía permitirlo, aquello iba a destrozarla. Intenté dejarla, pero lo que yo sentía por ella era más fuerte. No le dije nada, creía que podría arreglarlo.

—¿La acompañó al cortijo? —preguntó Fran.

—Llegué algo después. Le propuse acompañarla a la fiesta del niño. Quería conocer a su familia. Al día siguiente nos marcharíamos juntos a Madrid y allí podría hablar con algún abogado por las amenazas de Verónica. No sabía que ya estaba todo en marcha. Creí que, estando unos días a solas en un lugar donde nadie nos conociera, podría contarle la verdad. Le dije que había dejado a Verónica y luego

hicimos el amor.

Paula seguía leyendo el lenguaje corporal del escritor. A veces acompañaba sus palabras con gestos de las manos, pero cuando dijo que se habían acostado, sus ojos brillaron y se hizo un silencio, como si recordara el momento. Parecía muy afectado.

—¿Qué pasó después? —preguntó el sargento—. ¿Discutieron?

—Cuando íbamos a salir hacia casa de su hermano, alguien la llamó por teléfono. Se puso tensa. Sabía que estaba preocupada por una amiga que hacía un tiempo se había separado y se había ido a su pueblo. Desde allí le había escrito, pero no había vuelto a saber de ella, así que creí que era esa amiga. Pero de repente me di cuenta de que sus ojos estaban clavados en mí, y lo que salían de ellos era rabia. Una rabia infinita. Cortó la llamada y se puso histérica. No hacía más que gritarme y decirme que era un embustero y que la había traicionado. Que iba a denunciarme. Estaba fuera de sí.

—¿Quién la llamó?

—Verónica. Le dijo que tenía la novela y que iba a publicarla a mi nombre, que había sido una ingenua por no registrarla. No sé qué más le contaría, porque Julia me dijo que me odiaba y que no quería verme nunca más. Me echó a empujones y me fui a la posada. Allí me emborraché. A la mañana siguiente, regresé a casa.

El escritor se emocionó cuando añadió que, si Julia le hubiera dicho que estaba embarazada, todo hubiera sido diferente. Incluso se le escapó una lágrima.

—¿Sabe? No le creo, señor Velasco. Todo esto me suena a móvil. Quizá la mataron entre los dos para quedarse con la novela y que nadie pudiera reclamársela. Para salvar su reputación, vamos. Julia era fuerte, habría luchado —aseguró Fran convencido. El escritor miró hacia la mesa y Fran se dio cuenta de que estaba llorando—. Póngase cómodo, necesitará un abogado —señaló con seriedad al tiempo que se levantaba de la silla y Paula lo imitaba.

Aquel hombre le daba asco.

La mujer del escritor estaba en la sala contigua. Antes de entrar, la

agente Sara Pardo se les acercó y les mostró unos papeles. Fran puso un gesto de satisfacción y dijo, casi victorioso, «La tenemos». Le enseñó a Robles los resultados que acababa de mirar.

Verónica los recibió con arrogancia, pero en cuanto Paula le resumió la declaración de su esposo, estalló de rabia. Él la había acusado de ser la responsable del robo de la obra de Julia.

—¿Eso dice? Si afirma que no sabía nada, miente. Él me entregó el portátil de esa mujer. Lo planeamos juntos —espetó—. Ni siquiera lamento que esté muerta, pero yo no lo hice.

Con frialdad, la rubia explicó que él le había pedido que valorase los capítulos del manuscrito. En ese instante, descubrió su potencial. Aquella novela podía ser el éxito que buscaba. Solo tenía que desanimarla, decirle que no era buena. Con el tiempo y algunos cambios, publicarían la historia a su nombre. A él no le pareció mal, pero luego cambió de idea.

—Hace muchos años hicimos un trato —señaló enfadada—: yo lo encumbraba y él se quedaba a mi lado. Mi familia pertenece al mundo editorial, así que pude abrirle todas las puertas y creamos nuestro sello. En él, Vicente era el escritor estrella. Sabía que era hombre de pasiones, así que le permití todas las amantes que quiso.

La rubia estaba despechada, no esperaba que su marido la culpara a la primera de cambio. Fran aprovechó aquel resquemor y la provocó, argumentó que un hombre como Velasco necesitaba sentirse admirado y deseado por las mujeres… Quizá aquello agrandaba su ego y despertaba su creatividad. Ella picó el anzuelo.

—Vicente es vanidoso. Quería un nuevo éxito, la popularidad que da la fama, y yo cuidaba de que eso se tradujera en dinero. Sus libros se venden muy bien y está traducido a varios idiomas. ¿Por qué atar en corto a la gallina de los huevos de oro? —preguntó con inquina y una sonrisa petulante—. Eran mujeres de usar y tirar. No sé qué tenía esta que no le diera yo. Desde que supe de su existencia, intuí que era distinta. El muy tonto pretendía dejarme en la estacada, cambiarme por la otra. Si hubiera tenido veinticinco años, hasta lo habría comprendido, pero no era una jovencita. Pretendía que nos separásemos pero seguir con la empresa. Decía que no quería hacerle

daño a la otra porque se había enamorado. ¡Enamorado! ¿Y a estas alturas del partido pretendía abandonarme y quedárselo todo? No iba a permitírselo, ni a ella tampoco. —Mantuvo un silencio y luego espetó—: Esa mujer me había quitado al marido, y a mí nadie me quita nada, ¿entienden? Tenía que darle donde le doliera.

La vanidad no es buena compañera… Aquella mujer se olvidó de dónde estaba y relató que no estaba dispuesta a que su esposo la abandonara después de todo lo que ella había hecho por él. Se vanagloriaba del buen equipo que habían formado durante años sin darse cuenta de que se estaba inculpando ella sola. Fran pensó que solo tenía que presionarla un poco más y les diría lo que necesitaban saber. Así que forzó la confesión:

—Su marido nos ha dicho que fue usted. Confiese y le irá mejor.

Verónica guardó silencio, como si ordenase sus pensamientos. Luego, en un tono monocorde, comenzó a hablar:

—Sabía que seguía con ella. Estaba acostumbrado a dejar su móvil por todas partes, y no tenía idea de que yo leía sus mensajes. Aquella tarde la llamé y le conté nuestros planes; le dije que la había utilizado. Como parecía no creerme, le relaté algunas intimidades que él había compartido conmigo y algunos puntos de la novela. Me hubiera gustado verle la cara —dijo maliciosa—. Entonces me creyó, estaba segura de que no mentía. No supe que estaba embarazada hasta que ustedes tuvieron la amabilidad de decírmelo, pero hice lo que tenía que hacer para conservar a mi familia y mi negocio. Le dije que, si dejaba a mi marido, le devolvería la novela. Ella me mandó al infierno, claro, y dijo que podía quedarme a Vicente. Está visto que no se puede tener todo.

Fran se dio cuenta de que la mujer hablaba con rabia contenida, pero lo que más le impresionaba era la seguridad de sus palabras, como quien tiene la certeza de que algo es verdad. Con pocos escrúpulos, relató que la novela estaba lista para salir al mercado. Aunque lo había llevado con bastante secretismo, hacía meses que la había incluido en su catálogo y había orquestado una promoción sin que se enterase el gran público. La soltaba a cuentagotas, para impresionar a los lectores. Por supuesto que había mentido a Julia:

hacía tiempo que había decidido que esa novela saldría con el nombre de Vicente, sin importarle quién la hubiera escrito. La publicación la haría ganar unos buenos dividendos. Hasta la mala prensa, si se destapaba el posible caso de plagio, sería publicidad para la obra. Ya se enfrentaría a lo que viniera. «Es preferible pedir perdón que permiso», dijo con sarcasmo.

Estaba claro que aquella mujer no representaba el oficio de editor.

Allí, detrás de aquella mesa, donde otros detenidos se habían desmoronado al confesar, ella trataba de mantener el tipo y se mostraba altiva. Fran había visto a vagos, psicópatas, poderosos y delincuentes desde la cuna aferrarse a sus maldades para disculpar sus actos. Aquella mujer no era diferente a ellos. Justificaba sus acciones como algo necesario para que nada en su mundo cambiara, para no perder y seguir viviendo en su burbuja de cristal.

—Oh, pues hay una copia… Julia hizo una de seguridad, y la tenemos. Incluso detalló el proceso de escritura en un diario —informó Paula. La mujer del escritor cambió su expresión. En un segundo, pareció calcular lo que se le venía encima—. Así que me temo que esa novela, tal como la tiene proyectada, nunca verá la luz. Es el móvil de un asesinato.

—No se han enterado de nada. —Verónica se inclinó hacia delante y, con rabia, se clavó el índice en el pecho y añadió—: Esa novela era el precio que ella pagaba por llevarse lo que era mío. Discutimos y… —De repente, pareció darse cuenta de que iba a decir algo que quizá no le interesaba. Se movió en la silla, se apartó la melena de la cara con el dorso de la mano, se miró su manicura perfecta y moderó el tono al añadir—: No diré nada más. Quiero un abogado. Yo no la maté.

—Eso ya lo veremos.

Fran había guardado lo importante para el final. Con frialdad calculada, abrió la carpeta y extrajo un papel. Lo extendió delante de Verónica, lo señaló con el índice y dijo con énfasis:

—Esto nos confirma que usted la llamó por teléfono, como ha dicho, y además la sitúa en el lugar de los hechos, cerca de casa de Julia. Como dice mi compañera, usted tenía un móvil para quitarla de en

medio, señora —espetó Fran con inquina—. Su esposo está en la sala contigua. El primero que confiese, podrá hacer un trato. Necesitarán un abogado, así que consúltelo con él.

Al salir de la sala, Paula siguió a Fran hasta su despacho. Ella iba haciendo conjeturas en voz alta, pero, al ver que él no decía nada, preguntó:

—Entonces ¿el caso está cerrado?

No podía decir que estuviera seguro, aunque el matrimonio se había inculpado mutuamente del robo y la mujer casi había confesado. Era infame lo que habían hecho, pero por mucho menos la gente le arrebataba la vida a otro ser humano.

—Nos falta aclarar algunas cuestiones para cerrarlo. No tenemos el arma, ni siquiera una confesión de «Fui yo, yo la maté».

—Pero lo del robo de la novela es descarado y lo han hecho los dos, uno en connivencia con el otro. Esa mujer es culpable —señaló Paula —. Los siguió, había espiado su móvil, conocía sus planes.

—Confesarse el autor de un crimen es tirarse piedras en el propio tejado. Ellos no tienen que hacerlo. Somos nosotros los que debemos demostrarlo —afirmó Fran mientras se frotaba la frente; le dolía la cabeza—. No cantes victoria, Paula. Yo no veo tan clara la resolución del caso.

El sargento pasó un buen rato hablando con el capitán Gutiérrez. Intuía que les faltaba poco para hallar una pista reveladora. Le pidió más tiempo para conseguir la confesión que no habían obtenido o, al menos, reunir las pruebas que les faltaban. Pablo y Sara habían registrado la casa de los sospechosos, incluso sus coches, y aunque no habían encontrado un arma y aquello iba en detrimento del caso, pensaba que era pronto para concluir las diligencias. Sin embargo, el capitán parecía satisfecho con el resultado de la investigación y no se mostró muy interesado en seguir indagando. Tenían otros casos que no podían seguir a la espera.

—He tenido que salir al paso de los rumores de la prensa. Hablan sobre un triángulo amoroso. Los reporteros son incisivos —señaló el capitán—. El coronel quiere que la familia tenga paz y, sinceramente, yo también. Además, no quiero dar carnaza a los medios para sus

programas sensacionalistas, amparados en su derecho a informar. Tampoco pretendo salir en el telediario todos los días. Tiene unos sospechosos. Cierre el caso y que el fiscal y la jueza hagan su trabajo.

Aquella investigación había llamado la atención de los medios, dada la envergadura de los protagonistas: un escritor de éxito, su esposa editora y la hija de un empresario andaluz importante. En los juzgados siempre había filtraciones, y esa vez no había sido una excepción. Por suerte, se habían centrado en el escritor; sin embargo, pronto iban a acampar en la puerta del cortijo. Les constaba que los periodistas ya se habían dado una vuelta por el pueblo indagando.

Era cierto, tenían otros casos, pero no debían cerrar este sin investigarlo bien. Se sintió frustrado y comprendió que el capitán tuviera ganas de pasar el caso a disposición judicial al verse apariencia de delito. Fran estaba seguro de que se precipitaba, y que no le estaba permitiendo hacer una buena investigación.

Sabía que eran otros los que tenían que tomar medidas y decidir si enviaban a los detenidos a prisión provisional. Un buen abogado penalista evitaría que eso sucediera, así que era de vital importancia hallar pruebas que determinaran la autoría del crimen. «Trabajar a contrarreloj no es lo que más beneficia a la verdad —se dijo—, aunque la verdad no siempre importe». El capitán alegaba que aquellas detenciones darían paz a la familia, pero él no estaba seguro de que la hallaran. Sin embargo, las órdenes estaban para cumplirse, le gustaran o no.

—No le dé más vueltas, sargento —insistió Gutiérrez—. Tómese los días de permiso que solicitó. No. Disfrute de una puñetera vez de sus vacaciones, pronto será historia en esta unidad y podrá lucirse en otros lares.

El capitán lo despidió y él no tuvo más remedio que ofrecerle los respetos que mecerían sus galones, maldiciendo para sí mismo. No quería llevarse una amonestación. Salió en dirección a su despacho; a pesar de ser compartido, lo sentía suyo. No esperaba encontrar a nadie, pero la cabo estaba allí, sentada en un sillón, con una uña entre los dientes.

—Mala costumbre, cabo —le advirtió cuando cruzaron la mirada. Se

sentó tras su escritorio—. Eso indica inseguridad y nerviosismo.

—Lo sé, mi sargento… —Paula separó el dedo de la boca y se sujetó las manos en el regazo—. Es un hábito que tengo desde pequeña, y ni los mejunjes que mi madre me untaba en las uñas lo hicieron desaparecer. ¿Qué ha pasado?

—Está visto que los Velasco pagarán por lo que han hecho. Pero me temo que el capitán quiere cerrar el caso aunque el asesinato quede sin resolver. No creo que hayan sido ellos.

—El capitán se precipita. De momento solo podemos demostrar el robo de la novela, tenemos que continuar la investigación, por mucho que quiera que sean culpables. Sabes tan bien como yo que un buen abogado hará que se vayan de rositas.

—Hay otros casos, también importantes —dijo molesto. A veces las órdenes eran una mierda. ¿Con qué cara iba a mirar a Manuel? Tenía que ingeniárselas para seguir investigando, aunque fuera por su cuenta.

—Estamos casi como al principio —alegó Paula, también molesta—. Creo que hemos pasado algo por alto.

—¡Coño! Yo también —soltó malhumorado. Luego respiró y añadió —: Lo siento, Robles. No es que me guste. Son órdenes.

Paula entendía la presión del trabajo. Parecía que los asesinos y delincuentes no se tomaban vacaciones. Los cuerpos de seguridad no daban abasto, y lo peor era que a veces los malhechores entraban por una puerta y salían por otra. La justicia era ciega, y parecía que su capitán también.

Fran no quiso darle más vueltas. Algo se le ocurriría para decantar la balanza a su favor. Pensó en la jueza, que le dijo que no quería sorpresas. Sabía que era su primer caso mediático y no esperaba que algo le estallara en la cara. Por tanto, la llamó para informarla, pero, en vez de eso, le comunicó que, sin pretender influir en sus decisiones, quería hablarle de la existencia de un libro que no debía ver la luz, al menos hasta comprobar su autoría. La jueza lo agradeció y lo despidió sin demasiado protocolo.

15

Candela holgazaneó en la cama antes de levantarse; estaba convencida de que había soñado con Fran. Su mente evocaba el momento en que había ido con él, Isa y Elías a tomar unas cañas. Sentía una pena muy profunda por la muerte de su tía, pero estar con sus amigos la había ayudado. No tuvo que disimular su tristeza; incluso cuando sintió ganas de llorar por la contradicción que le provocaba estar apenada por Julia y a gusto con ellos, se sintió arropada.

En cuanto él dijo que se iba, lo acompañó. Dieron un paseo hasta el coche; la parejita estaba haciéndose arrumacos, y ella prefirió no quedarse de carabina. Tumbada en la cama, se dijo que le hubiera gustado que él la besara de nuevo, aunque ella le había advertido de que aquello no se repetiría. Se tapó la cara con la almohada a la vez que se decía que habría sido delicioso que él se saltara aquel veto que le había impuesto. «Ay, madre, estás como una cabra», se censuró. Él no intentó nada, pero Candela notó las miradas, las bromas y hasta algunos comentarios cargados de intención.

Llegaron a su coche, aparcado cerca de Las Golondrinas, y hablaron unos segundos. Luego se despidieron como si ninguno quisiera hacerlo. Fue un momento raro: él casi la besó, pero no lo hizo; ella tampoco se atrevió. Por impulso, para sortear la vergüenza que le había provocado el instante, lo abrazó y le dijo que condujera con cuidado.

Cuando bajó a desayunar, su madre estaba casi lista para salir.

—Tengo que ir a la oficina —le dijo con el bolso en la mano—. Con todo lo de Julia, he descuidado algunos temas y si me doy prisa podré resolverlos en unas horas.

—Puedo ayudarte —se ofreció—. ¿Me esperas?

—Claro.

María la observó sonriendo, se le acercó y le dio un abrazo y un

beso.

—No sabes lo bien que me va que estés aquí. Te agradezco la ayuda; así acabaré antes.

Candela entró en la cocina para servirse un café. Su madre la siguió y, después de soltar el bolso, no dejó que se preparara nada; quería hacerlo ella. Por mucho que la chica protestó, al final tuvo que claudicar. María necesitaba cuidarla, y ella pensó en lo difícil que le resultaría marcharse de nuevo. Ni Sebastián ni el abuelo dejaron de decirle lo mucho que la necesitaban y que deseaban que se quedara con ellos, pero su madre no se lo pidió ni una sola vez.

La respetaba, como siempre había respetado su decisión de irse, aunque no la compartiera. Mientras observaba el amor que ponía al prepararle el desayuno, se dio cuenta de lo injusta que había sido a veces. De algún modo, ella también había preferido siempre a Julia como confidente, amiga, casi como madre. Sobre todo, en los años de adolescencia en que la enfrentaba a María cualquier decisión o comentario sobre Santiago. La responsabilizaba de que él las hubiera abandonado. Se avergonzó al recordar lo dura y lacerante que fue con ella cuando le contó que su padre iba a casarse de nuevo.

Su madre le sirvió unas tostadas de mollete junto al café con leche. Ella le pidió que se sentara a su lado y bromeó al ver la cantidad.

—¿Pretendes que engorde? ¿Me ves flaca?

—Pretendo cuidarte.

Colocó una mano sobre la de su madre y dijo con la voz entrecortada:

—Gracias. Sin ti no sería quien soy. Tengo que pedirte perdón, sé que no siempre te lo puse fácil.

—El mérito es tuyo y no, no tienes que pedirme perdón. Cuando tengas hijos, sabrás que se siente por ellos un amor incondicional. Echo mucho de menos a Julia, sobre todo porque ella podía llegar a ti mejor que yo.

—Era fácil hablar con ella, siempre la vi más como a una hermana mayor que como a una tía. Yo también la añoro mucho. Todavía no me lo creo —respondió, y luego, como si necesitara que su madre la comprendiera, añadió—: Durante mucho tiempo pensé que no habías

seguido a papá porque te daba miedo salir del pueblo. Instalarse en otra ciudad es difícil; pero por fin he comprendido que tú no necesitabas irte porque aquí eres feliz.

—¿Tú no lo eras?

—Hubo un tiempo en que no, pero ahora sé que huir no es la mejor forma de resolver las cosas. Se pierde mucho.

—Eres fuerte, Candela, tienes que perseguir tus sueños. Haz tu vida, allí donde esté, sin temor a equivocarte. Pero si crees que debes exponerte y recuperar algo o a alguien, no lo dudes. Fran es un buen hombre, solo tienes que averiguar si lo sigues queriendo. —María le dedicó una mirada cómplice y ella no supo qué decir.

Tardó unos segundos en responder:

—Es complicado.

—Santiago y yo nos casamos porque me quedé embarazada. Éramos tan jóvenes… Nos queríamos y creímos que eso bastaba. Pero no fue así. Siempre supe que él deseaba irse del pueblo, igual que él sabía que yo jamás me marcharía. Aquello funcionó un tiempo: tú eras el centro de nuestra vida y lo intentamos por ti. Pero no se puede mantener lo que ha perdido valor, y un día descubrí que el amor se nos había acabado; al menos, por su parte. Seguimos juntos, pero no se pueden forzar las cosas, porque siempre hay algo que surge y nos empuja al desastre… No hablaré mal de él, pero me traicionó, y eso precipitó su abandono.

—¿Papá te engañó? —preguntó con asombro—. ¿Con… con Carmen?

De repente, su mundo se desmoronó. Siempre había culpado a su madre de la ruptura del matrimonio. Se había dicho muchas veces que él no había tenido más opción porque María estaba muy apegada a Alameda. Quizá le convino pensar así para mantener la imagen de su padre.

—No, a ella la conoció mucho más tarde. Me engañó con una del pueblo. Lo habría perdonado si hubiera querido quedarse.

—Jamás imaginé…

—No te digo esto para que pienses mal de Santiago. La vida a veces nos pone piedras en el camino que no sabemos sortear. Lo digo por si

Fran te engañó.

—No. No. Fran siempre fue leal, fui yo la que no se portó bien con él.

María la miró con cariño y le limpió la lágrima que, sin darse cuenta, había empezado a rodarle por la mejilla. La angustia iba a apoderarse de ella, pero la despejó reprimiendo lo que iba a decir. Se levantó de pronto y dijo, como si tuviera prisa:

—¿Nos vamos?

María la observó un segundo y luego asintió. Candela dejó el plato y la taza del desayuno en el fregadero. Pensaba que su madre se olvidaría de la conversación, pero esta se dio cuenta de que evitaba darle explicaciones. No se las exigió, aunque tampoco hizo ver que no le importara.

—Cuando estés preparada para hablar, me encantará escucharte.

Fueron a la cochera. Candela, al montarse en el coche, se percató de que el todoterreno de su abuelo no estaba.

—¿Y el abuelo? —preguntó con curiosidad.

—Estará con el tractor en los olivos.

—No debería.

—Sebastián está muy pendiente de él. Aunque el pobre tiene el doble de trabajo, porque cuando no hay que arreglar una gotera o cambiar un manguito es otra cosa. Le gusta hacer estas cosas… Tampoco se esfuerza demasiado, sabe cuidarse.

Candela le había dado muchas vueltas a lo que su tía explicaba en el diario sobre Ernesto y Adela. Le pareció absurdo no comentarlo. Adela se había marchado y no tenía sentido guardar el secreto. Además, necesitaba llenar el silencio sin hablar de sí misma.

—Mamá, quería comentarte algo. Lo leí en el diario de la tía Julia y me sorprendió mucho. —María le dedicó una mirada interrogante y luego volvió los ojos a la carretera—. ¿Tú sabías que Ernesto y Adela tenían problemas? ¿Sabías que le pegaba?

—Algo intuía… Una vez le vi un moratón y me dijo que se había caído. Julia me pidió que no lo comentase, que Adela no quería. Pero pensé que había sido algo puntual.

—Pues, por lo que leí, a él solía írsele la mano. A veces era porque

ella le reñía al llegar bebido a casa; otras, por celos, que si había mirado a tal o a cual, o por no quedarse embarazada. Como si fuera culpable. Adela aguantó durante años el maltrato. Y creo que Dolores debía de saber algo, vivían en su casa…

—Yo también lo creo. Ahora que lo pienso, Adela perdía los niños tan rápido como él se los hacía, pero me cuesta creer que Dolores permitiera que él le pegara hasta ese punto. Es chismosa, pero de lo que hace y deshace nadie se entera, y menos de lo que pasa en su casa. Le gusta aparentar, para ella tener tierras es sinónimo de riqueza. Puede que proteja a Ernesto ahora que es político, para que nadie hable, pero me cuesta creer que permitiera el maltrato.

—Es orgullosa y envidiosa, mamá, siempre se está quejando de «lo que podría haber tenido» —dijo con voz de falsete para imitar a la tía de su madre—. Nunca aceptó lo que hizo Juan. Y se avergüenza de que el abuelo la mantuviera, aunque podría haberse buscado un trabajo… Y Ernesto es un vividor.

—Antes las mujeres vivían de otra manera, no tenían oportunidades, y menos en un pueblo. Puedo llegar a entender su orgullo. Es duro de aceptar… De pronto, se quedó sin nada.

—Pero al abuelo le costó mucho recuperar lo que Juan se había jugado. Pudo perderlo todo.

—El abuelo quería mucho a su hermano, se sentía con el deber de protegerlo, aunque él fuera el menor. Siempre le he oído decir que Juan era un hombre sin suerte. Y cree que tiene la culpa de lo que le pasó.

Candela también sabía que el abuelo se responsabilizaba del suicidio, sobre todo porque no pudo ayudarlo como Juan quería.

Llegaron a la oficina y, antes de lo que esperaban, ya habían resuelto todos los temas pendientes. Candela hizo un listado con los datos de los jornaleros de años anteriores para contactar a los que habían quedado pendientes de avisar y para apalabrar los contratos. Luego, con la información que encontró en el ordenador de su tía, organizó los lugares donde vivirían los trabajadores durante la cosecha. Julia lo

tenía todo casi resuelto, aunque le faltaba planificar los espacios de la casa de labranza. Allí convivían los jornaleros que venían de fuera, así que tiempo atrás la reformaron para ampliar las habitaciones con literas, aseos y espacios comunes que facilitaran la vida a los temporeros.

Manuel se ocupaba del bienestar y las condiciones de los trabajadores. Muchos eran de Marruecos o Rumanía, y procuraba que estuvieran a gusto y contasen con un lugar digno en el que quedarse. Recordaba las condiciones en las que él había estado en Alemania y no quería eso para la gente que trabajaba en sus campos.

Habían terminado la tarea y, antes de marcharse, Candela quiso sonsacar información a su madre. Tenía la impresión de que, si ella no preguntaba, esta no le contaría nada. Utilizó el humor; no había nada mejor para quitarle hierro a las cosas.

—Oye, mamá, parece que vas bien de amores, ¿no?

—¿Lo dices por el ferretero? —rio, y a Candela le gustó oírla reír—. Sí, no te he hablado mucho de él. Se llama Juanma. Somos amigos con derecho a roce. Nos vemos, estamos juntos cuando nos apetece y luego cada uno en su casa y Dios en la de todos.

—¿Y el abuelo qué dice?

—El abuelo es muy moderno, aunque no lo parezca. Se ha adaptado a los nuevos tiempos. Tuvo que aprender a la fuerza… ¿O acaso crees que cuando Fran se colaba en tu cuarto no se enteraba?

Candela miró a su madre con cara de susto y ambas se echaron a reír.

—Prometo que siempre respetamos la casa, cuando había gente, claro —señaló Candela con una mueca divertida y la mano levantada, como si lo jurase. Luego, más seria, añadió, nostálgica—: Nos gustaba estar juntos, nos tumbábamos en la cama y soñábamos despiertos.

—¡Ay, niña! Nunca te he visto feliz después de lo de Fran. ¿Tienes algún amigo en Barcelona?

—Supongo que lo he intentado, pero nadie se queda mucho tiempo —dijo poco convencida. Dejó pasar un segundo y aclaró—: Tampoco les dejo.

—Nunca entendí qué os pasó.

—Jamás creí que engañaría a Fran, pero lo hice —soltó sin pensar. Al ver la expresión de sorpresa en la cara de su madre, decidió continuar—: Tampoco imaginé nunca que Loli me drogaría y que propiciaría que me liara con alguien de quien no me acuerdo.

María se cubrió la boca con la mano y soltó un «Mi niña» en un sollozo.

—No sé qué ocurrió —le aclaró—. De repente me vi con alguien encima y traté de huir. Mientras, Loli se reía a mi lado como una loca y gritaba que Fran se enteraría de quién era su novia. Todo está confuso en mi mente. Después Loli me quitó las llaves del coche, se montó y me abandonó allí, en el bar que hay en la carretera que lleva a Fuente de Piedra. Un coche chocó con ella y murió. Por eso estaba tan rara, me bloqueé. Todo mi mundo, tal y como era en ese momento, se vino abajo.

Candela no esperaba decir todo aquello en menos de un minuto. Solo supo que después se quedó como quien se quita un peso de encima.

—¡Por Dios! ¿Cómo no me dijiste nada? —preguntó su madre exaltada y sin dar crédito a lo que acababa de oír—. Pero…

—Tengo muchas lagunas, mamá, pero sobre todo mucha vergüenza, todavía me siento culpable. Solo lo sabían dos personas. Hasta ahora no he sido capaz de contárselo a nadie más.

Casi sin darse cuenta, le explicó todo lo que recordaba de aquella tarde. Su madre, alarmada, la cogió de la mano y se la apretaba mientras ella desgranaba la historia.

—Paco, el padre de Fran, me llevó al hospital y llamó a la tía Julia. Me hicieron una revisión y una analítica. Descubrieron que me habían dado Rohypnol. No había indicios de abuso, pero no sé qué pasó y eso provocó que no soportara lo que había hecho y huyera de todos. Perdóname, mamá, me sentía tan avergonzada y culpable…

—Pero tú no eras culpable de nada, cariño —señaló María mientras la abrazaba. Candela lloró en su hombro.

María también sollozó y se lamentó por no haberla ayudado.

—Le hice prometer a Julia que no diría nada a nadie, y veo que cumplió su promesa.

—Si lo hubiera sabido, no te habría dejado marchar con ese peso en el corazón. Pero ¿y Fran, Candela? ¿Lo sabe él?

—No lo creo. Le pedí a Paco tiempo para hablar con él y me dijo que contara con su silencio. Me protegió en detrimento de su hijo, y yo ni siquiera fui capaz de venir a verlo cuando enfermó. Soy lo peor.

—No, cielo. Cuando una tiene una herida tan profunda como la tuya, solo busca protegerse, y el silencio es el mejor aliado para pensar que eso nunca pasó. Pero te equivocas si crees que, por no hablar de aquello, pasará el dolor. En algún momento tendrás que confiar en quien te quiere.

—Fran se enfadará. Cuando nos vimos después de tanto tiempo, me preguntó por qué lo había dejado. Cuando se lo cuente, no me lo perdonará.

—Puede, o puede que estés equivocada, tendrás que arriesgarte. Si no te comprende, no te merece. Pero creo que lo que te pedía eran respuestas. No lo pasó bien cuando te fuiste… Estuvo un tiempo alejado del pueblo, hasta que le tocó la Primitiva y compró el cortijo.

Cuando aquello ocurrió Isa, su madre o Julia se habían encargado de decírselo, aunque ella no preguntara nunca por Fran, siempre acababan contándole alguna cosa.

—No le digas nada al abuelo, por favor —suplicó.

—No se lo diré. No creo que necesite saberlo. Y que Dios me perdone, pero si Loli no estuviera muerta iría a darle dos tortazos, con la mano abierta, como poco. Nunca pensé que fuera tan mala. Los celos enloquecen a algunas personas.

—No la justifico. No sé si eran celos o había perdido la cabeza.

—Seguro que esto último, no se la veía muy centrada. Qué lástima sus padres, lo que sufrieron con ella. Acabaron marchándose del pueblo.

Se lo había contado su amiga Isabel. No sabía adónde, pero tampoco le importaba.

—Anda, vámonos —sugirió María.

Candela se levantó y se dispuso a salir, pero de repente se volvió y entró en el despacho de Julia. Cogió la carpeta negra que había visto días atrás y salió con ella.

—¿Dónde vas con eso?

—Era de Julia. Hay un cuaderno con el inicio de su novela y varios papeles. Quiero echarles un ojo.

—Yo no podría leer su diario, al menos ahora no.

—A mí también me está costando, lo he dejado unos días. Es duro leer sus pensamientos más íntimos, pero la novela es entretenida. A ver qué dice Fran, no creo que les sirva en la investigación, pero deberíamos ver si podemos autopublicarla. Sería en su honor.

—Pues sí, creo que al abuelo le gustaría.

—Leí en el diario que la novela era un homenaje a él, que quería dedicársela. La protagonista levanta una almazara.

De pronto se vio apretujada contra el cuerpo de su madre, envuelta en sus brazos. Ella también la abrazó y no pudo evitar el sollozo al entender el motivo de ese cariño. Durante unos segundos se quedaron pegadas, y sintió que hay abrazos que tocan el corazón y curan el alma.

Sintió una gran ternura por su madre. Cuando su padre se marchó, ella se implicó mucho en la aceitera, siempre estaba en la oficina y su tía cuidaba de Candela. Quizá por eso estuvieron tan unidas. María trabajaba a todas horas, tal vez eso la hacía no pensar en su divorcio, que vivió tan mal. Su humor era variable, y en esos momentos el abuelo procuraba ocuparse de la niña. Él y Julia se la llevaban de paseo. Así aprendió a amar el campo, los olivos. Él le explicaba cosas, como si una niña de siete u ocho años supiera sobre el clima y el riego, el aspecto que debían tener las hojas del olivo o cuándo la oliva estaba lista para la cosecha. Acababan siempre en el molino, donde Manuel le echaba un chorrito de aceite en un plato y le daba un mollete para que lo untara. Le encantaba estar con su abuelo y con su tía. Sus mejores recuerdos infantiles estaban ligados a ellos en el olivar.

De regreso a Las Golondrinas, María se desvió para acercarse a la pastelería y comprar unos dulces. Al abuelo le encantaban, y era una manera de consentirlo.

—Laura me dijo que se acercarían a comer con los niños —se justificó, aunque Candela sabía de sobra que ninguno en la casa

rechazaría unos piononos con el café.

El pastelero no estaba, pero sí su mujer, y esta, a la vez que las atendía, les comentó que Dolores había ido de buena mañana. Al salir de la tienda, se había caído y la habían tenido que llevar al dispensario.

—Yo misma la he acercado en el coche, le han vendado el tobillo.

—¡Vaya por Dios! —exclamó María—. Como si no tuviera bastante con el dolor de rodillas.

Al salir, decidieron pasar a visitarla.

El domicilio de Dolores estaba en el centro del pueblo. Había sido de los padres del abuelo, y fue lo único que Juan no pudo jugarse. Era una casa grande, con dos ventanas al exterior y una puerta doble de madera maciza. Una de ellas estaba abierta; el zaguán era amplio, en penumbra. La puerta interior de la casa estaba cerrada y tuvieron que llamar al timbre. En otro tiempo también la habrían encontrado abierta, pero la gente ya no se fiaba. La facilidad de acceso a las casas había favorecido algunos robos. Los vecinos se habían vuelto más cautelosos y menos hospitalarios.

Dolores tardó en abrir. Llegó apoyada en un bastón y renqueando. Las miró extrañada; estaba sola y no esperaba visitas.

—Nos han comentado que te has caído en la pastelería —señaló María a modo de saludo—. ¿Cómo estás?

—Cómo voy a estar, coja. Lo que me faltaba, como si no me dolieran ya las piernas.

Dolores se volvió y, a pasos cortos, llegó con cierta dificultad a una sala donde parecía haber estado sentada en un sofá, frente a una mesa camilla. Tenía la televisión encendida, pero cogió el mando y la apagó. Luego, las invitó a tomar asiento y les explicó que había resbalado al entrar en la pastelería y que no pudo sortear el pequeño escalón, aunque se quejó de que la culpa era de la dueña, porque el suelo estaba mojado. Se había torcido el tobillo.

Mientras hablaba, Candela observó la estancia. Hacía mucho tiempo que no visitaba la casa de su tía, y la vio tan cambiada que se le hizo imposible no decir nada.

—Has dejado esto muy bonito. Los muebles son preciosos.

Se sintió hipócrita. Para su gusto, resultaban ostentosos y demasiado grandes para ese espacio, pero estaba segura de que eran de buena calidad. Además, tenía que ser educada.

—Ernesto quiso darme el capricho, a mí y a su mujer, claro. Durante muchos años solo podíamos encalar la fachada, pero cuando entró en el ayuntamiento lo primero que hizo fue comprarse un buen coche y dejar la casa bonita —señaló orgullosa. Candela miró a su madre de reojo. Dolores nunca dejaba pasar la oportunidad de señalar que hubo un tiempo en el que pasaron apuros, aunque no fueron tantos ni tan grandes como trataba de aparentar. Le costaba reconocer la ayuda que siempre le había brindado su cuñado. La mujer continuó con tono sibilino—: Aunque yo no necesitaba tanto y Adela… Una desagradecida, eso es lo que es. Se marchó sin importarle el gasto que él había hecho para tenerla contenta.

Dolores se removió en el asiento. No le gustaba hablar de la que había sido su nuera y no sabía cómo dejar aquel tema. Miró a Candela de reojo y casi tuvo que frenar su corazón. Lo que la muchacha se parecía a su tía era incomprensible. Su pelo negro y ensortijado era lo que más las igualaba. «Aunque Julia, que en gloria esté —se dijo poco convencida—, no tenía el desparpajo de la Golondrina». Hacía tanto que no rezaba que no sabía si había un cielo o el infierno había acabado inundándolo todo, pero tampoco era una mujer a la que le preocuparan aquellas cuestiones. Tenía su propia concepción del bien y del mal y, para su desgracia, había tenido que endurecerse por lo que le había tocado vivir. A pesar de ello, estaba orgullosa de que, aunque había tenido el respaldo económico de su cuñado, cuando se produjo la desgracia supo buscarse la vida para sacarse unos billetes que no tenía que justificar ante nadie. Ella, como su madre, fue una buena matarife, y muchas familias la mandaban llamar para sacrificar los animales en época de matanza.

Quiso mucho a su sobrina, de niña era un encanto, pero cuando se alió con su nuera la decepcionó. Y si alguien le fallaba, no sabía perdonarlo. Qué ingrata y chismosa, había llegado a inmiscuirse en la vida de su hijo y su esposa… Incluso se lo recriminó a ella —¡a ella! —. Con descaro, se atrevió a decirle que había criado a un machista.

La obligó a tomar partido y lo hizo, claro que sí. No quería que el pueblo supiera el tormento que vivía en casa. Con lo que había luchado para que su hijo no se pareciera a su padre… Qué mal debía de haberlo hecho… Parecían dos calcomanías.

Se santiguó mentalmente. Julia estaba muerta y enterrada, pero la vida la había endurecido tanto que no sabía si sentía lástima o desidia por ella. Pobre Julia, qué tonta había sido. Había leído en la prensa del corazón que estaba liada con un escritor, y la mujer la acusaba de haber roto su familia. Menuda mosquita muerta.

Dolores había aprendido que no podía confiar en nadie. Podría haber tenido tanto… Si ella hubiera atado en corto a su esposo o llevado las cuentas de la casa, otro gallo le cantaría. Tendría más capital que su cuñado y el molino sería suyo, como debió ser. Con seguridad, habría salido de aquel pueblo inculto y se habría instalado en Málaga. Allí, habría ido a teatros, a eventos con gentes de poderío, sería…

—Tía Dolores… —Oyó que la llamaban y tuvo que frenar sus pensamientos. Suspiró con congoja para disimular que había desconectado de la conversación. María la miró con interrogación y le preguntó—: ¿Te ha llamado Adela?

—No, ni falta que hace.

—Quizá no estaba tan contenta —insinuó Candela.

—Pues no sé por qué. —A Candela le pareció que Dolores se molestaba. Luego, bajó el tono—. Vivía como una reina, aquí no le faltó nunca de nada, y no tenía que irse a trabajar fuera o al campo, de donde la recogió mi Ernesto. Y esta casa, entre las dos, no era tan difícil de gobernar. Pero, en fin, siempre habrá quien muerda la mano que le da de comer.

Candela iba a protestar, pero su madre la miró de reojo y prefirió callarse. En casa había oído más de una vez que Dolores se había quedado anclada en el pasado. Solía criticar a todo el mundo, pero en el fondo era una manera de proyectar su envidia. No había superado la muerte de su esposo ni la posterior humillación al saber que se había quedado sin la herencia de la que tanto había alardeado al casarse. Quizá por eso trataba a Adela como a una criada, no como a

una nuera y parte de la familia.

—A nosotras tampoco nos ha llamado —señaló María, y obvió los comentarios mezquinos—. No contesta al teléfono… Quería decirle lo de Julia, seguro que lo lamenta. Eran tan buenas amigas, se lo contaban todo. Hasta lo escribió en su diario.

—¿Un diario?

—Sí, mi hermana escribía uno desde niña, Candela lo ha leído.

—¿Y dice algo de quién la pudo atacar?

—No, nada.

—Y de la familia, ¿qué contaba? Era tan fantasiosa…

A Candela le molestó el comentario, quizá por eso no midió su respuesta.

—Sí, habla de la familia. Por ejemplo, comenta que Ernesto y Adela tenían problemas, que a él a veces se le iba la mano. Se lo había contado ella.

—¡Ay, Dios! Mi pobre Ernesto, si lo supiera.

—Bueno, Dolores, no nos engañemos, que todos nos habíamos dado cuenta —soltó María.

—Sí, no lo negaré, pero eso se acabó hace mucho. Mi Ernesto es impulsivo, todo el mundo lo sabe. Le puede el carácter, y estaba acostumbrado a hacer su vida sin tener que dar explicaciones a una mujer. Tampoco era para ir pregonándolo.

A Candela no le pasó desapercibido el ademán de su tía. Nada más decirlo, se arrepintió de haber soltado una de las cosas que había escrito Julia. Dolores no lo negó, pero tampoco le dio importancia a aquel vil comportamiento. Como siempre, justificó a su hijo y culpó a Adela, pero dejó claro que ella había censurado a su hijo por portarse mal con su mujer. Alegó que Ernesto se había casado entrado en años con alguien más joven y, quizá, no había sabido gestionar que tenía responsabilidades de casado y que no podía andar por los bares con los amigos, como cuando era soltero; y eso Adela no lo soportaba. Dolores escondía muy bien lo que ocurría en su casa. Si en algún momento pensaron que diría algo de los malos tratos, no se habían equivocado.

Candela observaba con ojo crítico el mobiliario y la decoración.

Toda la casa parecía reformada, y aquella sala le resultaba un poco asfixiante y recargada. Había cuadros grandes y pequeños en las paredes. En una de ellas, destacaba una estantería con una balda que parecía colocada con una única intención: la de acoger un retrato mediano y un jarroncito de flores. El de la foto era Juan, en una imagen de estudio. Vestía una chaqueta de traje sobre una camisa blanca, y no llevaba corbata. Destacaban sus ojos claros, y pensó que fue un hombre muy atractivo, al estilo de Paul Newman. Ernesto no había heredado aquellos rasgos.

—¿Os apetece algo fresco? Como no suelo recibir visitas, me olvido de los buenos modales —inquirió Dolores, y trató de bromear—: Anda, Candela, ve a la cocina y trae un poco de limonada de la nevera. Está recién hecha.

Candela obedeció. Al salir, oyó que Dolores cambiaba de tema y se interesaba por el abuelo. En cuanto llegó a la cocina, se dio cuenta de que también era nueva, al menos no estaba tal y como ella la conoció. Al mirar al techo, vio las vigas que lo atravesaban y sintió un escalofrío al imaginar a Juan colgando de una de ellas. La gran mesa de madera que siempre había decorado la estancia ya no estaba, y una de las paredes lucía alicatada con azulejos de diseño andaluz. Conservaba la vieja chimenea. De niña, siempre le había parecido enorme. Estaba decorada con algunos utensilios antiguos y un par de sartenes negras muy grandes y con el asa larga. En una repisa había una pequeña colección de almireces de metal, todos ellos relucientes. En la base del hogar, sobre una alfombra redonda de esparto con pinta de nueva, había un gran caldero lleno de troncos.

Al abrir la nevera, encontró una jarra de limonada con hojas de hierbabuena y bastante hielo picado. Cogió tres vasos y lo puso todo en una bandeja que encontró en la encimera de mármol, apoyada en la pared.

Cuando llegó a la sala, oyó a Dolores preguntándole a María si sabían algo de la investigación.

Candela ofreció un vaso a cada una y se sentó junto a su madre. Esta respondió que no les habían dicho nada. Ella percibió que se emocionaba al hablar del tema, pero su semblante cambió con el

nuevo comentario de su tía.

—Y lo que dicen las revistas, ¿qué os parece? «Heredera liada con un escritor» —señaló como si leyera un titular—. Medio pueblo habla de eso.

Madre e hija se miraron incómodas. Aquella mujer no tenía pelos en la lengua. Candela imaginó que conocería todos los chismes al respecto.

Se preguntó si Ernesto le habría hablado de su discusión con Manuel, pero sabía que jamás lo diría explícitamente, sino que le daría la vuelta. Se mantuvo alerta. Le encantaría decirle algunas verdades a la cara, pero a su madre no le gustaría. Se mordió la lengua. Fue María la que respondió.

—No hay que creerse todo lo que dicen por ahí. Las revistas tienen que vender y a veces tergiversan la verdad o la cuentan a medias.

—Yo mejor que nadie entiendo lo que es encandilarse por un hombre y lo que se sufre cuando te dice una cosa y hace otra —observó Dolores resignada. Luego dio un giro a la conversación y la llevó a su terreno—: Juan me engañó, iba a ser un gran empresario y acabó en la ruina, ahorcado en la viga de la cocina. Manuel tendría que haber impedido que se jugara su parte de la herencia o al menos no excluir a Ernesto de lo que le correspondía. Él, pobre, no tuvo la culpa de que su padre fuera un ludópata. Yo no sabía que tenía ese vicio cuando me casé con él. Nadie me lo dijo.

A María le molestaron los comentarios. Había oído más de una vez en casa que su padre tuvo que aceptar lo que el quesero le pidió por las escrituras apostadas. Quizá nadie se enteró del precio que Manuel tuvo que pagar, pero su madre le dijo una vez que Ernesto jamás podría acceder a tener participaciones del molino. Por como se lo contó, pensó que era mejor no preguntar la razón. Sin embargo, no soportaba dejar a Dolores con aquellas declaraciones, como si la culpa hubiera sido de su padre o como si fuera cierto que ella había sido engañada. Así que, en tono de sorpresa, señaló:

—Pero, Dolores, mi madre contaba que Juan no quería casarse, que fuiste tú la que insistió, la que tenía prisa.

Dolores se sonrojó. Quizá pensaba que sus sobrinas no conocían

aquel detalle.

—Eran otros tiempos, y a veces las mujeres tenemos que tomar decisiones que los hombres no toman.

Durante unos segundos, Dolores pareció perderse en sus pensamientos. Luego, como si regresara al presente, dijo en tono conciliador:

—Supongo que cada uno tiene lo que se merece. El juego es una mala cosa, si lo sabré yo. Por lo que se decía, a Severiano tampoco le fueron muy bien las cosas. Primero lo dejó la mujer y luego la quesería ardió como un matojo seco. No negaré que me alegré de su desgracia.

—¿Qué fue de él? —preguntó Candela con curiosidad, y se ganó una mirada arisca de Dolores.

—Ni lo sé ni me importa… Solo me alegro de que la vida no le fuera bien.

—La familia hizo dinero con la actividad minera que hubo por La Carolina, en Jaén, y tenían varias empresas. Dicen que se fue detrás de la esposa, pero también puede que volviera con los suyos —observó María y, como si tuviera que justificar, cómo le había llegado aquella información señaló—: Eso contaba Vicenta, la mujer que ayudaba a mi madre en la casa y con los mellizos. Pero es un misterio, nunca más volvió por el pueblo.

Dolores no disimuló un gesto de molestia al escuchar aquello, pero hizo oídos sordos, aunque observó con inquina.

—Lástima que no se arruinara del todo.

—Y la mujer, ¿volvió por el pueblo? —preguntó Candela.

—Angustias creo que se llamaba —recordó María.

—Esa se iría bien lejos —soltó Dolores con desdén. No era un misterio para nadie que había sido novia de Juan, y eso siempre escocía a una esposa, aunque fuera viuda. De mala gana, añadió—: Eso dijo Cándida, la que está en la residencia. El otro día parecía acordarse de medio pueblo. Claro que no te puedes fiar, tiene el alzhéimer ese. Aunque creo que recuerda lo que quiere. Basta con que le preguntes algo y se desentiende.

Después de aquello, no hablaron mucho más. María miró el reloj de

su muñeca y vio que se les echaba el tiempo encima. Comentó que se les hacía tarde: Sebastián, Laura y los niños iban a comer y, aunque la asistenta tendría las cosas preparadas, no quería demorarse.

Dolores les agradeció mucho la visita y las animó a pasarse otro ratito.

Cuando salieron de la casa, Candela no pudo reprimir criticar algunas cosas.

—Siempre da vueltas a lo mismo. Es cizañera y envidiosa. La trato con respeto por el abuelo, pero cada vez me cuesta más disimular. Es tan cansina…

—Con la educación se va a todas partes —señaló María, y luego se confabuló con ella—. Está amargada. Lo que aguantaría Adela…

—¿Habías visto la casa? Los muebles me parecen exageradamente pomposos. ¡Si apenas hay espacio para pasar! Aunque, eso sí, no hay duda de que son de calidad.

—Y eso que no has visto el baño —se rio María—. Pusieron una bañera redonda en una esquina. Adela nos enseñó las reformas y Dolores estaba pletórica con los cambios.

Candela tenía curiosidad por saber quién era aquella Cándida. Medio pueblo parecía conocerla, pero ella no la recordaba. Su madre la sacó de dudas.

—Era la comadrona que asistía a las embarazadas. Antes, muchas mujeres del pueblo parían en su casa. Asistió a Dolores con Ernesto, pero ella siempre dice que no la atendió bien. También se ocupó de mi madre cuando nacieron los mellizos. Decían que aquella noche la mujer iba de casa en casa.

16

Al anochecer, Fran recibió una llamada de su hermana. Esta le comentó que había pasado la tarde con Candela. Se moría de ganas de preguntarle por ella, pero no quería demostrar sus sentimientos. Con el tiempo, se había construido una coraza y había aprendido a ocultar sus emociones, pero Isabel lo conocía bien y, sin que él tuviera que decir nada, ella le explicó que habían estado tomando unas cervezas en el bar de la plaza.

—Me ha contado que mañana va con su madre y Manuel a Málaga. Ah, y vendrá a la boda.

Oír aquello lo alivió. Sentía la necesidad de estar cerca de Candela y, si era en un ambiente festivo, intuía que ella estaría más abierta y quizá podrían hablar. Aunque en el fondo ya no pretendía saber qué les pasó, sino volver a formar parte de su vida. Su despedida del último día lo llenó de esperanza.

Candela había sido su mundo. La atracción entre ellos era palpable, tangible, muy física, pero también dialéctica, y no dudaba de los sentimientos que le había despertado siempre. Si buscaba en el fondo de su mente, podía revivir muchos momentos en los que se había sentido desarmado no solo por su sonrisa, sino por todo lo que le provocaba un deseo fiero y descarnado en el que se le ocurrían mil locuras que vivir enredado en su cuerpo. Habían pasado siete años, pero verla de nuevo, y sobre todo aquel beso compartido, le había despertado las ganas de tenerla junto a él y no soltarla nunca.

Aquel beso lo había cambiado todo y, de alguna manera, le había dado esperanzas. Ella no le era indiferente, sabía que su cercanía le afectaba, y había decidido que volvería a caer en sus brazos. Pero tenía que ser inteligente, no impulsivo.

Como si le diera igual, preguntó curioso:

—¿A qué viene a Málaga? —Por mucho que la deseara, no podía

olvidar el motivo de su reencuentro; tenía una misión que cumplir y debía ser profesional. Con rapidez, pensó que podría verse con Manuel y hablarle de las detenciones; quería que se enterara por él, no por la prensa.

—El abuelo quiere ir a ver a su abogado. Y creo que ella se comprará un vestido para el bodorrio. Y hablando de boda, sé que vas a regalarnos un viaje, pero ¿no puedes darme una pista para saber qué meto en la maleta?

Fran se rio. Isa parecía desesperada por conocer qué sorpresa les tenía preparada. Se lo había preguntado en varias ocasiones por mensaje. Se hizo de rogar unos segundos y luego señaló muy serio:

—Es un sitio caluroso, tendrás que andar…

—¿Para ir a la playa?

—Para todo…

Si pretendía conocer la ciudad de los rascacielos, lo mejor era hacerlo a pie, por agotador que fuera. Él lo había hecho hacía años; se había ido solo y había disfrutado de la experiencia. Nueva York tenía algo que enganchaba. Recordó su paseo lento y placentero al cruzar el puente de Brooklyn y perderse por sus calles; tumbarse en la hierba de Central Park como un neoyorquino más; recorrer el Soho y descubrir tiendecillas impensables en cualquier otro lugar; sentir la atmósfera del Distrito Financiero y casi la decepción al descubrir lo pequeño que le pareció Times Square. Sí, su hermana y Elías iban a disfrutar como enanos de aquel viaje y del hotel que había escogido en el corazón de Manhattan, pero Isa estaba impaciente. Quería sonsacarle y él jugó al despiste.

—Entonces ¿me llevo el biquini?

—Si quieres…

Le gustaba hacerla rabiar. Tras varias preguntas más, ella se dio cuenta de que no iba a decirle nada y se dio por vencida.

Al colgar, buscó entre sus contactos y se llevó de nuevo el teléfono a la oreja. De repente pensó que podía ser Candela quien atendiera la llamada. No sabía si Manuel tenía móvil, al menos él no guardaba el número, así que marcó el fijo de su casa. Se preparó qué decir si era ella la que respondía, pero no fue así. Atendió Manuel. La

conversación fue corta. Lo invitó a ir a su despacho de la Policía Judicial.

Fran estaba absorto con unos papeles cuando un agente tocó con los nudillos en la puerta del despacho que estaba abierta y le avisó de que tenía una visita.

—¿Viene solo? —preguntó por inercia. El agente asintió, y le pidió que lo hiciera pasar.

Había hablado con Paula un rato antes, cuando ella le contó que la habían llamado de Madrid. Había desaparecido una joven en Salamanca y le daban la opción de unirse al operativo de la UCO. «Es una buena oportunidad para ella», pensó, y le molestó reconocer que le fastidiaba perderla. Se resistía a cerrar el caso y estaba alargando el papeleo, a riesgo de que le cayera una buena amonestación, con la idea de que un golpe de suerte les aportara otras perspectivas. No quería más cambios. Vázquez aún no estaba listo para regresar de su baja laboral y no quería tener un nuevo compañero. Le contó que le había pedido a Manuel Escalante que se pasara por la oficina para hablarle de las novedades de la investigación y ella le había dicho que el comandante, su tío, la había llamado a su despacho. Le preguntó qué debía hacer.

—El comandante tiene prioridad, mi cabo —había señalado él con humor. Quedaron en verse más tarde.

El agente regresó con la visita. Se levantó del sillón y lo recibió con la mano extendida. Manuel se la estrechó con firmeza y ambos tomaron asiento a cada lado de la mesa de escritorio llena de papeles. Iniciaron la conversación con temas triviales: Fran le preguntó si María y Candela se unirían a ellos y Manuel dijo con humor que las había dejado de compras. Había preferido acudir solo. No le pasó desapercibida la pequeña mueca que el hombre dibujó en sus labios cuando él nombró a Candela. Pensó que lo había hecho de un modo profesional y aséptico, pero quizá sus emociones se habían colado en la forma de pronunciar su nombre.

—Disculpa que te citase aquí… Quiero comentarte las novedades de

la investigación.

—¿Hay novedades?

Fran había pensado mucho cómo le iba a comunicar la información. Sin embargo, en aquel instante le hubiera gustado hablar de otras cosas, y con gusto le habría cedido la palabra, pero en vez de eso fue directo al grano.

—Tenemos a dos sospechosos, pero me temo que no podemos demostrar si son los responsables del crimen. Nos faltan pruebas.

Manuel tardó unos segundos en responder. Aquel espacio de tiempo se le hizo eterno, aunque podía entender su angustia y, sobre todo, su frustración.

—¿Eso qué quiere decir?

Fran inspiró hondo y dedicó unos minutos a explicarle cómo habían llegado a la conclusión de que el escritor y su esposa estaban implicados en el robo de la novela de Julia y que ese podría ser el móvil del asesinato. Sin embargo, ambos alegaban que no habían sido los responsables, y ni en el registro de su casa ni de sus coches hallaron nada que los incriminara. Por las heridas que presentaba Julia, algo de sangre hubiera tenido que salpicar al culpable, concluyó con indignación, pero no encontraron ningún rastro biológico.

—Entonces ¿ese hombre no la amaba? —quiso saber Manuel.

Desde el momento en que su hija le había hablado de él, sospechó que no era trigo limpio. Le dolió en el alma descubrir que tenía razón. Maldijo al tal Vicente por aprovecharse de Julia, que solo quería amar y que la amaran.

Fran intuyó que a Manuel se le partía el corazón al oír eso. Apretó los labios en un gesto de impotencia y se explicó:

—Creo que sí, pero es de esos hombres que lo quieren todo, aunque este se quiere más a sí mismo. Necesitaba reflotar como escritor, y por lo visto la novela de Julia es buena. Su primera idea fue apropiarse de la obra. Pretendían publicarla con su nombre, pero dice que se enamoró y no quiso seguir adelante. Quería dejarlo todo por ella. Sin embargo, la esposa tenía otros planes. Como no abandonó a tu hija, lo chantajeó con contárselo. Él no debió de creerla, pero ella cumplió su amenaza. La podemos situar en las inmediaciones de la casa. La mujer

los espió y, ante la idea de que se marcharan juntos, la llamó para decirle que él la había utilizado. Eso hizo que Julia discutiera con Vicente y lo echara. No pensaba irse con él.

Fran se dio cuenta de que Manuel escuchaba con extrema atención. De vez en cuando se removía en el asiento, pero no perdía detalle. Tomó aire y continuó con lo que suponía que Manuel estaba deseando oír: qué iba a pasar ahora.

—Todo esto puede ser un móvil, pero no tenemos el arma —señaló decepcionado—. Lo que han hecho es un delito: no solo han plagiado la novela que escribió Julia, la han robado para lucrarse. Por eso se les ha imputado robo de propiedad intelectual, porque podemos demostrar con el diario que la novela era de tu hija. También son sospechosos de asesinato, aunque dudo que logremos una condena. Como no tengamos un golpe de suerte, poco conseguiremos demostrar.

Fran observó que los ojos de Manuel estaban húmedos, y le ofreció un refresco, él aceptó un poco de agua. Se levantó y, desde la puerta, pidió a un compañero que se la trajera. Al momento, este le dejó un botellín sobre la mesa.

—Si me hubiera quedado con ella, puede que hoy estuviera viva —señaló Manuel, cuando pudo hablar.

—No lo pienses. Eso no te ayuda.

—En casa no la mataron. Tus compañeros no encontraron señales de lucha ni restos de sangre, y lo registraron todo a fondo —observó Manuel, y luego comentó lo que recordaba de aquella tarde—: Julia dijo que tenía que ir a un sitio a resolver algo, y creo que fue ahí donde, quien sea, la mató. Ese escritor es un vulgar ladrón que se aprovechó de sus sueños.

Fran no vio descabellada la suposición.

—¿No se te ocurre adónde pudo ir?

—No, quizá al asilo… Le gustaba visitar a los ancianos y leerles un rato. Lo único que sé es que estuvo en las oficinas, en el molino. Pero eso fue antes de que viniera a casa. Después no sé adónde tenía tanto interés en ir que no podía esperar.

—Pediré que vuelvan a investigar en el molino —dijo poco

convencido.

Manuel asintió y Fran intuyó que estaba inquieto.

—¿Qué piensas, Manuel? ¿Tienes alguna idea de por qué mataron a Julia?

Fran no pensaba hablarle de forma tan directa. Siempre lo había respetado, pero algo se le escapaba, e intuía que Manuel quizá supiera algo que aún no había dicho. En aquel despacho de la Policía Judicial estaba en su terreno. Lo miró serio y le dio tiempo para responder.

—Quizá alguien quería vengarse de mí y la encontró a ella.

—¿De ti? ¿Por qué alguien iba a querer hacerte daño?

—En el pueblo hay muchos envidiosos que piensan que me enriquecí con la muerte de mi hermano. Su familia, los primeros. No olvidaré jamás aquella noche ni me arrepiento de las decisiones que tuve que tomar sin apenas tiempo. —Manuel se detuvo un segundo; necesitaba aclararle lo que siempre se había rumoreado en Alameda. Con tono resignado, continuó—: Ya sabes, me hice con el molino y las tierras de mi padre que había heredado mi hermano. Tuve que aceptar las condiciones de Severiano: él había ganado la partida y, con ella, las escrituras. No me dejaba muchas opciones. Además, no podía permitir que le vendiera a otro las tierras; me tenía en sus manos. En confidencia, y como policía que lleva la investigación del asesinato de mi hija, te confieso que fue bastante poco lo que me costaron; aunque eso no lo sabía cuando él se avino a vendérmelas. Pero juro por lo más sagrado que Juan estuvo de acuerdo en todo. Sé que se arrepentía de su arrebato. Decía que el otro lo había provocado y que él quería vengarse, quitárselo todo. Pero las cosas no fueron como él esperaba. Sin embargo, aceptó las consecuencias y sabía que yo nunca lo dejaría en la calle. Jamás olvidaré aquella noche. Los dos en el salón de mi casa, por separado, pero cada uno con su odio hacia al otro. Ya habían firmado los papeles. Severiano se encargó de llevarlos a un notario. El juego pierde a los hombres tanto o más que las mujeres o el alcohol —reflexionó sin mirarlo—. El quesero fue exigente en sus condiciones, pero las acepté todas, y Juan no tuvo más remedio que avenirse a ellas, incluso me dio las gracias. Por eso no me explico por qué luego se quitó la vida. Esa culpa la llevo clavada en el alma.

En ocasiones, Fran había oído a su padre hablar de aquel tema, de la famosa partida y del posterior ahorcamiento de uno de los jugadores.

—Mi padre me dijo que la muerte de Juan fue el primer caso que tuvo. Acababa de llegar a Alameda.

—Sí, y en aquel duro trance nos hicimos amigos —señaló Manuel y, como si le costara reconocerlo, añadió—: Una partida maldita, no creo que Severiano disfrutara de su triunfo. Acabó arruinado.

Fran conocía la historia, su padre se la había contado. Juan no sería ni el primero ni el último de los hombres que, llevados por las ansias del juego, se apostaban hasta la camisa. Se decía que en aquella mesa había circulado mucho dinero y que el alcalde de entonces, organizador de la partida, y el cura habían sido testigos. Aún había algún viejo parroquiano que la relataba animado por los efluvios del alcohol como si rememorara una batalla y hubiese participado en ella. Palabras de bares. La memoria es traicionera y distorsiona la realidad.

En la rumorología del pueblo, aquella partida se convirtió en leyenda, igual que la vida de los bandoleros que pasaron por aquellas tierras. Su padre le había contado que Juan y Severiano se la tenían jurada desde hacía tiempo. «Temas de faldas», ironizó, pero de su boca jamás escuchó la historia. Sin embargo, sí se vanagloriaba de cómo había surgido la amistad con Manuel. Decía que muchas noches, tras la tragedia, iba a la puerta del cortijo para sentarse con él. El abuelo no hablaba; él tampoco. Solo iba para hacerle compañía. A veces, valían más los actos que las palabras. Bastantes años después, cuando su padre enfermó y apenas podía levantarse, encontró a Manuel muchas veces junto a su lecho brindándole compañía. Es curioso cómo se forjan las amistades. A Fran le hubiera gustado darle a Manuel espacio y tiempo para hablar del pasado, pero sabía por Candela que el abuelo nunca lo mencionaba.

—Algún día me gustaría que me lo contaras. Juan debió de ser todo un personaje.

—Algún día.

Manuel dio un sorbito al botellín de agua y luego ensombreció el rostro.

El silencio que mantuvo puso en alerta a Fran.

—¿Y si esto no ha acabado? —inquirió Manuel con preocupación—. ¿Y si la siguiente es María? ¿Y si le hacen algo a Candela?

«¡Candela!».

—Cálmate, Manuel —rogó, y disimuló la alarma que le nació de pronto en la boca del estómago—. No lo permitiré, así tenga que pegarme a la Golondrina.

Manuel sonrió. No esperaba menos del sargento.

Siempre le había gustado como novio para la Golondrina. Era un muchacho cabal, y si resultaba la mitad de honesto que su padre, merecía la pena. Deseaba que Fran lograra enamorar de nuevo a Candela, así ella regresaría a casa. El amor movía más montañas que la voluntad de un hombre, y no quería morirse sin tener cerca a su nieta.

Era viejo, pero no tonto. Los ojos de Fran brillaban cada vez que nombraba a la Golondrina, y ella tampoco disimulaba muy bien cómo le afectaba el sargento. No sabía qué había pasado entre ellos, pero ya era hora de que lo solucionaran. Quiso lanzar la caña a ver si Fran picaba… Alguien tenía que darle un empujoncito a aquel muchacho.

—Nos iremos unos días del pueblo —señaló—. Creo que es el momento perfecto, así podemos alejarnos de todo.

Por la expresión de su cara, Manuel se dio cuenta de que el sargento mordía el anzuelo.

—¿Candela también se va? —inquirió Fran con sorpresa, pero modificó el tono al darse cuenta de que se exponía, de modo que recondujo lo que iba a decir—. No es mala idea, necesitáis descansar en familia.

—Nos iremos todos, pero ella no. La hemos animado para que asista a la boda de Isabel. Son amigas desde niñas. Se merece divertirse un poco y ser feliz. Aunque quizá luego se reúna con nosotros.

—¿Quizá? ¿Acaso regresa a Barcelona?

Fran no pudo morderse la lengua, necesitaba saber qué planes tenía Candela. Qué más daba si se exponía, necesitaba esa información.

Manuel hizo una mueca.

—Mi nieta no está a gusto en Barcelona, pero algo la frena a volver.

He pensado que, si tuviera algo por lo que luchar, lo haría. Por eso he ido hoy al abogado. Por eso y porque tenía que arreglar unos asuntos —matizó sin darle mayor importancia—. Cada uno de mis hijos tendrá lo que le corresponde: casa, tierras y dinero; lo saben y están de acuerdo. Sin embargo, Julia ya no está. Como no tuvo herederos, he introducido una cláusula en el testamento para que Candela forme parte de la administración de Montolivo. A Julia le habría gustado que ocupase su lugar, y sus hermanos no se han opuesto. Creo que hago lo que está en mi mano para que vuelva. A ver qué haces tú, la patata caliente está en tu tejado —añadió con humor, y luego continuó serio —: Pero te confieso que me preocupa que le pase algo, así que espero que no la dejes sola estos días y te pegues a ella, como dices.

A Fran le sorprendieron aquellas revelaciones y no supo qué decir. Por la cara de Manuel, se dio cuenta de que esperaba su respuesta.

—¿Tengo tu palabra, sargento?

—No creo que lo ponga fácil, Manuel, pero haré lo que pueda.

Se miraron a los ojos como si sellaran un pacto de caballeros. Luego Manuel se levantó y le extendió la mano. Dijo que sus chicas ya habrían terminado de hacer sus compras y que lo esperaban para comer en el centro. Lo invitó a acompañarlo, pero él tuvo que excusarse; tenía trabajo.

El aquel instante le sonó el móvil. Era un número desconocido. No iba a cogerlo, pero atendió la llamada en el último momento.

—Fran, soy Candela. —Su corazón dio un brinco y pensó que debía guardar aquel número de inmediato.

—Dime, Candela… —la nombró para que Manuel lo oyera. Estaba casi en el umbral de la puerta y se volvió intrigado—. Sí, ya baja.

Decidió acompañar a Manuel hasta la puerta de salida del edificio. «Sus chicas» habían ido a recogerlo.

Ella estaba preciosa con un vestido veraniego por encima de las rodillas. Les dio un beso a cada una, pero el cuerpo casi se le fue detrás cuando sintió la fina piel de la mejilla de Candela. Le tenía ganas a la Golondrina, y ella lo provocaba de una forma que no sabía si era cruel o inconsciente. María comentó que no estaban muy lejos y que habían decidido ir a buscar al abuelo y saludarlo.

—Vamos a comer. Quizá te apetece venir —lo invitó María. Candela apenas hablaba. Si no la conociera, Fran diría que la notaba incómoda, vergonzosa, y aquello agrandó su ego.

Miró el reloj y maldijo su suerte. Por mucho que quisiera, no podía desaparecer. Se quedó con las ganas. Se marcharon enseguida. Los vio desaparecer calle abajo. Ella se volvió un momento y, con picardía, le guiñó el ojo.

Iba a volverlo loco.

Mientras subía de nuevo a su despacho, Fran repasó mentalmente la conversación que había mantenido con Manuel. Este casi lo había autorizado conquistar a Candela. Se rio, como si eso fuese necesario en los tiempos que corrían. Tuvo que apartar la imagen de su cabeza. Otra idea le cruzó la mente y lo llevó a un tema que el abuelo había comentado: el asunto de Juan. Cuarenta años después de su muerte, seguía muy presente. De ahí pasó a lo del abogado: había modificado el testamento. ¿Podría tener alguna relación con la muerte de Julia? Habían centrado tanto la investigación en ella y en el robo de la novela que no habían indagado a fondo en el entorno familiar.

¿Quién querría hacerle daño? La idea le pareció absurda… Si en realidad se la tenían jurada a Manuel, ¿por qué matar a su hija? Aquel crimen había sido pasional, querían que sufriera. Según el abuelo, había cambiado el testamento en favor de Candela. Eso le extrañó, porque no era la única nieta. Si no la conociera, la Golondrina podría ser sospechosa; además, era imposible, estaba en Barcelona. Detuvo el ritmo de su pensamiento. Ese no era el camino que sus cavilaciones debían tomar. La pregunta era otra.

¿A quién beneficiaba la muerte de Julia?

¿A Candela?

Quizá necesitara una conversación más profunda con Manuel. Tenía la impresión de que callaba algunas cosas.

El teléfono lo arrancó de sus pensamientos. Era el capitán. Parecía enfadado.

—No me joda, Garrido —espetó—. Acaban de tirarme de las orejas. El comandante Robles del Castillo ha venido a ponerme las pilas.

Fran escuchó el discurso malhumorado de Gutiérrez; por lo visto, el

comandante le había dicho que no se podía cerrar en falso el caso Escalante. No creía que el matrimonio Velasco, aunque habían delinquido y eran sospechosos, pudieran ser los asesinos. Pensó en Paula, se temía que ella había hablado con su tío.

—¿Quién coño le ha ido con el cuento al comandante? Claro, nadie del cuerpo, seguro —añadió con ironía—. La prensa tiene la culpa, los periodistas tocapelotas que hoy publican que los Velasco robaron la novela de la víctima y se especula si son asesinos o no. Pero ¿quién filtra estas cosas? ¡Me cago en la leche! Y yo pensando que era un caso que se resolvería rápido.

Fran quiso decir algo, pero el capitán no lo dejaba hablar. Él solo se bastaba en la conversación, más bien monólogo, que mantenía. Malhumorado, le ordenó que continuara con el trabajo y que lo mantuviera informado de todo. Quería irse de vacaciones en paz, y su esposa le pediría el divorcio si las retrasaba más de la cuenta.

—Gracias, mi capitán —atinó a decir sin ocultar su satisfacción por seguir con el caso.

—No me joda más, sargento, y resuélvalo de una puñetera vez.

Paula observó a Fran desde detrás de los cristales que separaban el despacho de la sala. Cortaba la comunicación al teléfono, y lo vio quedarse ensimismado en sus pensamientos. Llamó a la puerta con los nudillos y esperó a que la atendiera.

Había aprendido mucho trabajando con él. Creía que se entendían, y pensó que era una lástima que no se hubiera resuelto el caso de una forma más satisfactoria. Había tratado de hablar con su tío, pero este, aparte de escuchar su frustración por no dar con el asesino, había señalado la importancia de seguir la línea de mando y había cambiado de tema sin más explicaciones para abordar el asunto por el que la había llamado.

El sargento estaba revisando unos papeles. Paula imaginó que quizá se marcharía a su pueblo. Si la había oído, trataría de resolver el tema pendiente que tenía con su exnovia. «Los buenos están cogidos», se dijo con resignación. Luego despejó la mente como si apartara

aquellas ideas y, al darse cuenta de que su superior no parecía haberse percatado de que estaba allí, lo llamó.

—Mi sargento…

—Disculpa, es que esto ha dado un vuelco —afirmó y, como intuía que ella sabía algo, comentó—: Al capitán no se le olvida nada, y hoy le «han tirado de las orejas», según sus propias palabras. No tendrás nada que ver, ¿verdad?

Paula sonrió al enterarse de que la investigación seguía en marcha. Pensó en su tío. No había querido darle la razón, pero estaba convencida de que, nada más salir de su despacho, había hecho valer sus galones. Al comandante no se le escapaba nada, y antes de llamar a Paula, ya sabía en qué punto estaba la investigación del caso de Julia Escalante; entendía que faltaban pruebas para cerrarlo.

—¿Yo? Pobre de mí. Saltarme la línea de mando, qué locura.

Fran no la creyó, pero si hablar con su tío había hecho que el capitán rectificara y frenara sus prisas, bienvenido fuera. Otra cosa serían las represalias. Ya se veía controlando el tráfico al acabar la investigación.

—No te acostumbres, así no se hacen las cosas —la reconvino, y Paula hizo una mueca como si no supiera por qué le decía tal cosa.

—¿No tenías días de permiso? —inquirió ella.

—Sí, pero lo he retrasado un poco, hasta la boda, ya sabes. Además, en mi pueblo tendré mucho tiempo libre y no hemos seguido todas las líneas de investigación.

Ella sonrió y asintió, como si le diera la razón.

—Creo que nos hemos centrado tanto en el escritor y su esposa que no hemos indagado en el círculo del señor Escalante —advirtió Paula con inteligencia.

—Opino lo mismo. Tenemos que descubrir a quién favorece sacar a Julia del tablero de ajedrez.

Ella sonrió de nuevo ante aquella expresión.

—¿Qué quería el comandante? —preguntó Fran.

—Quería saber si aceptaba ese nuevo destino o me quedaba aquí, con él, en esta comandancia.

—¿Y qué has contestado?

—Que me gusta aprender del mejor, mi sargento.

Fran soltó una carcajada. A la cabo no se le pasaba una, y con aquello aludía a lo que había dicho el comandante Robles del Castillo el día que los presentó. Pero no quería que su carrera se estancara por quedarse en Málaga. Madrid era Madrid. Además, era probable que él también se fuera.

—No sé si soy el mejor —dijo Fran jocoso, y añadió más serio—: No me gustaría que perdieras una buena oportunidad. Además, quizá yo no esté aquí mucho tiempo.

Ella lamentó que así fuera, pero se justificó. Habría otros casos de desapariciones y quería encontrar al asesino de Julia. No era de las que dejaban las cosas a medias.

—Bueno, ¿y cómo nos organizamos? —inquirió Paula con entusiasmo—. ¿Volvemos a Alameda?

—Yo me iré al pueblo en unos días. Allí estoy como pez en el agua. Es la coartada perfecta, seguir indagando cuando todos creen que estoy de vacaciones. Si necesito ayuda, tengo a los guardias civiles de Alameda, estarán encantados. Es lo más cerca de trabajar de incógnito que estaré en la vida —bromeó—, pero puedes ayudarme desde aquí.

—Dime cómo.

Tenían que investigar el entorno más cercano de Manuel. Pensó entonces en Adela. Qué bien le vendría localizarla para averiguar algunas cosas. Sin dudarlo, contactó con su tía Toñi, y en un minuto averiguó el nombre completo de Adela y el pueblo gallego en el que nació: Nigrán, Vigo. Luego le pasó el dato a Paula y le dijo que, cuando averiguara algo sobre ella, lo avisara.

—Esto se pone interesante, mi sargento. Indagaré en el SIGO —dijo refiriéndose a la plataforma de información telemática en la que los agentes de la Guardia Civil y otros cuerpos de seguridad del Estado pueden consultar los datos de los ciudadanos—. Averiguaremos los pasos que ha dado desde que se marchó. Hoy es imposible no dejar una huella electrónica.

La motivación de la cabo lo animó. Agradeció que quisiera quedarse en Málaga en vez de regresar cuanto antes a Madrid y formar otro equipo. Tenía madera de buena profesional, y le auguró éxito en el

cuerpo. Supuso que eso ya lo imaginaba el comandante y quería que cogiera experiencia antes de elegir un puesto.

Paula salió del despacho hacia su escritorio y se puso a hablar con sus compañeros. Él le dedicó un último pensamiento a Candela antes de retomar sus tareas.

17

Candela llegó agotada de Málaga y subió a su cuarto a descansar. Al colgar en el armario el bonito vestido que había comprado, se sintió culpable. Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, el duelo por la pérdida de Julia; por otro, el deseo de ir a la boda y pasar tiempo con Fran.

Apenas lo había visto unos minutos en la puerta de la comandancia. El recuerdo del beso que se habían dado no había dejado de torturarla, y le dio vergüenza cuando él la miró a los ojos. Pero debía de haberse vuelto loca: al marcharse, tuvo el coraje de darse la vuelta y guiñarle un ojo.

Desde que había llegado al pueblo, todo lo que había escondido en el fondo de su corazón había ido saliendo poco a poco y ya no podía controlarlo. No desde que él la había besado.

«¿Y ahora qué?», se preguntó. ¿Qué iba a hacer cuando se encontraran otra vez? De nuevo se sentiría incómoda al verlo y probablemente lo evitaría. Se dijo que no daría ningún paso que confundiera la situación. Él no lo merecía, y ella no estaba segura de lo que quería.

«Quieres a Fran, siempre lo has querido».

Su inconsciente la traicionaba y respondía a las preguntas que ella evitaba hacerse. Sin embargo, otra parte de su mente le decía que no era fácil retomarlo donde lo dejaron. Lo mejor era no anticipar nada. Lo que tuviera que ser sería, y si ambos ponían punto final, tenía que aceptarlo.

Quiso alejar sus pensamientos de Fran porque el corazón se le alteraba. Se sentó en la cama con las piernas cruzadas al estilo indio y se colocó en el regazo la carpeta negra de Julia que había cogido de la oficina del molino. Quería revisar los papeles que contenía.

Apenas la abrió y esparció sobre el colchón los documentos, sonó el

teléfono. Sin necesidad de mirar la pantalla iluminada, supo que era Isa. Le había asignado un tono: *Marcha nupcial*, de Mendelssohn.

—Cande, ¿te apetecen unas cervecitas en la plaza?

—¿Ahora?

—No, la semana que viene —bromeó su amiga.

Isabel le suplicó que la acompañara a la residencia de ancianos. Era una de las enfermeras que colaboraban en la institución, y la habían llamado. Temía que uno de los ancianos hubiera empeorado. No estaba muy fino y, aunque poco podría hacer ella, le habían pedido que se acercara para evaluar si tenía que inyectarle morfina.

—Además, voy a estar casi un mes sin verlos —se refería a los ancianos— y quiero recordárselo a los viejitos. Algunos están tan mal de memoria que en ese tiempo se olvidarán de quién soy.

—Pero a mí no me conocen. Se harán un lío.

—No pongas excusas; les gustará la visita. No tienen demasiadas… Luego nos tomamos unas cervezas en la plaza y me cuentas cómo te va. Pero —hizo un inciso y continuó— prohibido hablar de la boda, ya tengo el cupo cubierto con mi madre.

Candela echó un ojo a los papeles y decidió que ya los miraría en otro momento. Le vendría bien salir.

—De acuerdo, pero tú pagas la primera ronda.

Guardó la carpeta en un cajón de la cómoda y se cambió de ropa. En Málaga también se había comprado un vestido veraniego con una cenefa de ganchillo bajo el pecho y otra a mitad de los muslos y una blusa de lino que le encantaba. Eligió esta última y la combinó con una falda tejana y con las alpargatas de cuña. Se hizo una cola alta, cogió un bolsito que había sido de su tía y se lo puso de bandolera. Al bajar al salón, se encontró a su madre. Esta le sonrió al verla.

—¿Vas a salir?

—Sí, he quedado con Isa. Quiere que la acompañe a la residencia de ancianos.

—Ah, muy buena idea. Podrías llevarles unas aceitunas y aceite. Nunca encuentro el momento de acercarme. Julia solía hacerlo.

Siguió a su madre hasta la despensa del patio, una sala muy amplia que parecía el almacén de una distribuidora, llena de productos

Montolivo. Candela le preguntó por el abuelo. Le parecía que había estado muy callado durante el viaje de vuelta.

—Está con Sebastián. Le gusta ir a su casa y pasar tiempo con los niños. Laura ha ido a ver a su madre.

—¿No te parece que estaba algo raro al regresar?

María le dijo que a ella también se lo había parecido, pero que al preguntarle no quiso decirle nada. Mientras contestaba, metía en una caja varias latas grandes de aceitunas y otras de aceite. Candela la frenó.

—Mamá, que no puedo con todo eso.

—No me seas floja, no pesa tanto.

Su madre decía que no pesaba, pero en cuanto sacó la caja del coche, necesitó la ayuda de su amiga para llevarla.

Al llegar a la residencia, las recibió una monja. Isabel la saludó con afecto y le dijo que venía acompañada.

—Tú debes de ser la sobrina de Julia. Te pareces tanto a ella… Que Dios la tenga en su gloria —dijo al verla, y se santiguó al mencionar a su tía—. No sé si me recuerdas, soy sor Águeda. Julia siempre hablaba de ti, pero no imaginé que os parecierais tanto.

—La genética de los Escalante —bromeó.

Sí, la recordaba, aunque no mucho. A veces Julia le enviaba fotografías tomadas en el patio con los ancianos durante alguna celebración. Candela le ofreció la caja de productos y la monja le agradeció el detalle que les enviaban desde Las Golondrinas. Le pidió que diera las gracias a los Escalante.

Isabel se disculpó por no haber podido ir aquella mañana.

Sor Águeda le restó importancia y se lamentó por si la habían alertado al llamarla. Le dijo que el anciano que ella creía que había empeorado estaba estable.

Durante unos minutos, Candela las oyó hablar de otras internas. Fue discreta y no se inmiscuyó. Desde que tenía memoria, Isa siempre había ayudado de forma voluntaria en el convento de Nuestra Señora de las Mercedes. Allí había estado interno su abuelo, cuando ya costaba atenderlo en casa.

Era una médica frustrada, al menos lo fue durante un tiempo. No

consiguió la nota necesaria para entrar en la facultad y se decantó por Enfermería con la idea de cursar el primer curso y luego intentarlo de nuevo. Pasó los primeros meses de estudio quejándose por la injusticia de las notas de corte, pero hacia el segundo trimestre ya estaba entusiasmada con la profesión y nunca intentó entrar en Medicina. Le encantó la carrera, y solía alegar que la relación que mantenía una enfermera con el paciente era más cercana que la de los médicos, que se mostraban más fríos y la mayoría de ellos no veían a la persona, sino un cuadro clínico.

Mientras caminaban por un pasillo, Candela se fijó en una puerta que se abría por la que asomó una anciana, como si las espiara. La mujer se llevó un dedo a los labios y cerró de nuevo con cautela. Sonrió con ternura, y volvió a atender a la conversación de la monja con Isabel.

Su amiga llevaba un pequeño maletín con un tensiómetro y otros instrumentos para medir y valorar las constantes de los ancianos. Mientras hablaba con sor Águeda, esta las dirigió hacia un patio interior. Candela observó que era una zona llena de plantas y vegetación; un toldo las protegía de los rayos del sol. A pesar de haber cruzado la frontera de la media tarde, aún calentaba mucho. El ambiente allí era muy agradable. En el exterior, el termómetro no había bajado de los treinta y cuatro grados.

En una esquina había una mesa preparada con algunos refrescos. De repente se abrieron varias puertas que daban al jardín y empezaron a llegar ancianos y ancianas. Algunos iban acompañados por monjas y voluntarias que empujaban su silla de ruedas o sujetaban su gotero.

Isabel se llevó las manos a la boca para ahogar un sollozo. Candela, al ver aquel espectáculo, se alegró de haberla acompañado. Muchos rodearon a Isa, que no hacía más que darles besos. Le encasquetó el maletín sin previo aviso.

—Isabel, las chicas querían hacerte un regalo. —La monja señaló a algunas ancianas, entre ellas la que había visto asomarse. Esta portaba en los brazos un gran paquete. Un hombre carraspeó e hizo reír a algunas voluntarias y monjas—. Bueno, el regalo es de todos. Muchos caballeros también han ayudado.

Con ilusión, Isabel abrió el paquete, que contenía una colcha de *patchwork*. La extendió, y varias mujeres la sujetaron por los extremos para que se viera bien: un gran mandala de colores cuyo epicentro era un corazón de ganchillo sobre una tela de color rojo intenso.

Las mujeres se atropellaban para decir cómo habían seleccionado el diseño, los trozos de tela y los colores. Querían que fuera muy romántica, ya que iba a ser la colcha de los recién casados. Una de las voluntarias explicó que todos habían colaborado a su manera y según sus habilidades: arreglar, cortar, coser, enhebrar agujas con hilo; todos habían tenido su función. Otra comentó que clasificar los pedazos de tela por colores había sido un ejercicio magnífico de entrenamiento cognitivo y añadió entre risas que el trabajo de aguja e hilo había sido un reto para algunos. Todo estaba cosido a mano.

Durante un buen rato estuvieron hablando de la colcha, pero poco a poco los ancianos fueron tomando asiento o se dispersaron por el patio para tomarse un refresco.

Candela los observaba con verdadera ternura. Su amiga estaba feliz, aquel regalo le había tocado el corazón.

—¿Julia?

Oír que alguien la llamaba como si creyera que era su tía la dejó petrificada. Al volverse, vio a una anciana sentada en una silla de ruedas que estaba no muy lejos de ella. La voluntaria que la acompañaba se había acercado a la mesa de los refrescos y regresaba con uno en cada mano. Se aproximó a ella.

—No, no soy Julia. Soy su sobrina, Candela, de Las Golondrinas —explicó a la mujer—. ¿La conocía?

—Por supuesto que te conozco. Llorabas como un condenado a muerte cuando te ayudé a venir al mundo.

—Cándida, no es Julia —corrigió su acompañante con voz dulce—. Ya lo hemos hablado. Julia se ha ido al cielo. Toma, está fresca, como a ti te gusta. —La voluntaria le ofreció un vaso de limonada y el otro que llevaba en la mano se lo tendió a Candela. Esta se lo agradeció.

La anciana bebió al principio con reticencia, luego con gusto. La voluntaria le pidió disculpas.

—No solemos dar malas noticias a los ancianos, pero lo de tu tía fue

tan sonado que no pudimos controlarlo. Cualquier visita hablaba sobre el tema. Lo lamento mucho.

—No me importa que me confundan con mi tía. Es una suerte y un honor parecerme a ella —dijo sincera.

—Su tía, ¿qué tía? Julia, ¿y tu madre? ¿Por qué no ha venido a verme? Éramos amigas…

—A veces se desorienta —explicó la voluntaria—. Cándida fue la comadrona del pueblo, ayudó a muchos niños a nacer. Dicen que los reconocía a todos, pero ya no recuerda caras ni nombres, los confunde. Su mente se pierde a grandes pasos. Aunque parezca que te conoce, no sabe quién eres.

—Claro que lo sé, es una Escalante —se quejó la aludida.

—Por supuesto, una Escalante de pura cepa —alegó Candela con una sonrisa.

No sabía qué otra cosa decirle a la mujer. Nunca había hablado con alguien cuya mente se dispersara tanto, pero supuso que había que tratarla con amabilidad y cariño. Era como un chiquillo, y de eso sí entendía. El afecto era el mejor lenguaje para tratar tanto a niños como a ancianos.

Se acuclilló a su lado para estar a su altura y que la anciana no tuviera que alzar la cabeza para mirarla a la cara, y le propuso hacer algo juntas. Isa seguía hablando con unas y otras, y vio que algunos ancianos se habían reunido en grupitos y jugaban sobre unos tableros. La voluntaria le trajo varios juegos de mesa. Candela se dio cuenta de que eran para favorecer las habilidades motoras y cognitivas de los abuelitos.

Durante un rato, jugó con ella a meter unos palos de colores de distinto diámetro en una tabla con agujeros. Cándida refunfuñaba cuando no podía, pero ella la animaba a intentarlo de nuevo. Si lo conseguía, sonreía contenta y la felicitaba. «¡Bien! ¡Genial! ¡Sabía que podías!».

La voluntaria le había dicho que era muy desconfiada, pero a ella no se lo pareció. Supuso que, como los niños, se relacionaba con los otros según captara las actitudes. El rechazo y el cariño no hacía falta que se dijeran con palabras, se manifestaban en los gestos y las

expresiones de la cara.

Miró hacia donde estaba Isabel y tuvo la impresión de que se despedía. Ella también lo hizo.

—Señora Cándida, vendré otro día a verla y seguiremos jugando. Ahora tengo que marcharme.

—¿Quién eres? —La anciana la miró asustada.

—Soy Candela, de Las Golondrinas —repitió con paciencia.

—Allí nacieron dos niñas —señaló la anciana.

—Un niño y una niña —corrigió con una sonrisa—. Sebastián y Julia. Ya son mayores y Julia se ha ido al cielo, ¿recuerda, señora Cándida?

La anciana parecía metida en sus pensamientos.

—Nació un niño, luego una niña… Ella era más grande que él.

—Eso decía mi madre —sonrió de nuevo Candela.

La señora le producía mucha ternura y a la vez un dolor muy grande. Comprender que la mente podía vaciar de recuerdos una vida tan intensa como la de aquella mujer hizo que se estremeciera. No podía imaginarse el sufrimiento de los familiares de personas con aquella enfermedad. Saber que sus padres no los reconocían o los confundían debía de ser un dolor indescriptible para los hijos, siempre a la espera de un momento de luz. La vida era cruel. Y ellos, pobres dementes que ya no esperaban nada, solo la muerte. Se podía ver el miedo en sus miradas cuando perdían el contacto con la realidad.

—Luego el padre se ahorcó —concluyó Cándida, y aquella frase la sacó de sus pensamientos como si le hubieran dado un empujón.

Candela quiso sacarla del error, pero ¿para qué?

—Vendré con mi abuelo Manuel a verla —prometió—. Seguro que se acuerda de él.

—¿Manuel? No conozco a ningún Manuel. —Cándida metió la mano en uno de sus bolsillos, sacó un papel doblado y se lo entregó—. Toma, dáselo.

Candela lo abrió. Era un mandala coloreado a medias.

—Es muy bonito. ¿No quiere terminarlo?

—No quiero que me lo quiten.

La voluntaria la riñó con cariño. Le dijo que nadie le había querido

quitar nada, y, como si pensara que tenía que explicarse, le dijo a Candela que solía estar siempre muy a la defensiva si algún desconocido se le acercaba. Aquella mañana se había peleado con una interna nueva.

Isabel se acercó a ella, se puso frente a Cándida y se agachó a su altura.

—Cándida, ya veo que te ha caído bien mi amiga.

—Sí, pero ahora vete, que quiero dormir.

A Isabel se le escapó una carcajada y le hizo un gesto a Candela para marcharse. Ambas besaron a la anciana, que volvió a preguntarles quiénes eran.

Cuando salieron de la residencia, Candela miró a Isabel, que sonreía de oreja a oreja.

—¡Ay, mis viejitos! Son un encanto. ¿Has visto, Cande, qué detallazo?

—Es precioso, una obra de arte.

—Me ha dicho la madre superiora que llevan con esto desde que anuncié que iba a casarme, y de eso hace medio año.

Candela cargaba con el maletín, e Isabel con su colcha envuelta de nuevo en papel decorativo. Isa le propuso acercarse a su casa para dejarlo y luego salir a tomarse las cervezas prometidas. Por las horas que eran, de paso podían cenar.

Fran le había dado muchas vueltas al tema de la conversación con Manuel. Recordó que su padre guardaba una caja con sus cuadernos de notas y otros documentos relacionados con expedientes de antiguas investigaciones y de repente se le despertó la curiosidad por saber qué opinaba él de su primer caso importante en el pueblo: el famoso ahorcamiento de Juan Escalante. Conocía lo principal, pero quería saber cuáles fueron sus primeras impresiones y, por supuesto, las conclusiones a las que llegó. Quizá si leía aquellos papeles averiguaría algo sobre los Escalante que no habían tenido en cuenta.

Por su relación con Candela, la familia siempre había sido muy cercana para él. Quizá no era objetivo, pero su padre sí. Al menos eso

esperaba.

Con Paula habían deducido que algo se les había escapado del entorno familiar, y por mucho que le costara pensarlo alguien podía estar implicado en la muerte de Julia. No se le pasaba por alto que ella se había marchado de Montolivo hacía dos años. ¿Por qué? ¿Por salir del pueblo? ¿Quién dejaba una empresa familiar para colocarse en un hotel y llevar las cuentas? Tal vez Juana, la amiga de Julia, no se lo había contado todo. Se hizo una nota mental para enviar a alguien al hotel y hablar de nuevo con ella.

Telefoneó a su madre. Quería saber si aún guardaba aquellas cajas de papeles que siempre le decía que se llevara. Esta le indicó que estaban en el desván, pero que, si las quería ver, que fuese él mismo a buscarlas. Ella estaba muy atareada para ordenar aquel lugar.

Miró su reloj de muñeca, en una hora estaría en Alameda, así que no lo pensó. Se puso ropa cómoda —había vuelto al traje formal— y bajó al aparcamiento para buscar su coche. Al salir del ascensor, recibió una llamada de la cabo Robles.

—Dime.

—¿Fran? No te oigo bien.

—Estoy en el aparcamiento. Aquí no hay mucha cobertura. Dame cinco minutos y hablamos.

Al momento, cuando ya circulaba por las calles de Málaga, buscó el número de la cabo y la llamó.

—¿Qué pasa? ¿Problemas?

—¿Cómo lo sabes?

—Dime —dijo cansado.

Paula le explicó que no habían podido localizar a Adela en el teléfono que les había facilitado; parecía apagado. La última antena a la que se había conectado la situaba en Alameda, pero de eso hacía varios meses.

—¿Y la familia? ¿Has podido localizarla? Y con el SIGO, ¿has podido averiguar algo?

—En eso estoy… Lo de la base de datos ciudadana lo lleva Pardo. Nos hemos dividido el trabajo. ¿Estás con el manos libres?

Fran no quiso darle explicaciones, pero tampoco le mintió.

—Voy camino a casa de mi madre, mañana estoy de vuelta.

Al colgar, se replanteó el impulso, pero ya era tarde para volver… Había entrado en la autovía.

No había mucho tráfico a aquellas horas del atardecer, así que llegó en menos de lo previsto. Su madre lo recibió con alegría, pero también un tanto preocupada.

—¿Para qué quieres los viejos papeles de tu padre? —le preguntó mientras caminaba delante de él hacia el salón.

—Papá era muy descriptivo, y sé que guardaba copias y cuadernos de notas de algunos casos que había llevado. Espero encontrar el de Juan Escalante. Quizá nos arroje luz con el caso de Julia.

—¡Vaya! ¿Crees que ahí encontrarás trapos sucios de mi abuelo? —preguntó Candela molesta. Oír su voz lo sorprendió. Al levantar los ojos, la vio sentada en el sofá, y no lo miraba con cariño precisamente.

—¡Candela! No… no sabía que estabas aquí.

—Bueno, eso me deja más tranquila —espetó de nuevo, pero añadió con un tono menos beligerante—: El abuelo nos ha contado que tenéis dos sospechosos, pero que os faltan pruebas. ¿Habéis cerrado el caso?

—¡Fran! ¿Qué haces aquí? —Isa bajó las escaleras corriendo. No quería tardar mucho y hacer esperar a Candela. Su madre podría hacerle un interrogatorio de tercer grado. Al oír la voz de su hermano, se preocupó. Ya en el salón, miró a Candela, que parecía enfadada, y temió que Fran hubiera metido la pata. Intuía que entre ellos podía estallar algo y se puso nerviosa al pensar que quizá acabara de hacerlo, pero no como ella había imaginado, de un modo romántico, sino como una guerra velada.

Fran midió sus palabras. Aunque fuera la casa de su madre, dedujo que estaba en desventaja. No era el momento de generar tensión. Fijó la mirada en Candela, que se había levantado del sofá en cuanto apareció su hermana. Se dio cuenta de que no podía dejar de mirarla a pesar de que Isa le había hecho una pregunta.

De repente se sintió como un idiota al notar sobre él la mirada de las tres. Tomó aire y buscó en su interior el aplomo y la actitud profesional que siempre lo habían caracterizado. Era sargento de la Guardia Civil, alguien muy respetado en la Policía Judicial. No podía

perder el control ante la mujer a la que había amado desde que era un chiquillo. Así que respondió como hubiera hecho en cualquier otra situación, restó el afecto y comunicó con seriedad.

—No, no lo está. Aún no tenemos al asesino.

—¿Y crees que en esos expedientes lo encontrarás? —Candela sintió que se rompía por dentro. Quizá Paco había guardado entre aquellos papeles las diligencias de su fatídica noche. No quería que Fran los encontrara. No sin que ella le diera antes su versión. Trató de sonar natural y desvió la atención—. Vamos a tomar unas cañas. ¿Por qué no te vienes?

—Sí, vente —intervino Isa, solícita—. Ya celebraremos otro día la noche de chicas.

—No, hoy no. —A Fran le costó muchísimo rechazar la invitación. Había intuido más que interés en Candela por que las acompañara, pero no podía demorarse. A primera hora debía estar en la Policía Judicial y no disponía de mucho tiempo para encontrar y revisar los expedientes—. Me temo que sigo de servicio. Recogeré lo que he venido a buscar y me iré a casa para repasarlo. Saldré temprano hacia Málaga.

—Niño, pero tendrás que cenar, ¿no? —preguntó su madre.

Se justificó, tenía prisa. Candela lo miró recelosa y apremió a Isa para marcharse. ¿Se había ofendido? La vio abrazar a su madre y darle un beso. Esta le correspondió con el afecto que siempre le había tenido. Esperaba que al él le diera, también, los dos besos de despedida, pero Candela le dijo adiós con un ademán. Su hermana se le acercó, y le dio un par de besos. También le susurró al oído: «Qué tonto eres a veces». Se lo merecía, y no dudaba de que tuviera razón. Había rechazado una invitación de Candela. Iba a tener que esforzarse mucho para reparar aquel desplante.

Cuando ellas se marcharon, conversó unos minutos con su madre. Esta no recordaba dónde podrían estar aquellas cajas, porque eran varias.

—Ahí arriba hay tanto trasto, hijo. Y las he visto, te prometo que las he visto.

La dejó y subió al desván. Nada más entrar, el olor a cosas viejas le

inundó las fosas nasales. Quitó algunos objetos que estaban en medio y fue hasta el final. Había muchas cajas. En una encontró juguetes de cuando era niño: muñecos Playmobil de policías y bomberos, una ambulancia, coches de varios tamaños y muñecas de su hermana. En una estantería había varios de los trofeos que había ganado en competiciones infantiles de natación. Sonrió al verlos, pero ni siquiera los tocó. Parecían reliquias de otra vida. Recordó los momentos en que los había ganado, cuánto significaron en aquellos instantes y qué poco en esos… Pero qué orgulloso lo miraba su padre cuando los conseguía.

Alejó la vista de los premios y se volvió. Aquello era un caos de muebles viejos, cajas con ropa y enseres; en definitiva, trastos inútiles que no sabía para qué los guardaba su madre. En aquella anarquía de cosas, ¿dónde podría estar lo que buscaba?

No le fue fácil dar con las cajas, pero al abrir un viejo baúl supo que las había encontrado. Eran tres. Se sentó en el suelo y eligió una. Paco había archivado muy bien sus cuadernos de notas y junto a ellos había incluido algunos dosieres con documentación que había fotocopiado de algunos casos importantes, creando sus propios expedientes. Eran carpetas marrones; el tiempo había amarilleado los papeles que contenían. Algunas guardaban fotografías, otras solo informes, hojas en las que su padre escribía a mano o a máquina las diligencias que se habían llevado a cabo. No halló nada útil en la primera caja, tampoco en la segunda. Pero, en la tercera, algo llamó su atención. Era una carpeta amarilla de gomas en la que rezaba una etiqueta: casos no resueltos. Intuyó que aquello era lo que buscaba. No se equivocó. Había varias carpetas marrones. Revisó las etiquetas y sacó dos. Una era del caso de Loli. Le extrañó, aunque sabía que su padre había estado con los guardias que hicieron el atestado. La abrió y empezó a leer: «Accidente mortal con fuga…», lo dejó a un lado para centrarse en la otra, la de Juan Escalante. El primer informe era del forense. La autopsia confirmaba que había sido un suicidio. Tenía el cuello roto debido a la presión de la soga que lo había rodeado. En su estómago se encontró alcohol y tranquilizantes. Mala combinación, pero había sido una noche extraña. El médico describía las cicatrices halladas en el cuerpo: dos heridas de arma blanca, una a la altura del abdomen y

la otra en el pecho. Ninguna parecía mortal. Junto al párrafo, su padre había escrito un gran interrogante con bolígrafo. Aquello lo intrigó.

Ojeó el resto de los documentos, eran copias de varios informes y notas de interrogatorios, pero decidió leerlos en casa.

Guardó todo lo demás en su sitio y se llevó consigo la carpeta de gomas con aquellos dos únicos expedientes. Le intrigó saber por qué su padre había incluido un caso de suicidio en esa carpeta amarillenta etiquetada como casos no resueltos, pero no tuvo tiempo de darse una respuesta.

Al bajar, se encontró a su madre viendo un concurso de la tele. Sobre la mesa había varios platillos: carne en salsa, bacalao rebozado, sepia con pescaíto frito, una panera repleta, una jarra de gazpacho y una cerveza sin abrir. La miró y no pudo más que sonreír. Su madre no iba a dejar que se marchara sin cenar. En el fondo, lo agradeció. No sabía qué le quedaba en la nevera. Aunque estaba impaciente por llegar a casa y revisar aquellas notas, tenía el estómago vacío. Se sentó junto a ella y se dio un buen festín.

—¿Qué tal con Candela? —preguntó su madre directa, para que no pudiera eludir la respuesta.

—Bien, ¿no se nota?

—Lo que yo noto es, como se dice ahora, tensión en el aire.

—No sé hacerlo mejor.

—No se trata de hacerlo bien o mal. Se trata de que, si no es para ti, pases página.

—¿Por qué piensas que no la he pasado ya?

—Una madre lo ve. Y vosotros dos os miráis como a quien le falta… una conversación.

—Sí, yo también pienso que nos hace falta un revolcón —dijo con ironía, tergiversando las palabras de su madre.

—¡Francisco…! —Su madre le dio con la mano en el brazo, pero luego añadió con guasa—: Primero hay que hablar. Hablando se solucionan las cosas.

—¡Coño, mamá! Eso ya lo sé, pero la Golondrina se escapa y yo no sé si tengo ganas de seguir bailándole el agua. Se marchó, y para ella se acabó todo. Quizá haya llegado la hora de sacarla de mi corazón y

dejarla volar.

Hablar con su madre siempre le había resultado fácil. Ella lo comprendía, y fue un gran apoyo cuando Candela lo abandonó. Incluso lo animó para que fuera a buscarla a Barcelona, pero él no lo hizo. Se fue a Madrid y se centró en el trabajo.

—Sí, hijo, ya es hora. Y, cuando menos te lo esperes, encontrarás a alguien que se te meta bajo la piel. Igual le pasará a ella.

Oír aquella posibilidad de labios de su madre no le gustó demasiado, pero se encogió de hombros, como si dijera «Que sea lo que Dios quiera».

Faltaban días, pero antes de marcharse concretó con ella algunos detalles para la boda. Se despidió con un beso.

18

Iban por la tercera cerveza. Menos mal que cada una venía acompañada de una tapa, porque, a ese ritmo, Candela pensó que acabarían demasiado achispadas. Habían estado comentando sus futuros inmediatos. Isa le contó que hacía tiempo había conseguido plaza en el hospital de Antequera y que, a la vuelta del viaje de novios, quería hacer un curso de formación sobre cuidados paliativos. Además, estaba muy contenta con su actividad de voluntariado en la residencia de ancianos. Volvió a alabar, emocionada, la colcha que le habían regalado.

Candela le explicó que se había planteado opositar y conseguir la plaza que tenía como maestra interina en el colegio, pero la crisis había congelado las oposiciones y no sabía cuándo volverían a abrirse. Su amiga le puso mil pegas. No entendía por qué quería pasar por el duro proceso que eso suponía, si tenía una carrera de empresa. Ese tema lo habían hablado otras veces y Candela siempre lo zanjaba con una justificación: le gustaba trabajar con niños. Pero esa vez se descubrió diciéndole que antes le parecía una buena idea, pero que en ese momento estaba hecha un lío. Regresar al pueblo y pasar por la muerte de Julia la había hecho darse cuenta de que extrañaba mucho su casa y a su familia, además de que le había removido muchas cosas.

—No sé qué haré… —declaró.

—A veces una decide sin darse cuenta, Cande. Busca en tu corazón. ¿Qué te dice?

No sabía si era su corazón o las entrañas, pero no se atrevió a decir lo que le vino a la mente. «Necesito un revolcón». ¿Desde cuándo no se acostaba con un hombre? Se avergonzó al darse cuenta de que ni siquiera se acordaba, pero no iba a confesárselo a su amiga en un bar.

Isa se puso nostálgica y empezó a recordar momentos que habían vivido juntas, como cuando fueron a estudiar a Málaga: Candela,

Dirección de Empresas y Marketing; Isa, Enfermería. Rememoraron los madrugones que se daban para llegar puntuales a clase, y algún fin de semana que, con la excusa de que tenían trabajos en grupo —rieron cómplices, pues extrañamente solían coincidir en esas tareas con sus respectivos compañeros—, se quedaban en la ciudad para ir a alguna discoteca. Siempre se esperaban para regresar juntas al pueblo.

—Creo que Loli nos odiaba porque su familia la puso a trabajar y no pudo estudiar como nosotras —observó Isa mientras levantaba la mano para llamar al camarero y pedir otra ronda.

—A mí me odiaba de antes —respondió Candela, y le advirtió—: La última y nos vamos, ¿eh?

—Ya sé que no se puede hablar mal de los muertos, pero era una mala pécora —susurró Isa. Al momento, tomó la cerveza que le ofrecía el camarero y brindó con Candela—: ¡Por nosotras!

—¡Por nosotras!

Una camarera se les acercó con una gran bandeja para que eligieran una de las tapas. Ambas escogieron rosada rebozada.

—Le tiraba los tejos a Fran, le daba igual que saliera contigo. Él ya no sabía cómo quitársela de encima. Estaba desquiciada. Las malas compañías la estropearon.

—Yo tampoco hablaré mal de los muertos, por eso no diré nada más —bromeó Candela con el deseo de que la conversación cambiara de tercio.

—¿Sabes? —volvió a preguntar Isa. Candela le sonrió y la animó a continuar con un gesto—. Siempre pensé que me casaría después que mi hermano.

Isabel la miró sin reproche, con los ojillos brillantes, pero a la espera de que dijese algo.

—¿Era algún tipo de promesa? —ironizó.

—No, pero parecía lo lógico. Es mayor que yo, tenía una novia estupenda. Y…, no sé, Fran es de los que se casan.

—¿Y yo tengo la culpa?

—No, no. No te culpo de nada, en serio. Solo es que creía que estaríais siempre juntos. —Isa tendió el brazo hasta ella y le agarró la mano con afecto—. Cuando te marchaste, el único que parecía

entenderte era mi padre. Fran se deprimió mucho y se centró en el trabajo. No sé cómo no llegó a general con tanto estudio y formación. Se fue a Madrid y parecía no querer regresar, como tú.

—Bueno, ha tenido tiempo de buscar a alguna candidata.

—Creo que cuando estuvo en Madrid encontró a una. Se llama Valeria, también es del cuerpo, de no sé qué unidad. Estuvieron saliendo juntos.

Candela notó un extraño pinchazo en el corazón. Quizá era esa la mujer a la que Fran se había referido de forma velada cuando hablaron la primera vez. Resignada, pensó que había conseguido sustituirla, mientras que ella no había podido, y eso que se había esmerado en intentarlo. Pero ningún chico encajaba. Ninguno era Fran.

—¿Y qué ocurrió? —Candela no quería saberlo, no le apetecía estar al corriente de nada relacionado con aquella tal Valeria. Ni siquiera sabía por qué lo había preguntado.

—No eras tú —respondió su amiga, y se calló porque una lágrima amenazaba con escapar de su ojo derecho.

—No se te ocurra llorar, guapa —bromeó Candela para reducir la tensión—. Si se entera Elías, me acusará de emborracharte. Ya sabemos que a veces las melopeas te provocan lloreras.

Isabel soltó una carcajada.

—¡Caray, Cande! Cuatro cervezas no me tumban, necesitaría algo más —declaró, e hizo ver que la había ofendido—. Achispada quizá, no lo niego, pero para estar borracha me faltan varias cañas más. ¿Nos tomamos la última?

Alguien se acercó a la mesa y se acuclilló entre las dos. Lo miraron sin saber qué hacía allí.

—¿Queréis algo que os ponga a tono?

Aquella voz hizo que Candela se estremeciera. Se fijó en el joven que, con descaro, se movía hasta sentarse en una de las sillas que quedaban libres a su mesa, y las miraba como si quisiera comérselas. Especialmente a ella. Era el desconocido con el que habló en el cementerio, junto a la tumba de Loli. Entonces no le llamó la atención, pero esa voz medio susurro medio no sabía qué le puso los pelos de

punta.

—No queremos nada, así que ya puedes largarte —le soltó Isa enfadada. Él ni se movió. Tenía la vista clavada en Candela—. ¡Ramón!

Isabel levantó la voz para avisar al dueño y decirle que las estaban molestando. Había notado que Candela se había puesto tensa ante la presencia de aquel joven. Además, imaginaba qué les estaba ofreciendo… Lo conocía del pueblo y sabía qué pie calzaba. Imaginó que a Ramón no le haría gracia que alguien trapicheara en su terraza. Era mejor espantarlo para que Candela se tranquilizara. Sin embargo, esta le habló al chico aparentando calma:

—Creo que nos hemos visto en otra ocasión.

—¿Te refieres al día del cementerio?

—No, me refiero a antes.

—Ah, ¿te acuerdas?

—Tanto como para denunciarte —dijo en tono mordaz. Él soltó una carcajada y ella pensó que quizá era demasiado tarde para eso. No sabía su nombre, pero estaba segura de que era el amigo de Loli. Cuando lo vio la primera vez no lo reconoció. Isa los miraba atónita sin hablar. Candela no quiso añadir nada más. No era lugar para tener una conversación con aquel tipo, ni tampoco estaba segura de necesitarla. Deseaba que se marchara y no verlo nunca más, así que fue directa al grano—. Mejor vete, si no quieres dormir en el cuartel. Con lo que llevas en los bolsillos, seguro que alguna pena te cae.

—Caray, qué fuerte vienes. Y yo pensando que te debía una disculpa —dijo el desconocido al tiempo que levantaba las manos en señal de rendición y se ponía de pie—. Os he oído y he pensado que teníais ganas de fiesta.

—¿Fiesta? ¿De qué vas? —inquirió molesta. A la mente le vino la imagen de su cara casi pegada a la de ella. Sintió náuseas—. No sé cómo no llamo a la policía. Eres un…

—¡Hey! Te equivocas conmigo. No aguantas las bromas.

—¿Broma?

—¿Qué pasa, Candela? ¿De qué habla?

—Nada, tuve un encontronazo con tu amiga.

Candela se mordió la lengua. Si decía algo más, tendría que darle explicaciones a Isa, y no quería que nadie se enterara de lo que le pasó.

Él se alejó, pero tras unos pasos se volvió y, atrevido, le guiñó el ojo e hizo que se le revolviera el estómago. Luego desapareció de allí. Al quedarse solas, Isa le preguntó si lo conocía.

—Qué va. Lo vi en la tumba de Loli el día que enterramos a mi tía y quiso ligar conmigo —mintió.

Isa comentó que igual eran amigos.

—Trabaja en el bar de la piscina —dijo Isabel—. Tiene mucha labia, pero no es trigo limpio. Trapichea con drogas. Me ha parecido que te incomodaba.

—No esperaba que alguien se me acercara tanto. ¿Nos vamos?

No quería seguir mintiendo, su amiga no era tonta.

Se largaron a toda prisa. Su cabeza iba a mil. Necesitaba hablar, desahogarse, pero Isa no era la interlocutora adecuada.

Fran llegó al cortijo. Le encantaba estar en aquella casa, de modo que prefería pasar allí la noche y regresar a Málaga por la mañana. Al entrar en el salón, dejó la carpeta sobre la mesita de centro que había delante del sofá. Luego se fue al dormitorio y se puso un pantalón corto de deporte. No tenía ganas de leer las notas de los expedientes. Su mente viajaba a la escena con Candela, en casa de su madre, pero quería revisarlas porque intuía que allí encontraría algo de lo que tirar. Se acomodó en el sofá, quitó las gomas de la carpeta y extrajo los documentos. Los ojos se le fueron al del accidente de Loli, le extrañaba que su padre tuviera copias de los informes, el atestado correspondía a los guardias del pueblo vecino. Movido por la curiosidad más que porque allí pudiera encontrar algo sobre los Escalante, lo abrió. Después de aquello Candela había cambiado y su relación se fue a la mierda. Le intrigó saber qué había pasado desde el punto de vista de las diligencias que se habían llevado a cabo aquella noche.

Empezó a leer con desgana, pero de repente se tensó. Una punzada

le atravesó el pecho y escupió una exclamación:

—¡Joder!

No esperaba encontrar aquello. Tras la descripción de cómo se había producido el accidente, su padre había anotado otro suceso. No daba nombres, pero él supo al instante de quién hablaba.

> La investigación confirma que la occisa había manipulado a una amiga con el fin de drogarla para después permitir que se abusara de ella y abandonarla en el lugar. La joven C. M. E., tras una revisión médica, presenta pequeñas cantidades de Rohypnol en sangre, pero no hay signos de abuso. Tiene lagunas de memoria debido a la ingesta de la droga. Ella misma explica lo que recuerda…

El papel se le cayó de las manos. Necesitó levantarse del sofá. Dio varias vueltas por el salón respirando profundamente a la vez que maldecía al aire. De repente, muchas imágenes le vinieron a la cabeza y se colocaron en serie. Un montón de dudas cobraron sentido.

El espacio comenzó a agobiarle y salió al jardín. Notó lágrimas en la cara y se las retiró a manotazos. Miró la piscina iluminada por pequeñas luces sumergidas a pocos centímetros del borde. Sin pensarlo, se dirigió hacia allí y se zambulló. Cruzó media piscina buceando. Luego, con el corazón aún acelerado, empezó a nadar a crol dando patadas cargadas de furia y la cruzó varias veces, como cuando competía. Solo que esa vez no había rival al que ganar, era una carrera contra sí mismo. Al detenerse, pegó la espalda contra el borde y respiró hondo. Estaba agotado.

Candela jamás le había dicho nada, y le rompió el corazón pensar que no confiaba tanto en él.

«¡Joder! No era cualquier secreto». Aquella agresión había marcado la vida de Candela, pero también la suya, y no lo había tenido en cuenta. Intuyó que era la causa por la que lo había dejado, el motivo que hizo que se marchara, como quien tiene que poner distancia con un hecho y con las personas de su alrededor para sobrevivir… Pero ¿por qué su silencio? Él la habría apoyado. La habría ayudado a sobreponerse, lo habrían superado juntos.

Se sintió doblemente traicionado. Primero brotó la herida narcisista que solo lo dejaba pensar en él, en su dolor y en su rabia porque lo

dejara y se marchara. Luego, su mente analítica y de criminólogo lo sacó de aquella idea egoísta y lo llevó a plantearse el dolor y la angustia, la culpa y la vergüenza que Candela debió de sentir.

Salió de la piscina con el corazón roto, pero queriéndola aún más que antes de enterarse de aquella tragedia. Imaginó mil maneras de ayudarla, de hacer que se abriera y sacara su dolor. Pero, si no lo había hecho ya, la Golondrina no lo haría. Eso le indicó lo avergonzada que debía de sentirse. Las víctimas de una agresión a menudo tenían que luchar no solo con el fantasma de lo sucedido, sino también con la culpa que les provocaba el suceso. Se avergonzaban de lo vivido. Como si hubieran podido hacer algo para evitarlo o, peor aún, como si fuesen responsables.

Entró en casa y se dirigió al baño de su dormitorio. Cogió una toalla, se secó el cabello empapado y, mientras se estaba quitando el pantalón deportivo, se dio cuenta de que el timbre de la casa estaba sonando con insistencia. Se volvió a poner el pantalón mojado y le pasó la toalla por encima para retirar algo de agua. Con ella en la mano, fue a ver quién era.

Tras la puerta apareció quien menos esperaba. No fue capaz de decir nada, se quedó petrificado.

Candela no supo qué decir cuando se abrió el portón y Fran apareció en el umbral. Había seguido un impulso y, en cuanto lo tuvo delante, pensó que quizá no había sido buena idea. Él la miraba incrédulo, como si no pudiera creer lo que veía, pero ella tampoco podía dejar de observarlo. Sus ojos se fueron hacia el pecho izquierdo de Fran, donde llevaba tatuada una golondrina rodeada por pequeñas estrellas que, bien lo sabía, formaban una constelación: Casiopea.

A su mente acudieron miles de momentos en los que aquel pecho, duro y atlético, había estado pegado al suyo. Entonces no iba tatuado. Ella llevaba uno similar, pero él no lo sabía. Algunas casualidades daban que pensar por su significado.

—¡Candela! —exclamó él al fin, y la sacó del embobamiento en el que había entrado al verlo medio desnudo—. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Isa? —Fran asomó medio cuerpo por el umbral para echar un vistazo a la entrada. No muy lejos vio una vespa aparcada,

pero ni rastro del coche de su hermana.

Para llegar hasta la puerta, Candela había tenido que cruzar una verja anclada a dos muros de cemento que, por suerte, estaba entreabierta. Siguió un camino arbolado con álamos a cada lado. Al final de la alameda se abría una explanada donde encontró la casa. Tras ella, se veía un pequeño olivar.

Aparcó la moto cerca de la entrada. Se notaba la reforma en todo el cortijo, aunque algunas zonas parecían que aún no estaban terminadas. Fran había adornado la entrada con una cubierta de tejas azules de la que colgaba un candil con una bombilla. Cuando se encendió, el corazón de Candela se puso a palpitar como si acabara de correr un maratón. En uno de los laterales, una buganvilla morada había trepado y tapado parte de la cubierta y de la pared blanca.

—Se ha ido a casa y yo…—respondió dubitativa, pero añadió—: Tenía curiosidad por saber si habías encontrado algo.

—¡Ah! Es eso.

¿Es que no pensaba invitarla a pasar?

—Esto…, disculpa si te he molestado.

—No, no, para nada.

—Estás haciendo un charco en el suelo —lo avisó—. ¿Te importa si hablamos dentro?

Fran salió de su ensoñación. Verla en la puerta lo había noqueado. Le dijo que había estado nadando al darse cuenta de hacia dónde dirigía ella la vista. Sí, se había formado un pequeño charco alrededor de sus pies descalzos.

También la pilló cuando se quedó mirando el tatuaje. De nuevo, sus ojos volvían a descansar sobre él. Se llevó una mano al pecho y dijo, como si tuviera que justificarse:

—Me lo hice cuando te marchaste.

—Ya.

Ella podría haber dicho lo mismo de cuando se hizo el suyo, pero ni siquiera lo mencionó.

Fran se echó a un lado para dejarla pasar. Luego, al cerrar, la adelantó para acompañarla al interior. Como buen anfitrión, la invitó a tomar algo. Ella le pidió agua fría, y él, con la confianza de haber

sido amigos en otra vida, le indicó dónde estaba la cocina y le sugirió que se sirviera mientras él se cambiaba. Ella respondió un «Vale» que lo hizo sonreír.

Regresó a los pocos minutos. Se había puesto otros pantalones cortos y una camiseta. Ella no estaba en el salón, así que aprovechó para recoger del suelo el papel que se le había caído de las manos y lo metió junto a los otros en la carpeta marrón. Al darse la vuelta se dio cuenta de que Candela lo observaba, no la había escuchado entrar. No le pasó desapercibida su mirada hacia los dosieres.

Candela intuyó qué eran aquellos papeles. No deseaba alterarse, y tuvo que serenar su corazón. Entendía que él estaba obligado por juramento a no hablar de las investigaciones que llevaba a cabo, aunque aquello no le impidió preguntarle:

—¿Los has leído? —Quiso mostrarse segura, pero por dentro temía la respuesta. Paco podía haber incluido notas de lo que le había sucedido a ella, pero por la expresión que él puso dedujo que no. Le habría preguntado nada más verla.

—Estaba en ello.

Candela templó sus nervios y disimuló.

—Menuda biblioteca tienes ahí. ¿Has comprado todos esos libros de saldo? —bromeó. Al salir de la cocina, había entrado en la habitación de delante y descubrió una estantería repleta de libros que recorría toda una pared. Como buen adicto a las novelas policiacas, no faltaban la colección del famoso detective creado por sir Arthur Conan Doyle, Sherlock Holmes, y la de Agatha Christie con su Hércules Poirot. Le encantó aquella imagen, y por un momento recordó sus conversaciones tras ver alguna película inspirada en esos personajes literarios. Entre los volúmenes había objetos decorativos, supuso que de los viajes que él habría hecho. También un retrato: Fran con su padre.

—No, los he leído todos. ¿Ya no lees?

—Sí, aunque parece que no tanto como tú.

Fran no tenía ganas, ni eran horas, para jugar al gato y al ratón, así que le preguntó en tono inquisidor:

—Candela, ¿a qué has venido?

Ella dudó, pero si no había ido a hablar con él, no sabía qué hacía allí. Sin embargo, ya no estaba tan segura de ser capaz de decirle nada. Sin darle muchas vueltas, soltó lo primero que se le ocurrió:

—Ha pasado algo raro y quería contártelo.

—¿Te ha ocurrido algo? —preguntó nervioso.

—No, no… —Candela se sentó en el sofá y le pidió que él también lo hiciera. Fran se puso a su lado—. Verás, no sé cómo decirte esto, así que no me interrumpas, ¿vale?

Fran asintió e intuyó lo que iba a confesarle, pero dejó que hablara. Candela necesitaba exorcizar sus demonios, pero él también. Por fin llegaba la conversación que tenían pendiente, aunque jamás imaginó el dolor que había en ella.

La muchacha no sabía por dónde empezar, así que, tras anunciarle que lo que iba a decirle tenía que ver con el día del accidente de Loli, comenzó por el principio. Él la miraba con interés y parecía haber enmudecido, porque no la interrumpió en ningún momento.

Relató la historia de una forma lineal, sin obviar los detalles que recordaba del encuentro, las conversaciones, incluso los reproches que le había hecho su amiga. Cuando se acercó al momento que ya no estaba tan claro en su mente, necesitó levantarse del sofá. No era capaz de mirarlo a la cara y puso distancia, pero fue todo lo sincera que pudo teniendo en cuenta las lagunas de aquella noche. No se calló nada, a pesar de la mirada tensa y de rabia contenida que percibía en Fran. Cuando le habló del pacto que había hecho con Paco, su padre, sobre no decirle nada a él ni a su familia, el sargento se sorprendió, pero tampoco intervino, ni siquiera al mencionar a Julia, su única confidente.

Lo vio removerse en el sofá, pero, por mucho que sus ojos le decían que deseaba gritar, la dejó hablar y respetó sus silencios. Le ofreció todo el tiempo que necesitó para confesarse. No se dio cuenta, pero lloraba mientras, con voz entrecortada, le revelaba que le hicieron una revisión médica y encontraron trazas de Rohypnol en su sangre. Aunque le confirmaron que no habían abusado de ella, sentía la agresión en su interior, y lo peor era pensar que quizá la había consentido.

Quería ser honesta, tenía que contarlo todo, pero era muy difícil. Se invistió de coraje y susurró:

—Me da vergüenza decirlo, procuro ocultármelo hasta a mí misma, pero alguien… Alguien me había quitado la blusa, iba en sujetador y tenía la falda arrebujada en la cintura. Mis bragas estaban medio rotas —dijo, y tuvo que tragar saliva—. No sabía qué había pasado. Creo que me hizo fotos. Quiso humillarme. Dijo que todos se enterarían de quién era la Golondrina.

Fran deseó en mil momentos levantarse y abrazarla, decirle que lo sentía en el alma. Su corazón se hacía pedazos con cada palabra. No era lo mismo leerlo en un papel, redactado de manera formal y abreviada, que la versión extendida y en primera persona. Incluso se sintió culpable por no haberla protegido. Él conocía los celos de Loli, y en aquel instante se creyó responsable al recordar la amenaza que ella le hizo la última vez que la rechazó: «Te arrepentirás».

No pudo más y necesitó decir lo que sentía.

—Yo no la habría creído.

—Los demás sí, tenía fotos.

—Es terrible lo que te pasó. ¿Por qué no confiaste en mí? Si lo hubiera sabido, yo… yo te habría apoyado.

—No era capaz de enfrentarme a aquella noche.

—Pero te habría ayudado a superarlo, lo hubiéramos superado juntos.

—Sí, puede ser, pero en ese momento no era capaz de pensar en nada. Siento no haberte tenido en cuenta, pero estaba destrozada.

Candela notó que las lágrimas corrían por sus mejillas y no pudo seguir soportando su mirada. Se volvió y le dio la espalda. Se tapó la boca para ahogar un sollozo que le salía de lo más profundo de su ser, pero no pudo amortiguarlo.

Fran no aguantó seguir alejado de ella, necesitaba abrazarla por el dolor que ella tenía en su corazón y por el esfuerzo que había hecho al relatar aquella tragedia lo más serena y sincera que había podido.

Candela sintió a Fran acercarse con cautela. De pronto, la atrajo a sus brazos y la rodeó por la espalda. La besó en la cabeza, y aquello abrió las compuertas para que la congoja la desbordara y llorara sin

reprimirse.

—Soy lo peor, lo sé. Te engañé, te mentí. No fui capaz de decirte la verdad. —Candela se volvió entonces para mirarlo a la cara—. Lo siento. No es que no confiara en ti. Me marché porque no podía soportar la vergüenza y lo que te había hecho.

—No me hiciste nada —señaló con ternura—. Estuve durante tanto tiempo enfadado contigo que ahora me siento ruin por no haberte comprendido. Mi padre jamás me dijo nada.

Fran se planteó decirle que había leído las notas de su padre, pero por un instante pensó que era mejor callárselo. Ella se había abierto al fin. Había necesitado siete años y una distancia de mil kilómetros para encontrar el coraje necesario y contarle lo que le había pasado.

La acompañó al sofá y ella se sentó. Vio que de reojo miraba hacia las carpetas marrones que él había dejado sobre el mueble.

—Fue leal contigo. Siempre me decía que te diera tiempo. Pero esta noche, al leer los papeles de esos expedientes viejos, me he enterado de lo que te pasó. Hizo una anotación en la parte de atrás del informe del accidente.

Ella lo miró y una lágrima solitaria volvió a escapársele. Él se la enjugó con ternura.

—Si no hubieras venido a contarme esto, jamás te lo habría dicho. Loli nos traicionó a los dos. Pretendía que te dejara por ella. La rechacé muchas veces, y la última vez me dijo que me arrepentiría. Supongo que esperaba disfrutar con su venganza. No esperaba morir esa noche por un accidente.

Candela apoyó los codos en las rodillas y se llevó las manos a la frente. En el fondo de su alma sentía una liberación que jamás creyó posible. La psicóloga a la que acudió después del suceso le dijo muchas veces que pasar por la palabra el dolor no haría que aquello desapareciera, pero se elaboraba el duelo y el daño era cada vez más pequeño. Hasta ese instante no había podido concluir el duelo. La última fase, la aceptación, estaba incompleta.

Se sintió tremendamente cansada.

—No quiero que te ofendas, pero… —dijo Fran, y aquel «pero» la inquietó—. ¿Por qué hoy, por qué has venido esta noche a contarme

todo esto? Has dicho que te había pasado algo raro.

—Estaba con Isa en la terraza del bar de la plaza y se nos ha acercado un chico a ofrecernos droga, marihuana. Era el chico de aquella noche —aseguró Candela, y le explicó la escena vivida—. Lo vi en el cementerio el día que enterramos a mi tía, pero en ese momento no lo reconocí.

Candela se frotó la sien y le pidió un paracetamol. Él le dijo que iba a prepararle también una infusión. Ella sonrió al escucharlo.

—No sabía que tenías hierbas, siempre te ha gustado el café expreso.

—Y me gusta, tengo una cafetera que hasta lo muele antes de hacerlo —señaló él, y añadió—: Alguien las dejaría.

Candela lo vio salir del salón y apoyó la cabeza en uno de los cojines del sofá. Supuso que aquel «alguien» era una forma de referirse a una mujer, y pensó en aquella Valeria que Isa había nombrado.

Fran fue al baño y cogió una caja de Gelocatil del botiquín. Luego fue a la cocina a preparar la infusión. Mientras se calentaba el agua en el microondas, no dejaba de pensar en lo que Candela le había contado. Se lo comían mil demonios, pero por ella había aparentado calma. Al decirle que había visto en la plaza a aquel tipo, le entraron ganas de ir a buscarlo y usarlo como saco de boxeo.

Antes de que sonara la campanita que indicaba que el agua estaba caliente, fue a su habitación. Allí había dejado el móvil. Miró la hora, eran más de la una de la madrugada, pero le envió un mensaje a Robles. Ella lo vería por la mañana. Le decía que le había surgido algo y que regresaría a Málaga más tarde.

Volvió a la cocina, metió la bolsita en la taza caliente, cogió el paracetamol y salió hacia el salón. La encontró dormida. Por un instante se quedó embobado mirándola, con la taza en una mano y la pastilla en la otra. Luego lo dejó todo sobre la mesa baja y tiró de una pieza del sofá para agrandar la base. Sin pensarlo mucho, se quitó la camiseta y a ella los zapatos, apagó las luces, se sentó a su lado y la acomodó en su pecho.

19

Candela abrió los ojos. Al principio no supo dónde estaba. Se incorporó sobresaltada al notar a alguien a su espalda. Al volver la cabeza vio a Fran con el brazo extendido, y todo lo que había dicho la noche anterior le vino a la mente. «Debí de quedarme dormida», pensó. Sobre la mesa baja estaban la infusión y el paracetamol que le había pedido. Él seguía durmiendo. En algún momento se había quitado la camiseta y tenía el pecho desnudo. Durante unos segundos se dedicó a observarlo. Quiso tocar el tatuaje y el contorno de su cara. Tenía barba de varios días y le gustó cómo le quedaba. Lo hacía más interesante todavía. Se sintió descubierta mirándolo cuando él se despertó y la contempló con una mueca divertida. Trató de disimular y se puso en pie de un salto.

—No debiste dejar que me durmiera —le censuró.

—Buenos días —respondió Fran mientras seguía sentado en el sofá y movía el brazo. Lo tenía entumecido, pero por nada del mundo la habría despertado, con lo a gusto que estaba con ella acurrucada contra su cuerpo. Él la había acomodado para quedarse los dos tumbados. Había tratado de aguantar despierto, pues no podía dejar de mirarla, pero al final cayó. Aunque se había despertado varias veces de madrugada, no se atrevía a moverse. La veía dormir plácidamente y disfrutó de aquella cercanía, sin tener prisa de que llegase el amanecer y todo se quedara en un sueño—. ¿Un café?

Candela asintió. Nunca le había pasado, pero se sentía cohibida, como si hubiera despertado junto a un desconocido. Sin embargo, Fran lo normalizó, ni siquiera comentó que habían dormido juntos. Parecía ser lo más normal del mundo.

Salió del salón y ella aprovechó para mirar el móvil. Tenía un mensaje reciente de su madre; le preguntaba si seguía con Fran. La noche anterior, cuando había recogido la moto, le había dicho que iba

a su casa para hablar con él. Respondió con un mensaje en el que le decía que sí, que habían hablado y que regresaría a casa en un rato.

Siguió el ruido de Fran trasteando en la cocina. En el pasillo, vio un espejo enorme en una pared. Al mirar su reflejo, se dio cuenta de que tenía la blusa arrugada. Trató de alisarla en vano. Llevaba una falda tejana que no había sufrido los daños por dormir vestida, pero la blusa daba pena. Decidió olvidarse de ella.

—Solo tengo madalenas, ¿quieres? —preguntó Fran cuando ella entró en la cocina. Era grande y espaciosa. La noche anterior cuando la vio ya le pareció preciosa. En un rincón, bajo una ventana que daba a la parte trasera de la casa, había una mesa redonda. Allí había colocado Fran los dulces y la invitó a sentarse—. ¿Azúcar o sacarina?

—Azúcar.

—¿Dos cucharadas, como siempre?

—Sí, por favor.

Candela sonrió y cogió una madalena. Él le pasó su taza y se quedó de pie, apoyado en los muebles bajos, mientras daba un sorbo a su café. Ella hizo lo mismo, mojó la pasta y mordió un trozo.

—Está bueno —apreció ella.

—Está muy bueno.

Candela le ofreció la bolsa de madalenas, pero él dijo que solía tomar el café solo.

—¿Y por qué las tienes?

—Nunca se sabe quién aparecerá —bromeó. Ella le dedicó una sonrisa sarcástica. No supo por qué, pero Fran quiso aclarar sus palabras—: A veces mi madre e Isa vienen a dar una vuelta a la casa o a bañarse en la piscina.

Era una situación tan normal que Fran se estremeció por las veces que había soñado con compartir algo así. Pero no podía engañarse: ella se había sincerado y, con toda probabilidad, habría empezado a cerrar la herida, aunque no sabía si algún día cicatrizaría. Había asistido a mujeres a las que habían drogado para abusar de ellas, era consciente de la incertidumbre que había en sus mentes y del miedo en sus corazones. Algunas llegaban a superarlo. Al menos, pasaban página como podían, cada una a su manera, y conseguían rehacer su

vida. Otras, sin embargo, no lograban distanciarse del suceso y vivían ancladas a aquella experiencia sin poder pasar el duelo ni superarlo. Poco había pensado en sus parejas, en sus familias; en cómo ellos habrían sanado aquella herida y si lograban curarse. Ahora él había experimentado la amargura, la frustración y el dolor lacerante de saber lo que le había ocurrido a alguien a quien amaba, e intuyó que era lo que debían de sentir los familiares de las víctimas. La impotencia era como una daga afilada clavada en el pecho. Pero ¿él no podía hacer nada? Dejó aquella pregunta en el aire.

Contempló a Candela mientras daba sorbos a su café. «¿Y ahora qué?», se preguntó. La expectativa de un «nosotros» era muy remota. Tenía que abrir los ojos y dejar de pensar en esa posibilidad. Ya no eran los jóvenes de tiempo atrás. Eran pasado. No había peor error que seguir desde el punto en que todo se rompió. Cada uno tenía su vida y no sabía nada de la de ella.

En cuanto a él, tenía varias vías que contemplar: regresar a Madrid, entrar en la UCO y asumir el puesto solicitado hacía tiempo. Pero eso significaba trabajar con Valeria, y sería difícil. Ya había quedado claro que no querían lo mismo. Sus proyectos de vida eran muy distintos, o quizá él no se avino al que ella le propuso. Su corazón estaba ocupado, le dijo ella una vez, y aquel era el mayor obstáculo para empezar cualquier cosa. La otra opción no la había contemplado hasta hacía bien poco, y era la que más le apetecía: quedarse como estaba y, en unos años, dejar el cuerpo y dedicarse a sus olivos, a viajar y a vivir la vida. Tenía un buen colchón que le permitiría mantenerse.

Pero de todo eso ya se ocuparía más adelante.

Durante la noche, otras ideas habían llenado su mente. Seguía en plena investigación por el caso de Julia. Estaban en una encrucijada, pero podía sorprenderles cualquier pista. Tenía que seguir su labor y ser el profesional que creía que era, aunque no podía obviar lo que Candela le había contado. Ya lo había decidido antes de que se levantaran: le dedicaría unas horas aquella mañana y, si no conseguía lo que se había propuesto —dar con el tipo del bar y pedirle cuentas —, hablaría con su primo, el cabo Moreno, para que interviniera. Por eso iba a ir al cuartel a hacer algunas averiguaciones y, como no sabía

si podría controlarse y no darle una paliza a semejante individuo, le pediría a Paco que lo acompañara a buscarlo. Por mucho que le doliera, era mejor hacer las cosas bien, que para eso estaban los protocolos y las órdenes. Eso sí, no le iba a importar perder los galones o las credenciales si el tipo le vacilaba. Si era cierto que vendía droga o si lo pillaba con mercancía encima, se le iba a caer el pelo. Quizá no podría imputarlo por los abusos, había pasado mucho tiempo y era difícil demostrarlo, pero como se llamaba Francisco Garrido que aquel sujeto no se iría de rositas.

—¿No tenías que llegar temprano a Málaga? —preguntó Candela sacándolo de sus pensamientos.

—Sí, me iré en un rato. ¿Qué planes tienes?

Fran no pensaba quedarse al margen después de lo que le había contado, pero tampoco quiso preocuparla, así que no le comentó lo que se proponía.

—¿Planes? No sé, supongo que me quedaré con mi madre y el abuelo. Piensan irse unos días a Benalmádena. Yo iré después de la boda.

—¿Y cuándo te vas? A Barcelona, digo.

—No sé. Tengo que estar allí a principios de septiembre.

—También podrías quedarte.

Candela lo miró sin saber qué decir. Lo había pensado y se lo podría haber confesado… Era la idea que más la rondaba, pero no estaba segura de nada, y menos en aquel instante, con él allí, sin camiseta y con aquellas pintas de recién levantado. Durante un segundo se miraron fijamente. Candela no quería interpretar lo que quizá quería decir, pero ni ella podía dejar de observarlo ni él le quitaba los ojos de encima. El sonido lejano de un mensaje que entraba en el móvil de Fran los sacó del ensimismamiento. Candela decidió que era el momento de marcharse a casa. Se levantó de la mesa y él se le acercó.

—¿Ya te vas?

—Sí —respondió nerviosa—. Tienes trabajo, y yo debo regresar a Las Golondrinas.

Salió hacia el salón, donde había dejado el bolso, y él la siguió. Se creó un momento raro cuando ambos se toparon con el sofá que

habían compartido y se miraron sin decir nada. Él sonrió pícaro y ella se escabulló, temerosa de lanzarse a sus brazos y hacer el ridículo.

Fran ansiaba cogerla, pegarla a su cuerpo y darle el beso que estaba deseando. Un beso que moviera los cimientos de la casa y los dejara exhaustos. Uno con el que recuperase todos los que no se habían dado. Un beso que terminara de sanarlos por dentro y fuera la promesa de otros besos: suaves, tiernos, dulces, fogosos, salvajes y apasionados.

Pero no lo hizo.

No quería confundir las señales.

La acompañó a la puerta.

—Adiós —dijo ella casi en un susurro. Él le cogió una mano y se la llevó a los labios. Le dio un besito que la hizo estremecer.

—Gracias por venir y contarme lo que ocurrió.

—Te lo debía.

Candela cruzó el umbral y se dirigió hacia la vespa que había sido de Julia. Por instinto, miró al cielo y se dijo: «Ya lo he hecho, tía. Ahora sí que lo he perdido para siempre». Fran seguía en la puerta. Lo vio de reojo bajo el tejadillo; parecía observarla, muy pendiente de ella. Deseó volverse y decirle algo, hacer algún chascarrillo sobre la buganvilla que adornaba la entrada, pero nada le vino a la mente. Solo pensaba en que había un antes y un después en la historia que tenían, y aquel instante marcaba lo que serían a partir de entonces. Amigos. Quizá por eso tenían que dejar las cosas como estaban. Cada uno seguiría su camino. Ya estaba todo dicho.

Fran la miró mientras caminaba despacio hacia la moto. El casco colgaba del manillar. Antes de que se lo pusiera, la llamó:

—Candela…

Ella lo miró con una mueca de expectación.

—Ten cuidado.

Fran esperó a que ella desapareciera por el camino de árboles y entró con prisa en la casa. Quería saber de quién era el mensaje que le había llegado al móvil. Fue a su habitación, donde estaba el teléfono, y miró la pantalla. Paula respondía a su SMS de la noche anterior. Le decía que no había problema, ella estaba liada con otros temas.

Luego llamó a su primo. Por suerte, estaba de servicio en el cuartel,

así que Fran le avisó de que pasaría por allí en un rato. Necesitaba su ayuda y Moreno se mostró solícito.

Fran se dio cuenta de que, con la visita de Candela, no había repasado el expediente de Juan. Se dio una ducha y, después de vestirse, lo estuvo revisando mientras se tomaba un segundo café. No sacó nada en claro, solo que su padre dudaba de que fuera un suicidio. Se preguntó por qué. Quizá la clave estaba en el alcohol que había ingerido junto con las benzodiazepinas. El hecho de que se las hubiera tomado antes de atarse la soga al cuello podía deberse a que había necesitado templar los nervios con tranquilizantes para hacerlo. ¿Y si las dudas de su padre eran por las heridas? Parecían recientes, pero no mortales, como si se hubiera peleado con alguien, pero ¿con quién? Supuso que se las habían hecho la noche de la partida de cartas; con seguridad, los rivales se habrían retado. Esperaba encontrar la explicación en los papeles que acompañaban el informe forense.

Trató de imaginar a Juan segundos antes de colgarse. Seguro que necesitó sangre fría o la calma de los tranquilizantes para lo que iba a hacer: ajustar la cuerda y pasarla por la viga. Fran pensó que las personas que se quitan la vida necesitan valor y coraje, aunque la desesperación es un buen aliciente. Pero, por lo que le había dicho Manuel, había hablado con su hermano y no lo había visto tan mal como para tomar aquella drástica medida. Revisó de nuevo el informe de la autopsia. El forense al cargo no había detallado sus impresiones. Le parecía que, *a priori*, ya tenía el motivo de la muerte, y no había indagado más. Sin embargo, había listado lo que Juan llevaba en los bolsillos: marcos alemanes y un billete de avión hacia Múnich. ¿Quién se suicidaba si tenía planeado un viaje al extranjero? Se hizo una nota mental para volver a hablar con Manuel. Quizá él pudiera aclararle aquello.

Al mirar el reloj de muñeca, se dio cuenta de que se le estaba haciendo tarde. Guardó los expedientes en la carpeta de gomas, fregó las dos tazas de café y salió del cortijo hacia el cuartel en busca de Moreno.

Su primo lo recibió entusiasmado, le gustaba trabajar con él. Fran no quiso dar cuenta de todo lo que le había contado Candela la noche anterior, pero sí le comentó que buscaba a un joven que había ofrecido droga a Isa y a su amiga en la terraza de la plaza.

Moreno le dijo que suponía de quién se trataba: Félix, empleado en el bar de la piscina. Conocía a la familia, trabajadora y gente honrada, pero el hijo era la oveja negra. Lo habían detenido alguna vez por posesión y venta de marihuana sin muchas consecuencias. Nunca le habían pillado grandes cantidades, y él siempre alegaba que era para consumo propio.

—Podemos buscarlo en el SIGO —propuso Moreno—. Allí estarán sus antecedentes, desde la más mínima multa hasta el último incidente en el que se haya visto implicado.

Paco tenía razón. Fran sonrió para sus adentros al captar las dotes de agente de su primo. En menos tiempo del esperado, averiguó lo que necesitaba saber del maldito Félix. Cuando iban a salir del cuartel en su busca, Moreno le dijo que él iría en el patrulla y él accedió. Solo pretendía hablar con el camello, pero no sabía si la cosa se torcería y tendrían que detenerlo.

Candela ayudó a su madre con el equipaje. El abuelo y ella se marchaban a Benalmádena. Sebastián y su familia ya estaban allí. Pretendían quedarse dos semanas, pero María afirmaba que, si el abuelo aguantaba diez días, sería demasiado.

—Vendrás después de la boda, ¿no? —preguntó María—. A lo mejor Fran puede acompañarte.

—Mamá, te lo voy a repetir: solo somos amigos. —Remarcó aquellas palabras haciendo unas comillas en el aire—. No ha pasado nada entre nosotros.

Claro, si no contaba el beso que se dieron hacía ya una eternidad o que habían pasado la noche juntos y que, al despertarse, notó que él la tenía entre sus brazos. Pero eso había preferido no comentarlo. No quería que su madre creyese lo que no era.

Al volver a casa, su madre le preguntó si habían arreglado las cosas.

Ella le dijo que no, que no había ido a verlo para eso. Con tristeza, le contó que solo habían hablado.

—Se lo he explicado todo.

María entendió lo que significaban aquellas palabras y la abrazó con fuerza.

—Me quedé tan agotada después de soltarlo que me quedé dormida en el sofá.

Su madre no se rindió, e insistió con un dicho popular: «Donde hubo fuego, cenizas quedan». Ella se rio y la dejó por imposible.

María había intentado decirle —primero desde el humor, pero luego desde el saber que da la experiencia— que debía encauzar su vida. Quiso mostrarle que el sacrificio que hacía al mantenerse tan lejos de todos no la beneficiaba. Había llegado el momento de volver a Las Golondrinas. Allí tenía su hogar. El pasado era eso, pasado; no se podía cambiar, debía asumirlo, aceptar unas cosas y resignarse con otras, construir un futuro a partir de lo vivido. Un futuro cincelado desde la motivación y el deseo, no desde el temor, la culpa o la vergüenza. Aquel estilo de vida que la había alejado no solo de Fran, sino de su hogar, no le iba a servir de mucho. Era mejor estar juntos para afrontar lo que tuviera que venir.

Candela no quiso entrar en debate. No era su relación la que se había roto, sino ella. No había sabido qué hacer con los pedazos de su vida y necesitó tiempo y espacio para recomponerse. Si hubiera hablado antes con Fran, tal vez las cosas hubieran sido diferentes, pero no supo hacerlo mejor.

—Allí duele menos ser consciente de lo que he perdido —murmuró sentada en la cama de su madre—. Me atormenta en el alma que la tía Julia no esté, pero me refiero a Fran. Loli ganó. Él no sería para ella, pero para mí tampoco.

—Tienes que dejar de pensar que has perdido a Fran. Si le quieres, lucha por él. No es sano creer que las cosas se arreglarán por arte de magia o con un chasquido. No lo hacen. Uno tiene que mojarse y perseguir sus sueños.

—Mamá, estás muy filosófica.

—Sí, es cierto. Creo que perder a Julia me ha hecho ver eso de que

«la vida está para vivirla». Así que he hablado con el abuelo y le he dicho que Juanma se viene con nosotros a Benalmádena.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que así seremos más para jugar a las cartas.

Las dos se rieron. Definitivamente, el abuelo se había adaptado a los nuevos tiempos. Luego, como si aquella conversación la hubiese animado a hacer algo de lo que no estaba muy segura, Candela le dijo a su madre que iba a salir. Pensaba coger el toro por los cuernos.

Se cambió de ropa, se puso el vestido de cenefas y unas sandalias, y se fue hasta la piscina del pueblo en moto.

Tenía una espina clavada. Desde que Isa le había dicho que aquel camello del tres al cuarto trabajaba en el bar, no se le iba de la cabeza que debía hablar con él. Necesitaba respuestas, y él se las iba a dar.

Al llegar, vio a un hombre de mediana edad detrás de la barra. Se dirigió a él y le preguntó por el joven que buscaba.

—Caray con el zagal, sí que está solicitado hoy —soltó el hombre, y con la cabeza le señaló una mesa donde conversaba con alguien.

Candela necesitó quitarse las gafas de sol para asegurarse de que estaba hablando con Fran. ¿Qué hacía él allí? Volvió a colocárselas y se dirigió a la mesa, pero alguien la cogió del codo y la detuvo.

—Espera, Candela, dale un momento. —Vio que era Paco, el primo de Fran. Iba de uniforme, y tiró de ella para apartarla del campo de visión de los ocupantes de la mesa a la que pretendía ir. Le aterrorizó pensar que Fran le hubiera contado lo que aquel canalla le había hecho, compinchado con Loli.

—¿Qué está pasando?

—Nada, Fran quería hablar con ese chico a solas.

—¿De qué? —quiso saber.

—Es un camello de poca monta —afirmó el cabo Moreno—. Ya me ha dicho que intentó venderos maría a Isa y a ti. Se equivocó de clientes. Si le saca para quién trabaja, será un éxito.

Candela dudó un momento. Sin hacer caso a Paco, se zafó de su agarre, salió de su escondite y se presentó ante Fran y el amigo de

Loli. Este, al verla, le dijo exaltado a Fran:

—¡Ella puede decírtelo, no pasó nada!

Candela se dio cuenta de que Fran estaba en modo sargento en cuanto sus miradas se cruzaron. Lo supo por su lenguaje corporal: serio y en aparente calma, pero atento a todos los detalles.

Fran la vio en cuanto entró en el recinto. Desde su posición, podía observar todos los rincones del local. Era una costumbre y una estrategia de seguridad. Así reconocía el perímetro en todo momento y evitaba sorpresas por la espalda.

—¿Se puede saber qué está pasando? —preguntó Candela indignada.

Le importaba una mierda la tensión que desprendía Fran; por mucho que la disimulara, ella la advertía. Al principio le molestó que él se inmiscuyera en sus cosas. Era ella la que debería estar ahí haciendo las preguntas. Luego entendió que el sargento no iba a quedarse sin hacer nada; le podía la profesión, así que intentó relajarse. Quizá con él, sacaría algo en claro.

—Estoy hablando con este caballero.

Fran la invitó a sentarse. Ya que lo había descubierto, mejor ir de cara.

—Eso ya lo veo. ¿Piensas detenerlo? —inquirió una vez sentada en la silla que había a su lado y retirándose las gafas de sol.

—Lo estoy sopesando. —Fran no la miró a ella, sino a Félix.

Candela vio en la mesa una bolsa con marihuana, unas llaves y algunos billetes.

—Mira, lo siento, lo siento en el alma. —Félix se dirigió a ella—. No sabía que Loli pretendía gastarte una broma.

—¡¿Broma?! —espetó ella con rabia. ¿Por qué repetía que había sido una broma?

—¿Acaso no te acuerdas? —preguntó Félix—. Loli nos presentó. Tomamos unas copas y…

—No hables con ella, habla conmigo —lo cortó Fran, y golpeó la mesa con dos dedos, muy cerca de la bolsa de hierba, como si aquel gesto hiciera referencia a algo que habían estado comentando—. A ella ni la mires, ¿estamos?

—No me jodas, tío. No puedes detenerme por lo que llevo. Ya te he dicho que esta maría es para consumo propio.

—Sí… Ese cuento ya me lo sé.

—Tío, si pierdo este trabajo, estaré bien jodido.

—No me das pena, así que habla. Cuéntame qué pasó aquella noche y por qué decidiste que abusar de una chica era una buena idea.

—¡Eh! Para el carro. Ya te he dicho que yo no abusé de nadie.

—Lo que yo sé es que estabas encima de mí y Loli se reía —soltó Candela con rabia.

—Sí, pero no pasó nada… Yo quería ayudarte.

—¿Llamas «ayudar» a aprovecharte de una chica a la que habíais drogado?

—Sé lo que parece, pero las cosas no ocurrieron así.

Candela siempre había tenido miedo a enfrentarse a la verdad, por mucho que deseara saber qué había ocurrido aquella noche. Llevaba años sin poder desprenderse de algunas imágenes, y venía aquel tipo y decía que ese día quiso ayudarla. No le creyó. Diría lo que fuese para salvar el culo y salir de aquella situación incómoda. Ella no tenía mucha idea, pero por la cantidad de hierba que había en la bolsa lo del consumo propio quedaba descartado.

Él la miró como si no entendiera por qué lo acusaba. Luego inspiró y relató su versión de los hechos.

—Fue Loli la que te echó la pastilla en la cerveza, pero no en el bar. Se jactó de haberlo hecho cuando te convenció para veniros con nosotros.

—Pero apenas la probé, tenía que conducir —replicó ella. No entendía cómo unos sorbos tuvieron aquel efecto.

Fran pensó que aquello la salvó. Por eso se despertó antes, como si hubiera tomado una pequeña dosis. Justificaba sus lagunas. El efecto de aquella droga podía durar entre ocho y doce horas, y la amnesia habría sido mayor.

Candela no quería creerlo, pero en su mente confusa era cierto que no recordaba cómo había llegado a aquel sitio, ni siquiera que hablara con nadie. Félix pareció resignado a la idea de que no tenía más salida que explicarse. Y lo hizo.

Estaba con unos amigos cuando ellas llegaron al bar. No le pareció que fuera mal, pero se dio cuenta de que no le gustaba el sitio, pues se quería largar. Loli le dijo que solo se quedarían un rato.

—La esperábamos para que nos pasara unas pastillas —explicó.

Por lo visto, las sacaba del centro médico donde trabajaba su madre como limpiadora. Mientras ella hacía sus *business*, Candela se sentó y poco a poco se fue quedando dormida. Los colegas se rieron, pero a Loli no pareció importarle. Incluso se fue al lavabo con uno a meterse unas rayas de coca. Cuando regresó, los otros se marcharon y se quedaron los tres.

—Le debía pasta, y Loli me dijo que, si la ayudaba a gastarle una broma a su amiga, o sea a ti —le dedicó una mirada, pero Candela no pudo sostenerla—, la deuda quedaba saldada.

Dijo que al principio él se negó, no quería líos. No era un santo, pero jamás se había aprovechado de una chica. No iba a hacerlo aquella noche, y menos con alguien que no supiera lo que hacía. Además, Loli era bastante mentirosa. Podía olvidarse y exigirle la deuda otro día. Para provocarlo y ofrecérsela, Loli le abrió la camisa a Candela y saltaron los botones. Se la quitó y le arremangó la falda hasta la cintura para enseñarle lo que había debajo.

—Te rompió las bragas. Sé que no es excusa, yo iba medio colocado y no se lo impedí. Hasta te hizo fotos con una cámara digital de esas que estaban de moda —contó Félix avergonzado, mirándola de soslayo. Candela cerró los ojos, furiosa por aquella vejación. Esa duda la había mortificado siempre. Él continuó—: Dijo que me dejaba el regalito, que había quedado con el tío con el que salía y se largaba.

Candela no reconocía a aquella Loli de la que hablaba, le parecía que se trataba de otra persona, una trastornada. Oír que se refería a ella como «regalito» le dio asco. No quería creerlo, pero respondía a algunas de sus lagunas: la blusa y los botones rotos que no pudo abrochar, la amenaza de la publicación de las fotos, las bragas…

Félix siguió con su relato, ajeno a la inquietud que había en la mente de Candela. Él le dio unas palmaditas en la cara para despertarla, trató de taparla para que no la viera la gente que rodeaba el reservado, pero a Loli no pareció hacerle gracia. Le quitó la blusa y

lo empujó, lo que lo hizo caer sobre Candela. Empezó a jalearlo, le apretaba la espalda para que se rozara contra ella y no dejaba que se levantara.

—De pronto pareciste salir del sueño en el que estabas —afirmó, y la miró con gesto de disculpa—. Me apartaste con furia para salir de debajo y huir de allí. Loli parecía haber enloquecido, se reía con tu blusa en la mano mientras la perseguías y decía algo sobre tu novio. En la calle os peleasteis, ella te tiró al suelo y se montó en el coche.

A Candela la explicación le sirvió para completar algunas lagunas, pero pensó que había cosas que podían haber ocurrido tal como contaba, aunque también de otro modo. Miró a Fran con desolación; él debió de comprender lo que pasaba por su mente.

—¿Por qué debemos creerte? —preguntó Fran.

—Porque digo la verdad. Fui yo quien recogió la blusa y se la di para que se la pusiera. No podía abrochársela, pero al menos era algo, así no estaba en sujetador a la vista de todos. Llamé a la policía y me quedé con ella hasta que vinieron. Luego me escabullí de forma discreta, no quería que me asociaran con el accidente. Ser testigo de algo no siempre te ayuda.

—¿Y sabes qué pasó con la cámara?

—Se hizo papilla en el accidente —dijo poco convencido.

—¿Seguro? —interpeló Fran.

—Bueno…, al acercarme al coche vi que Loli tenía mala pinta. La cámara estaba en el asiento del copiloto. La cogí, me había hecho fotos con ella. —Señaló a Candela sin mirarla—. Así que pensé que era mejor no dejar pruebas, por si acaso. Le quité la tarjeta, la partí y la tiré.

Candela fue consciente de la amnesia que le había provocado el Rohypnol sobre lo sucedido aquella noche. Había olvidado por completo la presencia de Félix en la carretera, junto al coche.

Fran había interrogado a muchos sospechosos y conocía todos los trucos que solían utilizar para aparentar inocencia. La gente mentía con descaro para salir impune de lo que fuera que se le acusara, pero Félix no aparentaba, no trataba de quedar bien, incluso en algunos momentos parecía avergonzado. Sin duda, era cierto todo lo que

decía, y maldijo en su interior a Loli por ser una zorra desalmada. Nunca se conoce del todo a una persona…

Candela cerró los ojos. La imagen de ella tirada en el suelo mientras Loli se subía en su coche y la dejaba allí, antes de que los faros de otro automóvil la deslumbraran, se le aparecía en sueños. Entonces Félix dijo algo que la sobrecogió. Según él, el vehículo que había colisionado con el coche que conducía Loli apareció detrás de la curva. Las luces lo sorprendieron, parecía cobrar velocidad. La colisión era inevitable.

—No consta que apareciera el novio de Loli por allí —aseguró Fran.

—Ella dijo que iría a buscarla. Y tanto como novio no diría que fuera. Él estaba casado, era mayor que ella. Se acostaban y se usaban mutuamente. Se llama Ernesto, el tipo ese al que se le ahorcó el padre. Un pieza, una vez le puso un ojo morado. Ni siquiera asomó el careto en el entierro. A veces viene por aquí. Desde que entró en el ayuntamiento parece que no haya roto un plato en su vida.

—¿Ernesto? ¿Estás seguro?

Fran miró a Candela. Ella estaba tan perpleja como él. Por su expresión, intuyó que era incapaz de decir nada.

Félix asintió y dijo que eso había dicho ella. Luego, como si tuviera prisa, preguntó si aquello se iba a alargar mucho más. Su jefe lo estaba mirando con cara de pocos amigos.

Fran le dijo muy serio que agradecía la charla. No solía hacer la vista gorda, pero esa vez la haría porque los había ayudado. Sin embargo, no quería volver a oír que iba por los bares ofreciendo bolsitas de hierba. Luego, hizo un gesto a Moreno, que apareció como si pasara por allí. Félix se tensó y dijo angustiado que colaboraría en todo, pero que no lo esposaran. No quería perder el trabajo.

—Nos ha ayudado y lo ayudamos —le comentó al guardia civil, y señaló las cosas de la mesa para que Félix se las guardara—. No creo que sea un gran narcotraficante, pero sí un listillo que tiene algunas plantas en el patio. Ya sabes cómo proceder, seguro que aquí el amigo te facilita el trabajo.

Félix no lo miró con buena cara. Le acababa de fastidiar el negocio. Estaba convencido de que podría mantener las macetas que guardaba

semiocultas entre los frutales del corral de su madre, aunque tal vez se había animado y excedido con el cultivo. Otra cosa sería cómo se lo iba a tomar ella cuando se enterara.

—¡Espera…! —Candela reaccionó y quiso hacerle una última pregunta—: El coche, ¿viste cómo era o al conductor?

—De refilón, pero no sabría decir el modelo. Uno de esos altos para ir por el campo. No sé… No me acuerdo, procuro no pensar en aquello. Solo sé que se piró muy rápido.

Fran los despidió e invitó a Candela a seguirlo. Se acercó a la barra y se identificó como policía judicial. Tranquilizó al jefe diciéndole que Félix estaba colaborando con ellos en un caso abierto de hacía años y que regresaría en breve. Aquello pareció agradar al hombre.

Candela hizo ademán de marcharse, necesitaba estar sola y llorar, sacudirse el calvario que la había atormentado durante años. Notaba que las fibras de su cuerpo se iban acomodando, como si hubiera llevado una carga en su interior y de pronto se estuviera desvaneciendo. La angustia de saber que su amiga la había drogado y la había expuesto a que alguien abusara de ella, o la simple idea de haberse enrollado con otro bajo los efectos de la droga, la habían llenado de culpa durante años. Quizá, como los huecos de su memoria se habían rellenado con las palabras de Félix, podría encontrar la paz. Estaba convencida. En su fuero interno agradecía que Fran hubiera estado a su lado para escuchar lo que pasó.

Se dirigió a la salida y él la siguió.

Fran la detuvo frente a la vespa roja. No quería que se marchara creyendo que se había inmiscuido en su vida. Tampoco tenía mucho tiempo, ya era muy tarde, pero necesitaba hablar con ella, aunque fuesen cuatro palabras.

—Candela, siento haber actuado así, pero no era capaz de no buscar a ese tío y partirle la cara por lo que te hizo.

—Déjalo, Fran, por lo visto no me hizo nada —reconoció en voz alta por primera vez, e ironizó—: Además, parece que voy a tener que darle las gracias por sus escrúpulos… A quien no podré perdonar nunca es a Loli. Nunca imaginé que actuase con tanta malicia.

—Yo tampoco, pero ya no puede hacernos daño.

En eso tenía razón, y ella sonrió por primera vez en mucho rato.

—Está claro que era una psicópata —señaló Fran—. No supe ver que su egoísmo y su falta de empatía y de remordimientos no eran normales. Era una manipuladora.

—Ninguno supimos verlo.

Candela lo miró a los ojos. Podía intuir que él también se culpaba por no dar crédito a la amenaza de Loli.

—Sé que estás dolida y que soy un cabrón porque tengo que marcharme y dejarte así. Debo estar en Málaga lo antes posible, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo. Me alegra la cadena de cosas que ha traído la serendipia.

La serendipia hacía referencia a un hallazgo valioso que se producía de un modo casual o accidental, como el descubrimiento de la penicilina. Buscar una cosa y encontrar otra, tanto o más importante que aquella. Félix se había presentado en el bar por casualidad, y ella lo había reconocido. Eso la hizo dar el paso y hablar con Fran, y este había necesitado buscar al chico para usarlo como saco de boxeo, pues podía detenerlo con la excusa de que pasaba droga. Pero Félix, en su discurso para defenderse de las acusaciones, les explicó lo sucedido aquella fatídica noche. Así habían descubierto muchas cosas. La principal, que le daba algo de paz a Candela, era que no le había hecho nada, aunque Loli fuera una psicópata que la había drogado con intenciones perversas y vengativas.

—¿Te crees eso de Ernesto? —preguntó ella con cautela.

—Te seré sincero, voy a investigarlo.

Había dos cosas que a Fran lo tenían alerta, y algunas casualidades le generaban suspicacia. Ernesto había aparecido en la investigación en varias ocasiones por una cosa o por otra, aunque nunca de forma directa. Y las casualidades eran muy extrañas. Luego estaban las impresiones, las corazonadas, que también ayudaban, porque motivaban a seguir un hilo. La posibilidad de que el coche que colisionó con el que conducía Loli fuera casual perdía peso. Él se resistía a pensarlo. Aquel accidente tenía toda la pinta de no haber sido fortuito. ¿Y si hubiera ido Candela al volante? Era su coche. La imagen que Félix había descrito sobre que los faros habían iluminado

la noche oscura y el coche había ganado velocidad le indicaba que quizá alguien la estuviera esperando. En su descripción de los hechos, ella también había hecho referencia a los faros, algo que apareció de la nada y presagió la tragedia. La idea de un accidente provocado no era la primera vez que le venía a la mente o que alguien lo sugería, tampoco podía ser una coincidencia.

—He de marcharme, pero nos vemos pronto, ¿vale?

Ella sonrió y él, movido por un impulso, como si fuera algo cotidiano, le plantó un beso en los labios y se alejó. Se dirigió al coche que tenía aparcado casi al lado de la vespa.

20

Fran había llegado a la Policía Judicial pasadas las dos de la tarde. Antes de salir del pueblo, había decidido acercarse al ayuntamiento para ver si podía hablar con Ernesto. Suponía que lo encontraría allí. No se equivocó. Este no lo recibió de buena gana y le echó en cara que podría haberlo avisado de la visita. Estaba claro que no quería a la guardia civil husmeando por allí. Fran no tenía ganas de justificarse y le dijo que sería breve. Solo quería comprobar algo que no tenía nada que ver con el asesinato de Julia. Aquello debió de relajarlo, porque se acomodó en su sillón y, con un cínico «Dispara», lo invitó a preguntarle lo que quisiera.

—Quería saber si hace siete años tuviste una relación sentimental con Dolores Camacho.

—¿Con quién? —preguntó extrañado.

—Con Loli, vivía en la Cañada. Amiga de Candela, veintipocos… ¿Sigo?

Fran pudo leer el lenguaje corporal del concejal: se puso rígido.

—Me disculparás, pero no hablo de con quién tengo o dejo de tener relaciones. Y sinceramente no me acuerdo de con quién me acosté hace dos semanas, así que imagínate hace siete años.

Fran sonrió, pero sin dejar de mirarlo a los ojos le recordó de quién se trataba: Loli había muerto en un accidente en la carretera de Fuente de Piedra. Le llevaba unos veinte años.

Como imaginaba, Ernesto lo negó con tal vehemencia que Fran supo que mentía. En tan solo unos segundos, se recompuso y mantuvo una actitud autoritaria y desdeñosa.

—Si esto es lo que querías saber, ya te he contestado. Ahora, si no te importa, tengo trabajo.

—Si lo prefieres, te citaré en la unidad de la Policía Judicial, en la comandancia de Málaga o, si te es más cómodo, aquí, en el cuartel. —

Se dio media vuelta para marcharse.

—Espera —lo llamó—. Sí, tuve un rollo con ella. No fue mi mejor época, pero no es algo que quiera que se sepa. La chica murió y yo bebía más de la cuenta; no da buena prensa.

Ernesto explicó que se veían para lo que se veían. La noche del accidente, fue a buscarla al bar, pero la vio con Candela y se marchó. No quería que los viera juntos.

Fran indagó un poco más, pero, como buen político, Ernesto hizo uso de la palabra para no decir nada que lo implicara. Al sargento se le hacía tarde, así que decidió dar por zanjada la conversación, pero lo avisó de que quizá lo citaría si necesitaba aclarar algún otro detalle.

—¿Es que se ha reabierto el caso? —indagó Ernesto, cuando Fran ya estaba junto a la puerta.

—Son simples diligencias.

Fran también podía ser opaco en sus respuestas.

Encontró a Paula en la mesa de la sala de trabajo, pegada al teléfono. Parecía una llamada personal. Con un gesto, le indicó que estaría en el despacho.

Al entrar, lanzó la mochila a un pequeño sofá, se dirigió al sillón de su escritorio y se sentó desganado. Qué pereza le daba tener que trabajar. Nunca le había pasado. Para él, cada caso que investigaba era un nuevo aliciente. Se entregaba en cuerpo y alma a la resolución, con entusiasmo y ganas. A veces pillaban al malo, otras no, aunque eso le hacía esforzarse más y ser mejor en la siguiente investigación, sin dejarse vencer por la apatía.

Miró por encima del hombro, tras los cristales y no muy lejos de allí se abría la sala donde su equipo estaba trabajando. Le constaba que ponían el mismo empeño que él en resolver los delitos y que también se sentían frustrados por no saber cómo hilar el que tenían entre manos. Eso lo irritaba.

Le encantaba su trabajo. Sin embargo, estaba en un momento en que, reconoció, no le atraía como antes. Quizá era ese caso. Se sentía en la obligación de resolverlo por ser quien era la muerta. O tal vez

era otra cosa… El hecho de que Candela hubiera regresado al pueblo lo tenía despistado. Jamás había pospuesto una investigación para solventar un tema personal, y lo había hecho aquella mañana. Lo volvería a hacer, descubrir la infamia que había sufrido Candela lo había hecho sufrir. No se podía quedar de brazos cruzados.

Aquel pensamiento lo hizo reflexionar. «No he podido evitar ir a entrevistarme con Félix», se justificaba continuamente. Quería verlo y romperle la cara; si no podía, al menos lo detendría con una excusa válida ante un tribunal. La venta de droga era una justificación legítima. Era la única manera de ayudar a Candela, aunque tal vez no lo había hecho solo por ella, sino por él. Las explicaciones que siempre había necesitado oír habían llegado con una carga emocional que jamás imaginó.

Le molestó recordar lo mal que se había sentido cuando ella lo abandonó. No lo había entendido, y en ese momento incluso lo justificaba, aunque le dolió que no pensara que él podría ayudarla y, entre los dos, superar aquella desgracia. Candela había vivido una tortura emocional y había preferido hacerlo sola. Lamentó no haberse dado cuenta de su dolor y de la tragedia que estaba viviendo. Aquella espina la llevaría siempre clavada en el corazón.

El ser humano es egoísta por naturaleza; además, necesita a un culpable al que responsabilizar de su frustración y, en definitiva, de todo lo malo que le ocurre en la vida. Tras la confesión de Candela, Fran había culpado primero a Félix. Luego, al enterarse de lo que en realidad había pasado, cargó toda su rabia contra Loli. Ella era la culpable de todo el mal que había hecho. Había sido retorcida, una psicópata de libro al tramar aquella venganza. ¿Y por qué? Por celos, unos celos enfermizos. Pero estaba muerta y enterrada. Esperaba que, si había un infierno, ella estuviera en él. «Aunque —pensó con rabia— tal vez su muerte fue justicia divina…». Su mente analítica no creía en esas cosas, así que se le ocurrió otra idea: ¿y si el accidente no había sido causal? Quizá alguien iba a por ella… o a por Candela.

Esto último lo aterró.

Trató de serenarse. Candela estaba bien, era Julia a la que habían matado, y siete años después de aquel incidente. ¿Podrían estar

relacionados ambos sucesos? Pensó que era una idea peregrina, pero ¿y si lo estaban?

Hizo una lista mental de la familia… No, no podía creer que estuviera implicada, pero era criminólogo. No lo podía descartar.

Encendió el ordenador y se entretuvo mirando el correo. Un mensaje de la jueza Márquez lo alertó. Quería conocer y verificar los avances de la investigación. Le comunicaba que ella no desestimaba al matrimonio Velasco del asesinato. Esperaba que hallase pruebas contundentes. Se sintió mal. Debería haberla llamado o haberle escrito el día anterior. Sin embargo, a pesar del tono que parecía impregnar sus palabras, la jueza no le apretaba las tuercas ni le metía prisa. Confiaba en él y le anunciaba que podía contar con ella para lo que necesitara. Se lo había puesto fácil hasta ese momento, y entendía, por sus palabras, que agilizaría los protocolos judiciales y la burocracia que acarreaban. Era de agradecer contar con una jueza con tan buen talante, sin poner obstáculos, aunque tenía que reconocer que él tampoco abusaba, algo que había aprendido del teniente Pérez.

Respondió formal y escueto pero agradecido. Aún no tenía buenas noticias, seguían deshaciendo la madeja. No consideró tan relevantes los otros mensajes como para tener que contestar al instante, pero los leyó todos por si acaso.

Procrastinó durante unos minutos. Le estaba costando un mundo concentrarse.

«Espabila, Fran —se dijo—, que pareces nuevo».

Se preguntó cuándo le había entrado aquella pereza. No se reconocía. Siempre había sentido su deber como una obligación. Pero Candela lo tenía abstraído. Sin embargo, la apatía había nacido en él aquella mañana. Como si un diminuto mosquito se hubiera colado por la ventana de la cocina y le hubiera picado mientras él tomaba un café sin poder creerse que su exnovia estuviera delante de él.

La felicidad que había sentido tiempo atrás, esa vieja amiga que un buen día se marchó sin decir adiós, como Candela, asomaba la patita por debajo de la puerta. Justo en el instante en que los dos habían compartido un café, como si la vida no se hubiera encargado de separarlos ni les hubiese pasado factura, se dio cuenta de que quería

recuperar la felicidad perdida: quería eso todas las mañanas.

Pero ¿y ella? ¿Qué quería ella?

Paula entró con una libreta en la mano y el móvil en la otra, y lo arrancó de los pensamientos que lo atribulaban. Aquello hizo que, por fin, se concentrara.

—¿Alguna novedad, cabo?

Enseguida Robles fue detallándole sus averiguaciones. De vez en cuando miraba la libreta y buscaba un dato. Resultó ser muy eficaz para conseguir información.

—En definitiva, Fran. Ni rastro de Adela en su pueblo. He mantenido una charla muy interesante con su madre, una señora particular y a la que cuesta entender. Dice que, desde que su hija se casó, no han tenido mucha relación. Apenas la visitaba, porque el marido la absorbía. Pero la llamó diciéndole que regresaría al pueblo, que iba a dejarlo. Al no volver, pensó que se habían arreglado. De esto hace unos cuatro meses. He de añadir que no la he notado muy preocupada.

—Parece que se la haya tragado la tierra —observó Fran. De repente, recordó algo—: ¿Entonces no llegó a Galicia? —Robles negó con la cabeza—. María Escalante dijo que no podían localizarla para el entierro, pero que Adela le había enviado un mensaje a Julia desde Nigrán.

—Pues parece que no fue, según su madre. Lo último que supo es que se iba de viaje, le escribió un SMS. Y eso no es todo… —Paula repasó las hojas de la libreta y siguió hablando—. La madre no sabe nada de los malos tratos. Puede ser hasta normal, no habría querido preocuparla, pero me ha hecho algún comentario que es para echarle de comer aparte. Dice que Adela siempre ha sido muy envidiosa y que, si el marido le pegaba, sería porque se lo merecería.

—¡Hay que joderse! —exclamó Fran. La verdad es que la imagen de aquella mujer sobre su hija distaba mucho de la que Julia describía en su diario, pero algunas madres eran las peores juezas para sus hijas—. Con madres así, no se necesitan enemigos.

—No es la única perla que ha soltado de su hija. Dice, y cito, «Estará por ahí dándose la gran vida, es una loquiña ambiciosa y egoísta que

se casó con un hombre rico y nos ha dejado de lado».

—¿Un hombre rico? —preguntó extrañado. Ernesto no entraba en aquella definición.

—A mí tampoco me cuadra —replicó Paula—. Julia describía a su amiga como a una persona infeliz, no ambiciosa. Tampoco deja muy bien a Ernesto, y si ella se metió en el matrimonio, a lo mejor este se lo hizo pagar. Creo que deberíamos hablar de nuevo con él.

—Estoy de acuerdo, pero ¿crees que la madre de Adela tiene motivos para mentirnos?

—No, no es una mujer muy inteligente. Tampoco parece tener muy buen concepto de su hija. Aunque pienso que la envidiosa es ella. Ya te digo, no estaba preocupada. Dice que ya aparecerá.

Fran se quedó pensativo.

—¿Y si Julia no llegó a salir de su casa por su propio pie? —preguntó, dando rienda suelta a su intuición. Todo podía ser en un caso como aquel.

—¿Quieres decir que alguien se la llevó? ¿Que la secuestraron y algo no salió bien? ¿Te refieres a que pudo ser Adela?

—Aún no sé quién pudo ser, pero es una posibilidad.

«Quizá», pensó Paula. Sin embargo, habían hablado con mucha gente del pueblo y nadie la había visto por la calle. Su coche y su moto estaban aparcados en el gran garaje de la finca. Los de criminalística habían repasado cada milímetro del cortijo y no habían encontrado ninguna puerta o ventana forzada. Tampoco ninguna mancha de sangre que respondiera a sus heridas. La mataron en otro sitio. Pero ¿dónde?

—No termina de convencerme. Me inclino más por la idea de que fue a algún sitio, no demasiado lejos, porque lo hizo andando. Había quedado con alguien y, por algún motivo, no quiso decir con quién. Además, la familia encontró la casa cerrada y en orden. Yo iría a hablar con el primo. Como sospechoso, cada vez está más claro.

—Sí, también lo he pensado. Además…

Fran creyó que debía decirle algo de lo que había descubierto de él hablando con Félix, y con el propio Ernesto, aunque eso implicaba a Candela.

—Espera, que lo mejor me lo he guardado para el final. Según la madre de Adela, Ernesto está obsesionado con el molino y no soporta a sus primos.

—Eso lo sabe medio pueblo, se cree que una parte le corresponde…, temas de herencias. —No quiso meterse mucho en la historia, ya le había explicado la versión abreviada—. Una cosa, no quiero despistarme. El diario, ¿hay alguna otra pista?

—Se lo he pasado a los de criminalística para que lo analicen, y el *pendrive* también. Me extraña mucho que una mujer que escribe diarios desde niña coja una libreta, precisamente de su infancia, para anotar sus pensamientos íntimos.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo? No era una tesis.

—Si escribes un diario, donde vas a volcar lo más íntimo de tu ser, escoges las libretas; las quieres bonitas. No sirve cualquiera. Para mí que debe de haber otras en cualquier sitio anteriores a esta.

—También pudo deshacerse de ellas.

—También…

Fran miró el reloj. Eran casi las tres y no había comido. Descubrió que ella tampoco y le propuso ir a un restaurante que conocía, un buen sitio para comer y para hablar. Quería contarle algo.

A Paula le pareció un restaurante anclado en el tiempo, como esos lugares que han sufrido pocas remodelaciones y guardan la esencia de lo antiguo. Al mirar el menú, se le antojó todo riquísimo, y aceptó las recomendaciones de Fran. Le aseguró que la cocinera era excelente.

Sin darse cuenta, Fran empezó a hablar y ella lo escuchó en silencio.

Él le dijo que abogaba a la psicóloga que había en ella. A Paula le extrañó la demanda, pensaba que iban a hablar del caso. No quería que se sintiera obligado a contarle nada personal.

Si algo había aprendido en la carrera, aparte de psicopatología, era a escuchar. Jamás había ejercido, aunque cuando entró en el cuerpo pensaba solicitar un puesto en el servicio de psicología. Esa área tenía como cometido diseñar planes preventivos, realizar evaluaciones psicológicas y seguimientos periódicos a los miembros del cuerpo que

se encontraran de baja por motivos psicológicos. Paula quería trabajar en la prevención de la salud mental y velar por los agentes que no estaban en óptimas condiciones para prestar un servicio adecuado a los ciudadanos, incluso ayudar, en la medida de lo posible, a los familiares más directos en situaciones de crisis, como podían ser accidentes en acto de servicio, suicidio o terrorismo.

Eran muchos los guardias civiles que, por las características de su trabajo, sufrían de depresión o ansiedad, debutaba en ellos alguna enfermedad mental o padecían estrés postraumático que los obligaba a coger largas bajas laborales, como en cualquier otro trabajo donde la tensión fuera la gran protagonista. Ella quería velar por el equilibrio psicológico de los agentes, ayudarlos a sobrellevar sus dificultades emocionales para que no acabaran medicados o retirados del servicio. Pero había aterrizado en la UCO porque no había ninguna vacante cuando lo solicitó, y luego se acomodó. En la investigación de un delito podía aportar algo de lo que había aprendido en la carrera y en el máster de Psicología forense. No podía decir que le desagradara su trabajo.

Lo que le contó Fran casi en los postres la dejó helada, pero mantuvo una discreta distancia afectiva. Él había apelado a la psicóloga que era, y su labor no era juzgar, sino ofrecerle un lugar de escucha para que él soltara y elaborara lo que le angustiaba.

Imaginaba que se había saltado aspectos relativos a su noviazgo, pero la sorprendió cuando le contó que, en el pasado, le había pedido matrimonio a Candela y a la mañana siguiente ella se marchó del pueblo. No había vuelto a verla hasta aquel día en el hospital, cuando fueron a hablar con Manuel, tras el asesinato de Julia.

Lo siguiente, porque Fran había preferido narrar la historia de forma lineal, la sobrecogió. Mientras hablaba, desmigaba un trozo de pan; no la miraba a los ojos, pero podía ver la rabia que desprendían los suyos. Paula se dio cuenta de que amaba a Candela; su expresión se dulcificaba cuando la mencionaba. Quizá albergaba sentimientos de reconciliación. No quiso decírselo. No era su psicóloga, solo una compañera a la que él recurría por el saber que le otorgaba, ni siquiera era su amiga. Intuía que Candela necesitaba curar su herida y

quizá regresar con él no era lo que quería. No se puede volver al punto de partida en el que algo se rompió y seguir como si nada. Tenía que darle tiempo. Pero ella no era nadie para acabar con su ilusión ni quería avergonzarlo dándole consejos. No se los había pedido.

Pensó que era muy frecuente que el ser humano busque a alguien para contarle algo trascendental de su vida. Pero la gente se equivoca cuando, tras esa explicación, llena el espacio con recomendaciones de lo que se debería hacer, como si así se pudieran solucionar las cosas. Era como decir «Eso a mí no me pasaría». Otras veces se juzga a la persona, y eso hace que esta se calle y mienta sobre lo que le pasa. En el fondo, cuando alguien le cuenta algo que le atormenta a un amigo, no quiere consejos, solo que lo escuchen.

Bajo esa premisa, Paula escuchó en silencio. Cuando él levantó la vista al concluir el relato de la visita a Félix y la charla con Ernesto, le pidió su opinión. Respondió sincera:

—Puedo entender que Candela se marchara, era lo más lógico.

Quiso explicarse al ver que él abría los ojos ante su comentario. Candela se había roto con aquel episodio. No saber qué le había ocurrido, no recordar la había llenado de oscuridad, y la oscuridad podía expandirse, haciéndola sentirse vacía e indigna de su amor. Peor aún si se sentía culpable de lo sucedido. Su dolor era suyo, y no compartirlo resultaba muy significativo, pues demostraba lo avergonzada que se sentía. Quizá creía que podría haberlo evitado. A todo eso había que añadir que su amiga la había expuesto de aquella manera. Candela no podía resarcirse ni pedirle cuentas porque Loli estaba muerta, y probablemente esa deuda pendiente la amargaba. Pero Candela era resiliente. Había empezado en otro lugar, se había reinventado.

—Estabais en puntos distintos —continuó Paula. Él le había pedido matrimonio y ella, sin poder asumir lo que le había pasado, ponía distancia. Irse lejos la había salvado. Si se hubiera quedado, habrían acabado fatal.

—Comprendo… ¿Y ahora qué?

—Ahora, si te interesa esa mujer, tú verás cómo hacerlo, sargento.

No tengo una receta.

Él sonrió. En su fuero interno, agradecía que Paula lo hubiera escuchado. Había sido fácil hablar con ella y, sobre todo, le gustó que no los compadeciera.

—Pero siguiendo la historia… —observó Paula refiriéndose a lo que él acababa de explicarle—. Me reafirmo en lo dicho de que hay que hablar con Ernesto Escalante. Menudo perla: liado con una jovencita, al menos veinte años menor que él. También creo que, si encontramos a Adela, resolveremos el caso. De alguna manera, esa mujer está relacionada con lo que le ha ocurrido a Julia.

Candela regresó a casa al atardecer. Se sintió mal al despedirse de su madre y del abuelo, aunque ellos no hicieron más que repetirle que tratara de divertirse en la boda. Isa la llamó justo cuando acababan de marcharse y le propuso comer juntas. Fue una gran idea pasar la tarde con ella y con su madre para ayudarlas a trasladar las últimas cosas a la nueva casa de Isa.

—Esta colcha me la hizo mi abuela, la madre de mi padre. —Candela miró la preciosidad de ganchillo que Isa acababa de sacar de un envoltorio. Seguro que en ese momento costaba un dineral—. Elías dice que no piensa ponerla, que es antigua, pero le he dicho que, si pretende dormir conmigo, tendrá que aguantarse. Cuando vea la de las ancianas, se tirará de los pelos.

Isa iba servida de colchas de matrimonio, a cuál más bonita. Elías tendría que claudicar. Candela se rio al imaginarlo durmiendo en el sofá… Con lo largo que era, seguro que le sobresalían los pies.

—No te rías, guapa, Fran recibió otra igual.

—¿Y qué tiene que ver conmigo? Allá Fran y su ajuar.

Candela se rio a carcajadas. No imaginaba que las madres siguieran preparando el ajuar de boda para sus hijas. Aunque, si tenía que ser sincera, sabía que la suya guardaba en unas cajas algunas cosas que había comprado para ella: ropa de casa, principalmente sábanas y toallas. Quiso enviárselo cuando dejó el piso de su padre y alquiló uno, pero ella le pidió que no lo hiciera. Compraría lo que necesitase

en IKEA, quería cosas sin valor emocional, de lo que no le costara desprenderse.

Tras ayudarlas a colocar todo en un armario, la madre de Isa les dijo que las dejaba porque había quedado con unas amigas. A Candela le encantaba la casa, era muy bonita. Isa le contó que Fran le había dado una buena cantidad de dinero cuando le tocó la lotería, y que había invertido una parte en ella.

—¿Pero tanto le tocó? —preguntó Candela con asombro.

—Sí, fue el único ganador de un boleto de la Primitiva. Compró el cortijo, nos regaló un buen pico a mi madre y a mí, y aún le queda para vivir de rentas. No sé por qué sigue trabajando.

—Le gusta. No imagino a Fran de brazos cruzados.

—No lo estaría, tu tío Sebastián cuida de sus olivos y de la tierra. Podría hacerlo él.

—Entonces se pasaría el día leyendo —bromeó Candela.

—Tienes razón, no lo dejará. Sé que le han ofrecido un puesto en Madrid. Cuando se traslade, solo vendrá aquí de vacaciones.

Candela se extrañó. Él le había contado algo similar, pero no se lo había dicho como si lo tuviera decidido. ¿O sí? Quizá no le había prestado atención o no lo recordaba bien, aunque tampoco habían hablado de tantas cosas como para olvidarlo.

Se sentaron en un sofá muy cómodo, y Candela imaginó cómo se sentiría preparando su nueva vida al lado de Fran, una vida que soñó una vez, solo un recuerdo de lo que pudo ser y no fue. No se dio cuenta de cómo empezó a hablar, pero en un momento soltó todo lo que escondía desde hacía siete años. Por lo visto, empezar a hablar tenía ese efecto, hacía que una no pudiera parar. Cada vez que explicaba aquella historia, sentía que el peso que sobrellevaba se reducía. Lo experimentó con su madre, luego con Fran y en ese instante con su amiga. Ya no sentía vergüenza, sino una extraña calma.

—¡Madre mía, Candela! Pero… pero ¿cómo has podido llevar esta carga tú sola? Y a Fran, ¿se lo has dicho?

—Sí, ayer. ¿Recuerdas al chico de la plaza?

Candela le contó la segunda parte, de la que se había enterado

aquella mañana. Al terminar, la sorprendió ver en el rostro de Isa una tímida lágrima que resbalaba por su mejilla.

—Lo siento tanto, Cande. Qué angustia debes de haber vivido todos estos años. Jamás pensé que esa loca tuviera el corazón tan negro. Menuda cabrona.

—No se habla mal de los muertos —ironizó. Candela no quería seguir ahondando en su drama.

—Sí, es cierto. Pero qué mala puta, ¿eh?

Isa la había escuchado con congoja. Sin saber qué hacer, le apretó la mano para darle todo su apoyo. Luego se abrazó a ella y le dijo cuánto la quería. Sin pretenderlo, pensó en su hermano. La incertidumbre de su marcha le había hecho creer que ella no lo amaba. Duele tanto el alma cuando uno cree que el otro no lo quiere… Pero Candela estaba allí, había hablado con él. Parecía distinta y a la vez la misma chica que se había enamorado de Fran. ¿Aún lo estaría? Le brillaban los ojos al nombrarlo. ¿Se darían otra oportunidad? Isa sabía que él la seguía queriendo, por eso lo de Valeria no había funcionado. No quería atosigar a Candela, no lo merecía y menos en aquellos momentos de duelo por lo de su tía, pero fue incapaz de no abogar por su hermano.

—Fran te sigue queriendo.

—Yo también, siempre lo querré, pero ahora somos dos personas sin nada en común y con caminos distintos.

¡Ja! Solo había que verlos juntos para darse cuenta de que entre ellos saltaban chispas. Tenían química, algo los unía, pero no se atrevió a contradecirla. No hay más ciego que el que no quiere ver.

—Tienes razón —bromeó Isa. Sabía que no tenía que ser inquisitiva para que Candela no levantara las defensas con Fran, aunque un empujoncito no hacía daño a nadie—. Pero ¿no crees que sería cojonudo empezar de cero?

Candela se había preparado un sándwich y estaba en el salón con el televisor encendido y una serie puesta, pero no la seguía. Su mente estaba a otras cosas.

Al día siguiente había quedado con Isa para ir a la piscina de la casa

de Fran. No podía negar que le había gustado su cortijo y que se moría de ganas de volver y curiosear a sus anchas. Apagó la televisión desde el mando a distancia y se levantó con brío del sofá. Necesitaba un biquini.

Antes de registrar entre las cosas de su tía, revisó el cajón de la cómoda donde había visto varios. Escogió uno negro que le gustó, pero le hacía falta una toalla de playa, así que entró en la habitación de Julia para coger una. «Seguro que la tenía con la bolsa a juego —pensó divertida—. Ay, tía, cuántas cosas me gustaría contarte».

Nada más cruzar el umbral, la inundó una sensación de añoranza. La extrañaba tanto… No comprendía cómo alguien podía haberle arrebatado la vida de aquella manera, con tanta violencia. Tuvo miedo al pensar que el asesino podía seguir en el pueblo, y durante un segundo se planteó si estar sola en casa era buena idea. Pero allí se sentía segura.

Se sacudió los temores y se dirigió a un armario empotrado donde su tía guardaba zapatos y enseres de temporada. Aunque sabía de su existencia, perdió unos segundos en encontrar la puerta, oculta en la moldura de la pared. Estaba tan ordenado que le extrañó. Su madre le había dicho que unas agentes, compañeras de Fran, habían revisado la casa, pero dudó de que hubieran abierto el armario. Si uno no sabía que estaba allí, pasaría inadvertido.

Al instante encontró lo que buscaba. En efecto, con una toalla y un pareo, había una bolsa a rayas muy bonita. Solo necesitaba unas chanclas. Por suerte, tenía el mismo número de pie que su tía.

Tras abrir varias cajas y no encontrar lo que buscaba, miró hacia la balda superior, donde se almacenaban otras. Se subió a una silla y cogió una al azar. Su contenido la sorprendió. Había varias libretas pequeñas con portadas llenas de color. Pensó que serían diarios antiguos. Eran mucho más bonitas que el viejo dietario que había descubierto en el cajón. Bajó de la silla con ella en las manos. Al hacerlo, otra de las cajas que se apoyaba en esta cayó al suelo, se abrió y mostró su contenido: unas chanclas. Apenas les hizo caso, estaba absorta con aquel descubrimiento.

Se sentó sobre la cama de su tía, que su madre había cubierto, ya

que las agentes se llevaron las sábanas. Sin muchos preámbulos, abrió una libreta, pero estaba en blanco; la segunda, también. Sin embargo, la tercera y última tenía escritas un par de páginas.

Comenzó a leer. La fecha era del día que había muerto la abuela, hacía diez años, y no supo si lo que allí estaba escrito eran vivencias de su tía o el comienzo de uno de sus relatos de ficción. Recordó entonces la carpeta negra que había cogido de la oficina del molino, donde había hallado otra libreta grande de anillas en la que estaba escrito el inicio de su novela. Se hizo una nota mental para revisar el contenido que le faltaba por mirar.

Hay verdades que conmocionan el alma y taladran el corazón. Hay verdades que, cuando se dicen, hacen tambalear la existencia. Así me he sentido hoy: vacía, huérfana, desarraigada. Mi madre se ha ido para siempre. Pero antes ha querido dedicarnos unos minutos a cada uno a solas para que todos nos sintiéramos especiales por unos instantes. Primero y último mi padre, segunda María, luego Sebastián y después yo. Candela también ha podido despedirse a solas, antes que todos los demás. Mi niña guapa ha tenido tres madres, y hoy ha perdido una.

Siempre pensé que era la pequeña porque decían que Sebastián había nacido un minuto antes que yo, pero no es cierto. Yo llegué al mundo dos días antes de que mi madre pariera… En otro lecho, y de otra madre.

Rosalía, la que por siempre será mi madre, me lo ha contado entre susurros y suspiros, con miedo a marcharse y no poder decirme la verdad de quién soy. «No eres mi hija», me ha dicho, y al principio no la he creído. Mi padre jamás podría haberla engañado. Pero es que tampoco él es mi padre. Me ha hablado de Angustias y de Juan, y de lo mala que es la codicia. Uno envidia lo que tiene otro, pensando que lo merece incluso más que aquel. Así perdió Juan a Angustias, porque otro se la quitó, y acabó con Dolores, a la que nunca quiso. Me ha dicho que puede que haya oído muchas cosas feas, pero lo último que hizo mi padre, ese a quien no conocí, fue abrazarme y decirme que iba a arreglarlo todo. No pudo, o no quiso. Se quitó la vida unas horas más tarde.

Semanas después, Julia retomaba la escritura:

Jamás me he sentido una extraña en esta familia, la mía, y así seguirá siendo. Sin embargo, ha nacido en mí una llama de curiosidad… Temo que, si se lo digo a mi padre, se enfadará. ¿Acaso me asusta que deje de quererme? No, pero no lo quiero ofender. Me propongo encontrar a Angustias, averiguar si sigue con vida. Será un secreto, el que mi madre Rosalía me hizo prometer.

Hasta que no tenga más información, no seguiré este diario. Espero que un día

pueda completarlo.

Muchos meses después, su tía había hecho algunas anotaciones:

Aún no sé nada, solo que la noche que Juan se suicidó, Angustias salió del pueblo en la espesura de la noche y abandonó a su marido. Nadie la ha vuelto a ver. Fue novia de Juan antes de casarse con Severiano, el dueño de la quesería que entre los años sesenta y setenta había en el pueblo. El destino quiso que se la comiera el fuego, y él también se marchó. Tampoco regresó nunca.

Tras algunas páginas en blanco, Candela encontró dos párrafos escritos hacía dos años:

Hace mucho que no escribo, pero no tenía nada que contar. Durante un tiempo, es como si me hubiera olvidado. Ya tenía una familia, y la inquietud por conocer mis orígenes se había adormecido, pero hoy me ha ocurrido algo tan extraño como maravilloso.

Estaba en la residencia de ancianos, lugar al que me gusta ir a leerles un rato. Hoy Cándida, la vieja comadrona que vive allí, estaba muy nerviosa. Se le empieza a ir la cabeza. Tenía una visita, y a la pobre no la visita nunca nadie. Me ha mandado llamar porque quería que conociera a su amiga.

¡Ay, Dios! Escuchaste mis ruegos. Cuando se ha presentado, he tenido que sentarme. «Soy Angustias, viví aquí, en Alameda, de joven». Por mi silencio, ha adivinado que su nombre no me era indiferente. Entre susurros, me ha preguntado si sabía quién era. No se refería a si me sonaba su nombre, pues ha matizado: «¿De verdad sabes quién soy?». Apenas he podido responder, solo he asentido con cierta incredulidad por tenerla delante de mí. Hemos hablado un rato a solas. Ha llegado hace unas semanas de Uruguay y se hospeda en un hotel de Málaga. Me ha dicho que vaya a verla.

Días después, volvía a escribir:

Lo he decidido, voy a trasladarme a Málaga para pasar tiempo con ella y conocerla. Todavía es pronto para hablar con mi padre y mis hermanos. ¿Cómo voy a decirles la verdad, si al comunicarles que quería marcharme un tiempo ya he creado un cisma familiar? He discutido con Sebastián, dice que los dejo tirados.

Le costó reaccionar al terminar de leer, se había quedado en shock. Necesitó revisar el texto de nuevo. De pronto quiso hablar con su abuelo y preguntarle qué significaba lo que había escrito Julia, pero el

móvil la sacó de sus cavilaciones. Corrió a su cuarto para coger el teléfono. Era Fran.

—Hola, ¿cómo estás?

—Hola… No esperaba tu llamada.

—No quería molestarte, pero he pensado que quizá querías hablar de lo de esta mañana.

Candela le dijo que estaba bien. Pensó que hacía casi un siglo de lo ocurrido en el bar de la piscina. Sin preámbulos, le explicó lo que acababa de encontrar y que se disponía a hablar con el abuelo.

—¿En serio no habían revisado ese armario? —Fran se indignó, aquello era un fallo garrafal por parte de su equipo; luego pensó en Alicia. No quería responsabilizarla, sabía que no estaba centrada en el trabajo. Tuvo que resignarse. Era lo que había.

—En defensa de tus compañeros debo decir que, si uno no sabe que ese armario está ahí, es difícil verlo.

Candela prefirió no contarle lo que se habían dejado en la oficina. No sabía si habían documentado las carpetas personales de su tía. Quizá solo habían fotografiado los papeles y no necesitaban nada más. Mejor no poner en un compromiso a nadie. Además, aún no había revisado la carpeta, así que decidió esperar a ver qué eran aquellos papeles antes de decir nada. Igual era una tontería, pero si su acción entorpecía la investigación le iba a caer una buena.

Fran no disimuló su sorpresa por lo que le decía, pero fue cauteloso. Le comentó que le interesaba ver el diario y ella se ofreció a enviarle una foto del texto, pero luego le dijo que se lo llevaría al día siguiente a la comandancia.

Al cortar la comunicación, se preguntó si aquello había sido una excusa para verlo.

21

Aunque a Fran le gustaba la puntualidad, procuraba no obsesionarse. La noche anterior había citado a su equipo mandándoles un mensaje, pero él se había presentado en la unidad de investigación de la Policía Judicial antes de las ocho de la mañana. Confiaba en que el resto empezara a llegar pronto. Antes de subir, había pasado por una cafetería y había cogido café y cruasanes para todos. Se trabajaba mejor si el ambiente laboral era bueno y el estómago estaba entretenido. Aquel detalle sería bienvenido y, a aquellas horas, todos lo valorarían.

La cabo Robles llegó acompañada por el agente Iván Campillo, el tipo que le había prestado el teniente Pérez. Era bastante nuevo en la Policía Judicial, pero espabilado, de esos que no esperan a que les digan qué hacer, sino que tienen iniciativa y no se quedan de brazos cruzados. Mientras Pardo, Benítez y Robles seguían sus diligencias, él se había encargado de preparar la sala de reuniones, bastante caótica al principio, colocando lo importante en un único foco de atención. Al ver una pizarra magnética con fotos de los allegados a la víctima y los primeros sospechosos, Fran felicitó al personal, pero alguien le dijo que había sido el nuevo y lo agradeció. El nuevo había empezado sumando puntos; esperaba que no los perdiera de golpe.

Al principio había trabajado con los agentes del puesto de Alameda, además del servicio de criminalística y el personal de apoyo. En Málaga necesitaba mentes ágiles y despiertas para resolver el caso, así que había formado equipo con sus primeros compañeros. Pérez seguía con el asunto de los narcotraficantes y, esa vez, dirigía la investigación. Pero sin un equipo, por pequeño que fuera, no se avanzaba. Fran sabía que era fundamental contar con un grupo de profesionales en los que delegar. En momentos concretos, podía disponer de otros agentes, pero necesitaba que el grupo estuviera

unido. Creía en su equipo y confiaba en progresar de forma satisfactoria en las investigaciones. Eso le habían asegurado al capitán y al comandante en varias ocasiones, y sentir el respaldo de los jefazos era un buen aliciente.

Se notó nervioso y le dio coraje. Candela acudiría aquella mañana a las dependencias de la comandancia, y no quería que los demás se dieran cuenta de que aquella mujer lo desestabilizaba. Eso perjudicaría a su imagen profesional, aunque mucho se temía que Paula ya lo tenía calado.

En cuanto su equipo comenzó a dar buena cuenta del café y los cruasanes, los agradecimientos por el desayuno no se hicieron esperar, ni tampoco las bromas. Empezar así la mañana prometía. Esperó que, aunque tuviesen un cruasán en la mano, permaneciesen atentos a sus palabras.

Les informó de que, a lo largo de la mañana, pasaría por allí Candela, la sobrina de la víctima, con nuevas pruebas: un diario que había encontrado en un armario en la habitación de Julia. Sara se dio por aludida. Se disculpó, ya que había ayudado en la inspección de la casa. Alicia y ella se repartieron las habitaciones.

—Está bien, Pardo, no te apures. Según me han dicho, no era fácil descubrir el puñetero armario si no se sabía que estaba allí.

Fran intuía que Alicia Blanco había cometido algunos errores en la inspección y la recopilación de pruebas, pero no era el momento de buscar culpables. Tenían que ponerse las pilas y sacar adelante la investigación.

—A partir de ahora tendremos que usar el georradar en la primera inspección, mi sargento —dijo Paula con guasa.

Tras alguna broma más, Fran los miró serio y empezó a hablar:

—Pongamos sobre la mesa lo que tenemos. Trabajaremos más rápido si nos hacemos una idea general de toda la información de la que disponemos hasta el momento.

Se dirigió a la pizarra magnética que había organizado Campillo. Revisó los datos personales allí escritos. Iván había incluido a todos los familiares de Julia. Consideró que no era necesario, pero no dijo nada. También al matrimonio Velasco, los primeros sospechosos. Era

un buen esquema con fechas, nombres y observaciones en forma de palabras clave.

Durante un rato estuvieron mirando lo que habían descubierto. Con frustración, tuvieron que aceptar que no tenían mucho una vez descartado el matrimonio Velasco. Robles dijo que estaban casi como al principio. Quizá el asesino no pensaba matar a Julia, pero las cosas se torcieron. El arma podría ser de oportunidad, algo que tuviera a mano. Pensaban que las heridas podrían haber sido infligidas con un cuchillo no muy grande, uno común, pero respecto a la de la cabeza, no tenían ni idea.

Por un instante, motivado por la teoría de la tormenta de ideas, Fran los incitó y les pidió que pensaran, que formularan hipótesis y teorías, por inverosímiles que fuesen. Tampoco podían descartar sus intuiciones.

Robles mencionó a Adela. Era muy sospechoso que nadie pudiera dar razón de ella y que no la localizaran. Se la había tragado la tierra, y eso, en un mundo lleno de tecnología y huellas electrónicas, era muy extraño. Decidieron que tenían que seguir aquella línea de investigación. Paula también aludió al caso de Candela, a la agresión que había sufrido siete años atrás. Fran tuvo que poner en antecedentes a sus compañeros, pero no entró a explicar con detalle qué había ocurrido.

—No parece estar relacionado con el caso —intervino un compañero—. La amiga murió en un accidente con fuga. ¿Quizá fuese intencionado? ¿Iban a por Candela?

Fran también lo había pensado, pero era todo muy raro. Se preguntó por qué alguien querría atentar contra ella y luego, siete años después, contra Julia. No tenía sentido que dejaran pasar tanto tiempo. Aquello no podía estar relacionado.

Sara se sentó frente al portátil y pidió los datos de la colisión. En unos minutos dio razón del atestado: accidente mortal con fuga. El vehículo siniestrado había invadido el carril contrario y acabó empotrado en un árbol. No se detallaba ningún sospechoso, pero esa misma noche, unos kilómetros más adelante, había habido otro accidente. Un monovolumen se había salido de una curva y el

conductor, un hombre mayor que circulaba a gran velocidad, había fallecido. Parecía que aquellas colisiones en la carretera de Fuente de Piedra estaban relacionadas.

Con cautela y algo coloquial, Campillo conjeturó que el nombre de Ernesto salía en varias fiestas, y aquella coincidencia era sospechosa. Todos estuvieron de acuerdo. Tenían que hablar con él. Fran pidió que lo localizaran y lo citaran en la comandancia.

El teléfono de la sala sonó y lo atendió Benítez. Era el guardia de la puerta, que avisaba de que había llegado la visita que esperaba Garrido. Pablo informó al sargento y este le pidió que les diera cinco minutos y la acompañara.

Fran sabía que tenían que dejar aquello de momento. Sara hizo un último comentario:

—Está claro que Julia tenía enemigos.

Fran asintió y miró la pizarra durante algunos segundos. Mientras escribía, dijo en voz alta lo que pensaba:

—La pregunta que hay que hacerse es: ¿quién se beneficia de la muerte de Julia?

—Yo también me preguntaría qué secretos guardaba.

La voz llegó clara y sin ironía desde su espalda. Fran pensó que era imposible que hubieran pasado ya los cinco minutos. Al volverse, el guardia de la puerta que acompañaba a Candela lo miró con expresión de disculpa, pero se marchó sin esperar respuesta.

—¡Candela!

Campillo, por instinto, dio la vuelta a la pizarra ocultando lo que allí había escrito. Tarde. Ya lo había visto todo. Robles la saludó con una sonrisa.

—Veo que os falta añadir a la gata y al perro de mi abuelo en ese esquema —dijo, irónica.

—Compréndelo —se justificó Fran y caminó hacia ella. Le hubiera dado dos besos para saludarla, pero se contuvo. Ella tampoco mostró ningún gesto afectivo—. Es una investigación, y debemos hacernos una idea de todo.

—Sí, lo sé, aunque no deja de ser chocante verme ahí, como una sospechosa más.

—O posible víctima —puntualizó Campillo.

—Déjalo, Iván, no lo arregles —soltó Fran. Imaginó, por la cara de la Golondrina, que iba a tener que explicárselo. Habían descartado algunas ideas, pero le preocupaba confiarse. ¿Estaría en peligro? Recordó las palabras de Manuel cuando le pidió que se pegara a ella, aunque seguía sin saber cómo iba a conseguirlo.

Fran les recordó a todos el motivo de la visita de Candela. Les dijo que iba a hablar con ella en el despacho y que luego se plantearía cómo seguir, según la primera inspección que hiciera del nuevo diario. En un gesto mudo hacia sus compañeros, les solicitó que continuaran con la tarea. Cada uno tenía sus quehaceres y no podían perder tiempo. Él mismo debía hablar con el capitán, mantenerlo informado, pero pensó que le enviaría un mail cuando pudiera. El día prometía ser largo.

Candela miró el despacho con ojos curiosos; le pareció bastante informal.

—Pensé que tendrías tus trofeos en algún estante.

—Eso solo pasa en las películas americanas. Como ves, aquí lo que hay de sobra son papeles y libros de psicología forense y criminalística.

La invitó a sentarse en el sofá. Retiró su mochila por si le molestaba y él se acomodó en una silla delante de ella. Por mucho que deseara estar a su lado, seguían en la unidad de investigación de la Policía Judicial, y no tocaba.

De pronto, Candela se mostró intimidada por el lugar. No sabía por qué había tenido el impulso de decirle que le llevaría el diario. Fran podría haber ido al pueblo o haber enviado a alguien a por él. Pero tenía que actuar en consecuencia.

Sin preámbulos, metió la mano en el bolso y lo sacó. Lo había guardado en una bolsa de plástico. Fran sonrió al verlo.

—No sé —se defendió—. En las pelis siempre dicen que hay que

preservar las huellas. Puedes tomar las mías para descartarlas o lo que sea que hagáis con ellas —insinuó divertida mostrando las palmas.

—¿Has hablado con Manuel?

Aquella pregunta hizo que Candela se pusiera seria. Los nervios la tenían alterada y frivolizaba cuando no debía.

—No, lo que leí me parece tan inverosímil que he decidido no creerlo. ¿Para qué hacerle pasar un mal rato al abuelo? Si fuese verdad, lo sabríamos todos en la familia, ¿no?

Fran entendió que le costara aceptar algo que escapaba a su verdad. Quizá se le rompía el concepto de familia o tal vez haberse sentido siempre tan cercana a Julia y descubrir que ella le guardaba tantos secretos la había destrozado.

Como si formase parte del grupo de investigación, Candela le comentó algunas relaciones que había establecido. No le había pasado por alto que, en la novela de Julia, la protagonista no era hija de quien creía, ni que su verdadero padre había muerto y ella hacía todo un viaje interior para saber quién era. También habían tratado de matarla en un par de ocasiones, aunque no lo habían conseguido. No era lo mismo. La novela era ficción, pero su tía podría haber incluido en ella aspectos maquillados de su propia historia. Incluso había un molino.

Fran tomó el diario y lo leyó. Le pareció extraño que solo hubiera algunas páginas escritas. Ella le informó de que lo había encontrado junto con dos libretas más, pero estaban en blanco. Decidió llamar a Paula. Había leído el otro diario con más minuciosidad que él, quizá asociara ideas. Pero Robles, una vez que terminó de revisarlo y tras mostrar su sorpresa por lo que decía, lo manipuló como si esperase encontrar algo oculto, incluso lo olisqueó. Con el ceño fruncido, les dijo que regresaba en unos minutos y salió apurada del despacho.

Cuando Fran y Candela se quedaron solos, se hizo un largo silenció. Él acabó rompiéndolo:

—¿Nunca imaginaste algo así? —preguntó Fran aludiendo a la información que acababan de descubrir.

—No, ya conoces al abuelo, no habla mucho del pasado. Pero tengo tantas preguntas que, cuando salga de aquí, iré a Benalmádena a

hablar con la familia. Es un secreto demasiado grande para comentarlo por teléfono.

—Iré contigo.

Ella se negó, pero no tuvo más opción que aceptar y dejarse acompañar. Fran le aseguró muy serio que era importante para la investigación.

Aquello lo cambiaba todo.

—Encontré también una carpeta con informes. No los había repasado, pero esta mañana, al salir de casa, les he echado un vistazo. Son listados de stocks mezclados con una copia del Registro de la Propiedad. Las tierras del abuelo, básicamente.

Candela le entregó la carpeta. Imaginó que él querría saber de dónde la había sacado. No se equivocó.

—¿Dónde has encontrado esto? No sé si contratarte, investigas mejor que mi gente.

Ella arqueó las cejas en señal de incredulidad y contestó:

—La cogí en las oficinas del molino. Estaba entre facturas, pero hasta hoy no la he mirado.

Fran abrió la carpeta y sacó varios papeles que revisó por encima. Comentó que se la entregaría a sus compañeros para que comprobaran su contenido. Luego se lo pensó y decidió que se lo mostraría a Manuel. Necesitaba estudiar su rostro cuando lo hiciera. El secreto que iban a desvelar tendría consecuencias, y él seguía con demasiadas dudas.

—Será mejor que nos marchemos —dijo, e invitó a Candela a salir.

La informó de que dejaría allí su coche e irían en el que él usaba para el trabajo. Podría recogerlo a la vuelta. El lugar donde la familia se había refugiado de los chismosos era un pueblo costero. A Fran le hubiera encantado visitarlos con otras intenciones y pasar un bonito día en la playa, como cuando eran novios, pero se temía que solo olerían el mar de lejos. Esperaba que Manuel se tomara bien aquella visita y la noticia que iban a darle. No sabía cómo podría llegar a afectarle que se desvelara un secreto guardado durante cuatro décadas.

Cuando ya estaban cerca del ascensor que los llevaría al

aparcamiento, Paula los interceptó en el pasillo.

—No te lo vas a creer. Hay anotaciones con tinta invisible.

—¿Qué quieres decir con «tinta invisible»? —inquirió Fran con asombro.

—Reacciona por oxidación. ¿Es que nunca hiciste experimentos con zumo de limón?

—¡Venga ya! —exclamó Candela incrédula. Pero la expresión de Paula no dejaba lugar a dudas. Algo en su cabeza la hizo titubear—. ¿En serio?

Candela tuvo la impresión de que se distanciaba de la escena.

De repente, mientras Paula y Fran comentaban lo de la tinta invisible y la cabo, diario en mano, los invitaba a pasar de nuevo al despacho para enseñárselo tras encender una lampara halógena, Candela supo lo que iba a mostrarles.

De inmediato, como si fueran fotogramas de una película, se vio de niña en el despacho de su abuelo haciendo los deberes. Tenía que explicar un experimento que hubiera puesto a prueba. Isa había decidido plantar judías en algodón dentro de un vaso de yogur, y ella pensó en explicar el proceso de pasar de la aceituna al aceite, aunque no era una idea demasiado original. Julia la descubrió intentando machacar unas olivas con el mortero de mármol de la abuela.

—Tengo algo mejor para tu experimento —le dijo misteriosa.

—¿Mejor que hacer aceite?

—Cariño, no conseguirás aceite con esas olivas. Y no está bien hacer trampas.

Se sintió descubierta: pensaba llevar a clase el aceite de casa.

—Ven, te enseñaré a escribir con tinta invisible.

¿Tinta invisible? Aquello sí que era original.

Mientras Julia buscaba en la cocina lo necesario para hacer el experimento, dijo con voz muy seria:

—Desde la Antigüedad se ha utilizado este sistema para encubrir mensajes. Sirve tanto para pasar correos secretos entre militares y espías, delante de las narices del enemigo, como para compartir

secretitos entre enamorados.

Aquello la hizo reír.

Bastaba con exprimir un limón, usar un bastoncillo o algo fino para escribir e ir empapándolo en el zumo como si de una pluma y un tintero se tratara. Luego había que esperar unos instantes y dejar secar el mensaje. Para leer ese texto solo había que acercar el papel a una fuente de calor.

A ella le había costado creer que eso funcionara. Cuando su tía la animó a escribir en un papel con aquella «tinta» que había preparado, garabateó algo que no se atrevería a decir nunca, convencida de que su secreto estaba a salvo. Se puso roja como un tomate cuando Julia acercó el papel a uno de los fogones que había encendido y, en una línea amarronada, con letra poco homogénea, apareció una frase como por arte de magia: «Me gusta Fran».

—¡Joder! —exclamó Fran al ver lo que aparecía en el papel blanco del diario.

Aquella expresión la sacó de sus pensamientos. Algunos recuerdos eran tan vívidos que la estremecían. Por suerte para su yo de niña, su tía le había guardado el secreto. Pensó si las libretas que había dejado en la caja también estaban escritas con aquella tinta, pero parecían nuevas y no se habían utilizado. En cualquier caso, las revisaría.

La cabo y Fran conjeturaron sobre por qué Julia habría querido ocultar su diario como si fuese un mensaje secreto y llegaron a la conclusión de que, si había querido encubrir lo que decía era porque podía desestabilizar a alguien. Supusieron que se refería a sus orígenes, pero podían esperarse cualquier cosa.

Paula comentó que la escritura con zumo de limón era la que se usaba con mayor frecuencia, aunque, explicó, se podía utilizar cualquier ácido: bicarbonato mezclado con agua, jugo de uva e incluso vinagre.

Candela se perdió en aquellas explicaciones y, ya repuesta del recuerdo que la había asaltado, preguntó impaciente:

—¿Qué pone?

Tenía un nudo en el estómago; en el fondo, el contenido del mensaje secreto era lo que le interesaba. Si le daba tiempo a su imaginación, podría llevarla a las series policiacas que tanto le gustaban y elucubrar cualquier cosa. Intuyó que, si su tía se había tomado la molestia de esconder lo que escribía, quizá supusiera que corría peligro. Todo aquello le parecía demasiado novelesco, pero no por ello dejaba de asustarla. Una cosa era un experimento para el colegio a los doce años y otra muy distinta ocultar mensajes en su diario.

—He de terminar de rescatar el texto —afirmó Paula—, lo he mirado muy deprisa. Dice algo de hospedarse en el mismo hotel que la tal Angustias. Quería pasar con ella el tiempo que le quedara.

Dedujeron que la mujer no andaba fina.

—Ese mensaje no me resulta tan misterioso como para tener que ocultarlo —conjeturó Fran.

—A mí tampoco —añadió Candela algo decepcionada. Esperaba que Julia les ofreciera una pista trascendente.

Paula, emocionada por su descubrimiento, informó de que las páginas que había en blanco entre el inicio del texto y lo último escrito parecían una prueba. A Julia debía de haberle costado un poco dominar la escritura con lo que suponía que era un bastoncillo impregnado en el líquido. Había frases cortas, letras de diferente tamaño y grandes espacios, pero se podía leer sin dificultad. Mencionaba una discusión con Sebastián. Por lo visto, fue bastante fuerte.

Candela no quería que Sebastián estuviera entre los sospechosos. Era cierto que Julia y él a veces discutían, pero no imaginaba a su tío matando a su hermana. No, eso era imposible. Buscó entre sus recuerdos y evocó el momento en que su tía le contó que había discutido con su hermano porque quería irse del pueblo. Nunca le había confesado los verdaderos motivos para marcharse y dejar la aceitera… Lo justificó con la excusa de que necesitaba salir y hacer algo por sí misma. Su decisión había causado un gran revuelo en la familia, y el enfado de Sebas no fue ningún secreto. Aunque por aquella época ella ya no vivía en Las Golondrinas, podía figurarse la

situación.

—Mi tío fue a buscarla y sé que arreglaron sus diferencias —afirmó —. Nunca hubo más problemas que los típicos entre hermanos.

—Que sepamos —añadió Fran. Tras unos segundos en los que trató de organizar sus ideas, señaló—: Esto no significa nada, Candela, que discutieran es lo más normal del mundo, pero debes entender que tenemos que investigarlo todo.

—Lo sé, pero es imposible que él lo hiciera —sollozó—. Esto es de locos. No os estaréis planteando lo contrario, ¿verdad?

Fran la tranquilizó: saldrían de dudas al hablar con Manuel. Le pidió a Paula que averiguara lo que decía ese diario y le ordenó que alguien volviera a hablar con Juana en el hotel para tratar de averiguar si Angustias seguía allí hospedada. Si era así, le ordenó que la citaran en la unidad.

—Espera, no hay mucho más escrito. Solo algo muy enigmático — anunció Paula, con tensión—: «La respuesta está en Carlota».

22

Mientras Fran conducía hacia el pueblo costero de Benalmádena, iba dándole vueltas a la bomba que había soltado Paula antes de despedirse: «La respuesta está en Carlota».

Había que joderse. ¿Y quién coño era Carlota?

Esas habían sido las últimas palabras que Julia escribió en el diario. Después de eso, ya no había nada más, solo páginas en blanco. Le recordó a una frase de una película de Nicolas Cage, pero Ben Gates, el protagonista, buscaba un tesoro y la clave estaba en un barco enterrado bajo capas de hielo. Él buscaba a un asesino, y aquello no tenía nada de ficción peliculera.

Se parecía bastante a uno de aquellos recursos narrativos que usan los novelistas al final de un capítulo para generar suspense y enganchar al lector, un *cliffhanger*. Pero, en una investigación, eso era apto para los no cardiacos. Ya tenían bastante suspense.

Decidió que, por muchas vueltas que le diera, no iba a sacar nada en claro, así que lo pospuso en su mente para analizarlo en un momento más oportuno.

Por el rabillo del ojo vio a Candela, que iba de copiloto, sacar el móvil del bolso. Buscó un contacto y al segundo la oyó hablar.

Candela había pensado que debía avisar a su madre de que iba a verlos acompañada por Fran. Nada más soltar la bomba, María malinterpretó el mensaje. Tuvo que aclararle que era algo oficial, y le rogó que estuviera toda la familia cuando llegaran. Ante la insistencia y la curiosidad de su madre por saber algo más sobre la visita, ella solo le dijo que se verían en un ratito.

Poco más de una hora después llegaron al apartamento.

Estaba en una zona privilegiada, en un edificio cerca de la playa, con una enorme piscina y espacio de ocio. Era un piso grande con unas vistas espectaculares, no muy alto y esquinero. Tenía seis

habitaciones y una bonita terraza que daba por delante al Mediterráneo y por el lateral a la piscina. Ella era pequeña cuando el abuelo lo compró, poco después del divorcio de sus padres, con la intención de que pudiera ir toda la familia. Evocó cuando iba en verano con los abuelos. A la abuela Rosalía le gustaba sentarse en una hamaca y observar el mar. Nunca la vio meter en el agua más que los pies. Le daba miedo, decía, porque no sabía nadar. A veces colocaba su silla justo en la orilla y dejaba que las olas rompieran en sus piernas.

A Candela le gustaba mucho ir, sobre todo cuando Julia las acompañaba. Se recordó en su toalla infantil sobre la arena, imitando a su madre y a su tía que, con sendos libros y gafas de sol, se achicharraban sobre unas tumbonas. Ella trataba de imitarlas, pero se aburría y las apremiaba para que fueran al agua con ella. Muchas veces Julia acababa acompañándola y, tras el baño, le sugería juegos: una partida de palas o pimpón, o sentarse en la orilla para hacer horribles castillos de arena que el agua acababa borrando.

Si cerraba los ojos, podía verla con su biquini rojo anudado al cuello, su melena salvaje, húmeda sobre su espalda, y siempre con una sonrisa. Sin querer, una lágrima resbaló por su mejilla. Se dio cuenta de ello al notar la caricia de Fran secándosela.

—Me acordaba de Julia, cuando veníamos en verano —dijo como si necesitara justificarse. Él solo asintió, y Candela agradeció su silencio.

María los recibió con un abrazo y los hizo pasar. Manuel estaba en el salón, frente al televisor. Se levantó para darle un beso a Candela y la mano a Fran. Desde la terraza, Sebastián, los niños y Juanma, al verlos, se acercaron para saludarlos. María presentó a «su amigo» sin demasiado protocolo. Laura salió de una de las habitaciones con una bolsa de playa y, al encontrarlos, abrazó a Candela. Los niños se pegaron a su prima y la bombardearon a preguntas sobre si los llevaba a la playa y les compraba helados.

—A lo mejor más tarde —les dijo poniéndose en cuclillas para estar a la altura de sus primos—. Ahora tengo que hablar con el abuelito.

María intuyó la tensión que inundaba a su hija cuando se levantó y se acercó a Manuel. Con un murmullo de preocupación, les preguntó el motivo de la visita. Fran tomó la palabra y actuó de un modo cercano, pero marcando la distancia que requería ser el sargento que investigaba el crimen de Julia. Dijo que tenían que comentarles algo que habían descubierto. Miró a los niños de soslayo y susurró que era mejor que hablaran sin que ellos estuvieran presentes.

—Pues… —Laura miró a su marido, que se encogió de hombros, y añadió—: Vale, me los llevo a la piscina.

Juanma, al oír las palabras de Fran, pensó que él no pintaba nada en aquella conversación, y señaló que podía bajar él con los pequeños. María le dedicó una sonrisa llena de ternura. Laura y Sebastián le agradecieron el gesto y les dijeron a los niños que se prepararan para bajar a la piscina. Manuel, que hasta el momento parecía un mero espectador, le dio las gracias.

Una vez solos, Fran les pidió que tomaran asiento. Candela lo hizo junto a su abuelo y lo cogió de la mano. Este se la besó. Con cierta impaciencia, se dirigió al sargento y le dijo que soltara lo que tuviera que contar. Fran le pidió paciencia. Inició su conversación y señaló la carpeta negra. Necesitaba que le confirmaran qué eran aquellos papeles. Se los mostró. María dijo que uno era un listado del almacén. Manuel reconoció los otros documentos: eran del Registro de la Propiedad, una certificación, un documento público que daba fe del contenido del registro y que servía para acreditar todo lo relativo a una finca. Al repasarlo, añadió que era correcto. Hacía referencia a sus tierras, en concreto al olivar, y atestiguaba tanto sus titulares actuales como antiguos, la localización, las coordenadas y los derechos inscritos sobre la finca. Él tenía la titularidad plena.

Candela y Fran cruzaron unas miradas. Él pensó que Julia había investigado en el registro, quizá ante la duda sobre las cargas o dominios que pesaban en la finca, derechos que se hubieran constituido sobre la propiedad. Era probable que hubiese querido ocultar los documentos al mezclarlos con aquellos listados. Fran continuó, dijo que Candela había encontrado un nuevo diario en el armario empotrado de la habitación de Julia, y se disculpó por que no

lo hubieran visto en el registro anterior. María también se justificó: atribuyó a los nervios el no habérselo indicado a su compañera.

—Antes que nada, quiero advertir de que este hallazgo nos ofrece nuevas líneas de investigación —afirmó Fran mirándolos a todos. Luego continuó con un ruego—: Si en algún momento habéis pensado algo que os haya parecido una tontería y no lo habéis compartido, ahora es el momento de hacerlo. Hay, por decirlo de alguna manera, información que es una verdadera incógnita.

—Sí, hay fragmentos del diario escritos con tinta invisible y una frase que no sé qué quiere decir: «La respuesta está en Carlota» —informó Candela intrigada—. ¿Sabéis a quién se refiere?

—¿Carlota? No me suena de nada —respondió María—. ¿Será alguna de sus amigas de Málaga?

Fran no quiso adelantarse, pero se hizo una nota mental: podía ser. También tenían que averiguar cómo se llamaba la sobrina de Angustias. Miró a Laura. Su rostro le decía que no sabía si intervenir o no, así que la invitó a hablar.

—¿Hay algo que quieras decir, Laura?

—La tinta invisible… ¿Es lo que creo, escritura con zumo de limón que queda oculta? —Fran asintió, y todos se miraron, intrigados por aquel misterio.

—Hablando del diario… —intervino Candela. Fran la intuyó nerviosa y la dejó decir lo que le quemaba por dentro—. No es como el otro. Aquí pone algo que, al menos yo, no sabía. Bueno, tampoco es que supiera lo que decía en el otro que encontré, pero este… —Miró a su abuelo y, de un tirón, concluyó—: Aquí dice que Julia no es tu hija.

—¡Santo cielo! —exclamó Laura.

María y Sebastián miraron al abuelo con incredulidad. Por un momento, los hermanos bromearon sobre la irrealidad de las palabras que Julia había escrito en aquel diario y comentaron que debía de ser una broma. Manuel seguía callado y parecía rumiar lo que acababa de oír. Todos esperaban a que dijera algo. Sebastián lo exhortó:

—¿Papá?

Manuel les pidió calma.

—Si lo que estáis pensando es que vuestra madre me engañó, os

equivocáis. Todo tiene una explicación.

—¿Así que sabes a lo que se refiere? —quiso saber María.

—Sí, por supuesto —respondió Manuel con pesar, y se dirigió a Fran —. ¿Qué más dice ese diario?

Fran miró a Candela como si la avisara de que tomaba la palabra. Tras unos segundos de silencio en los que pensó cómo soltar semejante información, empezó a hablar. Resumió que Julia había sabido por Rosalía que ni ella ni Manuel eran sus padres. Esta se lo había confesado antes de morir. Quiso averiguar algo más, pero tardó bastante. Por eso, dos años atrás se había ido a Málaga: había encontrado a su madre biológica, a Angustias.

El silencio inundó la estancia. Solo se oían las voces del exterior.

Manuel había cerrado los ojos un segundo y Fran pensó que el pasado regresaba a su mente, desvelando al fin el secreto de Las Golondrinas.

—¿Angustias…? —sondeó María confundida—. ¿No era la novia que tuvo el tío Juan? ¿Qué significa esto, papá?

—Entonces ¿Julia era adoptada? —preguntó Sebastián contrariado, dirigiéndose a su padre—. ¿Pero no decíais siempre que yo nací un poco antes que ella?

Manuel los miraba a todos sin ser capaz de articular palabra.

—La trajeron aquella noche, ¿verdad? —inquirió María. En su cabeza empezaron a aparecer recuerdos lejanos, de cuando tenía nueve años—. Yo era una niña. Mamá se puso de parto y no dejaba que entrara en su habitación. Aquella noche vino gente a casa a deshoras. Siempre he pensado que mi mente me hizo creer que había oído el llanto de dos niños, cuando solo recordaba el de uno. A la mañana siguiente, lo olvidé todo. Tenía dos hermanos, pero la alegría nos duró poco: Juan había muerto.

Hubo un silencio en la sala y todos clavaron los ojos en el abuelo.

—¿Qué pasó, Manuel? —preguntó Fran, y miró a Candela, que lo cogía de la mano.

Manuel tardó varios minutos en reunir el valor necesario para darles las explicaciones que le pedían.

—Aquella fue una noche muy larga…

De repente se detuvo, como si buscara las palabras adecuadas para explicarse. Todos lo miraron expectantes. Estaban sentados en semicírculo, entre el sofá y los sillones; Fran había cogido una silla. Cuando pareció que iba a continuar, el móvil del sargento rompió el instante y el abuelo, que se había incorporado en el asiento dispuesto a confesar, volvió a apoyarse en el respaldo y guardó silencio.

Incómodo, Fran pidió disculpas y miró molesto la pantalla. Su primera intención fue cortar la llamada, pero decidió atenderla al ver que era Paula. Podían ser buenas noticias para compartirlas con la familia de Candela.

Se levantó de la silla y se dirigió a la terraza para hablar con intimidad.

En el exterior, el calor apretaba; de lejos, divisó la playa. Saludó a su subordinada y le preguntó si había novedades.

Las noticias no eran las que se esperaba.

Paula le contó que se habían acercado al hotel y habían vuelto a hablar con Juana. Esta les dijo que la huésped amiga de Julia se llamaba Angustias Castro. Desde hacía casi dos semanas estaba ingresada en el hospital Carlos Haya. Era enferma coronaria, le había dado un infarto. Se la habían llevado del hotel en ambulancia, y desde entonces estaba en la UCI. Su sobrina estaba con ella.

Paula se anticipó a lo que Fran quería averiguar. Le había dejado el teléfono de la unidad a Juana para que se lo diera a la sobrina de Angustias, y le pidió que le dijera que estaban muy interesados en hablar con ella.

Tras transmitir la información, la cabo le preguntó cómo se había tomado la familia las noticias, y él fue escueto en su respuesta: «Estoy en ello».

Fran le pidió a Paula que averiguara si era posible hablar con Angustias. Sospechó que aquella dolencia se le había agravado al enterarse de la muerte de Julia.

Al cortar la comunicación, entró en el apartamento con diligencia. Encontró a la familia a la espera. Manuel se había levantado y ya no estaba allí.

23

Antes de que a Fran le diera tiempo a preguntar por Manuel, este apareció y tomó asiento en el sillón. No dijo nada, pero todos le vieron los ojos enrojecidos.

—Aquella fue una noche muy larga… —repitió Manuel, e hizo un silencio.

Candela intuyó que rebuscaba en sus pensamientos. Le costaba hablar del pasado y ella podía entender a lo que se enfrentaba. Había logrado ocultar aquel secreto durante cuatro décadas, pero Julia lo había averiguado y aquello la removió tanto que necesitó buscar sus orígenes. Intuía que Angustias había llenado sus lagunas. «Es absurdo ocultar una verdad; tarde o temprano, acaba saliendo a la luz», se dijo. La voz del abuelo la sacó de su abstracción y lo miró con ternura.

—Nunca imaginé que Julia lo descubriría. Rosalía y yo juramos guardar el secreto.

«En los pueblos, nada se oculta del todo, siempre hay alguien que sabe algo que puede afectar a otro», dijo Manuel con pesar. Por eso habían borrado todas las huellas del nacimiento de Julia. El padre Augusto los había ayudado.

Candela fijó su atención y escuchó a su abuelo relatar el secreto de Las Golondrinas.

—Aquella fue una noche muy larga… —repitió Manuel.

Rosalía se había puesto de parto, aunque la comadrona le había dicho que le llevaría casi toda la noche dar a luz; estaba poco dilatada. Ella tenía más trabajo, no era la única parturienta de la zona y debía atender a las otras mujeres. Ante el tiempo que parecía quedarle para parir, se fue a atender a otra mujer que estaba en una situación similar, con la promesa de volver en unas horas. En aquel momento, Manuel deseó que su esposa hubiera ido al hospital, en Antequera, pero ella era una cabezota y se había empeñado en dar a luz en casa.

Rosalía tenía más paciencia que él y estaba tranquila. «Es trabajo de mujeres —le decía con una sonrisa—. No te apures, estoy preparada, y ahora estamos en casa», susurraba haciendo referencia al nacimiento de María en Stuttgart con la ayuda de una mujer que apenas hablaba su idioma.

No habían tañido todavía las campanas de la iglesia anunciando la medianoche cuando su cuñada Dolores se presentó en su casa. Manuel pensó que iba a ayudar a Rosalía y a atenderla en el parto, pero se equivocó. Entre lágrimas, le contó que Juan estaba en un lío. Había mandado al niño a por las escrituras de la tierra y el molino para garantizar una apuesta. Ella se temía lo peor y le suplicaba que fuera a la taberna y le impidiera jugarse su herencia. La mujer sollozaba. Aseguraba que Juan era orgulloso y que le cegaba humillar y ser más que el amigo contra el que apostaba.

—Entre él y Severiano había unas rencillas que venían de largo —dijo el abuelo recordando el pasado—. Desde niños competían por todo y se retaban mutuamente.

Con nostalgia, Manuel les explicó que a Juan le daba coraje que el otro tuviera más dinero y que se las diera de señorito. La familia de Severiano contaba con otros negocios, y su padre era el dueño de la quesería que daba trabajo a mucha gente del pueblo, mientras que al suyo le costaba levantar el negocio de la aceituna. Habían sido amigos, pero competían por todo, sobre todo por las mujeres. El otro tenía labia, pero su hermano era guapo a rabiar y se las llevaba de calle. En la feria, se quitaban las mozas: si una bailaba con uno, el otro se la arrebataba. Siempre estaban chinchándose. Llegó un tiempo de tranquilidad cuando los dos se marcharon a hacer el servicio militar. Juan regresó dos años después, pero el quesero no. Se había quedado en la finca de su familia, en Jaén.

—Yo me libré del servicio militar —señaló Manuel. De forma inconsciente, se llevó la mano al pecho—. En la revisión médica me detectaron un soplo en el corazón, así que fui no apto y acabaron excluyéndome. Hasta ahora, el corazón nunca me ha dado problemas.

—Eso fue por el disgusto, papá —observó María.

Manuel necesitó beber un poco de agua y continuó su relato.

Los Escalante tenían muchas ideas pero poco dinero para levantar el negocio de la oliva. Aquello animó a los hermanos a emigrar a Alemania. Otros en el pueblo lo habían hecho y contaban que se ganaba mucho. Había que ayudar en casa como fuera. Sin conocer siquiera el idioma, hicieron las maletas y se marcharon. Para entonces, Manuel era novio de Rosalía y Juan salía con Angustias. Nunca lo había visto tan contento, enamorado y con tantos planes de futuro.

—La necesidad aguza el ingenio —dijo Manuel riendo—. Teníamos una libretilla con las palabras esenciales para comunicarnos escritas tal como se pronunciaban, pero en seis meses ya hablábamos medio bien.

Manuel se detuvo y sacó un pañuelo del bolsillo. Se lo pasó por los ojos, retirando las lágrimas que le nublaban la vista. Les pidió paciencia. Necesitaba ordenar sus pensamientos, secuenciar los sucesos de esa parte de su vida que, durante mucho tiempo, la realidad enterró en lo más hondo de sus recuerdos. Y no encontró mejor forma que seguir la historia lineal, el hilo que bordaba sus memorias, los raíles de una vía por la que tenía que pasar para llegar a la estación. Debía recordar el viaje desde el principio, sin importar lo que ellos ya supieran.

—Cuando era niña, me contabas cuentos antes de irme a dormir —intervino María emocionada—. Yo tenía prisa por conocer el final y tú siempre me decías que había que disfrutar de la historia, escuchar y atender el relato. Solo así podría entender lo que pasaba.

Manuel le sonrió. Fran supo que estaba armándose de valor para evocar aquellos recuerdos.

Juan y él regresaron al pueblo dos años después de su partida con la idea de casarse con sus prometidas y llevárselas con ellos. Muchos de los que emigraban lo hacían, y empezaban una vida en el extranjero con su nueva esposa. Si trabajaban los dos, podrían reunir más dinero y regresar con mayor liquidez. Pero Angustias no esperó a Juan. Este se la encontró del brazo de Severiano al salir de la iglesia. Se casaron solo una semana antes de su regreso. Rosalía y Manuel contrajeron matrimonio y se marcharon a Alemania. Juan los acompañó, pero ya no volvió a ser el mismo. En su interior había crecido rabia y rencor

hacia el que fuera su amigo de la infancia. Lo llamaba «ladrón», y no hay honor entre ladrones.

—Los inicios con la abuela fueron duros, como ya sabéis —continuó Manuel evocando aquellos años—. La fábrica en la que trabajábamos estaba en Stuttgart, y allí la vida no era fácil. Rosalía era joven y fuerte, y entró a trabajar en la sección de mujeres. De día nos dejábamos la piel en largas jornadas, y de noche volvíamos al pisito que compartíamos con otras familias.

Allí nació María. A los nueve meses, decidieron que era mejor que Rosalía regresara con la niña a Alameda, a casa de los padres de Manuel. Juan y él se quedaron, pero su hermano había cambiado; cada día se quejaba más que el anterior. No aguantaba el frío ni el trabajo duro, y se gastaba casi todo lo que le quedaba después de enviar dinero a casa en bares que cerraban al amanecer. Acabó regresando también a España. Manuel se quedó tres años más. Vivió de forma austera y trabajó todas las horas que pudo para ahorrar lo máximo. Quería tener dinero para levantar la almazara y edificar la casa con la que tanto soñaba Rosalía.

Al volver, encontró a Juan casado con Dolores. Ya habían tenido un niño. Él compró las tierras vecinas a las de su padre y comenzó a construir la casa, Las Golondrinas, a los pies del olivar.

Candela observó a Manuel. Por unos segundos, se había quedado absorto en sus pensamientos. Durante un rato estuvo callada, como los demás, a la espera de que el abuelo retomara la historia. Él necesitó levantarse, estirar las piernas y regresar a su sitio con el peso de la mirada de todos los presentes sobre él. Candela sabía que enfrentarse al pasado era duro, lo había vivido, aunque no había nada tan liberador como pasar por la palabra los hechos, sobre todo los dolorosos y traumáticos. Eso fue lo que le dijo la psicóloga con la que hizo terapia, y no le había mentido. Era liberador, como soltar la piedra que uno lleva en el bolsillo, pero costaba mucho bucear en el recuerdo y luchar contra los fantasmas. Respetó el silencio del abuelo y no quiso decir nada de lo que había aprendido. Al fin y al cabo, su experiencia no servía a los demás. Cada uno tenía que recorrer su camino para enfrentarse al pasado. No existían atajos ni fórmulas

mágicas. Ni siquiera una pastillita que resolviera el asunto.

De pronto Manuel se movió, la miró con aquellos ojos claros en los que parecía que podía nadar, y recordó, evocando la noche de la partida de cartas.

—Hay momentos que se nos clavan en el alma, y aquellos jamás podré olvidarlos. Fue una noche muy larga, como os decía, de alegrías y desgracias —repitió Manuel ante la expectación de todos—. No pude ayudar a mi hermano como su mujer pretendía. Regresé a casa con el dolor de las últimas palabras que dije: «Ya no tengo hermano». Después de aquello, le di la espalda. Aquel insensato orgulloso se había apostado nuestro futuro, pero Severiano quería humillarlo aún más en aquella taberna, con su esposa y su hijo como testigos, un niño que hasta quiso pelear por su padre cuando nadie lo defendía. Discutieron, cada uno sacó su navaja e hirió al otro, como si fueran dos bandidos. No pude soportarlo y le grité al quesero que cuánto pedía por las escrituras. Él, fanfarrón, aceptó vendérmelas. Dijo que haría un gran negocio. Cuando llegué a casa, encontré a Rosalía peor. El parto se aceleraba y la comadrona no había vuelto. Estaba nerviosa, pero no por las contracciones que cada vez eran más intensas, sino porque no quería que la niña entrara y la viera con aquellos dolores.

Manuel miró a María y necesitó explicarse. Esta sonrió, como si recordara la escena y lo comprendiera.

—No quería que perdieras de golpe la inocencia de la infancia que aún te quedaba… —Tras un segundo, continuó la historia. Su voz estaba cargada de emoción—. Tuve que ser yo quien ayudara a mi mujer. Fue… fue lo más angustioso y bonito que he vivido en la vida. Acababa de ser padre de nuevo, un varón que seguiría mi apellido. Sebastián… —Manuel se dirigió esta vez a su hijo con los ojos llenos de lágrimas—. Eras tan chiquito que casi te resbalaste entre mis manos, pero tu madre me enseñó cómo debía limpiarte y te coloqué enseguida en sus brazos. Luego os rodeé a ambos con los míos. Estaba emocionado, pletórico de alegría. Quería celebrarlo, pero cuando llamaron a la puerta supe que nada de lo que iba a suceder podría celebrarse.

Severiano, como le había anunciado, se presentó en su casa de

madrugada con los papeles, acompañado por el cura, don Augusto, que cargaba bajo el brazo con un capazo de los que se usan en el campo. Le extrañó aquella compañía. Luego imaginó que el hombre se aseguraba un testigo que supiera guardar en secreto el trato. No sería el primero ni el último hombre que en una noche parecida cambiara de manos las escrituras de unas tierras. El porvenir de una familia perdido por el vicio del juego. No había peor desastre. Tenía que ser frío si quería recuperar lo que era suyo. Iba a tener que acordar un precio que pudiera pagar. Aunque se endeudara, estaba obligado a aceptar lo que el otro le propusiera.

—Me dijo que, si quería comprarle las escrituras, me las vendería gustoso. Pensaba marcharse del pueblo, pero me puso dos condiciones. Lo escuché tan atónito y sorprendido como avergonzado parecía él.

El quesero lo miró con orgullo y luego, como si acabaran de asestarle un golpe, le habló agraviado. El cura estaba sentado junto al capazo que había dejado en el suelo. No intervino, se quedó allí como si fuera invisible, testigo mudo de aquella conversación.

Manuel representó con palabras aquella escena e interpretó a los dos actores.

—La cosecha de este año por todo —espetó Severiano mientras le entregaba los papeles y el pagaré que había firmado su hermano.

—No puedo darte toda la cosecha —alegó Manuel—, pero sí quinientas mil pesetas ahora mismo. Y otro tanto que acordemos en un segundo pago. Si no te parece bien, ponle un precio.

—No quiero dinero. ¿Qué llevas en los bolsillos?

Él lo miró extrañado. Aparte de un agujero, solo tenía un pañuelo y calderilla. ¿Qué clase de burla era esa? Aquellas tierras valían bastante. Era campos fértiles de olivos. Además, había un pozo, y tener agua doblaba su valor. Allí estaba la almazara que con tanto trabajo había levantado, un molino medio arruinado que rehabilitó con sus manos. Cuando su rendimiento ya era considerable y permitía tener ganancias, su padre decidió dejárselo como herencia a su primogénito antes de morir. Aquello supuso un golpe a su orgullo, pero Juan, aunque era un tarambana, no lo dejó fuera del negocio.

Acordaron asociarse y llevarlo juntos. A él no le importaba el trabajo, le ilusionaba continuar lo que había comenzado su padre. Sin embargo, aún no sabía qué clase de locura había afectado a su hermano para jugárselo todo sin importarle hundir a dos familias.

—¿Es una broma?

Severiano negó serio y lo apremió a enseñarle lo que llevaba. Él metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo y varias monedas; no sumaban ni cien pesetas. Se las mostró con la mano tendida.

—Sea —espetó el quesero petulante, y le arrebató las monedas ante los atónitos ojos de Manuel, que se había quedado petrificado. Del golpe, el pañuelo cayó al suelo—. Te he dicho que había dos condiciones. No te saldrá tan barato. La primera es que jamás puede volver a manos de Juan. Ni él ni su hijo tendrán nunca nada que ver con las tierras o la aceitera. Si eso ocurriese, dejaría de pertenecerte a ti o a tu familia y sería para la iglesia. Así lo hago saber en esta carta, y el cura ha venido como testigo. —Severiano miró al sacerdote y este hizo un gesto resignado.

—¿Y la segunda condición?

—Que te hagas cargo de la criatura que Juan le hizo a mi Angustias a la fuerza.

En aquel momento, el cura levantó la toquilla que cubría el capazo, donde él creía que había hierbas para los conejos. Vio a un bebé de apenas un día que dormía plácidamente.

—¿La forzó? —inquirió horrorizado.

—Cría a este bebé como si fuera tuyo. Nadie debe saber lo que le ocurrió a mi mujer ni quiénes son los verdaderos padres de esta mocosa. No estoy dispuesto a que me señalen como un cornudo, ni querrás que la denuncie por adúltera y vaya a la cárcel —lo amenazó con rabia—. Me avergüenzo, es culpa mía. Me la jugué a las cartas creyendo que tenía una buena mano. Ganó Juan, y el muy miserable reclamó lo que había ganado. Ella no quería prestarse, él la obligó. Si no quieres a la criatura, el padre Augusto se la llevará al hospicio.

Manuel tuvo que sentarse ante aquella declaración. El hombre se apostó a su esposa; aquello era indecente, perverso y carecía de honestidad. Para él, era tan vil como los actos que atribuía a Juan. No

reconocía a su hermano en esa atrocidad. El quesero abrió la mano que contenía el dinero y repitió tenso:

—Por cuatro monedas, la honra de mi mujer, su vergüenza y la mía, más tu palabra de que jamás devolverás a tu hermano lo que hoy se ha jugado a las cartas.

El abuelo, como si necesitara hacer un alto en el camino, explicó que, durante el franquismo, la legislación española discriminó a las mujeres casadas y que el adulterio se castigaba con más dureza en la mujer que en el hombre. Ellas podían ser encarceladas ante la denuncia del esposo por infidelidad, o perder sus derechos como madre si pasaban una noche fuera del hogar sin consentimiento del marido.

Luego continuó con su representación de lo acaecido aquella noche.

—Tengo que hablarlo con mi señora —dijo Manuel ante la atroz propuesta. No quiso ni imaginarse el dolor de la madre a la que le habían arrebatado a su hija, pero si las cosas eran como el quesero decía, quizá ella no quisiera saber de la criatura, dado el origen, y estuviera conforme. Había visto a Angustias por el pueblo embarazada, pero jamás imaginó que el fruto de su vientre no fuera de su esposo.

—No tengo prisa, te esperamos. Cuando salga de aquí, quiero tener el asunto resuelto.

Si lo que decía era verdad, Juan no tenía perdón. Sin embargo, pudo ver en los ojos de Severiano que no soportaba ver su honor pisoteado. Aludía a la honra de su mujer, a la vergüenza, pero su actitud decía algo que iba más allá. Era una obscenidad apostarse a la mujer de uno, pero sobre todo no saber lidiar después con la infidelidad, si es que podía considerarse así. Deseaba deshacerse de la criatura, la prueba de su vergüenza, e intuyó que el sacerdote intervino para que no hiciera una locura.

Manuel entró en la habitación de Rosalía que, aunque cansada, miraba con deleite al niño que yacía entre sus brazos.

—Creí que te habías dormido en el sofá o en el cuarto de la niña —comentó feliz—. Aquí no nos molestas. Estamos bien.

—Rosalía…

Ella debió de intuir que algo pasaba, lo conocía bien. Se levantó y dejó al bebé en una cuna de madera que tenía junto al lecho. Se sentó en el borde de la cama y lo invitó a hacer lo mismo. Él le relató todo lo que Severiano le había contado. Rosalía lo miró aterrada y se le escapó una lágrima de dolor. Luego se levantó, se puso una bata y salió de la habitación. Él quiso detenerla.

—Mujer, ¿adónde vas? Acabas de parir, quédate en la cama.

—He dado a luz, no estoy enferma.

Ella continuó su camino con pasos doloridos pero dispuesta. Manuel la siguió perplejo. Temía lo que podía decirle a Severiano y al cura. Para su sorpresa, cuando Rosalía entró en la sala donde estaban los hombres, estos se levantaron y la observaron enmudecidos. Ella se acercó al capazo, levantó la toquilla y cogió en brazos a la criatura que seguía dormida.

—¿Tiene nombre?

—No.

—Se llamará Julia.

El bebé debió de reconocer que estaba en unos brazos amorosos, aunque gimoteó.

—Debe de estar muerta de hambre —sentenció Rosalía, y se fue con la chiquilla hacia el interior de la casa.

Antes de desaparecer, se volvió y preguntó por Angustias. Severiano dijo que no quería a la niña porque era fruto del pecado, y él tampoco estaba dispuesto a criar y hacer pasar como suya a una bastarda. Por eso se había llevado el bebé, en connivencia con el cura. Con desagrado, ella preguntó qué explicación pensaban dar. En el pueblo, todo el mundo había visto a su esposa embarazada. Él dijo con desdén que diría que la criatura había fallecido por muerte súbita. Sin embargo, si ellos no se hacían cargo, como había insistido el cura, la entregarían a la iglesia y un matrimonio cristiano la educaría. No pensaba llevar aquella vergüenza sobre sus hombros, ni ser el hazmerreír del pueblo porque su mujer lo hubiera engañado. Antes la mataba. Don Augusto lo hizo recapacitar y pensó en ellos porque iban a tener una criatura y podía parecer que hubiesen tenido dos. Él lo vio como un gesto de imponer su voluntad. Ellos tendrían que pasar como

padres de la niña. Así nadie se reiría de él y mantendría su honor. Juan se callaría para no desvelar el gran escándalo, Angustias volvería al redil y él obtendría su venganza. Rosalía se santiguó y desapareció con la niña en el interior de la casa.

Manuel la miró asombrado. Su mujer no dudó ni un segundo, pero supo el peso con el que cargaría su alma cada vez que viera a la verdadera madre de aquella criatura.

Firmó algunos papeles y recibió las escrituras a cambio. Con lágrimas en los ojos, vio el garabato que era la firma de su hermano. Don Augusto dijo que Juan había aceptado con su rúbrica y sus documentos la transmisión de la propiedad. Severiano se quedó con una copia y le dijo que, cuando un notario diera fe y confirmara la legalidad de la transacción, le enviaría los papeles. Por su parte, don Augusto firmó como testigo la venta de las escrituras y consintió la entrega del bebé, incluso se comprometió a registrar el nacimiento en los libros de la iglesia y a bautizar a la niña con el nombre de sus nuevos padres. La pobre criatura aún no había sido registrada. A cambio, la iglesia obtendría las reparaciones que le hacían falta y una nueva escultura de la Virgen y el niño Jesús. El quesero lo ofreció como una donación anónima y una forma de calmar la conciencia del cura.

Tras aquellas palabras, Manuel se quedó callado, como si en su mente quedaran resquicios del recuerdo que todavía le dolía.

El mutismo se volvió incómodo. Ninguno de los presentes sabía qué decir. Al cabo de unos segundos, Sebastián rompió el silencio.

—No puedo creer que alguien entregue sin remordimiento a una criatura recién nacida. —Su voz estaba teñida de asombro, pero luego inquirió, incrédulo—: Y las tierras, ¿en serio las recuperaste por menos de cien pesetas?

Sebas miraba absorto a su padre, a la espera de una respuesta, como María, como todos, pero este tan solo asintió con la cabeza. Parecía buscar en su mente las palabras para seguir.

Fran se movió y captó la atención de Candela. De nuevo, como en la escena del hospital, esta cogía una de las manos apergaminadas de Manuel entre las suyas, como si entre ellos ese fuera un gesto de

apoyo y unión, un vínculo que nadie pudiese cortar.

—¿Qué más pasó aquella noche, Manuel? —preguntó Fran para ayudarlo en la búsqueda de sus recuerdos. Lo miró con cautela, temía por su corazón, pero el hombre era un ejemplo de templanza. Estaba emocionado, no derrumbado. Aquella verdad la había ocultado durante demasiado tiempo, pero estaba convencido de que, aunque fuera doloroso, le daría paz.

—Esa no fue la única visita de aquella extraña y larga noche.

Manuel volvió a centrarse en sus recuerdos y, como si no hablara para nadie en concreto, siguió su relato.

Mientras miraba a los dos bebés que compartían cuna, Rosalía dormía agotada. Los había amamantado y los había colocado juntos para que se fueran conociendo. Ninguno sintió como extraño al otro. Para demostrarlo, la pequeña Julia se había agarrado a un dedito de Sebas, que no había rechistado, y así se habían dormido. Pese a la ternura de la escena, Manuel se llenó de angustia. ¿Cómo iba a explicar los dos nacimientos?

Cuando la comadrona regresó, se encontró a la madre y a los bebés durmiendo plácidamente y él, agotadísimo y nervioso, le explicó que habían salido uno detrás del otro con mucha prisa y que su mujer casi ni se había enterado. Temía que no lo creyera, pero, para su sorpresa, la mujer asintió y, por como lo miró, supo que estaban sellando un pacto de silencio. Quizá estuviera tan cansada como él y no tuviese ánimos de entrar en polémica ni averiguaciones. La realidad parecía sacada de la ficción, por lo que entendió que la mujer no le haría más preguntas. Tampoco él le dio más explicaciones. Casi a punto de despedirse, como si quisiera calmar su ansiedad, la comadrona le aseguró que no era extraño pensar que venía una criatura cuando en realidad eran dos.

—Hace dos noches atendí el parto de unas gemelas —le aseguró—, pero el Señor se llevó a una. La madre tampoco sabía que venían dos, y podría decirse que hasta fue una bendición que el Altísimo se la llevara. El padre no parecía muy contento. Quería un varón.

—Angustias abandonó a Severiano —afirmó María aún conmocionada por la revelación de su padre—. ¿Sería ella la que tuvo

gemelas?

—No dijo de quién eran y yo, la verdad, no se lo pregunté —respondió Manuel—. Cándida ayudaba a mujeres en varios pueblos. Por entonces no había demasiados médicos ni comadronas, y menos en poblaciones pequeñas. Había que compartirlos. Algunos se pasaban el día en los caminos.

La comadrona se marchó sin hacer más comentarios o preguntas, tan solo con la promesa de regresar en otro momento para ver a Rosalía.

—Fui a la residencia de ancianos y vi a Cándida —comentó Candela —. Su mente está bastante nublada, decía cosas raras. «Nacieron dos niñas», me confesó al saber que yo era una Escalante. La rectifiqué y le aseguré que habían sido niño y niña, pensando que se refería a los tíos, pero ella me observó con la mirada perdida. No sé si sabía de quién hablaba ni quién era yo, aunque supongo que mezcla recuerdos.

—Nadie le hace mucho caso —dijo María con pena—. La pobre está muy desquiciada y es imposible saber de qué habla.

—Manuel, me dijiste que habías visto a tu hermano antes de que se suicidara. ¿Cuándo fue? —inquirió Fran, que estaba tomando algunas notas y no había perdido el hilo de la historia.

Manuel asintió.

Al meterse en la cama, volvieron a llamar a su puerta con insistencia. Era Juan, parecía desesperado. Quería ver al bebé que Severiano le había traído.

—No sé cómo se enteró, aunque supongo que se lo sacó al cura. Me suplicó que le dejara verlo. —Manuel se tensó y repitió, como si imitara la voz de su hermano—: «Déjame verlo, por Dios, sé que soy un canalla, pero no es lo que crees. Escúchame, hermano, por favor. No creas a un mentiroso antes que a mí, que soy de tu sangre». Suplicaba, pero yo estaba cansado. No podía dejar que me engañara, que me dijera una cosa y la verdad fuese otra.

Manuel no quiso escucharlo. Le dijo que era un miserable, pero cuando lo vio darse la vuelta y caminar hacia la puerta como si cargara el peso del mundo en sus hombros, lo retuvo. Le susurró que la criatura dormía.

—No pude quedarme impasible, así que lo dejé hablar. Me dijo que Severiano mentía, que, fuese lo que fuese lo que me hubiera dicho, no era cierto. Cuando le comenté lo que pregonaba el quesero, que había forzado a Angustias, se puso furioso. Por lo visto, era cierto que el muy desgraciado había llegado a apostar a su esposa en una partida. Juan ganó aquella mano, aunque tuvo que hacer trampas para conseguirlo. Era la primera vez que lo hacía, pero no quiso que ningún otro se la llevara. Rechazó acostarse con ella y amenazó a Severiano con que, si volvía a jugársela, lo mataría.

Según sus palabras, durante un tiempo Juan siguió a Angustias, preocupado por si el marido hacía de las suyas. Y, como se sabe, el hambre y las ganas de comer en algún momento se encuentran, así que, sin darse cuenta, tanta cercanía y tanto paseo acabó haciendo que renaciera el cariño que se tuvieron de novios. De ahí solo había un paso para que pasara entre ellos lo que tenía que pasar.

—Se querían —justificó Manuel—. Juan no sospechó que la criatura de Angustias podía ser suya. Llevaba yerma todos aquellos años de matrimonio. Ni siquiera se le pasó por la cabeza hasta que ella se lo confesó y le dijo que quería abandonar a su marido.

Manuel pareció sumido en sus recuerdos y, con nostalgia, relató lo que habló con su hermano. Nunca fue hombre de rechazar retos, de modo que cuando el alcalde lo invitó a la partida que organizaba, quiso participar. Pretendía irse con Angustias, así que el dinero que sacara le vendría bien. Pensaba escribirle, una vez estuvieran en el extranjero, y contarle la verdad. Cederle el molino a cambio de que cuidara de su mujer y su hijo. Pero todo se precipitó. Angustias dio a luz a una niña de pelo oscuro, como Juan, y Severiano, rubio como el trigo, sumó dos más dos y entendió la evidencia como una traición. Amenazó a Angustias con denunciarla por adúltera y quitarle el bebé, darlo al hospicio si ella no se olvidaba de Juan y volvía a ser la esposa que había prometido. Juan no iba a permitirlo, antes se marcharían con la criatura. Cuando vio aparecer a Severiano por la taberna, imaginó que conocía sus planes. Quizá Angustias, coaccionada, se los había revelado. «No te saldrás con la tuya, así tenga que matarte o quedarme con todo lo que tienes. De Severiano Durango no se ríe

nadie», le espetó el quesero. Tenía que arriesgarse y salir de allí victorioso. Pero el desenlace lo destrozó. No podía demostrarlo, pero estaba convencido de que el quesero había hecho trampas. Lo imaginó cuando, con soberbia, le mostró una sota de bastos, la misma carta con la que él, en aquella partida en la que Severiano se había jugado a su mujer, se llevó la mano.

Juan fue a buscar a Angustias tras la partida, aún conmocionado por el desenlace. Con su firma estampada en un papel, dio fe de lo que había apostado, y así, con unos garabatos en la parte baja de un folio, sus propiedades pasaron a otras manos.

La encontró desolada, rota por el dolor. Su marido y el cura acababan de marcharse. Le habían quitado a la niña para entregarla a la Iglesia. Ella no pudo impedir que se la llevaran. Logró convencerla de que debían irse lejos y de que harían lo posible por recuperarla. Quedaron en encontrarse más tarde. Él todavía tenía que resolver algunos asuntos.

—Juan supo por el cura que Severiano había entregado el bebé a Rosalía. —Manuel suspiró y negó con la cabeza. Fran pensó que sus recuerdos eran muy vívidos y que no estaban exentos de dolor—. No quiero imaginarme cómo obtuvo la información, solo sé que al día siguiente don Augusto lucía un moratón en la cara. Juan dijo que lo había perdido todo, que iba a marcharse lejos y que solo quería ver a la criatura. Saber que estaba con nosotros le daba paz. Con el tiempo, pensaba regresar a por ella. Tenía la esperanza de que algún día podría devolverme el dinero que había tenido que pagar por las escrituras.

Con el dorso del índice, Manuel se retiró una lágrima. Candela, sin darse cuenta, lo imitó, también le resbalaban por sus mejillas. Sentía el dolor de sus palabras igual que intuía que su madre y su tío tenían el corazón encogido, pero ninguno se atrevió a interrumpir al abuelo.

—Cuando le conté la propuesta de Severiano y le dije que no había querido cobrar más que unas monedas, además de que había incluido una cláusula en la que decía que no podía devolverle las tierras ni a él ni a su hijo, se volvió loco. Pensé que iba a golpearme, como si yo fuese el responsable, pero se serenó y aceptó su desgracia. Entendió

que él mismo se había sentenciado y que sería difícil recuperar lo perdido. Con rabia, rumiaba que el quesero solo quería verlo humillado y arruinado porque Angustias lo amaba a él. En todos aquellos años de matrimonio, no había conseguido hacerle un hijo, y no soportaba que su heredero lo hubiera engendrado Juan. Estaba preocupado por Angustias, ansiaba encontrarse con ella, pero antes de marcharse me suplicó ver a la niña. Así podría decirle a la madre que estaba bien. Cuando la tuvo entre sus brazos, me rogó que no dejase que él destruyera nada más. Juan parecía otro mientras sostenía a Julia —aseguró Manuel emocionado, como si tuviera la escena delante de sus ojos y pudiera contemplarla.

Le imploró que no le contara a la cría nada sobre sus padres hasta que él pudiera explicárselo. No sabía lo que tardaría en regresar. Luego le pidió que, sin perjudicar a sus hijos, le diera a la niña algo de lo que había sido suyo para que el día de mañana tuviera un pedazo de tierra que la arraigara. Dolores y Ernesto ya tenían la casa en la que vivían y unos campos que podían trabajar y sacarles partido. Cuando volviera, arreglaría las cosas. Manuel no fue capaz de negárselo. No pensaba dejar en la estacada a su sobrino ni a su madre en la calle, ni los abandonaría al saber que él pensaba hacerlo.

—Mi hermano no estaba preocupado por Dolores ni por Ernesto, y aquello me molestó. Eran su familia y se debía a ellos —dijo Manuel con gesto dolido—. Juan nunca fue un hombre al que el deber le hiciera ir en contra de su deseo. El amor es extraño… A veces es tan grande que es capaz de vencer la venganza y el odio, la infidelidad o la traición. Juan nunca había dejado de querer a Angustias, y de aquel amor había nacido la pequeña que mecía entre sus brazos, la que por siempre llevaría el nombre de nuestra madre, Julia.

Verlo con su hija le partió el corazón. Estaba arruinado y con el rostro bañado en lágrimas, pero aún tuvo fuerzas para entonar una vieja nana que Manuel nunca imaginó que se supiera para acunar a Julia y decirle cariños al oído. Juan le prometió que nunca le reclamaría nada. No tenía derecho, pero le rogó que le diera su palabra sobre entregarle un pedazo de tierra de olivos a la niña. Manuel accedió. La palabra era lo más noble que tenía, pero estaba

tan cansado que no sabía si creer nada de lo que estaba contando su hermano.

—Había sido una noche muy larga —repitió Manuel como otras veces en su relato—. Estaba agotado, así que le dije que ya hablaríamos, que todo se arreglaría. Quizá debí escucharle más y mejor. Siempre me he sentido culpable por no saber ver qué pensamientos cruzaron por su cabeza y lo llevaron a hacer lo que hizo.

Con dolor, Manuel concluyó su relato. Ya despuntaba el sol cuando, adormecido por la tensión y el cansancio, lo despertaron unos golpes secos en la puerta. Era un vecino de su hermano que lo avisaba de que Juan había muerto.

Fran observó a Manuel. El hombre había necesitado levantarse para decir las últimas palabras. Sebastián y María también se pusieron de pie y se abrazaron a él en una imagen de consuelo y comprensión. No hicieron falta palabras, a los pocos segundos volvieron a sus asientos y Manuel se disculpó ante su familia.

—Tenéis que perdonarme, prometí que no lo contaría jamás. Pero ahora sé que Rosalía no cumplió su promesa. Supongo que quería irse en paz.

—Cuando murió, Juan llevaba en el bolsillo un billete para Alemania. Había planeado marcharse mucho antes de aquella noche. Pero iba a viajar solo, no se encontró ninguno a nombre de Angustias —anunció Fran. Aquel dato lo había sacado del informe policial que había redactado su padre y, aunque no aliviaba la culpa de Manuel, podía responder a las incógnitas que lo habían acompañado durante cuarenta años.

Manuel pareció recapacitar.

—No me extraña… Allí podría trabajar y, en unos años, ganar dinero suficiente con el que emprender aquí. Pero parecía convencido de marcharse con ella.

—¿Dolores y Ernesto saben que Julia era hija de Juan? —le preguntó el sargento, cuya mente le sugería ideas que no podía callar. No podía olvidar que él tenía que seguir con la investigación—. ¿Y que Juan iba a abandonarlos?

—No. No creo que Dolores sospechara nada. Si lo hubiera sabido,

hubiese intentado sacar algún beneficio. Los que lo sabíamos hicimos un pacto de silencio aquella noche. Severiano era el más interesado en que no se supiera. No quería ir por el pueblo como un cornudo. El cura era un hombre de Dios. No justifico lo que hizo, pero creo que intervino para que la niña no se criara lejos de su padre. Tampoco sé si mi cuñada imaginaba que Juan iba a abandonarlos. Es una mujer simple, aunque ambiciosa y frustrada por lo que perdió.

—Papá, ¿simple? —le espetó María—. Más bien cizañera.

—Bueno, es una mujer a la que le gusta aparentar. Creía que tenía derechos, pero cuando tuve los papeles en regla se los enseñé. Tuvo que aceptar que Juan los había firmado, igual que Severiano, y que las propiedades habían pasado a mi nombre. Acordamos que la casa que había sido de mis padres se la quedarían ella y su hijo, igual que las tierras de siembra; le dije que Juan así lo había querido. Pero Ernesto no heredaría nada más. Entonces se buscó un abogado que le dijo más o menos lo mismo. No podía reclamar nada: su marido podía disponer de su tierra como quisiera y se la había jugado a las cartas. Que yo las hubiera recuperado fue cosa del destino. ¿Qué iba a hacer? No podía abandonarlos. Me comprometí a pagar la educación de Ernesto y a protegerlos. Nada les faltaría. Le gusta quejarse, pero sabe lo que hay.

—Entonces ¿por qué las prisas que tenías por ir al abogado? —preguntó Sebastián.

—Él me llamó, me dijo que Julia había ido a verlo hacía un tiempo. Que ahora, al estar muerta, podía decirme de qué habían hablado. Entonces me enteré de que había descubierto que Rosalía y yo no éramos sus padres, aunque sí era una Escalante.

El abogado le enseñó la carta que había escrito Juan en su última noche con vida. Iba dirigida a Angustias. Ver la letra de su hermano lo conmocionó y comprendió que aquellas letras eran el compromiso que adoptaba con la madre de Julia. Una especie de seguro. En ella reconocía a la hija que habían tenido. Le decía que no temiera, don Augusto había recogido a la niña para entregarla en adopción a una familia, pero él sabía dónde estaba. Cuando se vieran se lo contaría todo y podrían recuperarla. También le informaba de que había hablado con su hermano y, aunque había perdido el derecho sobre sus

tierras, habían llegado a un acuerdo verbal. Le daba un par de hectáreas del olivar, pero no serían suyas ni podían estar a su nombre, así que serían de la niña que había nacido.

También le enseñó una declaración jurada de Angustias en la que reconocía que Julia era hija de ella y de Juan. Por si eso no era suficiente, Julia se las había ingeniado para comparar su ADN con el de Ernesto y el de Angustias, para verificar que era hermana de este e hija de ellos.

—El muy insensato sabía que si yo le había dado mi palabra nunca me echaría atrás en nada. Esas dos hectáreas fueron de Julia desde aquella noche.

Tras verificar la firma de Juan, el abogado redactó el documento que Julia le pidió. Quería donar aquellas tierras a Candela. Le informó de que necesitaba la conformidad de Manuel, pues legalmente aparecía como titular de las tierras en el Registro de la Propiedad.

—Me devané los sesos pensando en cómo había logrado averiguar esas cosas —señaló Manuel—. Creo que Juan entregó la nota a Angustias porque planificaba un futuro con ella y su hija, lo que no entiendo es por qué se quitó la vida.

—No mencionaste la carta cuando hablamos el otro día —observó Fran con desconfianza.

—Pensé que no era necesario desvelar el secreto, ya no valía la pena.

—Tendremos que hablar con tu abogado —añadió Fran, y Manuel asintió.

—¡Un momento! —exclamó Candela, como si saliera de una ensoñación—. La tía me dejó a mí lo que creía que era de ella. Pero ¿por qué?

—Sí, y yo di mi conformidad al abogado cuando lo vi para que Julia pudiera cumplir sus deseos —declaró Manuel.

—Cariño —susurró su madre mientras la cogía por la cintura, acercándola a su cuerpo—. Creo que Julia quería lo mismo que todos nosotros, que tuvieras algo para volver a Las Golondrinas. Para sentirse segura, no hay nada como el hogar.

Candela sollozó. No podía ni quería decir delante de todos el motivo

que la había mantenido alejada de su casa y de su familia. Sintió la mirada de Fran, cálida y afectuosa, y supo que ese hombre se le había metido de nuevo bajo la piel.

—Hacía mucho tiempo que le había dado aquel trozo de tierra a mi hermano, y mi palabra seguía vigente —explicó Manuel—. Era un acuerdo verbal vinculante: dos hectáreas del olivar para Julia el día de mañana. Supongo que no pensó que yo la criaría como hija mía y que tendría lo mismo que mis hijos. Me gustaría saber qué le pasaba por la cabeza. Es tan incomprensible todo…

—Tal como yo lo veo, en ese momento no pensaba morirse y se aseguraba de que su hija heredara algo que él podría gestionar —añadió Sebastián.

El silencio los inundó.

Laura, discreta como siempre, se levantó. Dijo que iba a preparar café y preguntó si alguien quería una infusión. Necesitaban tomar algo. Se marchó a la cocina con el móvil en la mano y Candela la oyó hablar con alguien; supuso que había llamado a Juanma para preguntar por los niños.

—Me gustaría saber de Angustias —señaló Manuel con curiosidad —. ¿Sigue viva?

—Sí, claro que sigue viva —respondió Fran, y se dio cuenta de que no le había dicho que estaba en la UCI—, pero está en el hospital. Espero que pronto podamos hablar con ella.

24

La confesión de Manuel los había dejado a todos conmocionados. Al terminar de hablar, el primero en levantarse y abrazar al abuelo fue Sebastián. Le agradeció que le hubiera dado a Julia un lugar en su casa, en su hogar y en su familia. Había sido una suerte tenerla de melliza, y siempre seguiría sintiendo amor por ella como si lo hubiera sido de verdad.

Candela acompañó a Fran al coche, prefería quedarse con la familia. Por el camino comentaron la gran revelación del abuelo y el ánimo que todos mostraron. Aunque les dolía no haberse enterado antes de aquel secreto, podían entender al abuelo. No hubo reproches inquisitivos, sino palabras de consuelo por lo que todos habían perdido. Al llegar al aparcamiento, la Golondrina percibió que ambos alargaban la despedida, la tensión entre ellos era palpable. El sargento no había vuelto a besarla, quizá respetaba su voluntad de dejar las cosas como estaban, aunque Candela se preguntó si el hecho de haberle confesado lo que le había ocurrido tenía algo que ver con la distancia que notaba en él. De repente sentía la imperiosa necesidad de saber qué pasaba por su cabeza.

No tenía planeado preguntarle por aquello, le avergonzaba, pero sin querer las palabras salieron de su boca, y no del modo que esperaba.

—Sé que no fui sincera contigo y que ha pasado mucho tiempo, pero me pregunto por qué me besaste y no has vuelto a hacerlo. ¿Es porque al fin sabes por qué me marché y no has podido perdonarme?

—No vayas por ahí, Golondrina —respondió él serio—. Me atormenta lo que pasó y me duele porque no pude protegerte, pero no es ese el motivo.

Ella quiso recogerse un mechón que se había soltado de la coleta y que, con la brisa, se mecía ante su cara. Fran no pudo impedir tocarlo y se lo colocó detrás de la oreja. Rozó con la mano su mejilla, pero no

el tiempo que deseaba, sino que la retiró con prisa, como si la piel le quemara.

—Aunque lo deseo… —continuó con una sonrisa colgada de la comisura de sus labios—. Pero no debo.

—¿No debes o no quieres?

—¿Quieres que te bese? —la provocó.

—Siempre has besado bien.

—¡Vaya, gracias! —rio, luego la miró muy serio y añadió—: No debo. —Fran dio unos pasos hacia ella y colocó las manos a los lados de la cara de Candela. Esta lo miró precavida, sin entenderlo—. Estoy en mitad de la investigación y no quiero que nada se interponga. Además, eres familia de la… —Iba a decir «víctima», pero no quería usar aquella palabra con ella. Sabía que a las familias no les gustaba aquel término impersonal para referirse a su pariente. Le dedicó una mueca traviesa y añadió con humor, para romper la tensión que podía crearse y evitar malentendidos—: Soy un profesional, y no puedo dejar que nada me distraiga.

—¿Así que te distraigo? Pues corre, ve a averiguar qué le pasó a mi tía y te lo agradeceré eternamente.

Candela se emocionó al decir aquellas palabras. Se censuró por coquetear con Fran. ¿Y si lo había entretenido y despistado? Lo que importaba era hallar al asesino de Julia.

—¿Eternamente? —Fran se rio—. ¡Vaya! Pero bueno, sabes tan bien como yo que un día de estos ocurrirá algo entre nosotros. Se está cociendo a fuego lento.

Tras aquellas palabras, él rozó con sus labios los de ella, contradiciendo aquello de que no debía besarla. Luego, se despidió.

Candela lo observó mientras se alejaba, absorta en su figura. Ese hombre seguía despertándole mariposas en el estómago. Cuando al fin lo perdió de vista, subió al apartamento. Su madre estaba sentada en el sofá y se acurrucó junto a ella.

Durante la comida hablaron bastante sobre lo que Manuel había contado; los chiquillos, ajenos a las emociones que se les removían a

todos, pidieron ir a ver la tele, cuando acabaron. La tertulia se alargó hasta que Manuel, cansado, dijo que se iba a echar una siesta. Candela pensó que lo que en realidad quería era estar solo. Sus tíos y los niños también se retiraron. Ella se quedó con su madre y Juanma en el salón. Quiso conocerlo un poco, pero no quería bombardearlo a preguntas. Él debió de percatarse y, como el que cuenta una historia, le relató los hechos más importantes de su vida. Era viudo desde hacía muchos años y tenía dos hijos, pero hacía tiempo que ya volaban solos. La mayor estaba casada y vivía en Sevilla. Cuando el pequeño se fue a trabajar a Londres, él también cambió de aires. Por azares del destino, encontró un negocio en venta en Alameda y se instaló en el pueblo cinco años atrás. Entre bromas dijo que le había echado el ojo a su madre la primera vez que entró en su ferretería, pero le costó mucho que ella quisiera salir con él a tomar una cerveza.

Mientras Juanma hablaba, su madre no hacía más que sonreír, y Candela no necesitó más para saber que era feliz. Pudo captar la complicidad que había entre ellos y se alegró de ver a María así.

Al atardecer salió a pasear con su abuelo por la orilla del mar. La multitud que había llenado la playa durante el día con sus toallas, hamacas, sombrillas, neveras y bocadillos se había retirado. Incluso los castillos de arena habían desaparecido, pero aún quedaba gente que, como ellos, disfrutaba de la cálida brisa que el mar les brindaba a aquellas horas. Se respiraba paz y tranquilidad, todo lo que sus almas necesitaban.

Mientras caminaban, hablaron de la historia de Juan y la espina que Manuel llevaba clavada desde hacía tanto tiempo. La idea de creerse responsable de la muerte de su hermano, de no haberla evitado, lo había perseguido siempre. Candela notó en su voz el dolor que había guardado durante tanto tiempo y que también había percibido en la charla durante la comida.

Iban sin rumbo, descalzos y con las zapatillas en la mano. Caminaban por el placer de sentir la arena bajo los pies y las olas rompiendo en sus tobillos. Manuel le dijo que, tras la muerte de su hermano, nunca pensó en Julia como una sobrina de la que se hacía cargo, sino que siempre la había visto como a una hija. Para Candela

había sido como una hermana mayor y compartieron la idea de que Julia era especial.

Sin embargo, Manuel guardaba en lo más hondo de su corazón que cuidar y criar a Julia fue el precio que pagó por conservar unas tierras, y aquello lo había carcomido siempre. Rosalía rompió su promesa ante su muerte inminente, quizá atormentada por aquello. Julia lo había descubierto y no le había reprochado nada. Simplemente no le había dicho a su padre que conocía la verdad sobre su origen. Ni siquiera le reclamó que no buscara a su madre y le dijera que estaba con ellos. Se lamentó de los errores que había cometido, quizá por miedo a perderlo todo.

Tras un silencio largo en el que cada uno se refugió en sus pensamientos, él cambió de tema.

—Tienes que volver, Candela —susurró Manuel con la mirada perdida, aunque sujetándola de la mano—. Pero no para ocupar el puesto de Julia en la aceitera, sino porque tu lugar está en Alameda; en esa tierra están tus raíces. Allí tienes a tu familia, una empresa que dirigir y un hombre que te quiere.

—Abuelo… —indicó para negar lo último.

—Tengo ojos, y tú también. —Esta vez sí la miró, y ambos sonrieron. Luego Manuel se puso serio—. No quiero que me cuentes por qué te marchaste, algo sé, y es suficiente. Necesitaste irte y lo comprendí, pero creo que no se puede huir toda la vida. A los fantasmas hay que mirarlos a la cara, Golondrina, mirarlos de frente y atravesarlos. Nunca se es feliz del todo porque la vida siempre te pone piedras en el camino. Vivir se trata de eso, de saber sortearlas y quedarte junto a los que te hacen feliz y te quieren. Hay que vivir aventuras, ir a los confines del mundo si quieres, pero es bueno tener un lugar al que regresar. Y ese lugar es tu casa.

Candela no supo qué decir. Se agarró al brazo del abuelo y apoyó la cabeza en su hombro mientras sus pasos seguían un sendero imaginario por la arena húmeda, salpicada de espuma por las olas que rompían en la orilla.

Al día siguiente, Fran y Paula entraron en el Hospital Regional Universitario de Málaga, conocido como hospital Carlos Haya, para hablar con Angustias, pero primero tuvieron que hacerlo con el personal médico. La mujer había salido de la UCI el día anterior. Los doctores les concedieron unos minutos de visita para conversar con ella, dada la importancia de su testimonio para la investigación, pero les pidieron que no la fatigaran mucho. Estaba bastante delicada.

La sobrina, que se enteraron de que se llamaba Mariana, nada pudo decirles sobre esa tal Carlota, y por lo que intuyó Fran, no le hacía mucha gracia que molestaran a su tía. La noticia de la muerte de Julia la había hecho empeorar, y temía que su corazón no soportara más emociones fuertes. Trató de disuadirlos cuando entraron en la habitación.

La voz débil pero segura y serena de la mujer los sorprendió.

—Mariana, deja de refunfuñar y ve a por agua. No voy a morirme todavía. Al menos hoy no. Me lo ha dicho el médico —ironizó—. A mi edad, se agradecen las visitas, aunque sean las de la ley.

—No la molestaremos mucho, señora —intervino Paula con amabilidad y una ligera sonrisa cómplice por la fuerza que denotaba la mujer, aunque parecía un pajarito bajo aquellas sábanas.

La sobrina acomodó a su tía con unos almohadones y arregló la ropa de cama, la besó en la frente y le dijo que enseguida volvía. Tras abandonar la habitación, Angustias les pidió que se sentaran y Fran acercó dos sillas al lecho.

—Mariana es sobrina por parte de mi marido —aclaró—. Bueno, no volví a casarme después de dejar al que fue mi esposo, Severiano Durango, como ya sabrán. Me rejunté con un buen hombre en Uruguay, país al que me marché hace ya mucho tiempo. Mariana me cuida y me hace compañía desde hace mucho.

—Bueno, como imaginará, venimos a hablarle de Julia…

Ella asintió con pesar.

—¿Saben ya quién lo ha hecho?

—Por desgracia no, seguimos investigando.

Fran la informó con cautela y sin entrar en datos delicados. Le preguntó si conocía algún detalle que pudiera ayudarlos y, sobre todo,

si pensaba que Julia tenía enemigos.

A la mujer se le saltaron las lágrimas y, en un susurro en el que iba perdiendo la voz, dijo que maldecía a quien le hubiera hecho daño. Luego se recompuso, pero necesitó unos segundos para continuar. Les dijo que no podía contarles mucho, sabía de la familia y las amistades lo que ella le explicaba. Julia le contó que iba a salir unos días con Vicente, pero no se fiaba de la esposa del escritor.

Iba a presentarlo en casa y más tarde pensaba hablarles de ella. Todavía no había confesado que conocía el secreto que guardaba Manuel sobre su origen. Dudaba que sus hermanos lo supieran y quería esperar el momento oportuno. El embarazo le hizo tomar la decisión de presentarles a Vicente, pero Angustias no creía que lo hubiera hecho de no haber estado en cinta. Él no acababa de separarse nunca, y la mujer era de las que no soltaban la presa. Ella lo quería, pero todo tenía un límite.

—Iba a regresar a Las Golondrinas —afirmó. La voz todavía le temblaba—. Yo también quería volver al pueblo para estar cerca de ella. Ya saben, era mi única familia directa. Tengo un buen dinero que me permitirá vivir holgadamente el tiempo que me quede. Luego, cuando Dios considere, lo mío será de Mariana.

Fran le explicó que Vicente no había resultado ser trigo limpio. Le resumió la situación y la mujer se lamentó por no haber sabido aconsejar mejor a Julia.

—Y de Adela, ¿sabe algo? —preguntó Paula. Las nulas noticias sobre ella la tenían muy intrigada—. ¿Le habló de ella? No la localizamos, está desaparecida.

—¿Desaparecida? Pero si le había enviado mensajes a Julia… Estaba preocupada por ella.

—¿Se encuentra bien para hablar un poco más? —preguntó Paula, y compartió una mirada cómplice con Fran. La mujer asintió.

El sargento intuyó que estaba cansada, pero quería ser de ayuda.

—Si no le importa, Angustias —siguió Fran—, quisiera preguntarle por la noche en que murió Juan Escalante. Manuel nos ha hablado sobre el tema, pero tengo curiosidad.

Se hizo un silencio largo y Paula miró a Fran. Este le pidió calma

con un gesto.

La mujer necesitó tiempo para ordenar sus recuerdos. Fran pensó que aquella escena era como un *déjà vu*; de algún modo, se repetía. El día anterior había visto a Manuel en la misma tesitura, aunque Angustias estaba postrada en cama y tenía cables enganchados al cuerpo. No pudo evitar mirar el monitor que reflejaba sus constantes. Uno de aquellos datos empezó a subir al tiempo que parpadeaba, y temió que saltara alguna alarma que hiciera que las enfermeras o el cardiólogo acudieran y les prohibieran seguir charlando con ella.

Paula se levantó y se acercó a la cama. Compartía con Fran la preocupación por que la mujer empeorara. Posó su mano en el brazo de Angustias y le habló con calma:

—Tranquila, no tenemos prisa.

Ella cerró los ojos un instante, los abrió y evocó aquel triste suceso, cuando su esposo y el cura del pueblo se llevaron a su hija bastarda.

Angustias parecía haber aceptado aquel momento de su historia, pero aun así contó con rabia cómo habían sucedido los hechos.

Severiano se dio cuenta al instante de que la criatura no era suya. La niña nació con abundante pelo y, además, negro, todo lo opuesto a él.

—Hacía mucho que buscábamos un hijo, y él se quejaba de que estaba yerma, de que no valía —rememoró con pesar Angustias—. Yo llegué a creerlo, así que con Juan me descuidé. Tardé mucho en sacar las cuentas y descubrir que el hijo que llevaba en mi seno no era de mi esposo. Al enterarse, Juan me pidió que nos fugáramos. Quería que huyéramos a Alemania, donde podríamos hacernos pasar por matrimonio y tener otra vida. Nos consolamos con aquella idea de una felicidad futura. —Angustias hizo un silencio y añadió—: Si yo no hubiera sido tan orgullosa y lo hubiera esperado… Pero era joven y estaba cansada de cuidar cerdos, quería una vida mejor. Severiano me convenció de que Juan tenía a otra en Stuttgart.

Ella y Juan acordaron marcharse juntos; decidieron aprovechar la noche de la partida de cartas. Él había arreglado sus papeles para irse a Alemania, pero ella lo tenía más difícil. Convinieron que, mientras llegaban los suyos, ella esperaría en casa de su madre tras abandonar

a Severiano, pero el parto se adelantó y todo se complicó.

Fran observó a Angustias y luego miró el monitor de las constantes vitales. Su corazón resistía los envites de los recuerdos. Quizá hablar de aquella noche y exorcizarla le aliviaría el alma, porque los indicadores parecían invariables.

—Después de la partida, habíamos quedado en encontrarnos los tres en la casona donde solíamos citarnos, estaba cerca de nuestra finca. Envolví a la niña y la metí en un capazo, recogí cuatro cosas y, cuando estaba a punto de salir, apareció Severiano. Venía acompañado de don Augusto, el cura, que se empeñó en ver al bebé.

Con dolor, Angustias les explicó que los dos hombres se llevaron a la niña para darla en adopción. Don Augusto le dijo que era mejor entregarla a la Iglesia que criar a una bastarda, pues el pueblo murmuraría. No había quedado en cinta antes, era extraño después de tanto tiempo casados… Eso indicaba que la criatura era de otro. Le habló del escándalo, la vergüenza y el pecado, cosas que a ella no le importaban, pero no tuvo fuerzas para impedir que le quitaran a la niña. De un golpe, su esposo la tiró al suelo y la insultó. Le dijo con vileza que acallaría al pueblo, la entregaría a la Iglesia, pero diría que la niña había muerto de repente, y sería el padre más afligido del mundo para acallar las habladurías. El cura dijo que él podría encargarse de la adopción.

—Durante mucho tiempo me consoló pensar que el párroco se entrometiera —dijo Angustias dejando escapar un suspiro—. Llegué a temer que, sin su intervención, Severiano le hubiera hecho algo malo a la niña.

Absorta en sus recuerdos, evocó que Severiano la amenazó con matar a Juan si ella se atrevía a abandonarlo. Incluso si sospechaba que se veían por la calle, él se vengaría de su traición, y ella sería la responsable de las consecuencias. Pretendía encerrarla en casa. Estaba rota porque le habían arrebatado a su hija y, ante aquellas coacciones, se quedó aterrorizada.

Juan llegó después a su casa y se enteró de que la partida no había ido como esperaba. Le contó que se habían llevado a la niña y él le prometió recuperarla. Ella tenía tanto miedo que le rogó que no fuera

en busca de Severiano. Juan la consoló, le dijo que todo se arreglaría y la convenció para verse más tarde en el lugar donde solían citarse. Se irían juntos y ya resolverían lo de sus papeles. Él tenía que arreglar algunos asuntos antes de irse, no podía marcharse con lo puesto. Sin embargo, Angustias no se atrevió a ir al encuentro. Temía que su marido la tuviera vigilada y le hiciera algo a Juan. En vez de eso, huyó a casa de su madre; esta la protegería si Severiano iba a buscarla.

A la mañana siguiente, al despertar, se dio cuenta del error que había cometido. Nunca supo que la niña estaba con Manuel y Rosalía, que Severiano se la había entregado a ellos en vez de a la Iglesia, como le había dicho.

—Fui a la casona, nuestro lugar secreto, desesperada y sin tener en cuenta el riesgo que corría de que Severiano me encontrara por la calle, pero estaba dispuesta a irme con Juan. Pensé que me estaría esperando, y lo único que encontré fue una carta sobre la mesa —afirmó Angustias con pena. Fran pensó en lo mucho que se habría arrepentido esa mujer de la decisión que tomó aquella noche—. Es la misma carta que le entregué a Julia. En ella, Juan la reconocía como hija y hablaba de dos hectáreas de tierra que serían para la niña. Cuando encontré a Julia, redacté un escrito legal para dar valor a la carta. Sé que ella se hizo pruebas que avalaron que era hija mía y de Juan. Consiguió ADN de Ernesto sin que este se enterara.

Con la entereza que da el paso del tiempo y convivir con una pena, Angustias relató cómo se había enterado de la muerte de Juan.

Regresó a casa de su madre con la esperanza de que Juan no se hubiera marchado sin ella y hubiera ido a buscarla allí. Tenía la esperanza de que hubiera recuperado a la niña. De camino, oyó decir a unos vecinos que habían encontrado a Juan, el Escalante del llano, ahorcado en su casa. Fue un gran escándalo en el pueblo del que todo el mundo habló. Quiso dejarse morir, intentó que el cura le confesase cuál había sido el paradero de su hija, pero este era leal a Severiano. Lo único que consiguió fue que tratara de convencerla para volver con su esposo. Este había ido a buscarla a casa de su madre y dudaba de que desistiera de su empeño. Tenía que huir, incluso su progenitora la

apremiaba a marcharse. Con su ayuda se fue a Sevilla. Por allí dio algunos tumbos, hasta que consiguió subirse a un avión que la llevó muy lejos.

—No tuve el coraje de ir a casa de Manuel y Rosalía. Por mi culpa, Juan se había ahorcado. Debió de pensar que lo había abandonado. Había perdido las tierras, a la niña y a mí. Quizá no lo soportó. Hui de Severiano y me marché sin mirar atrás, pero con el corazón roto por todo lo que había perdido. Jamás volví a ver a mi madre.

—¿No pensó nunca en regresar? —le preguntó Paula emocionada por la historia.

—Sí, muchas veces, pero la vida me fue llevando por otros caminos. Tuve un hijo que murió de leucemia a los siete años. Aquello me afectó muchísimo. Cuando mi marido enfermó —dijo refiriéndose al hombre con el que había vivido media vida en Uruguay—, me hizo prometerle que regresaría y buscaría a mi hija. Mariana siempre ha estado muy unida a mí, y no dudó en acompañarme y ayudarme en la búsqueda.

Angustias explicó, con la voz afectada por la emoción, que, tras varias visitas a la iglesia del pueblo sin conseguir nada, se acercó al convento de Nuestra Señora de las Mercedes, convertido en residencia de ancianos. Allí encontró a Cándida, la vieja comadrona. Esta apenas la recordaba, pero la casualidad o el destino quiso que aquella tarde Julia se acercara a leer a los ancianos y se la presentaron. La mirada que compartieron y el sentimiento que le tronó en el pecho le hizo pensar que había encontrado a su hija. Tuvieron un momento para hablar a solas. Su corazón no se había equivocado.

Cuando regresó Mariana, Angustias parecía muy cansada y decidieron concluir la conversación.

25

Fran regresó a Alameda con la cabo. Le hubiera gustado ver a Candela, pero esta se había quedado en Benalmádena con la familia y no sabía en qué momento regresaría. Desde que habían hablado con Angustias, la investigación había cogido otro ritmo: se centraron en Ernesto. Sin embargo, este les dio esquinazo delante de sus propias narices. No daban con él. Cuando fueron a buscarlo al ayuntamiento para llevarlo a la comandancia e interrogarlo allí, les dijeron que se había marchado, pero no supieron decir dónde estaba. Una de las administrativas de la casa consistorial les comentó que ellos tampoco lo localizaban.

Ante la sospechosa desaparición, Fran acudió con Paula a su casa y hablaron con su madre.

La mujer los recibió e invitó a pasar a la cocina con mucha naturalidad. Estaba preparando la comida, pero cuando le dijeron que buscaban a Ernesto para interrogarlo, se puso a la defensiva.

—No sabía que tenía que dar parte de adónde iba o dejaba de ir —dijo con retintín.

—Dolores, esto es muy serio —aseveró Fran.

Estaba pelando patatas y cortándolas en trozos. Clavaba la punta metálica de una navaja pequeña y luego partía el gajo, como si lo rompiera. Lo hacía sin mirar, porque sus ojos estaban fijos en ellos. Se notaba la pericia en artes culinarias. Ante aquella afirmación, le dedicó una mirada adusta, dejó el cuchillo sobre la encimera y echó las patatas en la cazuela que tenía al fuego.

—¿De quién es el coche que está aparcado en su puerta? —preguntó Paula—. ¿Es de su hijo?

La casa estaba en la calle principal. Tenía varias ventanas enrejadas que daban a la fachada y una gran puerta de madera clara de doble hoja. El pomo y la aldaba de bronce relucían, al igual que una anilla

enganchada a la pared, adorno que conservaban y que en otros tiempos servía para atar el caballo. En la acera había un único vehículo aparcado, un monovolumen Volkswagen blanco.

—Es mío. Si tuviera que depender de mi hijo o de otros para moverme e ir adonde me diera la gana, estaba apañada —respondió con soberbia—. Para mí es excesivo, pero a mi hijo le gusta…

—¿Dónde está Ernesto? —Fran la cortó. Se impacientaba.

—¿Qué pasa, es sospechoso de algo? Está en varios actos políticos por los pueblos de alrededor… —Y, como si estuvieran de visita social, añadió—: Os prepararé un café.

—No hace falta, Dolores —rehusó Fran. Para él no era fácil sonsacar información a personas que conocía, y le gustaba marcar distancia, pero ella no le dejaba.

—Sí, no hay que perder las buenas costumbres.

Paula se movió por la cocina. Era grande. Sin querer, miró las vigas del techo, de donde se había colgado el esposo. Se preguntó cómo pudo atar la cuerda.

—Y de su nuera…, ¿sabe algo de Adela? —inquirió Paula que miraba la estancia con curiosidad. Nunca había visto una chimenea tan espaciosa, ni siquiera en casa de sus abuelos, que eran del norte. Pero claro, ellos habían adaptado el hogar con una estufa de forja. En esta, un gran perolo lleno de troncos lucía en el centro. Debajo, una bonita alfombra redonda de esparto, sin duda hecha a mano. No la midió, pero estaba convencida de que cabía una persona de pie en su interior. Tuvo la impresión de que era decorativa, no parecía usarse. Apenas había rastro del tizne negro que deja un buen fuego.

—Le gusta, ¿verdad? —dijo Dolores a su vez, y obvió la pregunta que le hacía al darse cuenta de cómo miraba el espacio la ayudante del sargento. Sin respetar el motivo por el que habían acudido a verla, les dio largas y se deleitó en explicarles que su hijo había rehabilitado toda la casa para que fuera más cómoda. Era grande, «una de las más grandes del pueblo», dijo, y hasta hacía bien poco la habían mantenido como estaba. Habían reformado la cocina, pero ella había insistido en guardar la esencia de antes.

—Nunca había visto una chimenea tan grande —respondió Paula—.

¿La enciende?

—Por supuesto que la enciendo, tuvimos que restaurarla un poco, pero tiene buen tiro.

Dolores preparó café y una infusión. Les dijo que tenía que tomarse unas pastillas: le dolían los huesos y se resentía de las piernas y la cadera. Dio un último vistazo a la cacerola que preparaba, la tapó y colocó tazas y un azucarero en una bandeja. Los invitó a salir.

—Vayamos al comedor, estaremos más cómodos.

El sargento y la cabo se miraron y compartieron un gesto resignado.

Fran no tuvo más remedio que seguirla. No la había tratado mucho, pero le pareció que era de esas mujeres que aparentan lo que desean a cada instante y que no respondería a sus preguntas sin dominar el momento. En ese instante, quería agradarlos, dar buena impresión. Había oído hablar mucho sobre ella, como que era muy quejica y que parecía una mujer resignada a la vida que le había tocado vivir, pero él no sabía qué idea hacerse. Le parecía muy protectora con su hijo. Sin embargo, tenía la impresión de que era una manipuladora. Les estaba dando largas y él, no menos astuto que la mujer, dejaba que creyera que los despistaba.

Al entrar en el salón, Paula echó un vistazo. La decoración decía mucho, y no vio ni rastro de la mano de una joven por ningún lado. Era como si Adela no hubiera estado nunca allí. Lo que tuvo que aguantar, con aquella mujer de señora de la casa como si fuera una vieja hacendada. La comparación la hizo reír para sus adentros. Parecía que, en algunas cosas, Dolores estaba anclada en el pasado. No le pasó desapercibida la foto que tenía de su esposo en una repisa que parecía un altar. Imaginó que ella no sabía que Juan pensaba abandonarla, porque, si hubiera conocido sus planes, aquella fotografía no estaría allí.

Una vez acomodados, Paula volvió a la carga. Comentó que su nuera no había ido a su pueblo en Galicia y que quizá ella podría dar razón de dónde podía estar.

—No lo sé, y si queréis que os diga la verdad, no me importa. Con todo lo que hizo mi Ernesto por ella…

—Parece que le pegaba, Dolores —intervino Fran con tono de queja.

Se había tomado el café de un sorbo y estaba deseando acabar con aquella conversación.

—Sí, lo hizo alguna vez, y tuve que intervenir. Julia me hizo abrir los ojos a lo que pasaba. No quería meterme… Ernesto pasó una mala época y cuando bebía era otro; pensaba que eran cosas entre esposos. Ya no bebe tanto desde que su mujer se fue. —Hizo un silencio que ninguno llenó y trató de explicarse—: Tenéis que entender a mi hijo, siempre ha llevado la lacra de lo que hizo su padre. No nos tuvo en cuenta. Podríamos haber tenido tanto… Suerte que mi cuñado nos ha ayudado siempre, aunque en la aceitera nunca le ha dado un puesto decente a su sobrino. Sus hijos lo ocupan todo. Y lo entiendo, que conste, pero duele. Si lo hubiera ayudado un poco más, mi Ernesto no se habría sentido siempre un pobretón. Tener al alcance de la mano algo que podría ser suyo pero que no lo era por una mala decisión de su padre le ha afectado siempre. Por eso se altera enseguida. Su mujer era demasiado lista para él, el pobre perdía los nervios enseguida. Hasta que entró en política y encontró su sitio.

—¿Cree que ha podido hacerle algo? No la encontramos.

—Ernesto puede parecer un bruto, pero en el fondo amaba a esa don nadie.

Por sus palabras se deducía que a ella tampoco le caía bien su nuera. Además, Paula no pudo aceptar la contradicción «Le pega, pero es porque la quiere mucho», así que, sin poder aguantar más, la interrumpió:

—Señora, no se engañe. No la quería bien, ni siquiera bonito, por mucho lujo con que quisiera rodearla. Su sobrina Julia describe en su diario algunas cosas que Adela le contó y, la verdad, dejan muy mal a su hijo.

—Lo sé, lo sé —dijo con pesar, pero sin disimular que Adela no era santo de su devoción—. Le dije que esa mujer le traería problemas. Era más joven, pero tenía más mundo que él, y no se quedaba atrás cuando discutían. A veces ella lo provocaba. Estoy segura de que se inventaba cosas. Él está arrepentido. La ha buscado por todas partes, aunque lo más seguro es que no quiera saber nada de él. Si, como decís, no ha regresado a Nigrán, estará en algún lugar gastándose el

dinero que le di para que no denunciara a mi hijo. Ernesto está trabajando mucho y tiene planes importantes para el pueblo. Si todo le va bien y no pierde apoyos, en la siguiente legislatura le arrebatará el puesto a Lorenzo Pineda y se convertirá en alcalde.

Fran lo dudó, no veía a Ernesto en esa tesitura, aunque en política no había que ser un lumbreras para llegar alto, solo tener buenos padrinos.

—Y de Julia, ¿puede decirnos algo? —preguntó Paula.

—Ella y Adela eran amigas. Conmigo la relación era la normal entre tía y sobrina. De niña era un encanto, el ojito derecho de mi cuñado, pero desde que se marchó a Málaga a saber a qué, no sabría qué deciros. Apenas teníamos relación.

—Parece que allí coincidió con Angustias Castro… —Fran lo comentó de pasada. No pretendía dar información, sino obtenerla, aunque quería ver cómo reaccionaba ante ese nombre—. ¿Sabe quién es?

La expresión de Dolores se ensombreció.

—Claro que sé quién es. Alguien de otra vida. Lo que no sé es si pretendes que te diga que fue novia de mi esposo y que él nunca la olvidó. Aunque ella se casó con Severiano, el hombre que ganó aquella maldita partida de cartas. Tenía más dinero —dijo con desdén —. Quizá por eso se tenían tanta inquina y competían siempre. Hace mucho que se fue del pueblo, abandonó al marido y él fue tras ella. No sabía que estaba por Málaga ni que se conocieran.

—El mundo es un pañuelo —intervino Paula.

—Por lo visto, Juan y ella se iban a fugar juntos —dijo Fran.

—Eso no es verdad —respondió con contundencia—. Jamás tuvieron nada después de que ella se casara con Severiano. Este no lo habría consentido.

Por su expresión, Fran intuyó que aquella noticia no la conocía o que disimulaba muy bien, y se preguntó qué ocurrió la noche en que Juan se quitó la vida. Pero no iba a averiguarlo en aquel instante. Su investigación era otra, y tenían que descubrir dónde estaba Ernesto.

Al salir de allí, Fran tuvo la impresión de que Dolores había tratado de despistarlos para que se olvidasen de encontrar a su hijo, pero toda aquella palabrería lo único que le provocó fue tener más ganas de buscarlo para saber qué sabía tanto del paradero de Adela como de lo que le había ocurrido a Julia.

—Estaba deseando salir de esa casa —comentó Paula. Él la miró cuestionándola y ella continuó—: Uno se asfixia con tanto mueble. Es una lástima… Tanto espacio y apenas sitio para pasar. Qué idea tan absurda del lujo.

—No hemos venido a escribir un artículo para una revista de decoración —ironizó Fran, y luego, más serio, añadió—: ¿Qué te ha parecido lo que nos ha dicho?

—No sé, pero me mosquea que su hijo se haya marchado justo cuando se le iba a investigar… Y ella disimula muy bien que lo controla todo. ¿Cuántos años tiene?

—Supongo que unos setenta y pocos. No la he tratado mucho. Manuel dijo que es simple, aunque María no opina lo mismo. La llamó cizañera.

—Ese «podríamos haber tenido tanto…» cuando hablaba del marido —dijo haciendo unas comillas con las manos— indica que puede que la mueva la envidia. Es ambiciosa y pretenciosa, solo hay que ver ese salón. Y ser la madre del futuro alcalde debe de ser su gran anhelo. Su posición cambiaría.

—Para eso queda mucho, y los vientos políticos cambian rápido. Yo la veo insensible —alegó Fran—. Le importa un carajo dónde esté Adela, creo que se alegra de habérsela quitado de encima. Pero nuestro trabajo no es juzgar, sino hallar a un asesino. Tenemos que doblar los esfuerzos para encontrar a Ernesto. Hay que hablar otra vez con sus compañeros del partido y del ayuntamiento. Pide una orden para pinchar el teléfono de Dolores. Tarde o temprano, esa mujer hablará con su hijo.

Desde el móvil, Paula gestionó la petición.

Fran subió al coche, tenían que regresar a Málaga. Estaba cansado de tanto viaje arriba y abajo. El caso se complicaba con la desaparición de Ernesto, y él tenía la boda de su hermana a la vuelta

de la esquina. Si ponía un circo, le crecían los enanos. Paula conducía, así que aprovechó para llamar a su primo Paco. Como guardia civil del pueblo, podía ir a hablar con los conocidos de Ernesto.

Cuando el sargento y su compañera salieron por la puerta, Dolores perdió la compostura. Cogió el teléfono que estaba encima de la mesa del comedor y marcó un único número en el que guardaba el de la persona con la que quería contactar.

Un tono, dos, tres… Se impacientó. Cortó la llamada, pero repitió el proceso. De nuevo un tono, dos, tres, cuatro…

«¡Maldito Ernesto! ¿Por qué no contestas?».

Entró en la cocina con el teléfono en la mano y lo dejó en la encimera, junto a la navaja de pelar las patatas. Cogió una cuchara de madera y removió la olla. Luego abrió un cajón, rebuscó bajo manteles y trapos de cocina y sacó una caja; de ella extrajo un viejo cuaderno. Lo revisó y buscó entre la lista de nombres que había junto a unos números. Cuando encontró el que buscaba, lo tecleó en su aparato. Le atendió una voz de mujer.

—El señor Durango, por favor.

Dolores se apoyó en la encimera, miró hacia la cocina, como si observara sus dominios, y esperó.

Una voz conocida la saludó al otro lado de la línea y preguntó quién era.

—Severiano, soy Dolores. Necesito tu ayuda.

Hacía cuarenta y dos años que se había prometido no buscar a ese hombre, aunque siempre estuvo al corriente de sus señas. En poco tiempo era la segunda vez que tecleaba su número de teléfono. Si su hijo se había ido, quizá tuviera problemas, y solo él podía ayudarla.

—Te dije que no quería volver a hablar contigo. ¿Qué quieres?

—Mi hijo. Lo busca la policía, el muy tonto se ha marchado. Necesito que me ayudes a encontrarlo.

—¿Tiene algo que ver con… con la hija de Manuel Escalante? —Ella hizo un sonido gutural de sorpresa y él añadió—: He leído la prensa, no soy adivino.

—No lo sé. Tengo miedo por él.

—Déjalo en paz. Igual no quiere que lo encuentren.

—Severiano, ayúdame a buscarlo —suplicó.

—No, y no vuelvas a llamarme.

—Contaré a la policía lo que sé de ti.

—Hazlo, si te atreves.

Dolores se quedó perpleja cuando el silencio fue el único sonido que escuchó al cortarse la llamada.

La venganza es un plato que se sirve frío, y Dolores no olvidaba. Se prometió que, si algo le ocurría a Ernesto, Severiano no disfrutaría de lo que le quedaba de vida, así tuviera que presentarse en su casa y recordarle que era la fuente de su desgracia. Para ella, cualquier pacto pasado acababa de romperse.

26

Candela entró en casa de Isabel. Por un momento, mientras recorría las estancias y saludaba a familiares y amigos, notó que los nervios le bailaban en el estómago. Aún no había asimilado los últimos descubrimientos de la historia familiar y, además, estar en aquel lugar le despertaba muchos sentimientos. Sentía la mirada de algunos como si le reprocharan que, por haber dejado al primogénito de los Garrido, no tuviera derecho a estar en ese salón. Otras miradas eran de curiosidad, pero ella disimuló como si no le afectaran.

Hacía muchos años que las dos amigas se habían hecho una promesa: la amistad iba por delante de los novios y, el día que se casaran, estarían una al lado de la otra, como hermanas. Casi había roto aquel juramento por miedo. Pero la muerte de Julia le había hecho ver lo que de verdad era importante. Por eso estaba allí, dispuesta a cumplirlo.

Era un día muy especial.

De repente, su móvil sonó en el minúsculo bolso que llevaba y fue para ella un alivio tener que atender a alguien mientras cruzaba el largo pasillo hasta la habitación de su amiga. Pero la llamada se cortó. Vio en la pantalla que era su padre. Se hizo una nota mental para responderle en otro momento. Al intentar guardar el teléfono en el bolso, se le resbaló.

Fran salió emocionado de la habitación de su hermana. Verla con el traje de novia y el pelo recogido en un moño adornado con agujas de perlas y flores le provocó sentimientos encontrados. No pudo reprimir las lágrimas. Al cogerla de las manos para admirarla, solo fue capaz de decirle lo hermosa que estaba. Sin embargo, Isa lo había echado de la habitación. Antes que a él, había hecho lo mismo con su madre y su tía. Medio histérica, esperaba a su amiga para los últimos retoques.

Él también la esperaba. Deseaba tanto verla…

Por un segundo se permitió dejar de lado su trabajo. Buscaban a Ernesto, pero aún no habían dado con él. Pasó gran parte del día tratando de averiguar su paradero, incluso había interrogado a la inglesa con la que salía, pero no parecía saber dónde estaba.

Tuvo que dejar la investigación en manos de su equipo. Se casaba su hermana, y hasta el comandante le había dicho que disfrutara de la fiesta. Muchas personas seguirían con el trabajo. Solo le pidió que estuviera atento al móvil, por lo que pudiera surgir.

Tenía las emociones a flor de piel. La celebración, preparada al milímetro, había impregnado la casa de una atmósfera especial desde las primeras horas del día.

Cuánto se acordaban de su padre… La niña se casaba.

Distraído, caminaba por el pasillo hacia el patio, donde su madre había instalado una mesa con un enorme cubo de latón lleno de hielo y bebidas. De pronto, presintió a Candela antes de verla. Quizá fue el perfume que le llegó al acercarse a alguien que se agachaba a recoger un móvil. La ayudó, y sus manos se rozaron al coger el aparato.

—Tranquila, no se ha roto —dijo al revisar el teléfono. La pantalla estaba intacta. Sin querer, o queriendo, la miró de arriba abajo. La Golondrina sabía vestirse para la ocasión… Estaba impresionante subida en unos tacones altos y finos, con un vestido estrecho y muy elegante que envolvía su cuerpo. Sin dejar de mirarla y con una sonrisa en los labios, le preguntó curioso—: ¿Cómo has venido?

—En el coche de mi tía.

—¿Puedes dejarlo aquí y llevar el mío? Tengo que acompañar a Isa, así luego tendré coche para volver de la finca donde celebran la fiesta.

—Puedo traerte yo.

—Es que llevo un par de cajas en el maletero y mi hermana me matará si me las dejo —alegó con una sonrisa al intuir la protesta de Candela—. Prometo que, cuando quieras marcharte, te traigo.

Candela sabía que iba a arrepentirse cuando levantó la palma de la mano para que le entregara las llaves. Además, lo mismo le costaba adaptarse a la conducción y hacía el ridículo, pero retándolo, le advirtió:

—Si le doy un golpe, será culpa tuya por no querer que te traiga de

regreso en el mío.

Él soltó el llavero despacio, sin dejar de mirarla a los ojos, luego se le acercó con intención de hablar solo para ella.

—Me las pagarás si le haces un solo rasguño —susurró en su oído y, por como pronunció cada palabra, Candela intuyó que no pensaba en cualquier venganza.

Fran seguía siendo un pícaro y un seductor y, por alguna razón, aquel juego le gustaba.

Isabel, su madre, apareció dando órdenes y los hizo reír; envió a Candela a la habitación de su hija y le pidió que se diera prisa; a él le indicó que exigiera a la gente que despejara la entrada de automóviles porque la novia no iba a pasar entre ellos. Candela le lanzó las llaves de su coche a Fran, pues el suyo era uno de los que estaban en medio.

Al entrar en la habitación de su amiga, Isa estaba frente al espejo. Llevaba un vestido de color marfil con escote barco y el cuerpo de encaje. Era estrecho y se amoldaba a su figura. Por detrás tenía una pequeña cola que, según le mostró, podía quitarse.

—Estás tan guapa… —dijo Candela con la emoción en la garganta.

Durante unos instantes, las dos amigas compartieron la emoción que suponía aquel día. Candela bromeó, era la única manera que tenía de alejar las ganas de llorar. Isa debió de intuirlo, porque con un gesto travieso le señaló una botella de cava y dos copas.

—La he cogido a escondidas de mi madre. Anda, sírveme un poquito.

Brindaron por la amistad y por que siempre estuvieran la una en la vida de la otra. Luego, con los sentimientos controlados, Isa le pidió que la ayudara.

Candela cogió el velo pirata que reposaba sobre la cama. En aquel instante entró su madre y, entre las dos, se lo pusieron. Le caía por la espalda y le llegaba hasta el final de la cola.

—Me casé con este velo —informó Isabel—. Llevaba una diadema que lo sujetaba y me cubría el rostro. —La mujer acarició el fino tul ribeteado de encaje con emoción y se dirigió a su hija—. Tu padre me lo retiró después del «Sí, quiero», antes del beso. El pobre estaba tan nervioso que se hizo un lío con él.

—Este estilo le da un toque romántico —respondió Isa, mirándose al espejo, como si no fuera la primera vez que su madre le hacía ese comentario, y luego bromeó—: Así a Elías no le pasará como a papá.

Candela tomó a Isa de la mano y esta, a su madre.

—Bueno, niñas —dijo Isabel al tiempo que se retiraba una lagrimilla que se le había escapado—, controlemos la emoción, que se me estropea el maquillaje. Candela, cariño, ¿llevas el coche de Fran?

—Sí, dejaré aquí el mío.

Isabel estaba muy emocionada. Acunó con la palma de la mano la cara de Candela y le sonrió. Por un momento, le pareció que la mujer iba a decir algo, pero se lo calló. Luego miró a su hija y le dijo que no se entretuviera.

La madre salió de la habitación y Candela tomó del brazo a su amiga, bajó la voz y le dijo en un susurro más seria de lo que esperaba:

—Isa, quería pedirte algo. —Intuyó que su amiga sabía qué quería decirle, porque esta le hizo un mohín, pero le demandó sin humor—: No se te ocurra darme el ramo.

Isa trató de convencerla de la ilusión que le hacía, pero ella fue clara. Levantó un dedo como advertencia y, aunque no pudo reprimir una sonrisa, su amiga claudicó. Antes de irse, Candela tomó un selfi de ambas y luego, como hermanas, abandonaron la habitación de la mano.

Entonces llegó el momento de las fotografías familiares. En una posaron Candela y Fran con Isa, uno a cada lado de la novia, abrazándola por detrás. Al agarrar la cintura de su amiga, Candela sintió la mano de Fran sobre su brazo. Un cosquilleo la recorrió.

Tras la ceremonia en la iglesia, donde Candela no pudo reprimir las lágrimas por la emoción, la fiesta siguió en una finca a las afueras del pueblo. No conocía el sitio, pero le pareció un lugar fabuloso. Desde los grandes ventanales se veían campos de cultivo, frutales y olivos. El día se apagaba y el color del cielo había perdido el brillo del sol, pero la luz de la última hora de la tarde daba a los campos un colorido y

una tranquilidad especial.

Candela se sorprendió de lo bello que estaba el salón. Las mesas eran redondas, dispuestas para ocho comensales. Lucían blancos manteles sobre otros granates que llegaban hasta el suelo y una vajilla exquisita y elegante. Las sillas estaban ataviadas con faldones, también de color blanco, con lazos granates. Isa le había dicho que ocuparía un lugar en la mesa familiar, junto a Paco, su esposa y otros primos que conocía. La presidencial se hallaba muy cerca, con los novios escoltados por sus padres. Allí se sentaba Fran, al lado de su madre.

Antes de entrar en el comedor les sirvieron un aperitivo en una terraza adornada con pequeños farolillos y damas de noche que aromatizaban el jardín. Fran la acompañó, con Paco y su esposa, e hizo de parapeto cuando algunos invitados se le acercaron para preguntar por su familia y, en el fondo, para curiosear sobre la investigación. Él los calló a todos y, con una sonrisa, les pidió que la dejaran tranquila. Eran muchos los que se habían dado cuenta de que los Escalante se habían ido del pueblo unos días. Por suerte, la prensa ya no merodeaba por los bares intentando obtener información que convertir en noticia o artículo para alguna revista o programa sensacionalista.

Candela se sentía segura en su mesa cuando sonó la música que anunciaba que iban a cortar la tarta. Después, los novios repartieron detalles entre los asistentes e hicieron un regalo a sus familias. Entonces llegó el momento del ramo. Ella, ajena a los movimientos de los recientes esposos por la sala, estaba tomándose una copa tranquila y hablando con unos y otros. Sabía que Isa no le haría la jugarreta de darle el ramo. Pero no las tenía todas consigo.

«¡Ay, madre! No se le ocurrirá dármelo, ¿verdad?».

Fran cambió de sitio al concluir la cena, antes de que los novios cortaran la tarta. Era otro momento, menos ceremonial, y quería disfrutar de la boda desde otro lugar, así que se hizo un hueco en la mesa de sus primos, justo delante de Candela. No quiso sentarse a su lado a propósito, pero los ojos se le iban hacia ella mientras conversaba con Paco.

En la distancia, Elías e Isa se movían por las mesas bailando entre los comensales, pero pronto se acercaron a la familia. Fran notó que Candela se tensaba al ver que aparecía la pareja y se detenía en su mesa. Le hubiera gustado fotografiar la mirada que la Golondrina le lanzó a Isa, y la sonrisa pícara que esta le dedicó. Distraído con Candela, no se dio cuenta de que los novios se habían alejado de su campo de visión. De repente los tenía a su espalda y se encontró con un ramo de novia en las narices.

—Sé que mi amiga no quiere que le entregue el ramo —dijo Isa con la voz teñida de humor—, así que no encuentro mejor persona para recibir el testigo que tú, hermano.

Candela aplaudió el gesto de su amiga con una gran risotada. No le pasó por alto la mirada de susto de Fran y cómo la recompuso para levantarse y abrazar a su hermana. Luego le dio la mano a Elías, aunque también acabó abrazado a su amigo. Sorprendiendo a todos, Fran se llevó la mano al bolsillo de la americana, que colgaba del respaldo de la silla, sacó un sobre y se lo entregó a los novios. Los gritos de alegría y sorpresa de Isa le tocaron el corazón a Candela. Fran les había regalado un viaje a los novios, pero por la emoción que demostraba Isa, imaginó que no era uno cualquiera, sino el de sus sueños.

—«New York, New York…» —Isa tarareó la inconfundible canción que inmortalizó Frank Sinatra.

—Igual te encuentras con Carrie Bradshaw —gritó Candela con alegría a su amiga, aludiendo a la serie a la que de jovencitas se habían vuelto incondicionales.

Tras aquel detalle, los novios conversaron con unos y otros. Ella volvió a su silla y se quitó los zapatos un rato. Los tacones le estaban pasando factura. Fran se alejó de la mesa y, aunque no quería estar pendiente de él, no podía dejar de mirarlo. Lo vio hablar con gente a la que no conocía y se censuró por no disfrutar de la fiesta. Por un momento, se vio allí sola. Todos se habían levantado y, quien no bailaba, estaba cerca de la barra. Por suerte, Isa se le acercó y casi se desplomó en la silla que tenía al lado.

—¿Qué tal la vida de casada? —preguntó Candela con humor.

—Mañana te lo cuento. Estoy molida, pero es un día tan bonito que no quiero que acabe.

Isa la cogió de la mano y quiso saber si estaba bien, si se divertía. Ella asintió. Había sido una ceremonia muy bonita, y no podía negar que durante la cena había estado muy entretenida. Cuando su amiga le preguntó cómo le iba con Fran, ella se apresuró a decir que bien, no tenía mucho que añadir. Y no mentía. Tampoco estaba dispuesta a airear sus sentimientos. Tenía que aceptar que había cosas que, cuando se rompían, se podían pegar, pero jamás volvían a ser lo mismo. Quizá tenían una asignatura pendiente, pero eso solo implicaría una dolorosa despedida.

—Fran ha sido muy generoso —dijo Isa emocionada, cortando el hilo de sus pensamientos. Luego bajó el tono de voz y, como si quisiera hacerle una confidencia, se le acercó al oído y le susurró—: No lo dejes escapar, Cande. Es un partidazo.

Ella necesitó defenderse y acabaron riendo a carcajadas. Era mejor afrontar aquello con humor, aunque sin darse cuenta los ojos se le iban tras él.

Elías se acercó a buscar a su flamante esposa para bailar y Candela se refugió en la barra libre que había en una parte del salón. Necesitaba tomar algo que adormeciera sus sentidos. Nunca había echado tanto de menos sentirse arropada por los brazos de Fran, pero este parecía estar muy pendiente de todos los invitados, incluso lo vio hacer el indio y bromear con los niños de la fiesta. En aquel instante bailaba con Judith, la prima de Elías, que parecía querer acapararlo. No le pasó desapercibido que intentó monopolizarlo mucho rato en una conversación. Fran no parecía incómodo con la compañía. Se obligó a dejar de mirarlo. Si seguía así, la gente se daría cuenta.

En la barra se encontró con unos amigos de Isa y entabló conversación con ellos. Aquello la hizo sentir menos sola.

Fran vio a Candela sentada en un taburete de la barra del bar. Parecía muy entretenida con algunos compañeros del hospital de su hermana. Había estado bailando con Judith; la chica estaba algo entonada y él no quería ser descortés, pero se le había enganchado y eso le impedía compartir más tiempo con Candela. Por alguna razón,

entre unos y otros se habían encargado de que casi no pudieran hablar. Por suerte, alguien se acercó a Judith y él pudo alejarse. El pequeño grupo de música que amenizaba la velada, después de un descanso, arrancó con sevillanas, y la gente empezó a darlo todo en la pista. Sintió que era su momento y se acercó a Candela con una clara intención. Le extendió la mano y le dijo con soltura:

—Vamos a por la tercera, mi arma, que estos no saben bailar.

Candela observó la mano que le ofrecía Fran y no lo dudó. La tomó a la vez que le dedicaba una sonrisa, aunque, al notar que él se la apretaba, sintió como una descarga eléctrica.

Le gustaba bailar sevillanas, pero hacía mucho que no practicaba. Se situó delante de él a la espera del siguiente acorde. El sonido de la guitarra hizo que su cuerpo se contoneara; levantó los brazos, moduló las manos y lo provocó con la mirada. Sin darse cuenta, se dejó llevar por el embrujo de la voz de la mujer que cantaba y, como si a ambos los movieran unos hilos invisibles, se fueron cruzando y rozando, envueltos en la melodía. Se miraban a los ojos de forma seductora, provocándose con el poco aire que pasaba entre sus cuerpos. Por un instante Candela creyó que eran los de antes, aquellos novios que se amaban con locura y a los que nada podía pasarles.

Al terminar se miraron seducidos.

—¿Una copa? —preguntó Fran sonriente para poner distancia con todo lo que se le removía por dentro al tener a Candela tan cerca de él.

—Venga esa copa, que invitan los novios.

Dos horas después, prácticamente habían hablado con todos los amigos, bailado y reído hasta la extenuación. Los novios se habían escabullido de una forma muy discreta y Fran pensó que era el momento de marcharse ellos también. Se acercó a Candela y le pidió con un susurro si lo llevaba a casa.

—¿Pretendes que te haga de chófer? —ironizó ella.

—Si te digo lo que pretendo, igual te enfadas.

—Prueba, que soy de mente abierta.

Él volvió a acercarse a su oído y le puso la mano en la cintura.

—¿Acaso no ves las ganas que tengo de besarte?

Ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para que no se le notara que lo estaba deseando, pero él debía de tener más control que ella, porque no lo hacía. Algo tenían las bodas, porque sus emociones estaban a flor de piel. No quiso pensar en lo que había detrás de las palabras de Fran. Pasara algo entre ellos o no, deseaba irse y quitarse de una vez aquellos zapatos.

Solo tuvo que sonreír para que él le señalara la salida con la mirada.

—Espérame en el coche, tengo que recoger algo.

Candela creyó que Fran se lo había pensado mejor. Llevaba más de cinco minutos esperando cuando lo vio aparecer junto a un camarero. Cada uno sujetaba una caja. Sacó las llaves del bolsito y abrió el maletero. Después de dejar las cosas dentro, el camarero se despidió.

—¿Y todo esto?

—Unas botellas que han sobrado y me las han dado.

Candela imaginó que él había colaborado en la barra libre: licores, gin-tonics y whisky de calidad. Tampoco le había pasado por alto que el champán con el que habían brindado era francés. Aquellas burbujitas le habían encantado.

Sin querer, bostezó.

—Vamos, que te llevo a casa —dijo Fran, y le indicó que entrara en el coche.

Durante unos minutos estuvieron en silencio, como si ambos buscaran un tema de conversación. Candela se dejó llevar por la música que sonaba en la radio. ¿Por qué a aquellas horas solo sonaban canciones románticas?

Fran quería llenar el silencio que los envolvía. Era como si no supieran qué decirse. Ambos evitaban hablar de sí mismos, así que recurrió al tema de la boda y a lo bien que lo habían pasado. Ella comentó algo sobre los novios y lo bonito que había sido el detalle que había tenido con ellos al regalarles aquel viaje.

Se acercaban al desvío que llevaba a su cortijo. Podía girar o seguir recto, hacia Las Golondrinas y dejar pasar aquella oportunidad. Se la jugó. Le preguntó si le apetecía tomar la última y ella respondió con

humor.

—Por supuesto, he visto las botellas que has guardado.

En pocos minutos estaban frente a la verja de su casa. Fran apretó un mando. Esta se abrió y se cerró cuando ellos pasaron.

Candela ayudó a Fran con las cajas, las dejaron en la cocina y él sacó una de las botellas que se conservaba fresca y le preguntó si le apetecía.

—¡Mmm, Möet & Chandon! —exclamó ella—. Brindaremos por los novios.

Fran sirvió las copas y le ofreció una.

—¡Que todas las noches sean noches de boda! —Fran levantó su copa y parafraseó a Sabina.

—Por los novios y por ti, Fran, por que no cambies —añadió Candela antes de brindar y darle un sorbo al líquido ambarino.

Durante unos segundos, se miraron a los ojos, como si ambos calibraran lo que iba a ocurrir de un momento a otro. Ella estaba dispuesta a cruzar la línea, lo deseaba, sin importar lo que pasaría a la mañana siguiente. Pero no quería dar un paso en falso. No quería equivocarse ni hacer daño a Fran. Ya le había hecho bastante.

Sin darse cuenta, se habían colocado el uno delante del otro y Fran supo que había llegado el momento que tanto había deseado. El corazón se le iba a salir del pecho. No entendía cómo la Golondrina podía despertarle tantos sentimientos. Tenían algo pendiente, ambos lo sabían. Despacio, tomó la copa de la mano de Candela y la colocó sobre la encimera, junto a la suya. Luego, sin titubear, se acercó a su boca y la besó. En menos de un segundo, aquel beso provocó fuegos artificiales en su pecho. Sus cuerpos se reconocieron, se buscaron y apretaron, buscando saciar el dolor y el tiempo separados.

Se miraron a los ojos con intensidad, en silencio se decían lo que deseaban. Ella necesitó beber otro sorbo y él la imitó. Luego la cogió de la mano y la llevó a su habitación.

Candela se quitó los zapatos por el camino. Al llegar al dormitorio, apenas se detuvo a observarlo. Él se había apoderado de nuevo de su boca y parecía que sus labios no podían despegarse. Era un beso lleno de hambre y deseo. Sin que mediara mucha distancia entre ellos,

Candela le quitó la americana y luego lo miró mientras le desanudaba la corbata y le abría la camisa. Las manos de Fran no podían estar quietas y la apretaban contra él para que notara todo lo que le provocaba.

Candela se quedó fascinada con la golondrina que adornaba el pecho de Fran. La besó con una cadencia tan lenta que él necesitó moverse.

—Mi niña, me provocas tanto…

Él tanteó con los dedos en su espalda. Buscaba la cremallera del vestido, pero parecía que no la hubiera. Al no encontrarla, dio la vuelta a Candela, sin dejar de besarle el cuello y de acariciarla. El vestido se le resistía. De nuevo, sus bocas se encontraron.

Ella adivinó sus intenciones.

—Espera —pidió con la voz entrecortada, al tiempo que se volvía para mirarlo. Se llevó la mano a un lateral y con dedos diestros bajó la cremallera.

En un segundo el vestido estaba arremolinado a sus pies descalzos y Fran no podía dejar de mirar el tatuaje que tenía sobre las costillas, bajo el pecho izquierdo: una golondrina que parecía volar.

Él la rozó con los dedos.

—Me lo hice cuando me marché —dijo ella, y tocó la golondrina envuelta en estrellas que él tenía en el pecho.

—Debe de haber un hilo invisible que nos une —susurró él—. Me encanta sentir eso.

Fran la llevó a la cama y se quitó la ropa sin que ella perdiera de vista ninguno de sus movimientos. Luego se tumbó a su lado y, con la voz cargada de un anhelo insaciable, le musitó antes de besarla de nuevo:

—No imaginas cuánto te deseo.

Tras aquellas palabras no dijeron nada más, únicamente hablaron sus cuerpos. Cada suspiro y cada caricia obedecía a los sentimientos que guardaban. Ambos sabían que no era solo sexo.

27

Candela abrió los ojos ante la luz que entraba por la ventana. Miró el reloj. Apenas eran las nueve de la mañana. Calculó que había dormido unas horas. A su espalda, Fran descansaba plácidamente. Uno de sus brazos reposaba en su cintura. Se volvió para mirarlo y, por unos segundos, se deleitó en su rostro. A su mente acudieron los momentos vividos. Tenía que reconocer que el sexo había sido frenético. Siempre se habían entendido muy bien en la cama, pero aquella noche había pasado algo más. Lo sentía. Sin embargo, no quería provocar nada. Fran tenía su vida organizada, y la suya… La suya acababa de trastocarse un poco más.

Despacio, para no despertarlo, se levantó y fue al baño. Una gran ducha acristalada llamó su atención. Se metió en ella sin pensarlo. De una plataforma cuadrada que estaba sobre su cabeza empezó a caer agua como si fuera una cascada. Dejó que le desentumiera el cuerpo y el alma. Al instante se dio cuenta de que la puerta se abría. Fran la saludó con una sonrisa.

—Buenos días. ¿Puedo?

—Como si estuvieras en tu casa.

En un segundo estuvieron enredados. Primero se enjabonaron entre ellos para luego entregarse al más antiguo de los placeres. Al terminar, quedaron abrazados bajo aquel chorro de agua.

—Necesito un café —dijo ella sin mirarlo.

—A la orden.

Fran salió de la ducha y, sin apenas secarse, se ató una toalla a la cintura y salió del baño. Ella necesitó un poco más de tiempo. Se desenredó con prisa el pelo y se envolvió en una toalla. En la habitación encontró la camisa de Fran, se la puso y se dirigió a la cocina.

Él llevaba unos tejanos e iba descalzo, con el torso desnudo. Había

preparado unas tostadas con mantequilla y mermelada y las había servido junto al café en la mesa que había bajo la ventana.

—¡Hum! —murmuró al verla—. Cuando vuelva a ponerme esa camisa, pensaré en ti con ella puesta.

—Fran…, creo que tenemos que hablar —dijo mientras se sentaba —. Esto…

Aquello no sonaba bien, y menos después de lo que acababa de pasar entre ellos. Sin embargo, Fran no pensaba agobiarse. Ocupó su lugar en la mesa, frente a ella, y respondió sincero:

—Esto que ha pasado ha sido bonito. A los dos nos apetecía. No lo estropeemos intentando justificarnos.

Lo que él proponía no estaba tan mal. Candela asintió y dio cuenta del desayuno que le había preparado. Luego se vistieron y él, deseoso de continuar con su compañía, le propuso pasar el día juntos. Podían ir a comer a cualquier sitio.

—De acuerdo, pero necesito que me lleves a casa para cambiarme de ropa. No voy a ir con este vestido. También tengo que recoger el coche.

De camino a Las Golondrinas, el móvil de Candela sonó. Era su madre. Le preguntó cómo había ido la boda y a continuación le dijo que adelantaban el regreso, pues querían hablar con Fran. Ella se preocupó y quiso saber si había pasado algo. Su madre le explicó que el abuelo había recordado qué podía significar el mensaje oculto que Julia escribió en el diario. Candela le dijo que estaba con él y que ponía el altavoz para que escuchara lo que fuese a decir. María no debió de oírla bien porque, como si continuara en la intimidad de la conversación entre ellas, indagó con curiosidad:

—¿Habéis pasado la noche juntos?

—Mamá, no preguntes —respondió ella con cierto bochorno.

—Buenos días, María —la cortó Fran para salir de la situación—. Vamos hacia Las Golondrinas. ¿Qué ocurre?

María también debió de poner el altavoz porque se oyó la voz de Manuel. Este les explicó que estaba convencido de que Julia, en el

mensaje del diario, no se refería a una persona, sino a un lugar.

El abuelo dio las señas de un cortijillo conocido como Las Carlotas. Estaba a las afueras del pueblo, entre olivares y almendros. Llevaba cerrado muchos años. Por el nombre, había asociado que pudiera tener relación con la frase que su hija había escrito en el diario: «La respuesta está en Carlota». Eran las tierras de una familia con mucho arraigo en el lugar. Uno de los hijos había sido amigo de Juan. No sabía si la finca todavía era de ellos, ni la importancia que podía guardar para Julia, aunque estaba convencido de que allí era donde se reunían clandestinamente Juan y Angustias.

La idea parecía peregrina, pero Fran consideró que eran demasiadas casualidades. Los nombres de Juan y Angustias habían surgido en diferentes momentos de la investigación. Qué quería decir Julia al mencionar aquel lugar era un misterio que necesitaba resolver.

—Volvemos hoy —anunció el abuelo. De fondo se oyó la voz de María, que matizaba que llegarían después de comer—. Me gustaría ver a Angustias, y creo que debo estar en Las Golondrinas, no escondiéndome de la prensa y los chismosos.

—Claro que sí, abuelo. Ya no hay periodistas por el pueblo —lo animó Candela—. Os estaré esperando en casa.

Al cortar la comunicación, Candela le dijo a Fran que podían visitar el cortijillo que había mencionado el abuelo. A él no le pareció mala idea, pero pensó que llamaría a su equipo para que acudiera al pueblo, aunque era domingo y la mayoría estaría disfrutando del día festivo. Se hizo una nota mental para avisar a Paula. Tal vez ella y Campillo podrían acercarse. Cuando llegaron a Las Golondrinas, Fran aparcó en un lateral de la plaza y le dijo que, mientras ella se cambiaba, él iría caminando a por su coche. Quería aprovechar para hablar con su subordinada y prefería hacerlo sin que ella estuviera delante.

Mientras bajaba hacia la calle donde había dejado el coche de Candela el día anterior, marcó el teléfono de Paula. Esta respondió enseguida.

—Mi sargento, ¿ya está despierto? —inquirió la cabo con ironía—. Pues sí que se acostó temprano. ¿No le fue bien en la boda?

Fran soltó una carcajada por el retintín de la pregunta. Intuyó por

dónde iba, pero no pensaba responderle.

—Quizá no he dormido, listilla. Y tampoco es tan temprano —bromeó. Se sentía cómodo con aquella complicidad entre compañeros, pero cambió el tono para dar seriedad a sus palabras—. Espero no molestarte.

Dejaron las bromas a un lado y el sargento le explicó lo que acababa de hablar con Manuel. Por su parte, ella le comentó que habían conseguido el listado de llamadas entrantes y salientes del teléfono de Dolores. No había contactado con su hijo, pero cuando ellos salieron de su casa el día que la visitaron, llamó a una persona en Jaén.

—Habló con Severiano Durango.

—¡No me jodas! ¿En serio? Pensé que ese hombre estaría muerto.

Se suponía que no tenían relación, ya que fue el que ganó la partida de cartas tras la cual su esposo se ahorcó.

—Si podemos, tendríamos que tirar de ese hilo —indicó.

—Fran, si me necesitas, puedo estar en Alameda en un par de horas, e incluso llevarme a Campillo; seguro que no está en la playa.

—No, disfruta del domingo. Mañana volvemos a la carga. Te llamo si surge algo. Me daré una vuelta por el lugar que ha recordado Manuel, pero dudo que sirva de algo.

Cuando cortó la llamada, ya estaba frente al coche de Candela. En cinco minutos, llegó a Las Golondrinas y lo aparcó en la cochera.

Candela esperaba sentada en el patio. Se había recogido el pelo en una cola y se había puesto un vestido veraniego y unas zapatillas de deporte. Estaba revisando las fotografías de la boda en el móvil. Había hecho muchas: de ella junto a Isa, con los novios, incluso con Fran. Eran un bonito recuerdo. En especial, le gustaba una de aquellas fotos. Se la había tomado cuando él no la miraba. No iba a pensar en lo que hacía con Fran, se había prometido no hacerlo. No quería remordimientos ni buscar excusas para no vivir aquello… Aunque sabía que se acabaría y que el dolor sería inmenso. El ruido de unos pasos hizo que dejara el teléfono sobre la mesa. Fran llegaba por el camino que venía desde la parte trasera de la casa, por el garaje.

Sonrió al ver lo que llevaba en la mano.

—Tu madre tiene muy bonito el jardín de atrás. He contado once rosales —dijo él—. No creo que le importe que haya cortado un par de flores.

Candela recibió las rosas que él le daba y las olió.

Fran la tomó por la cintura y la atrajo hacia él. Necesitaba besarla, no quería perder aquel momento regalado. Cuando sus labios se encontraron, fue como si el tiempo se detuviera, pero mientras la besaba y sentía que ella se entregaba apasionada, la idea de que aquello era un error se le instaló en la mente. Al segundo, se desprendió de aquel pensamiento. Error era no intentar recuperarla.

Llegaron al cortijillo y dejaron el coche en el camino de la entrada. Era una edificación de una planta que había visto pocos encalados. El blanco de la fachada se deducía bajo el polvo rojo de la tierra. Sobre el portalón, en azulejos blancos y azules comidos por el sol, podía leerse: las carlotas. Una cadena y un candado bastante nuevo impedían el paso al interior.

Rodearon la casona. Por detrás había un portillo de madera, también con un candado nuevo, y un ventanuco con las contraventanas entornadas, como si hubieran olvidado atrancarlas. Candela las abrió y apoyó las manos en el cristal para ver el interior.

—¡Mira! —gritó a Fran, que revisaba unos bidones azules apilados junto a la portezuela. Estaban vacíos.

—¿Qué pasa?

—Hay un montón de garrafas y latas de aceite.

Fran se asomó a la ventana y comprobó que había almacenados cientos de litros de aceite Montolivo. Aquello suponía un buen dineral si lo vendían en el mercado negro.

—Será el que robaron —señaló Candela con rabia. Se agachó y cogió una piedra, dispuesta a romper el cristal para entrar.

—¡Espera! Aunque no te guste, no podemos hacerlo —señaló—. Es mejor hacer las cosas bien.

Fran le dijo que no podían allanar la propiedad por mucho que

pensara que aquel aceite pertenecía a su familia. Llamó por teléfono a su primo. Aunque era festivo y no trabajaba, tenía que avisarlo. Necesitaban a la autoridad del lugar. Paco le dijo que recogería a su compañero Flores, que estaba de guardia, y acudirían enseguida.

Nerviosa, Candela quiso avisar a su abuelo, pero la detuvo de nuevo.

—Entonces ¿no hacemos nada?

—No seas impaciente, ahora vienen los guardias. Atraparán al responsable.

Algo llamó la atención de Fran. Aparte de algunos palés de madera destrozados, a unos metros había otros tres bidones azules. Miró hacia los que acababa de comprobar y le pareció extraño que esos estuvieran allí como si se hubieran olvidado de apilarlos con los demás. Se acercó a ellos y tuvo la impresión de que, debajo de aquellos barriles, la tierra estaba removida.

El sonido de un vehículo llamó su atención. Era pronto para que fueran Paco y Mariano. Movido por un mal presagio, se acercó a Candela y le dijo que lo dejara hablar a él.

—¿Quién anda ahí? —gritó una voz masculina.

No se movieron, a la espera de que, quien fuese, llegara hasta ellos. Candela, con los nervios bailando en el pecho, aún no había soltado la piedra y escondió el brazo tras la espalda.

Cuando apareció el hombre, llevaba en una mano una llave de rueda y su actitud era amenazante. Al verlos se quedó tan perplejo como ellos, pero no cambió sus modales.

—¡Marcial! —gritó Candela.

—¡Joder! No tendríais que estar aquí —murmuró rabioso el Sevillano, hombre de confianza del abuelo y encargado en la aceitera.

—Será mejor que sueltes esa llave —le advirtió Fran mientras se agachaba y cogía un listón de madera de entre los palés rotos, como defensa. Lo que hubiera dado por tener allí su arma—. Esto no pinta bien para ti.

—De perdidos al río —respondió con soberbia, y gritó—: ¡Aquí, compadres!

Al instante aparecieron dos hombres a los que Candela no había

visto nunca. Uno de ellos, con una espalda tan grande como un armario ropero, fue hacia el sargento, que le gritó que corriera. Ella lo hizo movida por el miedo, y por unos instantes sorteó a Marcial y al hombre que la estaba siguiendo.

Fran sostuvo la madera como si fuera un bate de béisbol y la utilizó contra su atacante, sin perder de vista a Candela, que no se libraba de los otros dos. La vio atrincherarse tras los bidones y huir del agarre de los hombres. Se centró en su contrincante. Esquivó un derechazo, dio un golpe y luego otro, pero enseguida el maleante le arrebató el palo y le asestó varios puñetazos en la mandíbula y el estómago que lo dejaron doblado.

Candela, parapetada tras los barriles, hizo oídos sordos a las demandas de Marcial, que le gritaba que no se lo pusiera más difícil. Al darse cuenta de que seguía con la piedra en la mano, perdió el miedo y la lanzó contra el grandullón que golpeaba a Fran. Este se volvió con rabia. El otro tipo la alcanzó y la sujetó con tanta fuerza por el brazo que pensó que se lo había roto. Fran, al ver que la tenían, se escabulló del gigante y trató de placar al otro como los jugadores de *rugby*, pero no logró su objetivo. Lo único que consiguió fue que entre los otros dos lo retuvieran por los brazos y que el grandullón le diera varios golpes. Cayó al suelo y Candela corrió hacia él. El hombre grande la levantó en volandas. Ella parecía una leona, dispuesta a defenderse hasta las últimas consecuencias. Se revolvió, le arañó la cara, dio patadas e insultó al hombre de Marcial. Este iba a darle un bofetón, pero el Sevillano se lo impidió.

—A ella no le toques ni un pelo. Átalos y quítales los teléfonos.

El maleante obedeció. Sacó unas bridas del bolsillo y, antes de maniatarlos, le quitó el móvil a Fran, le arrancó la mochila a Candela y lo lanzó todo lejos. De un empujón, hicieron que se sentaran en el suelo. Ella le lanzó una patada al que la había sujetado, pero este le mostró un machete. Se lo acercó tanto a la cara que pudo comprobar que se trataba de un cuchillo de caza Bowie, como el que tenía su abuelo.

—No te tocaré ni un pelo —amenazó el hombretón—, pero puedo sacarte un ojo sin pestañear.

—¡Déjala! —gritó Fran.

Durante un segundo no se movió, sentía la hoja afilada muy cerca, y no dudó de las palabras de aquel tipo. Marcial llamó la atención del hombre con un golpe en la mano, lo que provocó que el arma cayera al suelo.

—Será mejor que no hagáis tonterías —les avisó.

Candela se pegó a Fran, temblaba como una hoja un día de viento. Gimoteó al preguntarle si estaba bien. Él la tranquilizó y le soltó al jefe de aquella banda:

—Parece que tengas las de ganar, Sevillano, pero no es así. Menudo negocio te has montado. Lástima que no puedas disfrutarlo. —Fran se retiró con el hombro la sangre que notaba que le resbalaba por la comisura del labio.

—Así que eres un vulgar ladrón —espetó Candela—. Cómo has engañado a mi abuelo todos estos años…

—¡Callaos!

El Sevillano marcó un número en el móvil e informó a alguien del suceso. Desde el otro lado de la línea parecía que le estuvieran dando instrucciones. Las captó con claridad, y no parecían muy halagüeñas. Por suerte para ellos, el hombre se negó a cumplirlas. Comentó que cargarían el camión y los abandonarían allí. Luego desaparecerían. Ellos no formaban parte del trato.

Candela y Fran compartieron una mirada de preocupación. Ella estaba aterrada, había comenzado a llorar.

—No llores —musitó él. Ella asintió repetidas veces y se mordió el labio—. Pronto acabará todo.

Fran estaba contando los minutos. Esperaba que Paco y Mariano no se hubieran entretenido más de la cuenta. Candela dejó de temblar y apoyó la cabeza en su hombro. Ambos observaban, impotentes, a los tres ladrones que cargaban con prisas el remolque del camión con latas y garrafas de aceite que sacaban del interior de la casa.

—Cuando veas llegar a Paco, tírate al suelo —le susurró—. No trates de hacer nada, ¿entendido?

Ella volvió a asentir con la cabeza, sin rastro de lágrimas en los ojos, y Fran intuyó que, por muy valiente que quisiera mostrarse, seguía

asustada.

Al fin llegó el sonido que esperaba oír, pero fue en forma de silbido. Desde el lateral de la casa, Paco le hizo señas al tiempo que hablaba por un *walkie* y daba instrucciones a su compañero. Fran pensó que era una suerte que llegaran en aquel instante y cogieran a los tres tipos con las manos en la masa. Dudaba que no les hicieran nada, si les habían visto la cara. El coche oficial de la Benemérita se presentó allí con un derrape y pilló por sorpresa a Marcial y a sus hombres. Candela hizo lo que él le había pedido, se tiró de lado al suelo, y él se tumbó encima de ella para protegerla. Si volaban balas, era mejor no estar en medio.

Flores saltó del vehículo con el arma en la mano y Paco, parapetado en la esquina, apuntó a los hombres que huían hacia el campo de almendros, al tiempo que les daba el alto y se identificaba como guardia civil.

Los tres hombres se detuvieron ante el aviso y levantaron las manos en señal de rendición. En minutos, los había detenido y les habían leído sus derechos.

—Ya ha pasado, Candela —murmuró Fran. Ella estaba hecha un ovillo en el suelo y se negaba a abrir los ojos. Parecía no querer moverse—. Ya ha acabado todo.

Flores y Moreno esposaron a los ladrones y luego Paco cortó las bridas con las que los habían maniatado, al tiempo que les explicaba que al llegar habían visto un coche junto al de ellos y les pareció sospechoso, aunque no esperaba pillarlos en plena faena. Ella, al verse libre, se abrazó al sargento y, sin darse cuenta, las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos.

—Nunca he pasado tanto miedo —confesó. Él le secó el rostro con los dedos—. No sé cómo soportas la presión.

No respondió, aquello no había sido nada. Recordó el tiroteo de hacía semanas, cuando en la refriega con los narcotraficantes hirieron a su compañero. La apretó contra su cuerpo para intentar reconfortarla. Él también había pasado miedo, pero era un temor distinto. No era lo mismo enfrentarse a los malos solo que junto a la persona a la que se ama.

—Paco estaba a punto de llegar, Golondrina —dijo con una sonrisa, intentando tranquilizarla—. No iba a pasarnos nada.

—Pues, para no pasarnos nada, te has llevado una buena paliza. —Candela le levantó la camisa y le tocó el costado.

—¡Auch! —se quejó dando un respingo, pero le restó importancia para no preocuparla, y añadió con humor—: Y tú tienes que mejorar tu puntería.

Aquello los hizo reír. Candela se justificó, dijo que había apuntado a la cabeza del grandullón. Él frunció el ceño, ni se había acercado. La piedra le había dado en la espalda.

Mientras esperaban otro coche oficial para trasladar a los detenidos en vehículos diferentes, Fran merodeó por el interior del cortijillo. Aunque muchas garrafas habían sido trasladadas al camión, aún se podía ver una gran cantidad de producto robado. Pensó que aquella lista de existencias del almacén que Julia guardaba en la carpeta negra y la frase «La respuesta está en Carlota» cobraban importancia. De pronto, entendió la relación. Quizá Julia descubrió a los ladrones y ellos la quitaron de en medio. Acusó a Marcial, pero él se defendió:

—No soy un asesino.

Después de aquello, el cabecilla y los otros se negaron a decir nada, pero él esperaba que en el cuartel cambiaran de opinión y empezaran por confesar para quién trabajaban.

Candela no quiso coger el coche y marcharse a casa. Ya había hablado con su familia. Al abuelo le costó creer que el Sevillano fuera responsable del robo. Fran, a su vez, llamó a Paula para contarle las novedades. Esta le aseguró que acudiría para presenciar los interrogatorios.

Los tres bidones azules, separados del resto, molestaban a Fran. ¿Qué hacían allí? Cogió un palo y abrió uno. Estaba lleno de arena. Pidió a su primo que lo ayudara y los retiraron entre los dos. En el suelo, un rectángulo en la tierra disparó las alarmas. Excavaron y, en un agujero no muy profundo, encontraron un cuerpo envuelto en una sábana. Junto a él había un bolso. Por lo que indicaba el DNI que encontraron en el monedero, se trataba de Adela. No había ningún teléfono móvil.

Candela creyó morir. Jamás se iba a recuperar de aquello.
Fran se acercó a Marcial y, con rabia, le espetó:
—¿Eres un asesino?
Este respondió:
—No, no lo soy.

28

El hallazgo del cuerpo de Adela había vuelto a llevar a la jueza Márquez y al forense a Alameda. Ella le recordó a Fran que le había dicho que no quería sorpresas. A simple vista, según informó el doctor Llanos, hacía unos meses que había muerto. No sabía cuánto tiempo llevaría allí, pero tenía una herida mortal en el corazón. Fran alegó que todo aquello estaba raramente relacionado, no era una coincidencia. Solo tenía que unir las piezas. Debió de convencer a la jueza, porque pareció apiadarse de él y se centró en su tarea.

Como decía Paco, se había vuelto a montar un circo y, por suerte, Paula y Campillo llegaron a tiempo para participar en la investigación. Eso permitió que Fran se ausentase y llevara a Candela a casa.

La acompañó hasta el interior de Las Golondrinas con la promesa de regresar cuando pudiera. A ella le costó dejarlo marchar. Insistió en verle el golpe del costado y le puso una pomada que, aseguraba, impediría que le salieran moratones. Él lo dudó, pero se dejó hacer. Aunque no fue buena idea. Necesitó abrazarla y besarla, como si presintiera que el tiempo que se habían dado fuera a desaparecer. Solo le quedaba la esperanza de que ella supiera lo que le hacía sentir.

—¿Qué estamos haciendo, Fran?

—No lo sé, supongo que dejarnos llevar.

—Pero…

—Chisss… —Fran levantó un dedo y selló sus labios—. Ya lo hablaremos. Ahora tengo que marcharme. Luego te veo.

Entró en el cuartel. Paula y Campillo ya habían llegado y le dijeron que Moreno estaba interrogando a Marcial. Los otros no habían aportado mucho. Por lo visto, hacían pequeños trabajos para el Sevillano cuando este les proponía alguno. El día anterior habían

cargado un camión y lo habían vendido todo en el mercadillo de Casariche, municipio de Sevilla del que era Marcial, a menos de veinte kilómetros del pueblo. Volvían a por más. Prefirió que su primo realizara las primeras pesquisas para cerrar el tema de los robos, aunque sabía que acabarían enviándolo a la comandancia. Encontrarse con los responsables del saqueo de Montolivo era la mejor pista que tenían para despejar el crimen de Julia.

También el de Adela.

Aquello abría nuevos interrogantes. Nunca pensó que estuviera muerta… En el fondo deseaba que se hubiera marchado bien lejos de Ernesto y de Alameda.

—Este pájaro no suelta prenda —dijo Paula molesta.

Quizá. Solo tenían que apretarle más las tuercas y decirle a qué se enfrentaba. Los cargos no se reducirían a apropiación indebida con ánimo de lucro. Al Sevillano se le complicó la vida en el momento en que encontraron un cadáver en el lugar donde hacía sus trapicheos. Fran era testigo de que había recibido órdenes de un tercero. Seguro que vendería hasta a su madre por un trato.

Candela telefoneó a María; deberían haber llegado a Las Golondrinas hacía rato. Tenía los nervios a flor de piel y, en aquel momento, no le apetecía estar sola en casa. Esta se disculpó. Habían decidido desviarse hacia Málaga para acercarse al hospital. Manuel quería ver a Angustias.

Su madre le explicó que el momento del encuentro fue muy emotivo. Ambos lamentaron cómo habían sucedido las cosas cuarenta y dos años atrás. El abuelo pensó que ella le reprocharía que se hubiera quedado con su hija, y se justificó relatando las mentiras que le contó Severiano. Sin embargo, ninguna queja salió de los labios de la mujer, solo agradecimiento porque él y Rosalía la criaron como a una hija. De lo que sí se lamentó Angustias fue de que el cura no fuera sincero con ella. Aquella noche, su esposo se comportó como un loco, pues quería deshacerse de la niña a toda costa. Ella llegó a pensar que le había hecho algo a la criatura, tal era el odio que vio en sus ojos y

su deseo de venganza por haber tenido una hija de Juan.

Después de esa conversación, a la espera de que regresaran, Candela decidió tumbarse. Entró en su cuarto, abrió el ventanal y se tendió en la cama. Parecían haber transcurrido varios días desde que pasó la noche con Fran, pero solo hacía unas horas que había despertado a su lado y se habían duchado juntos. Si se esforzaba, aún podía recordar su aroma en la piel.

No pretendía dormirse, solo descansar un rato. Tenía muchas cosas en las que pensar y debía empezar a resolver alguna de ellas. Telefoneó a su padre y le comunicó que había tomado una decisión: no volvería a Barcelona.

Candela no sabía cuándo lo había decidido en serio, pero se sintió aliviada al decirlo en voz alta. No tenía que ver con Fran, sino con sus raíces.

Su abuelo le había hecho ver el valor de la tierra y, ella, al pasear entre los olivos que la habían visto crecer, se sintió viva a pesar del dolor que sentía por la pérdida de Julia. Guardaría para siempre el recuerdo de las horas compartidas en el olivar. Conocía la historia de cada árbol, los que había sembrado el abuelo con su padre o con su hermano, con Sebastián o solo. Los que habían sido comprados o traídos de otras tierras. Incluso creía que podía identificar los que tenían alguna debilidad, ya que, para fortalecerlos, se les había plantado un esqueje de otro en la raíz para que se fusionaran al crecer.

También era capaz de reconocer los pocos que plantó ella de niña a partir de la rama de otro árbol, siguiendo las instrucciones del abuelo, por supuesto. El proceso no era complicado y siempre se había sentido muy orgullosa de dar vida a aquellos árboles. Con ayuda de Julia, de su madre o de la abuela, escogía entre las ramas resultantes de la poda o entre las que procedían de los chupones, las ramas que crecían verticales desde el suelo, paralelas al tronco del olivo. Había limpiado las hojas de la rama y la había plantado en una maceta o en la tierra del olivar. Los había cuidado con devoción. A veces los esquejes no superaban el trasplante, ya que debían buscar el alimento de la tierra y antes lo conseguían a través de la planta madre. Por eso los cuidaba con mimo, con el riego justo, para no encharcarlos, y luego sol, mucho

sol. De eso no faltaba en aquella tierra repleta de olivos.

Aquellos árboles habían enraizado bien. En ese momento, ya eran frondosos y daban muchas olivas. Ella era como aquellos olivos, necesitaba el sol de Andalucía para sentirse viva.

No supo cuánto echaba de menos a su familia y su tierra hasta que volvió. La muerte de Julia también había influido. Más que nunca, sentía que pertenecía a aquel lugar, y las palabras de su abuelo, pidiéndole que regresara, las tenía clavadas en el corazón. Mientras hablaba con su padre pensó que, si tenía que ser sincera, en la Ciudad Condal no era feliz del todo, aunque había sido su refugio durante mucho tiempo. Siempre había pensado que allí le faltaba algo. Se había creado una nueva vida y había enterrado el pasado, como si así desapareciera. Sus pesadillas eran la prueba de que se engañaba. Desde que había vuelto a casa, a su verdadero hogar, los sueños cargados de angustia y escenas que la atormentaban habían ido cesando, y había encontrado el coraje necesario para hablar de lo que le había ocurrido. No podía borrar el pasado, pero ya no le dolía.

Santiago la entendió y se prestó a ayudarla si necesitaba que se encargara de algunas cosas. Ella le dijo que todavía no había pensado cómo lo iba a hacer. Debía vaciar su piso. Quizá hiciera un viaje relámpago en algún momento para cerrar todo lo que tenía allí. También contactaría a Carmen para tramitar su baja voluntaria de la escuela y tenía que hablar con sus amigas. Le contó cosas sobre la aceitera y sobre lo bien que se había sentido trabajando mano a mano con su madre las veces que la había ayudado. Se dio cuenta de que no le provocaba nostalgia cerrar su etapa catalana, y tenía ganas y muchas ideas para promocionar la marca Montolivo. Cargada de ánimo, se despidió de su padre con la promesa de hablar otro día.

Unos golpes secos y fuertes llamaron su atención. Alguien aporreaba la puerta de la entrada. Quizá llevaban tiempo llamando y ella no se había dado cuenta al estar enfrascada en la conversación telefónica con su padre.

Bajó a abrir con el móvil en la mano. En las escaleras, sonó. Al ver en la pantalla el nombre de Fran, sonrió. Le apetecía mucho volver a verlo. Después de la experiencia de aquella mañana, no encontraba

mejor compañía. Puso el altavoz para no llevarse el teléfono a la oreja y bromeó con él. ¿Acaso pensaba tirar abajo la puerta de Las Golondrinas?

Mientras Fran le decía que no era él, abrió y se encontró con quien menos se esperaba.

—¡Ernesto! ¿Qué… qué haces aquí?

—¡Entra!

Ernesto la empujó hacia el interior de la casa y cerró dando un portazo.

Fran se quedó helado con el teléfono en la mano. Por mucho que gritó el nombre de Candela, esta no le respondió. La comunicación se había cortado. Salió en dirección al coche como alma que lleva el diablo.

—¡Fran, Fran! —gritó Paula al verlo abandonar el cuartel—. ¿Qué pasa?

—Es Candela, Ernesto se ha presentado en Las Golondrinas.

En un segundo, Iván Campillo y la cabo se montaron en el coche con él y los tres se dirigieron al cortijo. Al llegar, Fran aporreó la puerta a la vez que llamaba a Candela por el móvil y a gritos. Los peores presagios pasaron por su mente al no recibir respuesta.

—¿Qué hacemos? —preguntó Campillo.

Él se colocó a cierta distancia y miró la casa para averiguar por dónde podrían acceder. Salió del patio por el portalón de la entrada y se acercó a la calle lateral, con los otros pisándole los talones. Al alzar la vista al balcón de la habitación de Candela, vio la ventana abierta.

—Voy a entrar.

—¿Estás loco? —preguntó Paula—. Te romperás la crisma.

—No es la primera vez que salto a ese balcón.

Paula e Iván se miraron sin saber qué decir y luego lo observaron. No se vieron capaces de hacer que desistiera en su empeño.

Fran se dispuso a trepar por el árbol que había en la acera y saltar al canalón de la casa, como había hecho años atrás para colarse en la habitación de Candela.

—Tu arma —le pidió a Campillo.

Este dudó un momento, pero luego obedeció y se la dio. Fran se la metió por la cintura del pantalón, a su espalda.

—Estad atentos, a la que pueda os abro. No sé lo que me voy a encontrar dentro.

No quiso decirlo en voz alta, pero solo deseaba que Candela estuviera bien. Subió con una agilidad que no sabía que conservaba, pero el miedo hace rápido al más lento y osado a quien le falta valor. Una vez dentro de la casa, fue lo más sigiloso que pudo. Durante unos segundos no oyó ningún ruido y aquello lo preocupó, pero de pronto la voz de Candela resonó alta y clara y sin ningún ápice de temor.

—Eres un ladrón, además de un asesino.

—Ya te he dicho que yo no he matado a Julia.

—¿A Adela tampoco?

—Adela no está muerta, se ha ido. Y cállate si no quieres salir mal parada.

Fran bajó despacio las escaleras. Sujetaba la pistola apuntando al frente. Las voces salían del despacho de Manuel. Fue hacia la puerta de entrada y la abrió. Sus compañeros estaban allí. Se puso un dedo en los labios en señal de silencio y, con un gesto, les indicó que pasaran.

Se acercó al despacho con cautela. La puerta estaba entreabierta y pudo ver a Candela sentada en el sillón del escritorio atada a los reposabrazos. Ernesto sacaba dinero de la caja fuerte. Una navaja grande, al estilo de los grandes bandoleros, reposaba cerca de él. Ella debía de seguir con la adrenalina hirviéndole en el pecho, porque no dejaba de provocarlo ni se callaba. No era buena idea. Ernesto podía hacer cualquier disparate.

—Como el abuelo no te dio lo que le pedías, se lo robas. Así solo te metes en más problemas.

—Pienso irme lejos. Y esto me lo debe. —Ernesto le mostró un puñado de billetes y los introdujo en una bolsa de deporte—. Tú no sabes lo que es vivir en un pueblo que te mira con pena —se defendió. Luego, como si imitara la voz de alguien, añadió—: «Este es el hijo del que se ahorcó en la cocina de su casa, donde mataban a los cochinos, porque perdió la herencia en una partida de cartas». ¿Lo sabías? Mi padre se colgó de la viga donde ataban a los cerdos en la matanza

para que se desangraran. —Ella no respondió. Ernesto, cegado por sus vivencias, siguió hablando—: Humillante. ¿Crees que con este currículum llegaré a ser alguien en política? ¿Con una mujer que quiere denunciarme por malos tratos?

—Tú solo te hiciste la cama. ¿Por eso la mataste? —replicó con rabia—. Y si crees que porque sufriste de pequeño tienes algún derecho, te equivocas. Suéltame, esto no acabará bien para ti.

—Deberías hacerle caso, Ernesto —dijo Fran al entrar en el despacho y apuntarlo con frialdad. Paula lo siguió y también lo encañonó con su pistola.

Ernesto maldijo y dudó por un segundo. Luego levantó las manos resignado. Iván se apresuró a soltar a Candela.

—¿Estás bien? —preguntó Fran.

Candela asintió y corrió a cubrirse detrás de él. Apenas la había mirado y no dejaba de apuntar con su pistola al primo de su madre. Aquello no podía estar pasando, aún sentía el temor de aquella mañana. Le pareció estar en la escena de una película de esas que le gustaban tanto. Ernesto no opuso resistencia cuando Iván lo esposó. Abatido, como quien pierde una batalla, se lamentó:

—No tenía que haber vuelto.

—Señor, debo informarle de sus derechos. Está detenido… —dijo Paula a distancia, y comenzó a leérselos en un tono monocorde.

—Se te ha acabado el chollo de político que te habías montado —advirtió Fran mientras le devolvía el arma a Campillo, que la guardó en la funda—. Un crimen, y menos dos, no mantienen a un regidor en su silla. Ese sí que es un mal currículum.

—Yo no maté a Julia —negó Ernesto con vehemencia—. Lo juro por lo más sagrado. ¿Es cierto que habéis encontrado a Adela?

—Sí, y también se le acusará de su muerte —respondió Paula.

Ernesto miró al suelo y, como si hablara para sí mismo, repitió que él no había matado a Julia, aunque confesó que la había dejado en el olivar. De Adela no sabía nada. Creía que le estaban mintiendo, hasta que tuvo que aceptar los hechos.

—Si tú no has sido, ¿quién lo ha hecho? —inquirió Candela con rabia.

—Dime una cosa. —Ernesto se dirigió a Fran e ignoró la pregunta de su sobrina—. ¿Adela llevaba unos pendientes de esmeraldas?

—No, no llevaba pendientes.

Ernesto cerró los ojos con pesar. Luego pareció que iba a decir algo más, pero, tan pronto como abrió la boca, la cerró.

—Sargento, será mejor que nos lo llevemos —dijo Paula, y compartió una mirada con Fran.

Candela no supo descifrar el cruce de miradas entre los agentes, pero no quería que se lo llevaran todavía. Deseaba seguir escuchando, saber qué lo había motivado a hacer tal cosa y a quién acusaba. Por un instante, el cuerpo se le fue hacia él y Fran la frenó. Si la hubiera dejado, le habría arañado la cara.

—Vamos a trasladarte a la comandancia —lo informó Fran mientras lo ayudaba a levantarse—. Llevadlo al coche; yo os seguiré en el mío.

Iván se hizo cargo de Ernesto y, despacio, se dirigieron hacia la salida de la casa.

Candela lo observó con las manos hechas un puño. Nunca había odiado a nadie con aquella intensidad. Supo que la rabia que le había tenido a Loli por lo que le hizo no se parecía en nada al sentimiento que Ernesto le provocaba. Al pasar por su lado, él ni siquiera osó mirarla. Seguía con la vista fija en el suelo, como si así pudiera librarse del rencor que generaba.

Casi estaban en el umbral de la puerta cuando Candela le gritó que, si no había sido él, al menos tuviera el valor de decir quién había sido. Fran la cogió por los hombros para hablar con ella a solas en el zaguán y dejó que los otros se llevaran arrestado a Ernesto.

—Candela, en cuanto sepa algo os informaré, pero ahora debes dejarnos ir y hacer nuestro trabajo.

—Llévame contigo, Fran —sollozó en su hombro—. Prometo no estorbar, pero quiero escucharle cuando confiese por qué lo hizo, y, si no fue él, que acuse al culpable.

A Fran le dolió tener que decirle que estaba seguro de que era sincero. Él no había sido. La envidia, el odio y la codicia eran responsables de aquella atrocidad, y solo podía haberlo hecho una persona. Estaba convencido, como intuía que lo estaba Ernesto.

Tuvo que hacer acopio de fuerza para decirle a Candela que no podía llevarla con él, que era un asunto oficial y, ella, una civil que no podía estar presente en un interrogatorio.

Se detuvieron en el cuartel para dar parte de que habían detenido a Ernesto. Fran le pidió a su primo que, cuando trasladaran a Ernesto y a los otros detenidos a Málaga, lo hicieran en coches diferentes. Iván Campillo los acompañaría. No quería que estuvieran en contacto para evitar que se pusieran de acuerdo en las versiones.

—¿Qué opinas? —preguntó Paula a Fran al quedarse a solas.

—Siempre he pensado que Ernesto estaba implicado. Como dijo Campillo un día, estaba presente en muchas fiestas. Pero encubre a alguien.

—¿Estás seguro?

Por unos segundos, Fran se perdió en sus pensamientos. Las ideas que hasta entonces le parecían inconexas se alinearon en su mente. Recuerdos de escenas y frases le dieron la clave para llegar a una hipótesis que necesitaba comprobar. Paula le dijo una vez que, si encontraban a Adela, descubrirían al asesino de Julia. Estaba seguro de eso. Pero no era Ernesto.

—No sabía que su mujer estaba muerta —concluyó—. Eso no quiere decir que no tenga culpa en todo esto. Creo que sé quién ha sido, pero me falta el porqué. Vamos, necesito hacer una última comprobación.

Aquel domingo no iba a acabar nunca. Con lo bien que lo habían empezado.

29

Dolores abrió la puerta con cautela. A aquellas horas de la tarde no esperaba visitas. Al ver a Fran y a su compañera apostados en el umbral, entendió que iban a transmitirle una mala noticia.

—¿Ernesto?

—¿Podemos pasar? —inquirió Fran sin titubeos ni respondiendo a la pregunta que acababa de hacerle. Su tono fue seco, quería terminar aquel trámite cuanto antes.

—En cierto modo, os esperaba —dijo ella renqueando al caminar hacia el interior. Explicó que le dolían las piernas y lo asoció con la artrosis en sus rodillas, pero también con el estado de nervios en el que vivía.

Los hizo pasar al salón y, como la vez anterior, les ofreció tomar algo. Ellos rehusaron, aunque la señora estaba bien servida. Sobre una bandeja tenía una humeante taza de café junto a unas galletas caseras.

—Ernesto va camino de Málaga. Lo interrogarán en la comandancia —informó Fran.

Dolores debió de comprender lo que significaba aquello. Su cara se contrajo de dolor.

—Pobre hijo mío —se lamentó y, como si no supiera qué pasaba, preguntó—: ¿Se le acusa de algo?

—Señora… —Paula iba a decir algo más, pero la mirada de Fran la hizo callar de inmediato.

—Sabes por qué venimos, no te hagas la sorprendida —señaló Fran. Quería darle la oportunidad de hablar antes de que le expusiera sus conclusiones. Porque el sargento ya tenía todo el caso en la cabeza y no pensaba irse de allí sin que confirmase sus ideas. Modificó el tono y añadió más cercano—: Solo queremos conversar, sabemos que no ha sido fácil para ti.

Dolores asintió resignada, pero midió las palabras que iba a decir,

no quería precipitarse. Llevaba mucho tiempo preparándose para ese momento. La vida le había enseñado mucho, sobre todo que debía defender lo propio con uñas y dientes, pero una madre jamás podría tirar tierra en el tejado de un hijo, aunque Ernesto lo hubiera echado todo a perder. Aún no entendía qué había visto en aquella gallega a la que primero ponía la mano encima y luego le suplicaba perdón de rodillas. Estaba claro que aquello iba a acabar mal.

—¿Puedes acercarme mis pastillas? —indicó Dolores a Fran con una familiaridad que a él le molestó. Tardó unos segundos en reaccionar, y ella señaló un pastillero que había junto al televisor—. Son esas.

Fran le dio lo que le pedía. Dolores las miró y se excusó. No eran esas las que necesitaba. Se levantó y, con una tranquilidad infinita, dijo que iba a su cuarto a por la medicación que le tocaba, que regresaba en un instante.

Volvió al cabo de algunos minutos. Se acomodó en el sillón y, como si no hubiera habido ningún paréntesis en la charla, dijo que una madre no debería tolerar según qué, pero que ella jamás le daría la espalda a su hijo. Aunque tampoco podía protegerlo siempre. Todo tenía un límite.

Fran y Paula se miraron, el tono era como poco críptico.

—Debería llamar a un abogado. No creo que les diga nada. Ha aprendido que los silencios valen demasiado.

—No esté tan segura —advirtió Paula.

Dolores sonrió, como quien tiene una buena mano y cree que superará al contrario. Sin embargo, no siempre las cartas son buenas, y ella lo sabía.

—¿Por qué, Dolores? —preguntó Fran directo con un rictus muy serio—. ¿Acaso pretendes que Ernesto cargue con la culpa?

—Adela iba a estropearlo todo.

—Nadie ha hablado de Adela —apuntó la cabo.

—Las noticias vuelan, no me toméis por tonta —ironizó Dolores sobre la información del hallazgo del cuerpo de Adela que iba de boca en boca—. Tengo vecinos que no han escatimado en detalles ni en tiempo para venir a contármelo.

Hacía mucho que Paula había tomado partido por Adela, efecto de

la sororidad femenina con la que había sido educada. Desde que supo que la maltrataban, le costaba imaginar que otra mujer lo consintiera. Dolores no le caía bien, aunque se esforzaba para que no se le notara. Tenía que reconocer que era genio y figura, siempre quejosa. Había aceptado la ayuda de su cuñado, pero no por ello se mordía la lengua ni dejaba de reclamar lo que consideraba que le correspondía. Allí sentada, en aquel ostentoso sillón orejero, parecía una abuela de esas que cuentan cuentos a sus nietos y dan la impresión de que nunca han roto un plato. Pero también tenía pinta de sibilina, de esas mujeres que dan gato por liebre. Como madre, podría ser de las que no consienten que otra mujer esté por encima de ellas y compiten por el cariño del hijo. Paula pensó que Dolores era de esas suegras que no soportan a la nuera por el mero hecho de ser la mujer que ha escogido su hijo.

Fran la observó beber de la taza de café como si nada de todo aquello fuera con ella. Recordó una frase que Candela le dijo una vez sobre su tía una de las tardes que pasaban hablando de todo y de nada en su habitación: «Si se mostrara cómo es en realidad, nos sorprendería». Sonrió en su interior. No recordaba qué dio pie a aquellas palabras, pero a la Golondrina no le agradaba su pariente. Quizá las intuiciones deberían tenerse más en cuenta. Su experiencia le había enseñado que algunas personas nunca se mostraban de verdad. La personalidad era una máscara, algo que, manipulado, podía ocultar la verdadera manera de ser de alguien y hacer que sus rasgos oscilaran entre los extremos de una línea imaginaria de la salud mental.

A él tampoco lo engañaba. Le pareció que la fachada con la que la había conocido siempre iba a caerse de golpe.

—¿Me acusas a mí? —preguntó incrédula. Con desdén, añadió—: Tendrás que demostrarlo, niño rana.

—Sargento Garrido —enfatizó Fran con autoridad—. Podemos hablar aquí, pero acabarás en la comandancia, junto a Ernesto, y veremos quién delata antes a quién.

—Será mejor que nos diga qué ocurrió —advirtió Paula.

—No quiero acusarte —señaló Fran con tono sereno. Si quería que

aquella mujer dijera algo útil tenía que sentirlos de su lado. De frente no conseguirían nada—, quiero que me expliques las cosas porque no las entiendo. Sé que quieres a Ernesto, pero quizá deseas castigarlo porque no ha sido buen hijo. Él y Adela tenían problemas, no resultó ser lo que esperabas.

—Tuvo que ser duro escuchar sus discusiones —afirmó Paula, y Fran se dio cuenta de que captaba el cambio de estrategia.

Dolores dedicó un segundo a sus pensamientos y luego respondió, en tono monocorde:

—Adela iba a denunciar a mi hijo por malos tratos, Julia la había convencido. Además, le pedía dinero en el acuerdo de divorcio, y él no tenía.

—Y no podía permitir que ella explicara por ahí la mala vida que Ernesto le había dado —añadió Paula. Ella asintió sin remordimiento alguno.

—Si lo hacía, se acabaría su vida en la política. Perdería de un plumazo lo que tanto le había costado conseguir. ¡Nuestra posición se arrastraría por el barro! —exclamó con rabia, y matizó orgullosa—: Puede ser el próximo alcalde. Y todo su trabajo se iría al traste.

—Las habladurías hacen tanto daño…, la gente no entiende —observó Paula como si la comprendiera.

—Pero ella se fue, aunque tuvo que regresar por algún motivo… —supuso Fran, como si tirara de una cuerda invisible.

Fran escuchó el relato de Dolores. Ella, con la soberbia de quien se cree con derecho, habló de Adela como de la mujer que se interpuso entre hijo y madre. No resultó ser la joven dócil que parecía al principio y se llevó su merecido. Justificaba el maltrato como si el pobre Ernesto no tuviera otra opción que aplacar sus frustraciones pegando a su esposa, aunque luego regresaba arrepentido a la espera de que lo perdonara. Ella lo hacía, porque lo quería, pero Julia le enseñó que aquello no era amor. La convenció para que lo abandonara.

—No debió meterse —dijo muy segura—. Adela amenazó con denunciarlo y eso podría arruinarlo todo. Ernesto siempre fue un don nadie por culpa de su padre… Y de los Escalante de la loma mejor no

hablar. Manuel nunca lo ha tenido en cuenta. De pronto mi hijo tenía un lugar importante en la política del pueblo y esa mujer iba a tirarlo todo por la borda. Quise acallarla con dinero, pero ella se rio, dijo que debía de estar desesperada. Solo quería el divorcio para irse lejos, pero no podía fiarme. Si denunciaba a mi hijo, sería un escándalo.

—Claro, tenía que protegerlo. —Paula miró a Fran, que asentía como si comprendiera a la mujer.

Dolores estaba abstraída en su pensamiento. Sin culpa, se remontó a cuatro meses atrás. Contó que, después de irse, Adela la telefoneó para decirle que iba a pasar por la casa. Quería hablar con Ernesto, pero ella no podía dejar que eso ocurriera, así que no avisó a su hijo. Tenía que ponerla en su sitio. Cuando llegó, discutieron; Adela no transigía. La responsabilizaba de que Ernesto fuera un pelele en sus manos. La agresividad que mostraba Ernesto con ella no era más que el reflejo de la rabia que él sentía hacia su madre.

—Decía cosas insoportables. No se avenía a razones y me acusaba. Dijo que tenía engañado a todo el pueblo. Me culpó de que mi hijo fuera un desgraciado, decía que lo había utilizado siempre y que había permitido que encontrara a su padre ahorcado. No sé cómo podía decir aquellas cosas, pero no quería seguir escuchándola. De repente, no sé qué pasó, pero estaba en el suelo sangrando y no respondía. Le clavé un cuchillo en el pecho. Temí que Ernesto llegara y me descubriera, así que la escondí en el hueco de la chimenea. Aproveché que estábamos de reformas y que habían hecho un agujero en el suelo del hogar para cambiar los ladrillos que estaban muy desgastados y de paso hacerle algunos arreglos. Pero no me gustaba que estuviera allí, no estaba tranquila, así que Marcial se la llevó a otro sitio unos meses después.

—Su cómplice —observó Paula, y señaló que también acabaría acusándola.

—El Sevillano siempre ha sido agradecido. Si ya lo tenéis, está todo dicho.

—No, no está todo dicho. Tendrás que dar muchas explicaciones, pero vayamos por partes —advirtió Fran molesto, modificó el tono y la actitud; la acusó—: Fuiste tú quien envió varios mensajes a Julia

con el móvil de Adela haciéndole creer que se había ido a su pueblo. Como no respondería, pensaría que quería pasar página y dejaría de buscarla. Y a su madre le dijiste que se iba de viaje… Pero en realidad dormía el sueño eterno en tu cocina. Por eso no la localizaban…

Dolores no lo negó, e ironizó con que aquellos eran los planes de su nuera, aunque cambiaron. Mientras hablaba, evitaba la mirada del sargento. Estaba centrada en el plato de galletas que apenas había probado.

—¿Y Julia? ¿Te descubrió? —inquirió Fran. Aquella mujer había resultado ser un lobo con piel de cordero.

—Pasó a verme la tarde del cumpleaños del niño de Sebastián. Creí que venía a invitarme, así que pasamos a la cocina. Pero de pronto soltó todo su veneno. No sé cómo lo supo, pero me acusó de estar detrás de los robos de aceite con Marcial y dijo que iba a denunciarnos. Había estado en Las Carlotas y lo había visto todo. Se atrevió a culparme de la desaparición de Adela. Creí que había descubierto al Sevillano el día que trasladó el cuerpo de mi nuera, pero, por su expresión, imaginé que estaba dando palos de ciego y que no sabía con certeza que estuviera muerta. Sin embargo, no podía arriesgarme —dijo serena, como si hablara de un acontecimiento trivial.

—¿Qué pasó? —preguntó Paula.

—Me defendí. Ella era la responsable de nuestra desgracia, y la muy estúpida pretendía pasarme cuentas. Desde que supe que era hija de Juan, soñaba con asestar un golpe de mano a los Escalante de la loma y gritar a los cuatro vientos que habían criado como suya a la bastarda de Juan. Manuel no soportaría el escándalo ni los chismes, quizá hasta se moría del disgusto.

—¿Desde cuándo lo sabías? —quiso saber Fran.

—Hace dos años. A veces la casualidad te pone delante todas las señales que dejaste pasar —dijo Dolores enigmática, y miró hacia la fotografía que tenía de su esposo y negó con la cabeza—. Lo quise mucho, ¿sabéis? Y eso me hizo estar muy ciega durante mucho tiempo.

Paula le preguntó por qué no le había dicho a su cuñado que sabía

lo de Julia o soltado el rumor por el pueblo si tanto le quemaba dentro. Ella, muy digna, aseguró que no quería perjudicar la carrera de su hijo en la política. Tenía dinero guardado a espaldas de Ernesto, y no encontró mejor forma de invertirlo: hizo una donación anónima a su campaña y eso le ayudó a llegar a donde estaba.

A la espera de nuevas preguntas, se calló. Fran la animó a continuar con lo que decía de Julia.

—Le eché en cara lo que había descubierto, que no era hija de quien creía. Imaginé que la dejaría rota con esa verdad, pero no se inmutó. Dijo que ya lo sabía, y enloquecí. Me habían engañado todos. Sobre la encimera tenía el cuchillo, la navaja con la que pelo las patatas, y se lo clavé dos veces. A pesar de que estaba herida, se resistió y me tiró al suelo. Me hice daño en la pierna, así que cogí lo primero que tuve a mano, el mazo del almirez grande, y le di en la cabeza.

—Has matado a dos personas —afirmó Fran. Seguía sorprendiéndole la falta de empatía de los asesinos.

—Una cosa llevó a la otra. Nuestra desgracia llegó con ella. Era hora de que pagara sus culpas y yo de cobrarme mi venganza.

—¿Qué venganza? —quiso saber Fran—. ¿Y qué culpa tenía Julia? Era una buena persona. ¿Qué daño te había hecho?

Entonces Dolores dejó salir toda la rabia y el rencor que llevaba oculto desde hacía más de cuarenta años y escupió lo que detestaba a su cuñado y a los Escalante, a los que acusó de tratarla con condescendencia. Pero si algo dejó claro con sus palabras fue cuánto odiaba a su sobrina.

—Si no hubiese nacido, Juan no habría muerto. Esa era su culpa.

Desde el primer momento supo que su marido había tenido una hija con su amante, se lo dijo él la noche de la partida de cartas. Ella, preocupada al ver que no regresaba, le pidió a Ernesto que saliera a buscarlo. Era un niño de ocho años, pero conocía los lugares que frecuentaba su padre. Juan apareció de pronto. Ya había entregado la documentación del molino y la tierra, pero le dijo que podrían seguir viviendo en la casa. Le hablaba como si no hubiera destrozado sus vidas, aunque aquello no fue lo peor… Lo peor vino cuando dijo que se marchaba. Aseguró que la criatura que había tenido Angustias era

de él y que pensaban fugarse juntos.

Dolores relataba el suceso como si tuviera la escena delante de ella. Había cierto desahogo en su voz. Reconoció que Juan había soltado aquellas palabras al tiempo que se servía una copa de coñac, como si lo celebrara. Mientras él preparaba una maleta con cuatro cosas, ella le imploró, lloró y hasta se humilló al suplicarle de rodillas. Pero él tenía una determinación: abandonarlos.

—No podía consentirlo. No solo nos arruinaba y perdía sin pestañear lo que teníamos, sino que nos dejaba al amparo de otros y se iba con su amante y su nueva hija. Iba a convertirnos en los parientes pobres, y todo el mundo se reiría de mí. ¿En qué lugar me dejaba eso? No hay nada peor que que la gente te tenga lástima. Tenía que impedirlo. —Dolores se recostó en el sillón. Parecía cansada de la vida, y aquellas palabras la liberaron—. En un descuido, mezclé en la copa de coñac algunos tranquilizantes que usaba para el insomnio y la ansiedad. Si se dormía, no se marcharía, al menos no esa noche. Ya pensaría qué hacer al día siguiente. Pero siempre creí que Angustias había huido de Severiano con su hija, al menos él se encargó de que lo creyera así. Nunca imaginé que esa niña era Julia, que la había entregado a Manuel y Rosalía y se había criado delante de mis narices.

—¿Acaso viste a Severiano aquella noche? —indagó Fran.

—¿Quién crees que me ayudó a colgar a Juan de la viga?

Severiano llegó a su casa como un loco, buscaba a su marido. Había bebido y amenazaba con matarlo. Entró hasta la cocina, donde estaba Juan a punto de marcharse. Los hombres discutieron. Juan lo acusó de hacer trampas a las cartas y el otro no lo negó. Con desdén, le lanzó una sota de bastos al pecho como si fuera una daga. La carta cayó al suelo y la escena se recrudeció. Juan dijo que siempre había querido a Angustias y que él se la había arrebatado con mentiras, que se cobraría todo lo que les había hecho. Al oírlo, Dolores comprendió que nunca la había querido y, encolerizada, cogió la soga con la que solían colgar a los cerdos del techo en la matanza y se acercó a él. Entre ella y Severiano se la pusieron alrededor del cuello y luego la pasaron por la viga. Él pataleaba y se agarraba a la cuerda, maldiciéndolos. Era fuerte, pero Severiano lo era más. Juan empezaba

a dormirse por el efecto de las pastillas. Fue rápido; entre los dos burlados tiraron de la soga y el hombre, sujeto al otro extremo, quedó colgado como un cerdo en San Martín.

Tras aquella acción, juraron no volver a verse, ni hablar jamás. Severiano se marchó del pueblo. Al día siguiente las malas lenguas dijeron que su mujer lo había abandonado, y Dolores creyó que se había ido con su niña recién nacida.

Fran pensó en Manuel al oírla. La confirmación de que Juan no se había suicidado le daría algo de paz al hombre. Siempre había cargado con la culpa por no ayudarlo mejor. También recordó a su padre. Él lo sospechó, lo clasificó como un caso no resuelto. Por fin podía cerrarlo, cuarenta y dos años después se descubría la verdad. Cuánto daño había hecho esa mujer por la envidia que la carcomía, y lo peor de todo era que no se arrepentía.

—Ni siquiera pensé en Ernesto. Al entrar en casa y ver a su padre colgado, le cogió un ataque de nervios. El pobre se subió a la mesa, como si pudiera salvarle la vida.

—¿Cuándo supiste que Julia era la hija de tu marido? —preguntó Fran mientras le acercaba un vaso de agua que reposaba en la mesa. Ella pretendía cogerlo, pero no lo alcanzaba.

—En una de mis visitas a la residencia de ancianos. Cándida, la vieja comadrona, dijo que había ido Angustias de visita, que buscaba a su hija perdida. Empezó con sus desvaríos, pero a mí no me lo parecieron.

Cándida solía hablar de otros tiempos, de cuando traía niños al mundo. Una de aquellas veces dijo que Rosalía había tenido un niño. Ella la corrigió, habían sido mellizos. Sin embargo, aquella información, junto con la visita de Angustias al pueblo después de tantos años, fue la semilla que hizo que Dolores sumara todos los datos inconexos que tenía de aquella trágica noche en la que «Juan se ahorcó», Angustias se marchó con su hija y nacieron los mellizos. Telefoneó a la casa que la familia de Severiano tenía en Las Carolinas, en Jaén. Esperaba que siguiera vivo y le dieran razón de él. Para su sorpresa, él mismo la atendió y le confirmó sus sospechas: Julia era hija de Juan y de Angustias. La informó del trato que había hecho

aquella noche con Manuel.

—No le debo nada a ese malnacido —señaló con dificultad en la voz —. Entre los dos matamos a Juan. Pero él, como venganza, se aseguró de que nunca pudiéramos participar en nada del molino, ni en sus beneficios ni en la administración, mientras que Julia disfrutaría de todo. Ella creció sin la mirada lastimera de la gente, y mi hijo y yo, a base de limosnas. No era justo. Esa empresa vale hoy día un dineral, y a nosotros no nos corresponde nada. He tenido que sacar de donde fuera para llevar una vida decente.

—Me consta que Manuel siempre te ha ayudado —señaló Fran desmintiendo sus palabras.

—¡Limosna! —espetó con rabia.

—Limosna que no rechazaste.

Paula tomó la palabra y le preguntó qué relación la unía a Marcial. Estaba claro que había una unión entre ella, Marcial y lo que habían encontrado en aquel cortijillo llamado Las Carlotas, a las afueras del pueblo. Ella la miró indolente, parecía que ya le diera igual todo.

—Es hijo de una prima lejana. Lleva más de veinticinco años en Montolivo. Empezó como temporero en el olivar de Manuel. Es buen trabajador y supo ganarse la confianza de mi cuñado. Yo sabía que tener a alguien cercano metido en la aceitera, que me informara de cosillas que podían convenirme, me sería útil. Es un perro fiel. Hicimos negocio con contrabando y cosas sueltas. Cuando le pedí que se encargara de sacar a mi nuera de casa, lo hizo. Siempre he podido contar con él. Jamás me delatará. Mi hijo es otra cosa. Me odia.

Dolores, como si fuera la escena de una película, explicó que Ernesto llegó a casa y la sorprendió. Ella tenía las manos ensangrentadas y Julia yacía en el suelo de la cocina. Se puso histérico, y ella, con gesto adusto, pensó que su reacción no era la adecuada. La censuró, nunca había visto a un hombre tan asustado, se burló de él. Lo obligó a llevársela al Sevillano, porque él sabría qué hacer.

—El muy necio no me obedeció —concluyó.

—Hasta hoy, Ernesto no sabía que Adela estaba muerta. Jamás la perdonará —confirmó Paula—. Tiene una extraña forma de querer,

pero la amaba.

Fran comenzó su disertación. Le dijo que Ernesto no debía de soportar que hubiera matado a Julia, pero ella se habría encargado de manipularlo, como hacía siempre. Le habría contado quién era y lo habría envenenado con su rencor por haberse criado con lo que creía que les pertenecía a ellos. Ella le hacía creer que no era nadie. El sargento se dio cuenta de que muchas conductas que había mostrado Ernesto le parecían distintas en ese momento y empezó a darles otro significado. No quería participar en el sepelio, no por rabia o desdén, sino porque sabía que su madre era la asesina. Buscaba desesperadamente dinero para marcharse lejos y no tener que delatarla. Quería encontrar a Adela, pedirle perdón e irse con ella lejos de Dolores y de Alameda.

—Tu hijo no soportaba que hubieras matado a su medio hermana.

—Todo lo he hecho por él.

—No creo que lo vea igual cuando sepa quién mató a su padre —señaló Paula con dureza a la vez que la escrutaba—. Le ha quitado todo: a su padre, a su hermanastra y a su mujer. Usted le ha destrozado la vida. ¿Acaso cree que no la repudiará cuando se dé cuenta de que esos son los pendientes de su mujer?

Paula estaba segura de que no los llevaba cuando llegaron. «Qué frívola —pensó—, ha ido a su habitación a ponérselos». No entendió aquel acto de coquetería.

—Estos pendientes eran míos, me los regaló mi esposo. Nunca debí entregárselos a Ernesto para que se los diera a su mujer.

Fran fue inquisitivo.

—Ernesto te obedeció y se llevó a Julia, pero la dejó en el olivar para que la encontraran. En un último acto de contrición y afecto, le acomodó las ropas. Lo has manipulado siempre, pero con esto él no pudo. No soportó lo que habías hecho, por eso se fue del pueblo, para alejarse de ti. Ahora que ya sabe que ha aparecido Adela y que está muerta, te delatará sin que le tiemble la voz —sugirió Fran. Sus ideas eran cada vez más claras e iba bien encaminado en su exposición—. Te descubrió con Marcial y supo de todos tus trapicheos, como lo del aceite. Sabemos que eres tú quien le daba órdenes al teléfono.

Dolores sonrió de un modo malévolo, pero Fran intuyó que algo no iba bien. Aquella sonrisa se convirtió en una mueca extraña y se dejó caer sobre el brazo del sillón, como si se desvaneciera.

—¡Dolores! ¿Qué has hecho? —Trató de reanimarla, pero ella parecía apagarse.

Paula miró el pastillero y luego corrió hacia el interior de la casa, Fran imaginó que iba al dormitorio. Apareció con unos blísteres de pastillas vacíos.

—Llama a una ambulancia —pidió Fran mientras trataba de tomarle el pulso en el cuello a la mujer—. ¡Rápido!

30

Dolores murió tras su confesión sin arrepentirse de sus actos ni recibir castigo, ante las caras de impotencia de Fran y Paula por no poder llevarla ante la justicia. Con su detención, la familia Escalante se habría sentido resarcida por tanta maldad. No fue así, ella prefirió la muerte que enfrentarse a sus acciones, pero Severiano iba a pagar su culpa por ser cómplice de la muerte de Juan. Fue detenido en su hacienda de Jaén. Ya tenía setenta y ocho años, quizá no entrara en la cárcel, pero la vida tranquila y apacible que tenía se le acabó.

Los días que siguieron a aquel domingo negro, en el que pasaron tantas cosas, fueron convulsos para la familia de Candela, los llenaron de dolor. Habían convivido con una extraña, alguien a quien el odio y la envidia pudrieron por dentro y los manipuló a todos y cada uno de ellos.

La noticia se extendió por el pueblo como la calima, ese viento africano de altas temperaturas, difícil de respirar y soportar, que deja una sensación asfixiante y desagradable. No hubo casa o rincón que no se viera cubierto por un manto de incredulidad y angustia. Se habló de Dolores en todos los corrillos. Las gentes se lamentaban de no haberse dado cuenta de su doble personalidad. Solo eran distintas formas de decir que los había engañado con su aspecto débil, el de una mujer que parecía haberse resignado a la desgracia que había vivido, pero que en el fondo era pura fachada para ocultar la vileza que tenía dentro.

Pero si algo resultó no ser Dolores era débil. La mayoría de las voces coincidían en calificar de enfermiza la relación que mantenía con su hijo, al que mangoneó siempre para no quedarse sola, como si él tuviera que cuidarla y hacerle compañía, dejando al margen su propia vida. No le dejó tener un matrimonio feliz, no lo soportaba. Ella lo envenenaba y él cargaba contra su esposa. Solo en la política Ernesto

encontró la forma de ser libre a su manera. Tenía un poder que iba más allá de su madre, que lo fagocitaba. Algunos lo consideraron una víctima más de su maldad, incluso llegaron a justificar sus acciones como una forma de rebelarse contra Dolores, de la que no podía separarse.

Durante varias noches, el chisme acampó en la puerta de las casas, era el único tema de conversación, y los vecinos estaban convencidos de que sería algo difícil de olvidar.

En Las Golondrinas, el dolor se hizo insoportable, como el calor y el aire seco del exterior. Manuel, acostumbrado a callar y no dar pábulo a las habladurías, fue el primero en decir que Dolores lo había engañado con su cara de buena. Se lamentó por no haberse dado cuenta y quiso hablar con Ernesto, como si aquello diera paz a su alma. Fran lo acompañó. En el encuentro, tío y sobrino se retaron con la mirada.

—Si el día que viniste a por dinero a casa me hubieras dicho la verdad, te lo habría dado todo —espetó Manuel tras unos segundos en silencio.

—Yo no lo quería todo, solo lo necesario para irme lejos y vivir mi vida. Podía hacerlo en otro lugar, en el partido me ayudarían. Jamás pensé que mi madre se hubiera vuelto loca.

—¿Loca? No —aseguró Manuel—. Alguien así no está loco. Es calculador, malicioso, y espera el momento adecuado para disfrutar del poder que ejerce sobre los demás. A mí siempre me dio lástima, eso era lo que pretendía, así no vería cómo era en realidad. Jamás la perdonaré y espero que se pudra en el infierno.

—¿Acaso crees que fui feliz a su lado? Me ha destrozado la vida. Me han contado todo lo que ha hecho… Era una psicópata y no supe verlo. Hasta su amor por mí me duele, porque era la excusa para hacer lo que hacía —dijo con pesar. Con los brazos extendidos sobre la mesa que los separaba, Ernesto era la viva imagen de la derrota—. Cuando vi a Julia en el suelo, en el mismo lugar en que encontré a mi padre años atrás, creí que era una broma del destino. Si hubiera sabido antes que era mi hermanastra, mi vida habría sido otra. Julia tenía luz. Entonces tomé conciencia de que debía alejarme de mi madre. No

podía delatarla, era lo único que tenía, pero jamás volvería a dejar que me manipulase.

Ernesto confesó que se llevó a Julia y que la dejó en el olivar porque no quería que desapareciera sin más. Quizá alguien descubría que su madre era la asesina. No pidió perdón ni estaba preocupado por lo que pudiera pasarle. Tampoco quería la ayuda de nadie.

—Deberías dejarte asesorar por un abogado —comentó Fran—. Dicen que no has contactado con ninguno, aunque te proporcionarán uno de oficio, pasarás a disposición judicial. Te enfrentas a un delito de encubrimiento, como poco. De seis meses a tres años de cárcel. Tu madre en su confesión te exculpó de alguna manera de ser su cómplice, ya que dijo que no participaste en la comisión del crimen, pero moviste el cuerpo y eso puede perjudicarte.

Ernesto se encogió de hombros.

—Tengo mis propias culpas que pagar. No fui buena persona con mi esposa y me arrepiento de cómo me comporté con Candela —aceptó —. Solo quiero pedirle un favor, tío.

Manuel lo miró extrañado por la distancia que ponía en el trato.

—Queme la casa con todo lo que hay dentro.

—Cuando salgas, lo que saques de ella te permitirá empezar esa vida que deseas. Y si quieres quemarla, hazlo tú.

Manuel se levantó, le dedicó una última mirada, pero antes de salir de la sala de interrogatorios, se volvió y le dijo en un susurro:

—Gracias por llevármela al olivar.

Ernesto asintió con la cabeza, para luego hundirla en el pecho.

Fran acompañó a Manuel hasta el exterior de las dependencias policiales, donde solo había miseria.

—¿Vendrás un día de estos a casa? —preguntó Manuel, y con una sonrisa añadió—: La Golondrina y tú algo tendréis que hablar.

—Ya hablamos, existe el teléfono —respondió Fran jocoso.

—Eso me gusta, que arregléis las cosas. Pero ven a comer un día.

—Manuel, tu nieta y yo… Parece que siempre tenemos una conversación pendiente.

Fran estaba seguro de sus sentimientos y pondría la mano en el fuego por los de Candela. No habían tenido solo sexo. Pero era

importante aclarar su situación y tomar decisiones.

—En mí solo encontrarás a un aliado, no me debes explicaciones, pero hablando se entiende la gente.

Fran sonrió agradecido por el gesto de Manuel. Tenía razón, le faltaba hablar en serio con Candela, pero quería hacerlo en persona. No la había vuelto a ver desde el domingo, cuando fueron a Las Carlotas y se destapó todo. Ya era jueves, y en la comandancia había tenido mucho trabajo. La había llamado para explicarle algunas cosas, además de interesarse por cómo estaba, pero no habían hablado de ellos, de cómo se encontraban y hacia dónde iban. Esa conversación seguía pendiente. Esperaba que en el fin de semana hallaran el momento.

Candela recibió la noticia de la muerte de Angustias con pena. No llegó a conocerla, pero le hubiera gustado. Se lo comunicó Fran, aunque Mariana había telefoneado a su abuelo para decírselo. Su corazón volvió a pararse y los médicos no pudieron hacer nada. Ella tampoco lo deseaba. Iban a incinerarla, y su sobrina regresaría a su país, aunque antes pretendía lanzar, furtivamente, sus cenizas en la Camorra.

Aquellos días fueron muy difíciles, pero Candela se autoimpuso algunas tareas para ir adaptándose al trabajo y eso le sirvió para desconectar. Habló con su madre y el abuelo para contarles sus planes y estos los recibieron con alegría.

—Este es tu sitio, Golondrina —le respondió Manuel al darle un abrazo.

Candela se propuso no planificar demasiado su vida. Tenía pensado regresar a Barcelona para cerrar aquella etapa, pero aún no había programado cuándo lo haría, tal vez en un par de semanas, no le preocupaba. Lo que en realidad le quitaba el sueño era lo que quería con Fran.

Y lo quería todo.

Aunque aún le daba miedo decirlo en voz alta.

Con la mente abierta y dispuesta a aceptar lo que tuviera que pasar,

se enfrentaba a un fin de semana tranquilo sin tener noticias de Fran. Sebastián, Laura y los niños habían vuelto a Alameda y su madre había organizado una comida familiar. El patio era un revuelo de idas y venidas a la cocina con algo en las manos. Candela había puesto en la mesa un mantel bordado por Julia que nunca habían estrenado. Quizá era el momento de usar más las cosas y no guardarlas a la espera del instante perfecto. El abuelo, sentado en una mecedora de teca, trataba de entretener a los niños leyéndoles un cuento. Ella lo miró con adoración al detenerse a su lado. El pequeño Víctor estaba acomodado en su regazo y David se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas al estilo indio. Manuel captaba la atención de los pequeños poniendo voces y gesticulando con las manos mientras les relataba la historia del Gato con Botas. Había hecho lo mismo con ella, con aquel mismo cuento y otros tantos que decoraron su habitación durante años. Creía que se habrían deshecho de ellos, pero el desván de Las Golondrinas debía de estar lleno de recuerdos.

María y Laura salieron de la cocina con fuentes en las manos. Su tía dejó sobre la mesa una gran ensalada. Su madre se acercó a Sebastián y a Juanma, que se ocupaban de la barbacoa y tenían unas chuletas preparadas para ponerlas en la parrilla. Les entregó la bandeja para que pusieran allí las que estuvieran hechas. Candela los miraba a todos feliz, cada uno en su tarea, como si no hubiera ocurrido nada, pero, sin darse cuenta, haciendo presente a Julia a cada instante, para sobrellevar su ausencia.

El repiqueteo del timbre de la puerta llamó su atención.

Al abrir, no esperaba encontrarse a Fran con unos tejanos deshilachados cortos, una camiseta blanca, unas gafas de sol de aviador y tres botellas en las manos.

—¿Se ha perdido por aquí, sargento? —preguntó con humor.

—Me han dicho que hay una barbacoa, y vengo a inspeccionar —respondió con guasa al tiempo que le daba una de las botellas y él se quedaba las otras dos. Con la mano libre, se quitó las gafas y se las colgó del cuello de la camiseta—. Por si acaso, he traído vino.

Candela lo hizo pasar, pero Fran la retuvo en el zaguán. Quedaron en penumbra al cerrar la puerta. Se acercó a ella y la besó. Por un

instante, ella se perdió en todo lo que le provocaba, olvidándose hasta de dónde estaban. Apenas se rozaron sus cuerpos, pero aquel beso largo y cálido, que prometía muchas cosas, se le hizo corto y le despertó las ganas.

—Ahora voy a querer que me beses otra vez —dijo en un susurro zalamero.

Él volvió a besarla.

—No seas impaciente, niña. Luego te invito a una siesta, un baño o lo que surja, y te beso hasta que me digas basta.

—Solo si me dejas que te prepare el desayuno.

—Contaba con ello.

Candela sonrió y tuvo que dejar aquel toma y daca si no quería que los calores le jugaran una mala pasada. Al entrar en el patio, todos celebraron la llegada de Fran.

—Mirad a quién me he encontrado en la puerta —bromeó. Fran levantó la mano para saludarlos.

—Menos mal que alguien trae vino —señaló Sebastián con humor —. Aquí no te sirven ni una cervecita.

—¿Cómo que no? —se quejó Laura, que los había abastecido hacía unos minutos.

Nadie preguntó sobre la investigación. Él le explicó a Manuel todo lo que podía contar el día que se vieron y a Candela, por teléfono. Como no le hicieron preguntas, Fran decidió no sacar el tema y se mimetizó con todos. Durante un rato en el patio solo resonaron risas y conversaciones dispares entre unos y otros, con el sonido del agua de la fuente de fondo que amalgamaba el conjunto. Laura, que salía de la cocina con una gran jarra de gazpacho, se detuvo junto a Candela que, apoyada en el umbral de una puerta, observaba a Fran cautivada.

—No dejes que se te escape, Candela. Ese hombre te quiere, solo hay que ver cómo te mira.

—Es complicado. Se va a marchar.

—Pues haz que se quede.

Como si fuera tan fácil… Ella no tenía derecho a pedirle nada a Fran.

Jamás lo haría. No quería que un día él pudiera reclamarle que le

diese a elegir entre ella y su carrera.

Cuando se sentaron, Manuel, en la cabecera de la mesa, pidió un brindis por la familia.

—No sé los años que me quedan… —Acalló las quejas con las manos y continuó—: Los que tengan que ser, deseo que sean felices y que pueda teneros a todos junto a mí. En mi corazón, por siempre estarán Juan, Rosalía y Julia, y le pido a la vida muy poco: salud para todos y alegría en el alma. No voy a dedicar ni un segundo a odiar; el rencor no me llevará a nada bueno. Espero que todos sigáis este consejo. Muerto el perro, se acabó la rabia. ¡Salud!

—¡Salud! —corearon los demás.

Todos alzaron las copas, incluso los niños levantaron su vaso de limonada. Candela sintió que, por debajo de la mesa, Fran le cogía la mano libre y se la apretaba. Por un segundo, deseó la felicidad junto a Fran. Quería despertarse con él todos los días.

Dieron un sorbo y luego se dedicaron a dar buena cuenta de todos los manjares que había en la mesa. Aquel era un nuevo comienzo. Julia estaría por siempre en sus corazones. No había espacio para el rencor, no querían vivir amargados por lo que les había sucedido. Seguirían adelante, como tantas familias que perdían a sus seres queridos en una situación trágica y aprendían a vivir con el dolor, cada día un poco menos intenso.

Tres horas después seguían alrededor de la mesa conversando y contando anécdotas. Fran comentó que sabía por la jueza Márquez que los derechos de la obra de Julia le serían devueltos. Vicente Velasco había reconocido que la novela no era suya. Obvió los aspectos legales, de nada servía explicarlos. Aquella vil acción había acabado con el matrimonio de los Velasco, y su editorial hacía aguas. Se daba por satisfecho. Les confirmó que, si querían, la novela podría ver la luz con el nombre de Julia en la portada. Aquello fue objeto de un nuevo brindis. María dijo que lo harían por su hermana.

Habían caído las tres botellas de vino, y los niños hacía rato que se habían levantado, dormido un poco y cambiado de juego varias veces. En ese momento se estaban peleando, cansados de que nadie les hiciera caso, para llamar la atención de sus padres. Por fin,

consiguieron que abandonaran sus asientos.

—Nosotros nos vamos —anunció Sebastián—. Aún aprieta el calor, así que dejaremos que estos diablillos se den un baño en la piscina y luego los llevaremos a casa de su abuela. Nos han dado la noche libre. ¿Nos vemos luego?

La pregunta iba dirigida a María y a Juanma. Las parejas habían quedado para salir de tapas aquella noche. Candela se levantó y empezó a recoger lo poco que quedaba en la mesa. Su madre la alcanzó en la cocina.

—Deja esto, que ya me encargo yo. Seguro que Fran y tú tenéis planes.

—Me ha invitado a pasar la noche con él —dijo ella con una sonrisa.

—Pues ve a prepararte. Esto lo hago yo. Juanma y el abuelo se echarán una siestecilla o se pondrán a jugar al dominó. Así estoy entretenida.

A Candela le hubiera gustado compartir sus inquietudes con su madre. Sabía que aquella tarde iba a determinar su futuro. Quizá, ella y Fran al final no concretaran nada y estaba nerviosa sin motivo, pero tenía la seguridad de que a su regreso de la casa de Fran su vida se habría dibujado de otra manera.

Lo primero que hicieron al llegar a casa de Fran fue ponerse los bañadores y darse un baño. Candela, al igual que los niños, deseaba quitarse el calor de encima. Aquel verano estaba resultando especialmente duro y seco, con temperaturas altas a las que ella ya no estaba acostumbrada.

Durante un rato se retaron a ver quién hacía largos en la piscina en menos tiempo. Candela sabía que tenía las de perder… Él había sido campeón en sus mejores tiempos, aunque era competitiva y no por ello se iba a amedrentar. Como le decían todas las fibras de su cerebro, ganó Fran, y ella, aunque no tenía mal perder, le hizo algunas ahogadillas, como si fueran niños. Él se lo permitía y tiraba de ella bajo el agua para darle un beso y tenerla a su merced. Tonteaban y

jugaban a retarse hasta que él puso distancia y, dejándola con las ganas, se acercó al borde de la piscina y salió de un salto.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó mientras se secaba con una toalla, con la intención de entrar en la casa.

—¿Tienes vino blanco?

Cuando Fran salió con dos copas y una botella, ella ya se había sentado en un balancín a la sombra y se había puesto un quimono playero abierto por delante. Se levantó para recibirlo. Él sirvió el vino y le ofreció una de las copas. Por inercia, brindaron y bebieron.

—Está muy bueno —dijo ella.

—Ya lo sé —respondió él con una sonrisa—. Ven, siéntate. Tenemos que hablar.

—Esa frase no trae cosas buenas —dijo ella con cautela, sin tomar asiento.

—Solo quiero tener claros los parámetros. Lo que me pide el cuerpo ahora mismo es llevarte a la cama, pero no quiero que pienses que solo te deseo.

Ella se bebió de un sorbo casi todo el líquido que había en la copa y le tendió la mano.

—Pues no estropeemos el momento con palabras.

Besó su pecho justo encima del tatuaje de la golondrina y luego buscó su boca para perderse en ella.

—Muero por que me lleves a tu cama. No nos hagamos promesas, Fran. Hazme el amor, llévame al cielo y mañana nos decimos todo lo que nos tengamos que decir. Pero quiero que sepas que te amo, que nunca he dejado de hacerlo, aunque eso ya lo sabes, mi cuerpo te lo dice.

—Yo también te quiero. Eres el amor de mi vida, y ahora que he vuelto a encontrarte, no te dejaré escapar —confesó él—. Muero por ti, Golondrina, y no estaría completo si no hago todo lo posible por estar contigo. No voy a dejar para mañana esta conversación, porque te necesito tanto que quiero resolver nuestro futuro ahora mismo.

—Antes de que sigas, quiero que sepas que no volveré a Barcelona, solo iré a recoger mis cosas y me instalaré aquí.

Él la abrazó y la besó con ternura en los labios. Por dentro, sonrió

con resignación. El puñetero destino no los ayudaba demasiado. Ella regresaba y él se marchaba. Los astros estaban en su contra. En su interior explotó un conflicto: la idea de dejarlo todo y apostar por ella. Era algo que deseaba; sin embargo, Candela lo miraba como si pudiera leer su pensamiento y negaba con la cabeza.

—Dijiste que te irías a Madrid, por un traslado. Sé que es tu sueño pertenecer a esa unidad. No puedes renunciar. ¿Cuándo te incorporas?

—Debería hacerlo después de las vacaciones, pero… —musitó, y apoyó su frente en la de ella. Era una separación anunciada, algo que ya no deseaba—. No quiero perderte, Candela.

—No me perderás. Te gusta mucho tu trabajo, y ahora está en otra ciudad, pero no puedo ir contigo. No sé si lo entiendes. El abuelo me ha rogado que regrese: Julia se ha ido, mi familia me necesita, Montolivo me necesita, y yo los necesito a ellos. Te quiero, también te necesito, pero debo hacer esto.

—Lo sé, joder si lo sé —replicó—. Y te entiendo, eso es lo que más me duele. Si nos queremos, algo podremos hacer. Viajaremos para vernos. Encontraremos la manera de que funcione.

—Eso estará bien un tiempo. Las relaciones a distancia son pruebas difíciles y duras. Hay tentaciones…

—No me hables de pruebas, que no sabes lo jodidas que son unas maniobras —bromeó, la cogió por la cintura y la levantó. Ella rodeó sus caderas con las piernas y quedaron a la misma altura—. Ya concretaremos los parámetros de la misión. Ahora voy a quitarte ese biquini tan provocador que llevas debajo de este trapo.

—¿Trapo? —inquirió alarmada, y bromeó—: Pero si es de Victorio & Lucchino, un quimono para estar estupenda en la playa o en la piscina. Era de mi tía Julia.

—Si era de Julia, no te lo arrancaré.

Fran se volvió en dirección a la casa y le susurró que ya habían hablado suficiente. Ya sabía lo que necesitaba. Le pidió que cogiera el vino mientras él se encargaba de las copas. Candela hizo lo que le pedía sin rechistar y así, colgada a su cintura y con el fuerte brazo de él sujetándola por el trasero, se dejó llevar al dormitorio, donde pensaban pasar el resto de la tarde metidos en la cama. No había

mejor plan.

«Mañana» era una palabra llena de futuro, pero, como Fran había dicho, ya habían establecido los primeros parámetros de la misión. De alguna manera, se habían prometido estar juntos. Conseguirlo era solo fruto del deseo y del amor que sentían.

Las siguientes semanas fueron exquisitas. Vivieron en una burbuja. Hablaron de muchas cosas. Ella se interesó por su trabajo, incluso por su compañera. Quería saber si también se marchaba a Madrid, aunque no era solo curiosidad. Fran le habló sin titubeos:

—Paula pasará un tiempo en Málaga, pero volará pronto —respondió él y la besó. La inseguridad de las mujeres se notaba en las preguntas sobre las demás. Él lo sabía, pero no iba a avergonzarla diciéndoselo. No tenía nada por lo que dudar. No había nadie por encima de ella. Tal vez debía aplicarse más para que se diera cuenta, pero por si acaso le aclaró algo que había percibido casi al final de la investigación, y su buen olfato le decía que no iba errado—. Estará en alguna playa con Iván… Creen que no me he dado cuenta, pero esos dos tienen algo.

Candela y Fran durmieron juntos casi todas las noches, y los despertares eran siempre apasionados, aunque ella pasó más de una mañana en las oficinas de Montolivo. También viajaron juntos a Barcelona para recoger sus cosas. Allí Candela le presentó a sus amigas, a las que invitaron a Alameda, estuvieron con su padre y su familia y visitaron los rincones más bonitos de la ciudad. Pero el verano se les acababa… Casi sin darse cuenta, habían establecido unas rutinas y, cuando llegó el momento del adiós, ella se quedó desolada.

En aquel instante no supo decirse de dónde salía tanta inseguridad, pero una conversación llegó a su recuerdo. Isa le contó que, en Madrid, Fran había tenido algo parecido a una novia. ¿Y si…?

—Fran, si ves que esto no funciona, si…

Él debió de intuir por dónde iba y le puso un dedo sobre los labios para que callara.

—No quiero que esto sea una despedida, Golondrina. Te quiero, no

lo olvides.

Se dijeron adiós.

La distancia dolía.

Fran ingresó en su nueva unidad. Los casos, como los días, fueron pasando unos detrás de otros. Había decido bajar a Alameda cada quince días, pero no siempre lo conseguía. Candela también había subido a Madrid más de un fin de semana, cuando él tenía algún tema que no podía dejar. El deseo de pasar la noche juntos les compensaba y hacían planes en el aire que eran más que proyectos de futuro.

La Navidad estaba a la vuelta de la esquina, y un nuevo caso hizo que Fran no pudiera viajar al pueblo. Cuando habló con Candela, ella lo comprendió, pero no pudo ocultar su tristeza por que no pasarían las fiestas juntos. Aquel obstáculo provocó que la relación se enfriara. La nostalgia le hizo implicarse más en el trabajo y Candela, por su parte, también se dedicó a la aceitera.

Llevaban más de un mes sin verse. Al nuevo caso le siguió otro que tenía agobiado a Fran. Se presentó en el despacho de su superior para informarle de las últimas diligencias que habían llevado a cabo, pero fueron otros temas los que abordó.

Candela había quedado con Isa y Elías para tomar unas cervezas y cenar en el bar de la plaza. Al sonarle el móvil pensó que llegaba tarde, pero no era su amiga, sino Fran, que quería pedirle un favor.

Tuvo que llamar a Isa y cancelar la quedada. Le dijo que le había salido un imprevisto y que se verían otro día. Se despidió de su madre y del abuelo, que estaban viendo un concurso en la televisión, mientras Juanma trasteaba en la cocina. Aquellos tiempos modernos en Las Golondrinas la hicieron sonreír.

Subió al coche y se dirigió a casa de Fran. Él la había citado allí. Se preocupó, había sido escueto en su mensaje. Tampoco la había avisado de que iba al pueblo. Mientras conducía, por su cabeza pasaron muchas ideas; algunas descabelladas, otras posibles.

Llegó a su puerta y su angustia aumentó. Él la esperaba sentado en el portal.

—Tenía tantas ganas de verte —dijo Fran al recibirla. Al abrazarla, sintió que de verdad estaba en casa. Hacía dos horas que había llegado al pueblo, pero no quiso llamarla antes de acondicionar la casa. Estaba helada después de tanto tiempo cerrada.

—¿Qué ocurre? Me has dejado preocupada. ¿No tenías trabajo?

—Entremos y contestaré a todas tus preguntas —respondió con una sonrisa que rebajó la ansiedad de Candela—. Dentro se está mejor.

Al entrar, Candela notó el calor de un buen fuego en la chimenea. Fran había abierto una botella de vino y dos copas esperaban en una mesa baja. Se quitó el abrigo, igual que él, y lo dejó colgado en el respaldo de una silla. Por inercia, se acercó a la chimenea y extendió las manos hacia el fuego.

—Es oficial. Lo he dejado —dijo él junto a Candela.

—¿Cómo que lo has dejado? ¿Tu trabajo? ¿La Guardia Civil? ¡Pero si te encanta!

—Me encantas más tú y no soporto la distancia.

Fran le explicó que estaba en mitad de una investigación y de repente lo tuvo claro. Había llegado el momento de dejarlo. Los casos eran los de siempre, con otros nombres y otras víctimas, pero los mismos. Estaba cansado. Lo demás —el piso que había alquilado, los compañeros con los que aún no tenía una relación amistosa, los antiguos compañeros, la ciudad…—, nada que fuera a echar de menos. En cambio, a ella la extrañaba mucho. También la paz, la tranquilidad, ir sin prisas a los sitios. No tenía problema de liquidez, así que quería dedicarse a sus olivos, a ella y a la vida que podían tener.

—Quiero una vida sin sobresaltos junto a ti. Y, si no tienes nada mejor que hacer, creo que podemos empezar de nuevo, pero bien. Sin distancia, al menos con la menor posible.

Candela lo miró sin saber qué decir. Pensó que estaba agobiado, y tomar una decisión en caliente no era lo mejor, pero luego leyó el lenguaje de su cuerpo. Se mostraba relajado, feliz. La sonrisa no abandonaba su rostro y le brillaban los ojos.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Entonces te diré que no tengo nada mejor que hacer.

Candela se lanzó a sus brazos y lo besó. No habían estado juntos en Navidad, pero tenían toda la vida por delante.

—¿Quieres salir a cenar? —propuso ella.

Él sonrió al tiempo que negaba con la cabeza.

—He traído quesos y *foie* de pato, y tengo el congelador lleno de carne, pescado y vino. Podemos estar una semana sin salir a la calle —bromeó.

Ella se acomodó en el sofá, frente a la chimenea, y él le sirvió una copa. Brindaron con un «por nosotros» al unísono.

—¿Quieres tener hijos?

Candela soltó una carcajada y casi escupió el vino que había bebido.

—Creí que me ibas a preguntar otra cosa, como si quería *foie*. ¿No vas muy rápido?

—¿Rápido? En absoluto. Lo quiero todo. Ya hemos perdido mucho tiempo.

—¿Qué es «todo»? —Candela lo imaginaba, pero le resultaba excitante escucharlo.

—Que vivamos juntos, una boda, hijos…, un perro.

Volvió a reír. Aquello era la felicidad.

Candela se acurrucó en su pecho y le ofreció los labios para recibir un beso. El calor que sintió no era fruto del fuego que chisporroteaba, sino de las caricias de Fran que, con habilidad, había metido la mano bajo su jersey y acariciaba la zona donde tenía la golondrina tatuada.

La urgencia los atrapó, los besos eran cada vez más apasionados y hambrientos. La vida que querían no podía esperar. El deseo los apremiaba.

Emocionada por todo lo que estaba por venir, Candela lo miró a los ojos y, antes de fundirse de nuevo en su boca, confesó que también lo quería todo.

Epílogo

Seis años después

A Candela le gustaba recorrer a pie aquellos senderos de olivos, alineados como las púas de un peine, como quien da un paseo. La paz del lugar siempre la reconfortaba. Sin embargo, en época de cosecha, la loma adquiría una vida que en otras estaciones del año no tenía.

En aquel instante ya no paseaba, le fallaban las fuerzas, pensó que no había sido buena idea salir desde Las Golondrinas a la carrera para llegar hasta el molino. Ya no estaba para aquellas aventuras.

—¡Julia! ¡Julia, no corras tanto! —gritó sin mucho éxito a la pequeña que, loma arriba, corría como si la meta estuviera al final del camino y le fueran a dar una copa como premio.

El movimiento de brazos y manos acompañaba cada zancada, haciendo bailar en su espalda una mochilita rosa, y dejaba en el aire una estela de risas que, sin querer, se le contagiaban. Seguro que aquella habilidad la había heredado de Fran, quien no tenía competencia de niño cuando corría o nadaba.

Julia correteaba con más ganas al oír su nombre. Con algo más de cuatro años, podía mangonear a todo el que se dejara. Decían que se parecía mucho a ella, sería por el cabello ensortijado y negro como el azabache, pero los ojos los tenía verdes, como su padre.

—¡Espérame!

Chilló, y aquello hizo que la chiquilla volviera la cabeza sin dejar de correr y se echara a reír de nuevo. Parecía que aquel llamado le había dado alas.

¡Bendita energía!

Quiso alcanzarla, pero no lo conseguía. Le faltaba fondo; aquella cuesta antes no se le resistía. Se rio, la culpa la tenían sus hormonas, que estaban a otra cosa. Se detuvo y necesitó coger aire para

recuperar fuerzas.

—¡No me pillas! —la desafió la pequeña, bastantes metros por delante de ella, y, sin ánimo de parar, siguió un poco más. Al percibir que ella se había detenido, frenó, pero no para darle algo de ventaja, sino que, provocadora, le hacía gestos con las manos para que siguiera.

¡Menuda diablilla!

No tenía que haberla incitado cuando estaban a los pies del olivar con un «A ver quién llega antes». Estaba claro que no iba a ser ella.

Con la mano sobre los ojos, como si fuera una visera, contempló el olivar. La escena le resultó tan familiar que la emoción retumbó en su pecho. Parecía un cuadro pintado con diferentes colores, como si la tierra fuera un mosaico. Las telas y las redes de distintas tonalidades que rodeaban los troncos de muchos árboles estaban repletas de hojas y aceitunas. En varias secciones, algunos hombres y mujeres, con varas y pértigas, golpeaban las ramas de los olivos para que cayera el fruto. La máquina que los hacía vibrar mediante una pinza mecanizada estaba lejos, pero, aunque el vareo y la recogida manual eran los métodos más antiguos, seguían siendo los más utilizados. Sobre las alfombras improvisadas, los jornaleros del pueblo y de fuera se afanaban por limpiar las olivas de las pequeñas ramitas que habían caído del árbol y las metían en capazos, sacos y cajas que luego llevarían a los camiones y, de ahí, a los almacenes del molino.

Estaban a principios de otoño, y aquella cosecha temprana se destinaría a la aceituna de mesa. No se llevaría a la almazara para prensarse, sino que su proceso de elaboración era distinto. Una vez recolectada la oliva, se lavaba y se colocaba en salmuera —una mezcla de agua y sal— o se usaban otros métodos de curación para conseguir que el fruto dejara su amargor y fuera comestible. Después le seguía el aliño hasta conseguir el producto deseado. Más adelante, entre octubre y noviembre, casi hasta las puertas del invierno, tendría lugar la cosecha para producir el aceite de oliva virgen extra que caracterizaba a la marca Montolivo. En esos primeros meses de la cosecha se obtenía el de mejor calidad.

Desde que ella había entrado a formar parte de la administración,

habían mejorado la distribución y el almacenaje, compraron una nave en el polígono y ampliaron la producción, sobre todo de aceituna de mesa. También diversificaron el envasado de los productos: no solo etiquetaban el aceite en botellas de litro, garrafas o latas, sino que la demanda de embotellado de un cuarto o de medio litro había aumentado para distribuir tanto en la hostelería y la restauración como en grandes superficies para llegar directas al consumidor.

Candela observó que la niña miraba en su dirección y le indicó con el dedo para que se fijara bien y viera quién estaba a pocos metros de ellas.

—¡Allí está papá!

Pero Julia seguía escudriñando a los hombres que lo acompañaban.

Fran había sido un buen alumno y había seguido todas las instrucciones que tanto el abuelo como Sebastián le dieron para que se encargara de la pequeña plantación de olivos que tenían en su cortijo. Estaba muy orgullosa de él. Ya llevaban varias cosechas y las unían a las de Montolivo para producir aceite. Parecía que se hubieran dedicado desde siempre al campo. Nunca le había oído decir que se arrepintiera de haber dejado la Benemérita. En ocasiones, cuando lo visitaban antiguos compañeros —Paula e Iván Campillo, cuya relación fue corta y al final quedaron como amigos; Vázquez e incluso el comandante Robles del Castillo— y los oía relatar anécdotas, sabía lo buen investigador que fue, y le daba más valor a su renuncia. Lo dejó todo por ella, algo que jamás olvidaría.

—¡El abuelito! —El grito de su hija la sacó de sus pensamientos.

Julia reinició su carrera y Candela la siguió. El pequeño descanso le dio resuello y retomó el último esprint con facilidad.

—¡Abuelito, abuelito!

Julia levantó los brazos al llegar hasta los hombres.

—¡Ay, mi golondrinilla! —la saludó el abuelo, y la cogió en brazos.

Candela llegó junto a ellos y besó a su abuelo y a su tío, y a Fran le dio un beso en los labios, algo que generó risillas en la niña.

—¿Y a mí no me vas a decir nada? —dijo Fran reclamando la atención de su hija.

Ella, zalamera, le puso morritos y él se acercó para recibir su beso.

—Julia, pesas mucho —comentó Candela. No quería que Manuel cargase con ella—. Baja al suelo.

—No pesa tanto, si está canijilla —replicó él, y le hizo cosquillas en la barriga. La niña se revolvió con gritos de alegría.

Los años seguían dándole a Manuel aquel aire de patricio. El pelo lo tenía blanco y las arrugas habían ganado terreno en su rostro, pero aún subía a su olivar todos los días para controlarlo todo. Aquella actividad lo mantenía en forma.

Candela, agotada por la carrera, se apoyó en su marido, que la recostó en su pecho y rodeó con los brazos su cintura.

—Parece que te falta ejercicio —le susurró al oído—. Quizá no deberías correr.

Ella soltó una carcajada, era un comentario cargado de intenciones.

—Será eso, que ya no estoy para estas carreras por el campo.

—Pues bien que hacías correr a la tía Julia detrás de ti —replicó el abuelo.

—Sí, es cierto. He creído estar viéndola subir la loma detrás de este bichito —observó Sebastián con cariño.

—Mira, abuelito —dijo la niña, y se ganó la atención de todos al ver que se levantaba la manga de la chaqueta—. Me la ha hecho mi papá, como la que tienen él y mamá.

Orgullosa, Julia mostró la golondrina que, con un bolígrafo negro, le había dibujado su padre por encima de la muñeca.

—Qué pronto empieza con los tatuajes —bromeó Sebastián. Luego se dirigió a la niña y le preguntó—: ¿Te vienes a mi casa, Julia? Los primos están jugando a la Xbox.

Julia negó con la cabeza.

Manuel se separó del grupo con la pequeña, la dejó en el suelo y, ajenos, se pusieron a charlar como si los demás no estuvieran, al tiempo que se distanciaban.

—Y ahora, ¿adónde vas, papá? —inquirió Sebastián.

—Me va a enseñar cómo se hace el aceite —soltó Julia con desparpajo—, porque un día lo haré yo.

—Pero ¿qué le dais para desayunar? Nos ha salido espabilada la chiquilla —bromeó Sebastián.

—Ya te dije que había que enseñarles desde pequeños. Más jugar con la tierra y menos consolas y móviles —respondió Manuel—. El arraigo a la tierra nos da la vida, y para eso hay que ensuciarse las manos con ella. Los niños son nuestro futuro.

El abuelo le preguntó a Julia si llevaba lo que le había pedido. Ella se quitó la mochila que cargaba a la espalda y sacó un par de molletes. Candela sabía que, al llegar al molino, el abuelo echaría un chorrito de aceite en un plato y untarían el pan en él para comérselo.

—Me los ha dado la abuela.

Candela y Fran se echaron a reír.

—Muy bien, pues vamos.

Como si ya lo tuvieran planeado, se encaminaron hacia el final del sendero, donde la almazara quedaba a mano izquierda.

Por un instante, Candela retrocedió en el tiempo y se vio en una escena similar, de niña, a hombros de su abuelo en dirección al molino. Fue cuando le explicó por primera vez cómo se hacía el aceite. Cada vez que veía el molino de rulos que tenían expuesto, recordaba aquel momento. Julia, su querida tía, estaba con ella. Fue su canguro, su confidente, su amiga, la persona que más la conoció. Ya hacía siete años que no estaba con ellos, pero no había un día en que no la recordaran. Desde el instante en que supo que esperaba una niña, no dudó un segundo de que llevaría su nombre.

Cuántas cosas bonitas se había perdido…

Se recompuso para que la emoción no la traicionara y las lágrimas asomaran a sus ojos. Sintió el calor del cuerpo de Fran que, a su espalda, debía de ver lo mismo que ella, sin soltarla. Cuatro generaciones estaban en el olivar, y aquello le infundió mucho respeto a Candela. Adoraba a su abuelo, y el cariño que este mostraba por su hija le había robado el corazón. Pareció recobrar la alegría cuando nació. Una vez le dijo que el amor que se sentía por un nieto era distinto al que se tenía por un hijo. No estaba la presión de la responsabilidad. Era como si se les amara de una forma más intensa porque no había exigencia. Para educar, estaban los padres. Entre él, su madre y Juanma la consentían, pero no podía hacer nada. Julia adoraba al abuelito y a los abuelos. No dudaba de la complicidad que

tenían y, aunque ella era pequeña, atendía y comprendía muy bien todo lo que él le explicaba. Cuando veía cómo lo miraba Julia, con esa devoción y extasiada por lo que le contaba, le recordaba a sí misma. Su abuelo era una fuente de sabiduría.

—Abuelo, ¿entonces te quedas con Julia? —preguntó Candela alzando la voz.

—Claro —dijo como si fuera obvio—. Estaremos en el molino. Tu madre vendrá luego —informó. Se bastaba para cuidar de la niña, no era la primera vez que se quedaba con ella. A los dos les encantaba, sobre todo los fines de semana—. Comemos en casa. Si queréis, venid; si no, hasta después de la siesta.

Manuel los despidió con el brazo en alto, pero ya sin mirarlos. Toda su atención estaba en Julia que, dando saltitos agarrada a su mano, seguía sus pasos. Algo le decía al abuelo y este la escuchaba con gran interés.

—¡Adiós, Julia! —gritó Fran—. ¿No me das ni un beso de despedida?

Aquel llamado hizo que la niña corriera hasta ellos. Ambos le dieron un beso y la abrazaron como si se fuera de viaje y no regresara en varios días. Le dijeron que se portara bien y no cansara al abuelo. Ella, impaciente por regresar para vivir su pequeña aventura en el molino, les dijo que eran unos pesados y que se verían luego.

—Y aún no tiene cinco años… —señaló Sebastián, muerto de risa—. Tenéis que encargar un hermanito rápido. Pronto nos manda a todos.

Fran y Candela se miraron cómplices y se echaron a reír.

—La maestra dice que es la líder de su clase —dijo Candela con guasa. Con seguridad, la tenía frita con sus comentarios y su energía.

—Bueno, voy a seguir —observó Sebastián, y se dirigió al tractor que tenía aparcado a unos metros de allí. A él, como a su padre, le gustaba supervisar todos los procesos en el olivar—. Nos vemos luego.

—Sí, hasta luego —lo despidió Candela—. Nosotros también tenemos cosas que hacer.

Fran sujetó a Candela por los hombros y le susurró algo pícaro al oído. Ella lo observó con los ojos brillantes y sonrió, para luego darle un beso cálido cargado de promesas. Ambos miraron en la distancia al

abuelo y a la niña, que seguían su camino. Luego se alejaron en dirección contraria.

Él le ofreció la mano y ella la tomó. Entrelazaron los dedos y, por un instante, se miraron a los ojos con profundo amor. Su vida era tranquila, sin sobresaltos, estaban centrados en su hija, en los olivos, en la familia. En lo que de verdad importaba. Pero cuando encontraban un momento para ellos, lo aprovechaban al máximo.

Diez minutos después entraban en su dormitorio. Ella se miró en un espejo de pie que había en una esquina. Él se colocó a su espalda y le puso la mano en el vientre. Le preguntó por qué no les había dicho nada al abuelo y a Sebastián, y la censuró por la carrera. Ella, risueña, lo miró a los ojos a través del espejo. Estaba embarazada, pero quería guardar el secreto y primero tenían que decírselo a Julia.

Su pequeña familia iba a crecer muy pronto.

—Nunca imaginé que sería tan feliz —dijo él emocionado, sin dejar de acariciar su vientre.

Candela supo que no adelantarían mucho. Ya estaban perdidos el uno en el otro y no había nada mejor en el mundo que pasar el día en la cama.

Aquello era la felicidad.

Nota de la autora

Esta novela es el relato de una historia inventada, un producto de mi imaginación, y no está basada en hechos ni en personas reales. Toda coincidencia es fruto de la casualidad. Está ambientada en Alameda, un pueblo malagueño donde pasé largas temporadas, cuyas calles y campos de olivos inspiraron esta historia.

Pido disculpas a sus gentes si con mis palabras he ofendido a alguien.

En Alameda aprendí que las prisas son malas compañeras y comprendí lo que es la tranquilidad al pasear entre olivos, como de niña lo hice entre almendros. En cada pueblo andaluz, el sol brilla fogoso y calienta las blancas fachadas de las casas sin tregua los días de verano, y es bienvenido en invierno, cuando uno se aleja del abrigo del fuego de una buena chimenea.

Los campos verdes de olivos rodean el pueblo y extienden sus filas alineadas hasta la sierra de la Camorra. El punto más alto lo corona una cruz, en el mirador de la Camorra, al que se accede por el parque del Camorrillo y desde el que se puede admirar todo el pueblo, incluso tierras de Granada, Córdoba, Sevilla y Málaga.

El cortijo de Las Golondrinas no existe, solo en mi mente de escritora. Para novelar mi historia me he servido de lugares imaginarios y de otros reales. Algunos aparecen modificados al servicio de la trama.

Esta novela trata temas de interés como el amor a la familia, los miedos, la envidia y la codicia, los malos tratos, los efectos de las drogas o el juego. Antes, igual que ahora, un jugador podía perder hasta la camisa, la casa, la herencia y arruinarse con malas cartas en una noche.

Alameda y sus alrededores (Badolatosa, Jauja y toda Sierra Morena) era tierra de bandoleros. José María Hinojosa Corbacho, conocido

como el Tempranillo, fue uno de los más famosos que vivieron en aquellos parajes. Está enterrado en Alameda. Su tumba se encuentra tras el muro del altar mayor de la iglesia de la Inmaculada Concepción, en el patio interior de la casa parroquial. Su sepultura está coronada por una cruz de piedra rodeada por arcos, plantas y flores, y se puede visitar. «El rey de Sierra Morena», como también se lo conoce, murió en 1833 en una hacienda del lugar de un trabucazo por la espalda a manos de José María el Barberillo, en una emboscada de antiguos compañeros. Según cuentan, el Tempranillo no era un bandolero cruel ni un asesino despiadado. Dicen que trataba muy bien a las damas a las que asaltaba en las diligencias que transitaban por aquellos caminos.

En 1832, el rey Fernando VII ofreció un indulto a todos los bandoleros que quisieran servir a la ley como hombres libres; aquellos que no lo hicieran, serían perseguidos. En la ermita de la Fuensanta (Corcoya, Sevilla), el Tempranillo y el Lero, Juan Caballero, recibieron el indulto a manos del rey. Una placa de azulejos en la dehesa de las Rosas testimonia el acontecimiento. Se dice que el Tempranillo dijo a sus hombres que, si no lo seguían, iría en su busca para apresarlos y acabarían en el cadalso.

Los únicos retratos que se conservan del bandolero los pintó John Frederick Lewis, uno de perfil y otro montando a caballo. Su imagen adorna toda la Ruta del Tempranillo, que tiene una parada especial en Alameda.

El aceite, los olivos y las aceitunas también son protagonistas en esta historia. El aceite de oliva virgen extra es el de mejor calidad. Su color puede variar del dorado hasta el verde oscuro. El proceso de hacer aceite y convertir las olivas en las aceitunas que llegan a nuestras mesas sigue distintos procesos de elaboración, pero la materia prima, el fruto, es el mismo.

Por último, quiero comentar algo sobre el Rohypnol, un compuesto del flunitrazepam que se distribuía con receta médica porque era un psicotrópico, un fármaco de la familia de las benzodiacepinas y un fuerte tranquilizante utilizado para combatir el insomnio, la ansiedad, incluso estados prequirúrgicos. Tuvo un uso muy extendido como

droga. En la calle se lo conocía por varios nombres, entre ellos *roofies*. Se empleó con una finalidad ilegal de sumisión química y fue conocido como la droga de la violación: dejaba a la víctima con poco o nulo recuerdo de lo que le había ocurrido, ya que producía amnesia. En España se retiró del mercado en 2013.

Agradecimientos

Esta novela no habría visto la luz sin Aranzazu Sumalla, editora de varios de mis libros; gracias por creer en mí y darme alas. Tampoco sin Ana María Caballero, mi editora; desde aquí quiero agradecerle su entusiasmo cuando le hablé de Las Golondrinas y de mi olivar. Tus sugerencias han mejorado esta historia. Y para mi querida amiga y escritora Brenna Watson solo tengo palabras de cariño y respeto. Gracias por estar ahí en los momentos de bloqueo y por escuchar mis dudas. Gracias por las charlas y por toda la ayuda que me brindas siempre.

A Penguin Random House, por la confianza y por hacer que esta historia llegue a las librerías.

Esta novela tiene una parte importante de investigación policial. He leído e investigado mucho sobre el tema. Agradezco el asesoramiento a Carlos Lozano, guardia civil, colega y amigo. Resolvió mis dudas y, de nuestras conversaciones, aprendí mucho sobre el funcionamiento del cuerpo, el trato entre los mandos, el proceso de una investigación y sus fases. También a Marta López, sargento de la policía local, que solventó alguno de mis errores en lo que se refiere a los protocolos. Cualquier desliz que lleve a equívoco en el que haya incurrido se debe a mi interpretación de los datos.

A Gabriel, siempre, por su paciencia mientras escribo, porque me cuida y hace que todo sea fácil.

Y gracias a ti, lectora, lector, por escoger esta novela y darme la oportunidad de entretenerte con una historia. Espero que hayas disfrutado tanto como yo al escribirla.

Una finca con décadas de historia.
Un secreto guardado entre olivos.
Un crimen a punto de desvelarlo.

Málaga, 1990. La pequeña Candela corretea entre las hileras de olivos que pertenecen a su familia. Siempre a su lado, el abuelo y la tía Julia le transmiten el amor y la devoción por esas tierras y por el aceite que esos árboles les brindan. En el mismo olivar, dos décadas después, aparece el cuerpo sin vida de Julia.

El trágico suceso lleva a Candela de vuelta a Las Golondrinas, la finca familiar de la que decidió alejarse años atrás. Un diario lleno de confidencias y el repentino —a la vez que anhelado— reencuentro con Fran, un amor pasional de adolescencia, le recuerdan una ardua verdad: relegar el pasado al olvido no hace que este desaparezca.

Mientras la investigación sobre la muerte de su tía avanza, los silencios familiares comienzan a resquebrajarse y los secretos más oscuros se rebelan para sacudir los cimientos de Las Golondrinas.

Con una narrativa envolvente, esta historia familiar nos traslada a los campos de olivos de Andalucía para brindarnos una apasionante novela de amor, misterios y secretos que perduran a lo largo de los años

Nuria Rivera nació en Badalona y actualmente reside en Barcelona. Licenciada en Psicología clínica, divide su tiempo entre la labor terapéutica y la escritura.

Ha publicado varias novelas en Penguin Random House Grupo Editorial, bajo los sellos de Selecta, Vergara y Ediciones B. Finalista en la 9.ª edición del Premio Vergara de Novela Romántica, sus libros se mueven entre el género romántico, la novela histórica y la narrativa femenina.

Junto con otras escritoras, ha participado en la creación de una ambientación en la regencia inglesa que dio lugar a las series de Minstrel Valley y Salón Selecto.

Primera edición: julio de 2024

© 2024, Nuria Rivera
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.,
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Lidia Vilamajó
Ilustración de portada: © Marie Carr / Trevillion Images y Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7910-7

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El secreto de las golondrinas

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Nuria Rivera

Créditos